

Jorge PAJARÍN DOMÍNGUEZ



LOS REALES SITIOS A TRAVÉS DE LA NARRATIVA DEL SIGLO XIX

Máster Universitario en Literatura Española

Departamento de Filología Española II

(Literatura Española)

Facultad de Filología

Curso Académico 2015-2016

Convocatoria de Septiembre

Tutora: Esther BORREGO GUTIÉRREZ

Fecha de defensa

18 de noviembre de 2016

Calificación

10

AUTORIZACIÓN PARA LA DIFUSIÓN DEL TRABAJO DE FIN DE MÁSTER (TFM) Y SU DEPÓSITO EN EL REPOSITORIO INSTITUCIONAL E-PRINTS COMPLUTENSE DE ACCESO ABIERTO A LA DOCUMENTACIÓN CIENTÍFICA

Los abajo firmantes, estudiante y tutor/es del trabajo fin de máster (TFM) en el Máster en Literatura Española de la Facultad de Filología, autorizan a la Universidad Complutense de Madrid (UCM) a difundir y utilizar con fines académicos, no comerciales y mencionando expresamente a su autor el trabajo de fin de máster (TFM) cuyos datos se detallan a continuación. Así mismo autorizan a la Universidad Complutense de Madrid a que sea depositado en acceso abierto en el repositorio institucional con el objeto de incrementar la difusión, uso e impacto del TFM en Internet y garantizar su preservación y acceso a largo plazo.

TÍTULO del TFM: **LOS REALES SITIOS A TRAVÉS DE LA NARRATIVA DEL SIGLO XIX**

Curso académico: 2015 / 2016

Nombre del Estudiante:
JORGE PAJARÍN DOMÍNGUEZ

Tutor/es del TFM y departamento al que pertenece/n:
ESTHER BORREGO GUTIÉRREZ (DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA II – LITERATURA ESPAÑOLA)

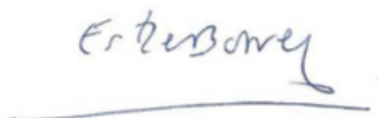
Fecha de aprobación por el Tribunal:
18 DE NOVIEMBRE DE 2016

Calificación **10**

Firma del estudiante



Firma del tutor/es



Firma de la Institución
Colaboradora (en su caso)

Los Reales Sitios a través de la narrativa del siglo XIX

Jorge Pajarín Domínguez

Resumen: Los Sitios Reales son espacios cuya riqueza, complejidad y diversidad los hacen ser reflejo de cada una de las épocas vividas, no sólo desde su importancia estratégica e histórica, o por su privilegiada relación con el entorno natural, sino también como reflejo de las inquietudes de una sociedad y un tiempo. El Palacio Real de Madrid, El Real Sitio de Aranjuez, El Escorial, el Buen Retiro... son solo algunos ejemplos de esos Sitios Reales que contribuyeron a la configuración del ideal de la Monarquía Hispánica a lo largo de la historia. Sin embargo, la caída del llamado Antiguo Régimen y las aspiraciones liberales que se suceden a lo largo de todo el siglo XIX propiciaron una nueva concepción de la Monarquía y, por tanto, de los Reales Sitios. En el siglo XIX, literatura, sea cual sea el género o corriente, y arte, tanto en sus monumentos artísticos como en cualquiera de sus representaciones, suponen documentos vivos que reflejan una forma de pensar y proponen un modelo de comportamiento de la época.

Palabras Clave: Narrativa, literatura de viajes, Romanticismo, Costumbrismo, Realismo, Reales Sitios, Corte, Madrid.

The Royal Sites through 19th-century narrative

Abstract: The Royal Sites are places, whose richness, complexity and diversity make them be a reflection of each of the lived times, not only from its strategic and historical importance, or its privileged relationship with the natural environment, but also reflecting concerns of a society and a time. The Royal Palace of Madrid, Royal Site of Aranjuez, El Escorial, El Buen Retiro ... are just some examples of those Real Sites that contributed to the ideal of the Spanish Monarchy throughout history. However, the fall of the Ancien Régime and liberal aspirations that occur throughout the nineteenth century led to a new conception of the Monarchy and, therefore with it, of the Royal Sites. From all these changes, the literature wasn't only subject to change and innovation. In the 19th century, literature, whatever the literary genre or movement, and art, both in its artistic monuments and any of its representations, represent living documents that reflect a way of thinking and propose a model of behavior of the time.

Keywords: Narrative, travel literature, Romanticism, Costumbrism, Realism, Royal Sites, Court, Madrid.

Índice

Presentación	6
1. Justificación de la relevancia del tema	8
1.1. Marco general en el que se integra la investigación	9
1.1.1. Fundamentación teórica y estado de la cuestión	10
1.2. Objetivos de la investigación	17
1.3. Metodología: la elección de un enfoque	19
2. La importancia de los Reales Sitios	24
2.1. Historia, poder y arte: ideal y reflejo de la Monarquía Hispánica a lo largo de los siglos	26
2.2. La situación de los Reales Sitios en el siglo XIX	32
3. La literatura del siglo XIX	38
3.1. Romanticismo, Costumbrismo, Realismo... La evolución de la literatura decimonónica	40
3.2. El triunfo de la narrativa en el siglo XIX	46
4. Los Reales Sitios en la narrativa del XIX	57
4.1. El Palacio Real en la narrativa del XIX	63
4.2. El Real Sitio del Buen Retiro en la narrativa del XIX	75
4.3. El Real Sitio de Aranjuez en la narrativa del XIX	88
4.4. El Real Sitio de El Escorial en la narrativa del XIX	99
Conclusiones	113
Bibliografía	116
Anexos	128

PRESENTACIÓN

Toda investigación parte de la necesidad de dar una explicación a una incógnita, una duda, una curiosidad..., ya sean estas de tipo personal o intelectual-académico sobre cuestiones que se consideran relevantes y que afectan al mundo en el que vivimos. Por tanto, no hay duda de que la investigación es fruto de una elección temática, pero también de una actitud ética y epistemológica previa, entendiendo que “la ética de quien estudia o investiga debe ser siempre la del conocimiento y la del reconocimiento, independientemente de cualquier otra consideración ideológica o personal”¹.

El presente Trabajo Fin de Máster surge a raíz de mi colaboración desde el año 2012 con el equipo de investigación que dirige el profesor Félix Labrador Arroyo dentro del área de Historia Moderna de la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid. Caracterizado por el estudio de la Corte y las Casas Reales, la concesión de una serie de proyectos clave entre los años 2012 y 2015, que mencionaremos más adelante, le permitió centrar sus esfuerzos en el análisis de los Sitios Reales de la Monarquía hispánica.

La experiencia de estos años, unida a la interdisciplinariedad que presenta este grupo –donde colaboran historiadores del arte, arquitectos, historiadores y geógrafos, profesionales del marketing cultural y del turismo, informáticos, etc.–, permitió que, a partir de diversos trabajos, descubriéramos una serie de necesidades en nuestro campo de estudio. Como historiador y periodista, así como por mi interés por la literatura, vi la necesidad de aplicar un nuevo enfoque, en este caso, filológico, a la hora de estudiar los Reales Sitios, siguiendo la interdisciplinariedad que caracteriza al equipo de investigación del que formo parte: “La herencia de los Reales Sitios. Madrid, de corte a capital (Historia, Patrimonio y Turismo)” (H2015/HUM3415) de la Convocatoria de Programas de I+D en Ciencias Sociales y Humanidades 2015 de la Comunidad de Madrid.

De esta manera, el trabajo que se presenta en estas páginas persigue el descubrimiento de los Reales Sitios como paisajes literarios. Los Sitios Reales son espacios cuya riqueza, complejidad y diversidad los hacen ser reflejo de cada una de las épocas vividas, no solo desde su importancia estratégica e histórica, o por su privilegiada relación con el entorno natural, sino también como reflejo de las inquietudes de una sociedad y un tiempo. El Palacio Real de Madrid, Aranjuez, El Escorial, el Buen Retiro... son solo algunos ejemplos de esos Sitios Reales que

¹ RODRÍGUEZ FER, 1998, p. 17.

contribuyeron a la configuración del ideal de la Monarquía Hispánica a lo largo de la historia. Sin embargo, la caída del llamado Antiguo Régimen y las aspiraciones liberales que se suceden a lo largo de todo el siglo XIX propiciaron una nueva concepción de la Monarquía y, por tanto, de los Reales Sitios.

En el siglo XIX, literatura, sea cual sea el género o corriente, y arte, tanto en sus monumentos artísticos como en cualquiera de sus representaciones, suponen documentos vivos que reflejan una forma de pensar acorde a la época. Dada la importancia que estos espacios palaciegos y cortesanos tuvieron a lo largo de la historia, resulta difícil pensar que pasaran desapercibidos por la literatura, ya sea como objeto de inspiración, de debate o como lugar donde contextualizar la trama o argumento de la obra literaria. Proponemos, por tanto, un recorrido histórico y cultural-literario, en nuestro caso, a lo largo de todo el siglo XIX, pero también como testimonios de épocas pasadas que son los Reales Sitios, un viaje a la España de los Austrias y de los primeros Borbones.

De esta manera, el Palacio Real de Madrid, el Real Sitio de Aranjuez, de El Escorial y el Buen Retiro serán los objetos de nuestro estudio a través de la narrativa decimonónica, pues todos ellos continuaron siendo en el siglo XIX, a pesar de su fundación y consolidación en época moderna, la imagen de la Majestad Real. Para ello, no haremos discriminación de las distintas corrientes y géneros literarios que se desarrollaron a lo largo de esta centuria.

Por último, no querría concluir este apartado sin agradecer a todas las personas que me han acompañado en la elaboración de este trabajo. Tradicionalmente, se concibe la investigación como un trabajo solitario. Sin embargo, no es así. Amigos y familiares han estado conmigo, ayudándome y animándome en todo momento. No obstante, me gustaría agradecer el apoyo que me han prestado tres personas en concreto durante estos meses.

- En primer lugar, a Ana, compañera de aventuras en el Máster de Literatura, a quien le agradezco su pasión por la literatura y que haya compartido sus sueños conmigo.
- En segundo lugar, a mi maestro y tutor, Félix Labrador, darle las gracias por haberme abierto las puertas de la investigación, por confiar en mí y por pensar en mi futuro y porvenir.
- Y por último, a mi directora, Esther, por compartir la pasión que siente por una profesión a la que yo también amo: la docencia; agradecerle que me haya enseñado a “ver con ojos de época”, así como sus consejos y correcciones y su implicación en este trabajo.

1. Justificación de la relevancia del tema

No hay duda en afirmar que los Reales Sitios son conjuntos arquitectónicos, urbanísticos y paisajísticos de gran importancia, cuya riqueza, complejidad y diversidad los hacen ser reflejo de cada una de las épocas vividas como manifestación sólida del poder real.

Esta investigación se centra en el estudio de las relaciones existentes entre la literatura y los Reales Sitios, producidas en el siglo XIX, reivindicando todo lo que nos ofrece un periodo de nuestra historia que tradicionalmente ha sido denostado, tachado de pretérito y anacrónico². Se trata de un trabajo novedoso, pues si bien ha habido intentos, que se citarán más adelante, por reflejar las impresiones que en determinadas épocas se tenía sobre algunos Sitios Reales, como El Escorial o Aranjuez, han resultado un tanto insuficientes por no tener en cuenta las particularidades históricas de dichos espacios o por no presentar un corpus literario lo suficientemente representativo de un periodo concreto. Además, hay que destacar la singularidad del siglo XIX, pues si bien ha sido considerado, por algunos autores, como “la edad de oro de la literatura de viajes de tema español”³, los Sitios Reales no han recibido el detenimiento que se merecían, a pesar de ser, como veremos, destinos que no pasaban para nada desapercibidos por los viajeros, tanto españoles como extranjeros, que comenzaron a viajar y a adentrarse en España, así como por todo tipo de escritores.

Hay que tener en cuenta cómo estos testimonios y otros tantos que serán analizados en este trabajo y que abarcarán corrientes tan dispares como Romanticismo, Costumbrismo, Realismo..., y géneros literarios como las guías urbanas, los ensayos históricos, libros de viajes, los paseos literarios, artículos periodísticos, novelas, etc., se pudieron convertir en una vía de conocimiento para el “gran público” o para la “ciudadanía” en general de estas particulares posesiones reales, las cuales en muchas ocasiones eran totalmente desconocidas o de las que tenían escasas referencias. Sobre todo, esta recepción de la imagen que tenían los Reales Sitios cobra especial importancia en un contexto tan convulso como es el siglo XIX, cuando las ideas liberales y progresistas trataban de delimitar y esclarecer las competencias y finalidad de la Monarquía, y con ella, de su Real Patrimonio. Así, la literatura se convertía en un motor de conocimiento y difusión

* Hemos optado por tres modelos de nota a pie de página a la hora de referenciar una obra, libro y/o artículo. Por un lado, una fórmula abreviada, la cual se empleará para aquellas referencias que se han consultado, apareciendo después en el apartado de bibliografía, y por otro, una forma extensa para aquellas obras que se indican a modo de consulta por parte del lector interesado. Por último, las referencias pertenecientes al corpus o fuentes primarias empleadas, se indicarán con el autor y el título de la obra, así como la página cuando sea oportuno.

² ABAD, 1998, pp. 131-136.

³ SANTOS, 1994, p. X.

de una parte de la realidad española y de su Monarquía, como se tratará de demostrar a lo largo del trabajo y en las oportunas conclusiones.

Para reflejar mejor esa realidad, y atendiendo a las especificidades del Máster Universitario en Literatura Española, atenderemos solo a obras cuyos autores fuesen españoles, excluyendo de nuestro análisis e investigación aquellas obras de viajeros extranjeros, como por ejemplo, cierta literatura de viajes que recoge sus impresiones sobre los Reales Sitios. A pesar de lo interesante que resultaría coger sus testimonios, que son muchos y muy variados a lo largo de todo el siglo XIX, gracias, además de al interés romántico y curiosidad que despertó nuestro país tras la Guerra de la Independencia, también por las mejores comunicaciones y transportes que hubo, consideramos, por un lado, que se alejarían de los objetivos de nuestro trabajo al estar sus impresiones cargadas de ideas preconcebidas en sus respectivos países y que, por tanto, no reflejarían, como nos gustaría, la realidad española decimonónica; y, por otro lado, por la escasa difusión y el reducido impacto que tuvieron en la sociedad española de ese periodo⁴.

Si bien el trabajo tratará de ofrecer una perspectiva general sobre los Reales Sitios en las obras literarias del XIX, con el fin de proporcionar una mayor exhaustividad en los resultados de la investigación, nos centraremos en cuatro Sitios Reales, dos ubicados en la denominada Villa de Madrid, el Palacio Real y el Real Sitio del Buen Retiro, ejemplos de lugar de residencia y lugar de recreo de la Monarquía, y dos circunscritos a los límites de la provincia de Madrid, el Real Sitio de El Escorial y el Real Sitio de Aranjuez, reflejos del pasado y presente de la institución real, así como de usos diferentes en pleno siglo XIX. De esta manera, si bien fueron muchas las residencias palaciegas y posesiones reales por toda la Península, nos centraremos en Madrid por su condición de capital del país y de la Corte y por la importancia que tiene en la vida, política y sociedad de ese siglo. Al fin y al cabo, como dice el refrán popular, solo Madrid es Corte.

1.1. Marco general en el que se integra la investigación

Nuestra capacidad de entendimiento literario está fundamentada en una cierta relatividad comprensiva al entender que lo que es verdad para una época, sociedad o individuo no tiene por qué serlo para otro tiempo, cultura o persona. Así, en nuestro trabajo, partimos de un marco general que considera los Reales Sitios como tema literario y la literatura como documento histórico, aunque no por ello incompatible con su función recreadora estética de la realidad.

⁴ ORTAS DYRABD, 2005.

En este sentido, son muchos los enfoques sobre los que podemos encuadrar nuestra investigación, siendo los predominantes, por un lado, la historiografía de la Corte, fundamental para comprender la complejidad de los Reales Sitios, y por otro, la concepción de la literatura como documento vivo de su época, pues como dice Guillermo Carnero:

La literatura siempre está genéticamente relacionada con el entorno cultural y social en el que se produce, pero esa relación puede dar lugar a dos tipos de vínculo: a) un vínculo primario, desde el cual la literatura se propone ser un reflejo directo de ese entorno adoptando ante él una actitud mimética (realismo) y/o explícitamente crítica (compromiso), b) un vínculo secundario, por el cual la literatura ingresa en los ámbitos de lo imaginario y lo exótico, proponiéndose como un discurso autónomo que se niega a buscar legitimidad en el vínculo primario, sin que desaparezca la posibilidad de una dimensión crítica que se desprendería del contraste entre lo real y lo imaginado y del significado ideológico del rechazo de la mimesis⁵.

Ambas realidades de la literatura a las que se refiere Carnero se reflejan, sin duda, en el siglo XIX, momento en el que, compartiendo la opinión de Romero Tobar, la literatura “era la forma más elevada del humanismo liberal, es decir, que los textos literarios debían expresar un sistema de pensar y tenían que proponer un modelo de comportamiento”⁶.

De esta manera, nuestro trabajo obedece a un enfoque interdisciplinar, tanto por el objeto de estudio, los Reales Sitios, como por la variedad de las fuentes que empleamos para analizarlos, los textos literarios. A partir de ambos, este TFM obedece a la necesidad de conjugar historia y literatura, no como meras herramientas sino como disciplinas unidas a un mismo fin.

1.1.1. Fundamentación teórica y estado de la cuestión

Tradicionalmente, las investigaciones realizadas en torno a los Reales Sitios se han centrado en destacar la belleza arquitectónica y artística que dichos lugares mostraron a lo largo de los siglos. Es decir, se han analizado desde una perspectiva histórica, concretamente desde la Historia del Arte. Por lo tanto, destacan tanto tesis doctorales como monografías o publicaciones periódicas, en las que se reflejan los valores históricos de estos conjuntos, resaltando su potencial artístico, urbanístico y arquitectónico. En este sentido, podemos destacar el trabajo desarrollado por el

⁵ CARNERO, 1998, p. 203.

⁶ ROMERO TOBAR, 1998, p. XLII.

arquitecto Fernando Chueca Goitia⁷ en 1958, cuyo profundo análisis sobre la arquitectura de los Reales Sitios ubicados en la provincia de Madrid supuso un referente para todas las investigaciones posteriores, entre las que se incluyen los trabajos de José Luis Sancho⁸, Bonet Correa⁹, Virginia Tovar¹⁰, Fernando Chueca Cremades¹¹ o José Miguel Morán Turina¹², que miran con especial detenimiento el urbanismo, la historia y el arte barroco de los Reales Sitios.

⁷ CHUECA GOITIA, Fernando, *Madrid y Sitios Reales*, Barcelona, Seix Barral, 1958. Ver también del mismo autor, "Los Reales Sitios en torno a Madrid", *Reales Sitios: Revista de Patrimonio Nacional*, Núm. Extra (1989), pp. 47-56; "La Corte de España y los Sitios Reales", en *El Arte en las Cortes Europeas del siglo XVIII. Comunicaciones: congreso, Madrid, Aranjuez, 27-29 abril, 1987*, Madrid, Patrimonio Nacional/Comunidad de Madrid, 1989b, pp. 218-228; y Félix Llorio, *El Palacio Real de Madrid*, Madrid, Patrimonio Nacional/Lunwerb, 1998; *Historia de la arquitectura española. Edad moderna y contemporánea*, Tomo II, Ávila, Fundación Cultural Santa Teresa, 2001.

⁸ SANCHEZ GASPAR, José Luis, "Las decoraciones fijas de los palacios reales de Madrid y el Pardo, bajo Carlos III", en *IV Jornadas de Arte: El arte en tiempo de Carlos III: Madrid, 29-30 noviembre, 1-2 diciembre 1988*, Madrid, 1989, pp. 219-232; "Francisco Sabatini y el clasicismo en la decoración interior de los palacios reales durante los reinados de Carlos III y Carlos IV", en *La visión del mundo clásico en el arte español*, Madrid, Alpuerto, 1993, pp. 263-273; *La Arquitectura de los Sitios Reales. Catálogo Histórico de los Palacios, Jardines y Patronatos Reales del Patrimonio Nacional*, Madrid, Patrimonio Nacional, 1995; "Función y forma arquitectónica en los Palacios Campestres de Felipe II: a propósito de las "rarezas" de la Casa Real de Aranjuez", en *El arte en las Cortes de Carlos V y Felipe II*, Madrid, CSIC, 1999; Los Sitios Reales, escenarios para la fiesta: de Farinelli a Boccherini, en Margarita Torrión (dir.), España festejante: el siglo XVIII, Málaga, Diputación de Málaga (CEDMA), 2000, pp. 175-196; *Jardines de Palacio*, Madrid, Fundación Caja Madrid, 2001; "El retiro de Felipe V: imagen y sentido del Palacio de La Granja en 1724", *Reales Sitios* 150 (2001), pp. 37-50; *San Lorenzo de El Escorial, Madrid*, Doce Calles, 2002; *Aranjuez: Solán de Cabras*, la Isabela, Madrid, Doce Calles, 2002; *El Palacio de Carlos III en el Pardo*, Madrid, Fundación de Apoyo a la Historia del Arte Hispánico, 2002; *Real Sitio de Aranjuez*, Madrid, Patrimonio Nacional, 2002; *Palacio Real de Madrid*, Madrid, Patrimonio Nacional, 2005; "Los jardines de La Granja, teatro de las grandezas de Felipe V", *Reales Sitios* vol.3 (2005), pp. 55-72; "Entre Madrid y Versalles. Los sitios más reales españoles en la correspondencia de la familia de Felipe V (1744-1746)", en Luis Sazatornil Ruiz y Frédéric Jiménez (coords.), *El arte español entre Roma y París: siglos XVIII y XIX: intercambios artísticos y circulación de modelos*, Madrid, Casa de Velázquez, 2014, pp. 347-374; entre otros muchos artículos y libros, así como guías de visita de varios de los Reales Sitios.

⁹ BONET CORREA, Antonio, "El Real Sitio y Villa de Aranjuez en el siglo XVIII: Arquitectura y Urbanismo", en *El Real Sitio de Aranjuez y el arte cortesano del siglo XVIII. [exposición celebrada en] Salas de exposiciones del Palacio Real de Aranjuez, Abril-Mayo 1987*, Madrid, Patrimonio Nacional, 1989, pp. 17-32; "El Palacio y los jardines del Buen Retiro", *Militaria: revista de cultura militar* 9 (1997), pp.19-28.

¹⁰ TOVAR MARTÍN, Virginia, "El Real Sitio de 'El Buen Retiro' en el siglo XVIII", *Villa de Madrid: revista del Excmo. Ayuntamiento* 102 (1989), pp. 13-46; "Sitios Reales de Madrid", *Torre de los Lujanes: Boletín de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País* 27 (1994), pp. 109-120; "El Palacio Real de el Pardo", en *Palacios Reales en España Historia y arquitectura de la magnificencia*, Madrid, Fundación Argentaria, 1996, pp. 85-106; "Arquitectura pública en el Real Sitio de Aranjuez (Siglo XVIII)", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* 28 (1998), pp. 37-58; *Historia breve de la arquitectura barroca de la Comunidad de Madrid*, Madrid, Electa España, 2000a; "Lo urbano y lo suburbano: la capital y los Sitios Reales", en Enrique Martínez Ruiz (coord.), *Madrid, Felipe II y las ciudades de la monarquía*, Vol. 2, Madrid, Actas, 2000b, pp. 199-212; "1700: arquitectura de transición en la Corte Española", *Madrid: Revista de arte, geografía e historia* 4 (2001), pp.47-60; *El Pardo*, Madrid, Fundación Caja Madrid, 2001; "Lo tradicional, lo ideal y lo universal del Palacio Real de Madrid", *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura* 665 (2001c), pp. 1-14; entre otros trabajos.

¹¹ CHECA CREMADES, Fernando, "Felipe II y la ordenación del territorio en torno a la Corte", *Archivo español de arte* 58/232 (1985), pp. 392-398; "Apuntes sobre el debate acerca de la "modernidad" en el arte cortesano español (1509-1555)", en Miguel Ángel Zalama Rodríguez (coord.), *Juana I de Castilla, 1504-1555: de su reclusión de Tordesillas al olvido de la historia: I Simposio Internacional sobre la Reina Juana I de Castilla, Tordesillas (Valladolid), 23 y 24 de noviembre de 2005*, Valladolid, Grupo Página, 2006, pp. 51-64; "Felipe II, el arte de la tapicería y la decoración del Real Alcázar de Madrid", en Fernando Chueca Cremades y Bernardo José García García (coords.), *Los Triunfos de Aracne. Tapices flamencos de los Austrias en el Renacimiento*, Madrid, Fundación Carlos de Amberes, 2011;

¹² MORÁN TURINA, José Miguel, "El palacio como laberinto y las transformaciones de Felipe V en el Alcázar de Madrid", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* 18 (1981), pp. 251-263; y Fernando Chueca Cremades, "Las colecciones pictóricas de El Escorial y el gusto barroco", *Goya: Revista de arte* 179 (1984) pp. 252-261; y Fernando

Igualmente los estudios geográficos han jugado un papel fundamental a la hora comprender la dimensión espacial de los Reales Sitios, desde los fenómenos y elementos geográficos naturales, así como los humanos y económicos. Y es que no se puede obviar que en el caso de los Reales Sitios, el clima, el relieve, la vegetación, la fauna, las posibilidades de abastecimiento de madera o piedra, o el acceso al agua fueron aspectos totalmente decisivos para su creación. De hecho, la separación entre los Sitios Reales que se sitúan en torno a Madrid, tal y como ha revelado Navarro Madrid, parece responder a unas distancias preconcebidas, o cuando menos tenidas en cuenta, para estar próximas de los centros importantes y para permitir una circulación más fluida de noticias y de visitantes, dando como resultado una “originalidad paisajística y biogeográfica, pero también heterogeneidad de los elementos naturales (temperaturas, tipos de tiempo, variedad de paisajes, diversidad de flora y, sobre todo, de fauna, formas de relieve, tipos de roquedo, etc.)”¹³. En este sentido, desde un carácter geográfico y un análisis del territorio y entorno de los Reales Sitios, destacan los recientes trabajos de Concepción Camarero y Luis Urteaga¹⁴.

Asimismo, de acuerdo a la concepción actual que tienen los Reales Sitios como eje central del Patrimonio Nacional y lugares con gran potencialidad turística, se han desarrollado investigaciones relacionados con los Reales Sitios y la idea de turismo y patrimonio cultural¹⁵.

Pero en todos estos trabajos, tradicionalmente, se ha concebido a los Reales Sitios con una función artística y recreativa, siendo sus palacios y jardines meros lugares de descanso y recreo para los reyes y sus familias. No obstante, dichas investigaciones no permitían calibrar la verdadera relevancia y el sentido de estos espacios en el desarrollo histórico de la Monarquía de nuestro país. Desde hace pocos años, algunos historiadores, a través de la metodología de los estudios de la

Checa Cremades, *Las Casas del rey: casas de campo, cazaderos y jardines, siglos XVI Y XVII*, Madrid, El Viso, 1986; “Los palacios de Madrid”, en *El Madrid de Velázquez y Calderón Villa y corte en el siglo XVII*, Vol. 1, Madrid, Caja de Madrid, 2000, pp. 101-110; “Carlos II y El Escorial”, en Luis Antonio Ribot García (coord.), *Carlos II: el rey y su entorno cortesano*, Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica, 2009, pp. 221-240.

¹³ NAVARRO MADRID, 2002, pp. 214-215.

¹⁴ CAMARERO BULLÓN, Concepción, “Catastrar la capital: el Catastro de Ensenada de Madrid, Villa y Corte (1753-1757)”, *Madrid: Revista de arte, geografía e historia* 6 (2004), pp. 109-167; y Concepción Fidalgo Hijano, “Conocer el territorio y sus gentes: ‘el Diccionario geográfico-histórico-estadístico de España y sus posesiones de Ultramar’ de Pascual Madoz”, *Biblioteca: estudio e investigación* 22 (2007) pp. 9-32; y Luis Urteaga, “Geómetras en el paraíso: el levantamiento topográfico del Real Sitio de Riofrío (1868-69)”, *Anales de geografía de la Universidad Complutense* 34/1 (2014), pp. 179-195; “Planos del siglo XIX para un Real Sitio del siglo XVIII: El Real Sitio de San Ildefonso y su anexo el Real Bosque de Riofrío (1868-1869)”, en Lucio d’Alessandro, Félix Labrador y Pasquale Rossi (dirs.), *Siti Reali in Europa. Una storia del territorio tra Madrid e Napoli*, Napoli, Università degli Studi Suor Orsola Benincasa, 2014, pp. 119-146, y “Geómetras en el paraíso: El levantamiento topográfico del Real Sitio de Riofrío (1668-69)”, *Anales de Geografía de la Universidad Complutense* 34/1 (2014), pp. 179-195; “Los planos de los Sitios Reales españoles formados por la Junta General de Estadística, 1861-1869”, *Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales* 18 (2014), pp. 463-499.

¹⁵ GARCÍA HERNÁNDEZ, María y M^a del Carmen Mínguez García, “Funcionalidad turística de los Reales Sitios Españoles: problemas y perspectivas”, *Ería* 66 (2005), pp.71-84; MÍNGUEZ GARCÍA, M^a del Carmen, *Patrimonio Cultural y Turismo en los Reales Sitios de la Comunidad de Madrid y sus incidencias en el territorio*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2007.

Corte, han propiciado que tales lugares cobren un significado mucho más relevante, al situarlos precisamente en el contexto de la formación y evolución de la organización política de la Monarquía Hispánica.

Desde los años 70, conceptos como “Absolutismo”, “Estado Moderno” o “poder”, con los que se definía tradicionalmente la historia moderna, comenzaron a ser revisados al resultar incapaces de explicar el intrincado desarrollo político de las monarquías europeas o, como dice Martínez Millán, por la “insatisfactoria explicación” que de la Historia en general, y de la Edad Moderna en particular, nos proporcionaban las historiografías tradicionales¹⁶. Hasta entonces, elementos esenciales del sistema político del Antiguo Régimen, como “Corte”, “Casa real”, “patronazgo” o “relaciones personales” no habían sido tomados en cuenta.

Uno de los primeros en percatarse de esta ausencia sería Norbert Elías, quien, desde un planteamiento sociológico, analizaría la cultura de la Corte en su obra *La Sociedad Cortesana* (1969)¹⁷, enfrentada a la tesis de estructuras de poder de Max Weber que aparecía en su obra póstuma *Economía y sociedad*¹⁸. A partir de entonces, la Corte sería objeto de un enfoque interdisciplinar, cuya definición estaría lejos de consenso, apareciendo como un espacio, ya sea el lugar de residencia del rey o donde se encontrara; como la sede de la “administración” de la Monarquía; como el séquito del rey, que constituía una forma de vida particular; como el lugar de encuentro entre gobernantes y gobernados, basado en relaciones personales o prácticas sociales que constituyen la articulación del sistema político moderno; como un sinónimo de Gobierno y Estado; como la cuna de una cultura específica, la de la “buena sociedad”; etc.

A esta evolución del concepto de Corte contribuirían principalmente los trabajos de Arthur Geofrey Dickens¹⁹, Ronald Asch y Adolf M. Birke²⁰ o John Adamson²¹, así como infinidad de obras que tratan sobre la configuración de la Corte en los distintos países europeos. En nuestro caso, para el estudio de la configuración de la Corte en la Monarquía Hispánica, sería de vital

¹⁶ MARTÍNEZ MILLÁN, 2010, p. 4.

¹⁷ ELÍAS, Norbert, *La Sociedad Cortesana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982. Para un estudio crítico del libro, ver DUINDAM, Jeroen, *Myths of Power: Norbert Elias and the Early Modern Court*, Ámsterdam, Ámsterdam University Press, 1992.

¹⁸ WEBER, M., *Sociología del poder: los tipos de dominación*, Madrid, Alianza, 2012. Para un estudio sobre la teoría del historiador alemán, ver VILLALOBOS, Patricia “Estructuras de poder Max Weber”, *Jurídica. Anuario del Departamento de Derecho de la Universidad Iberoamericana* 13 (1981), pp. 893-904.

¹⁹ DICKENS, Arthur G. (ed.), *The Courts of Europe. Politics, Patronage and Royalty, 1400-1800*, London, Thames and Hudson, 1977,

²⁰ ASCH, Ronald G. y Adolf M. Birke (eds.), *Princes, Patronage and the Nobility. The Court at the Beginning of the Modern Age, ca. 1450-1650*, Oxford: Oxford University Press, 1991.

²¹ ADAMSON, Jhon (ed.), *The Princely Courts of Europe. Ritual, Politics and Culture Under the Ancien Régime, 1500 – 1750*, London: Weidenfeld & Nicolson, 2000.

importancia la figura del hispanista John Elliot²², como punto de inflexión, y los estudios sobre la Corte que se han realizado en la Universidad Autónoma de Madrid, dirigidos por el profesor Martínez Millán²³.

Sin embargo, la Corte como paradigma político, social y cultural dominante en la Europa moderna desde el Renacimiento, comenzaría a decaer en el siglo XVIII. Tal y como sostiene Paul Hazard, la Ilustración supuso una nueva forma de razonar, una actitud, un *ethos*, que suponía una crítica con lo que el hombre había sido hasta entonces²⁴. Durante el siglo XVIII, los términos de “civilización” y “progreso” se enfrentaban al tradicional paradigma de la Corte. Y es que como se pregunta Vázquez Gestal:

¿Cómo casar cultura cortesana con la Ilustración?, ¿cómo conciliar a los déspotas ilustrados con el desarrollo de una sociedad sofisticada, ociosa y en busca del confort?, [...] ¿cómo reunir bajo un mismo periodo la existencia simultánea de una sociedad cortesana con los conceptos nacientes de orden o razón?²⁵

Sin embargo, el despotismo ilustrado como forma de gobierno dominante durante gran parte del siglo dieciochesco impediría una ruptura definitiva, algo que finalmente se produciría, con mayor o menor éxito, antes o después, a lo largo del siglo XIX. De hecho, la idea de Corte en el siglo XIX, por su concepción como realidad anacrónica ante la idea de Nación y las corrientes liberales y demócratas que avanzaron a lo largo de la centuria, presenta un difícil estudio y son pocas las investigaciones que se han llevado a cabo al respecto. Uno de los estudios más completos al respecto, aunque insuficiente dados los nuevos descubrimientos de los últimos años, es el trabajo

²² ELLIOTT, John H., “The Court of the Spanish Habsburgs: a peculiar institution?”, en Phyllis Mack y Margaret C. Jacob (eds.), *Politics and Culture in Early Modern Europe. Essays in honour of H. G. Koenigsberger*, Cambridge: Cambridge University Press, 1987, pp. 5-24.

²³ El grupo de investigación dirigido por este profesor, así como el Instituto IULCE, del que es director, han realizado multitud de trabajos sobre los distintos reinados de la Monarquía Hispánica, con especial detenimiento en los Austrias. Algunas obras generales sobre la concepción de la Corte como organización política que defienden, podemos destacar MARTÍNEZ MILLÁN, José (coord.), *Instituciones y élites de poder en la monarquía hispana durante el siglo XVI*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1992; *Felipe II (1527-1598): Europa y la monarquía católica*, Madrid, Parteluz, 1998; *La Corte de Felipe II*, Madrid, Alianza, 1999; *La Corte de Carlos V*, Madrid, Sociedad Estatal para la conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000; y Carlos Reyero (coords.), *El siglo de Carlos V y Felipe II: la construcción de los mitos en el siglo XIX*, Madrid, Sociedad Estatal para la conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000; *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530-1558)*, Madrid, Sociedad Estatal para la conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001; *La monarquía de Felipe III: la Casa del Rey*, Madrid, Fundación MAPFRE, 2008; y Rubén González Cuerva (coords.), *La dinastía de los Austria: Las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio*, Madrid, Polifemo, 2011; Manuel Rivero y Gijs Versteegen (coords.), *La corte en Europa: política y religión (siglos XVI-XVIII)*, Madrid, Polifemo, 2012; y Concepción Camarero Bullón y Marcelo Luzzi (coords.), *La Corte de los Borbones: crisis del modelo cortesano*, Madrid, Polifemo, 2013; y José Eloy Hortal Muñoz (coords.), *La Corte de Felipe IV (1621-1665): reconfiguración de la Monarquía católica*, Madrid, Polifemo, 2015; entre otros tantos trabajos.

²⁴ Ver HAZARD, Paul, *La crisis de la conciencia europea (1680-1715)*, Madrid, Alianza, 1988; *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, Madrid, Alianza, 1991.

²⁵ VÁZQUEZ GESTAL, 2003, p. 277.

de Cesare Mozzarelli²⁶. A este respecto, sobre el paso del Antiguo Régimen a un Régimen Constitucional también han hablado el profesor Martínez Millán²⁷ o Gijs Versteegen²⁸, en cuya tesis doctoral realiza un recorrido historiográfico por el siglo XIX para demostrar cómo el modelo cortesano fue sustituido por el nuevo Estado-Nación.

No obstante, consideramos que a pesar de que la Revolución Francesa y las novedades de la Ilustración desplazaron la cultura cortesana, que había estado definiendo a la Monarquía durante todo el Antiguo Régimen, el paradigma de la Corte puede aplicarse en el esquema general de la Europa del XVIII y XIX para contribuir a un discurso más equilibrado y realista de lo que supusieron dichos periodos históricos. En este sentido, está trabajando el proyecto de investigación COMONAL “Corte, Monarquía y Nación liberal (1833-1885). En torno al Rey y la modernización política de España”, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad (HAR-2015-66532-P), liderado por la profesora de la Universidad Complutense de Madrid, Raquel Sánchez.

Este breve recorrido por la historiografía de la Corte es fundamental para comprender los Reales Sitios más allá del hecho puramente artístico y verlos como espacios de formación y evolución de las Monarquías²⁹. A este respecto, podemos destacar investigaciones recientes, como las realizadas a partir del proyecto de investigación MINECO “La reconfiguración de los espacios cortesanos: los Sitios Reales”, concedido en 2012 (HAR2012-37308-C05-02) y el titulado “Del patrimonio dinástico al patrimonio nacional: Los Sitios Reales” de 2015 (HAR2015-68946-C3-3-P). A estos habría que sumar el reciente proyecto, cofinanciado por la Comunidad de Madrid y el Fondo Social Europeo, sobre “La herencia de los Sitios Reales. Madrid de corte a capital (historia, patrimonio y cultura)” (H2015/HUM3415), del que formo parte. Además, también es preciso mencionar las diferentes monografías y congresos internacionales celebrados sobre la Corte, casas y Sitios Reales o proyectos como el CONSOLIDER de la CAM, “Solo Madrid es Corte” (S2007/HUM-0425), vigente hasta 2012 y en el que se involucraron numerosas universidades españolas y extranjeras.

Hasta aquí, hemos tratado de esbozar un estado de la cuestión de cómo y bajo qué paradigmas se han trabajado los Sitios Reales. Ahora bien, dado el enfoque interdisciplinar de nuestro trabajo y por la propia razón de ser de esta investigación, acorde a las características del Máster Universitario en Literatura Española, es fundamental inscribir nuestro Trabajo de Fin de Máster en las propias corrientes de investigación filológica y literaria. No obstante, en lugar de

²⁶ MOZZARELLI, Cesare, *La Corte nella cultura e nella storiografia. Immagini e posizioni tra Otto e Novecento*, Roma, Bulzoni, 1983.

²⁷ MARTÍNEZ MILLÁN, 2009.

²⁸ VERSTEEGEN, 2013.

²⁹ LABRADOR y ROSSI, 2014, p. 33.

proceder a un listado de obras y estudios que se han llevado a cabo en torno a la literatura del XIX, así como a las distintas corrientes que albergó o a sus diferentes géneros, las cuales se han consultado para comprender la complejidad literaria decimonónica, preferimos optar por resaltar algunos aspectos esenciales.

Por un lado, he de llamar la atención de la importancia que tiene la literatura de viajes como fuente fundamental de nuestro trabajo, destacando a Leonardo Romero Tobar y Patricia Almarcegui Elduayen, cuya labor persigue la proyección de los libros de viajes en la configuración del molde genérico-literario del XIX. No obstante, anteriores a ellos, conviene resaltar a Enrique Gómez Arboleya³⁰ y Julio Caro Baroja³¹, que ya propusieron la literatura de viajes como fuente para el estudio de la conformación y difusión de una determinada imagen del otro. A estos, habría que añadir las numerosas investigaciones llevadas a cabo en torno a los libros de viajes, entre la que destacamos, por su labor de compendio bibliográfico, muy útil para la realización de este trabajo, a María del Mar Serrano³².

Al hilo de la literatura de viajes, nuestro trabajo se encuadraría en los trabajos inscritos en la llamada geografía literaria, sobre todo los referidos a la región y ciudad de Madrid³³. Desde su conversión en capital y de forma casi ininterrumpida, Madrid ha inspirado los temas y la labor literaria de todos los grandes escritores españoles, algunos de los cuales están en el presente trabajo. Aunque a partir del siglo XIX los espacios de Madrid se amplían y los escritores y sus personajes se mueven por una geografía urbana muy amplia, los acontecimientos literarios más significativos, tal y como ha estudiado Salgaró Faci, siguen desarrollándose en las zonas que tradicionalmente habían tenido vida literaria y cultural y que seguían atrayendo a las nuevas generaciones³⁴. En este sentido, es llamativo el interés, cuando hablamos del siglo XIX, que ha

³⁰ GÓMEZ ARBOLEYA, Enrique, "Breve meditación sobre el viaje", *Cuadernos Hispanoamericanos* 25 (1952), pp. 41-54.

³¹ CARO BAROJA, Julio, *Una imagen del mundo perdida*, Santander, Universidad internacional Menéndez Pelayo, 1979.

³² SERRANO, María del Mar, *Las guías urbanas y los libros de viaje en la España del siglo XIX. Repertorio bibliográfico y análisis de su estructura y contenido*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1993.

³³ Han sido útil para nuestra investigación, los trabajos de HIDALGO, Ramón, Rosalía Ramos y Fidel Revilla, *Madrid literario*, Madrid, La Librería, 1990, el cual supone un recorrido didáctico por el llamado Barrio de las Letras; FRADEJAS LEBRERO, José, *Geografía literaria de la provincia de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños/CSIC, 1992; SALGARÓ FACI, Matilde (dir.), *Biografía literaria de Madrid*, Madrid, El Avapiés, 1993; SIMÓN DÍAZ, José, *Guía literaria de Madrid. De la Puerta del Sol al Paseo del Prado*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños/La Librería, 1997; DÍEZ BORQUE, José M^a (ed.), *Vistas literarias de Madrid entre siglos (XIX-XX)*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1998; EZQUERRA ABADÍA, Ramón, *El Madrid del siglo XIX ante los extranjeros*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid/Instituto de Estudios Madrileños, 1982; GUTIÉRREZ CARBAJO, Francisco (ed.), *Relatos de Madrid (Siglos XVII-XIX)*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1999; SANTOS, Juan Antonio, *Madrid en la prosa de viaje. Vol. 3: Siglo XIX*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1994.

³⁴ SALGARÓ FACI, 1993, pp. 16-17.

recibido especialmente la obra costumbrista que sobre Madrid realizó Mesonero Romanos o el denominado Madrid galdosiano, de los cuales hablaremos en el presente trabajo.

Y, por último, de manera particular, aunque son escasas, podemos encontrar algunas investigaciones que han abordado de manera concreta los Reales Sitios como paisajes literarios. Tal es el caso de Susana Montemayor, quien ha llamado la atención sobre los jardines de Aranjuez como foco de inspiración literaria³⁵, o Selina Blasco Castiñeyra³⁶, quien se ha servido de los viajeros ilustrados extranjeros para la conformación de la imagen literaria de El Escorial en el siglo XVIII. Sobre este Real Sitio, habría que destacar, además, el compendio de trabajos que se realizaron con motivo del IV centenario de El Escorial, y que recogen, de manera parcial, alguna investigación referida a la literatura e imagen de este Real Sitio³⁷ y, en concreto, el trabajo de Saturnino Álvarez Turienzo.

1.2. Objetivos de la investigación

Esta investigación tiene como fin último situar a la literatura como uno de los saberes fundamentales a la hora de conocer y estudiar los Sitios Reales en particular, así como del patrimonio histórico y cultural en general, de la misma manera que el arte o la arquitectura, y no como un mero recurso estético o complementario en las investigaciones de este tipo. De esta manera, perseguimos el objetivo de aportar una visión de los Reales Sitios desde la literatura, de acuerdo a nuestro convencimiento de que esta constituye una vía fidedigna de aproximación a la historia. Así, podemos ir tejiendo la historia de los Reales Sitios en el siglo XIX mediante la evocación del escritor en su tiempo, su vida en la villa de Madrid y las relaciones personales y literarias que estableció con la región madrileña y los Reales Sitios.

En este sentido, hemos procedido a sistematizar un material literario y enmarcarlo en un espacio geográfico concreto. Centrando geográficamente los datos literarios en determinados Sitios Reales, creemos proporcionar una continuidad y discontinuidad histórica a lo largo del siglo XIX. Al fin y al cabo, nuestro objetivo principal es entender los Reales Sitios dentro de su contexto,

³⁵ MONTEMAYOR, Susana, *Aranjuez: la literatura de sus jardines*, Madrid, Comunidad de Madrid, 2003, y *Aranjuez. Paisaje literario*, Aranjuez, Ayuntamiento de Aranjuez, 2004.

³⁶ BLASCO CASTIÑEYRA, Selina, “La imagen literaria de El Escorial en el siglo XVIII. Reflexiones sobre las fuentes del viaje ilustrado”, *Cuadernos de Historia Moderna* 12 (1992), pp.167-182. Sobre la misma autora, también podemos destacar “El ‘Viaje de España’ de don Antonio Ponz. Compendio de las alteraciones introducidas por el autor en todas las ediciones de su obra”, *Anales de Historia del Arte* 2 (1990), pp.223-304.

³⁷ *El Escorial 1563-1963: IV Centenario de la fundación del Monasterio de San Lorenzo el Real. Vol.1: Historia-Literatura*, Madrid, Patrimonio Nacional, 1963; CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, Francisco Javier, *Literatura e Imagen en El Escorial. Actas del Simposium (1/4-IX-1996)*, San Lorenzo del Escorial, Estudios Superiores del Escorial/Instituto Escorialense de Investigaciones históricas y artísticas, 1996.

temporal e histórico, con el fin de crear una imagen única a partir de sus diferentes facetas: historia, política, sociedad, economía, geografía, arte, etc. Solo así, consideramos, se podrá conseguir testimoniar lo que estos monumentos y espacios representan y representaron en el pasado, tanto por su identificación con la Monarquía Hispánica, por la historia vivida dentro de sus muros y, fundamentalmente, por la impresión que, por su grandeza y contenido, dejó en propios y extraños a lo largo del siglo XIX.

Para ello, nos serviremos de la narrativa decimonónica, la cual nos proporciona visiones diversas según la perspectiva de los distintos escritores, géneros y tendencias sobre los Reales Sitios, la Monarquía, la situación política y de aspectos varios de la vida madrileña del siglo XIX. Así, en el trabajo se ponen sobre la mesa testimonios de los Reales Sitios y del Madrid que transitaron, vivieron y recrearon nuestros escritores en sus obras literarias. Por tanto, pretendemos ofrecer un corpus literario compuesto de obras y documentos complementarios, contrastados y paralelos, a través del cual ofrecer una visión, al menos evocadora, de los Reales Sitios a través de la narrativa del siglo XIX. Nuestro objetivo no es tanto “reconstruir” exhaustivamente los Reales Sitios a través de los testimonios que en el presente trabajo se mostrarán. Ello exigiría una labor ingente y un trabajo monográfico de detalle. Nos basta con suscitar, con nuestro trabajo, el interés por unos lugares emblemáticos de la historia de nuestro país y que supusieron, como aún lo hacen, un “hecho vivo”.

Por tanto, de este trabajo podemos obtener provechos de diversa índole, como es el conocimiento literario de lugares emblemáticos de la geografía española, y en particular madrileña, y realizar un corpus variado de obras clásicas, en algunos casos, y de obras que han permanecido en el olvido. De esta forma, podemos trazar una evolución de la importancia de los Reales Sitios a lo largo del siglo XIX.

En esta línea, pretendemos caracterizar los Reales Sitios de la Comunidad de Madrid como paisajes literarios, y no únicamente la idea turística que se tiene de ellos hoy en día, presentando nuevas formas y herramientas para acercarnos a lo que simbolizaban en antaño.

Y para finalizar este apartado, sin intentar resultar o parecer demasiado ambiciosos y pecar de ingenuos, nos gustaría, a partir de este Trabajo de Fin de Máster, hacer una reivindicación a la historia y literatura del siglo XIX. Como manifestábamos al principio de este trabajo, por parte de la crítica y la historiografía, ha existido una tendencia a una cierta preterición hacia los siglos XVIII y, especialmente, XIX. Carlos Seco, por ejemplo, llegó a afirmar que desde Carlos IV hasta

la muerte de Franco hay “dos siglos de eclipse”³⁸, de absoluta decadencia. Y contra este estereotipo es preciso combatir. Ya en el año 1974, Jover Zamora, hacía un llamamiento a la toma de conciencia del XIX:

El siglo XIX está ahí, exento de condicionamientos, de los achaques, de las dificultades y de las grandezas de la historia estrictamente contemporáneo; presto para ser objeto de un conocimiento científico. [...] Los españoles no necesitamos el siglo XIX para idealizarlo ni para renegar de él; lo necesitamos, sencillamente, para entender lo que es nuestra realidad contemporánea, lo que es nuestra realidad actual³⁹.

El siglo XIX supuso una ruptura constante contra todo lo establecido, que afectó a todos los órdenes de la vida, lo que dio como resultado, en unas ocasiones, a un cierto malestar, y en otras, a una nostalgia, fruto de unas luchas, a veces armadas (carlismo *versus* liberalismo), ideológicas (socialismo *versus* conservadurismo) o literarias (clasicismo *versus* romanticismo)⁴⁰. Pero a pesar de todo, como nos dicen Llisorgues y Sobejano, tal vez, “el legado del XIX no sea más que el recuerdo de una bella idea, la de que ‘con el mismo título que el arte y la filosofía y la ciencia, los sujetos históricos somos creadores de preguntas y significaciones’”⁴¹.

Todos estos objetivos que perseguimos han definido nuestra la investigación, al tiempo que condicionado la metodología empleada y la selección de las fuentes.

1.3. Metodología: la elección de un enfoque

Escoger un tema es más difícil de lo que parece. Por ello, resulta fundamental tener clara una metodología a la hora de realizar el trabajo en todos sus aspectos, desde la elección del tema, preparación, documentación, investigación, establecimiento de los objetivos, la confirmación o no de unas posibles hipótesis durante el transcurso de la investigación, etc.

El trabajo propuesto, atendiendo a las consideraciones de aspectos particulares de la investigación literaria que propone Paun de García, supone un análisis literario, en tanto en cuanto se ha seleccionado una serie de autores y sus trabajos, para después enfrentarlos entre sí y analizar elementos específicos dentro de sus obras, ya sean imágenes, temas, escenarios, personajes, ideología, etc. Pero también supone un enfoque descriptivo, pues se pretende vislumbrar la imagen

³⁸ Cita recogida en ABAD, 1998, p. 135. Para el artículo completo, ver SECO SERRANO, Carlos, “La realidad histórica acumulada”, *Cuenta y Razón* 100 (1996), pp. 11-29.

³⁹ JOVER ZAMORA, 1974, pp. 146-147.

⁴⁰ AYMES, 1998, p. 23.

⁴¹ LLISORGUES y SOBEJANO, 1998, p. 15. Ver: ZAVALA, Iris M., “El legado del siglo XIX”, en Yvan Llisorgues y Gonzalo Sobejano (coords.), *Pensamiento y Literatura en España en el siglo XIX. Idealismo, positivismo, espiritualismo*, Toulouse, Oresses Universitaires du Mirail, 1998, pp. 349-356.

que se tenía de los Reales Sitios en el siglo XIX⁴². Por tanto, el punto central de este Trabajo de Fin de Máster es un análisis interdisciplinar sobre los Sitios Reales, proponiendo un recorrido histórico-cultural de estos a través de la literatura del siglo XIX, pues consideramos que el estudio de estos espacios no debe reducirse a enfoques parciales, sino que debe contemplar cuantos aspectos, planos o niveles sea posible.

En este sentido, la elección de un enfoque nunca es fácil, sobre todo teniendo en cuenta la diversidad de corrientes y propuestas metodológicas que se dieron a lo largo del siglo XX y que aún hoy en día se siguen ofreciendo y revitalizando⁴³. Así, para el desarrollo de este trabajo, y partiendo de un pluralismo crítico que nos permita enmarcar el producto literario en todos sus contextos, se ha procedido a utilizar una metodología diversa de los estudios literarios en la que no quede fuera de nuestro objeto de estudio –los Sitios Reales y la narrativa del siglo XIX– ningún campo de interés y en la que no se desperdicie nada que pueda resultarnos útil para analizarlos y comprenderlos.

De esta manera, para el desarrollo de nuestra investigación y de acuerdo a nuestros objetivos, procederemos a realizar un análisis extratextual del corpus de obras narrativas seleccionadas del XIX, que hablen, ya sea como elemento fundamental o pasivo, de los Reales Sitios. De acuerdo a la definición de Rodríguez Fer sobre el análisis extratextual, el cual parte del contexto en el que se inscribe el texto, permitiéndonos explicar aspectos de la realidad que él ilustra o refleja, se llevará a cabo un análisis histórico-literario teniendo en cuenta dos niveles. Por un lado, contemplando el estudio del texto en la historia de la literatura con el fin de mostrar la relación del texto con la tradición literaria de la que forma parte a través del género al que pertenece, de las fuentes, mitos, motivos o tópicos que recrea, de la intertextualidad que contiene, de las influencias que recibe o de las características de época, movimiento, escuela, autor u obra de las que participa, etc.; y, por otro, buscando la presencia de la literatura en el propio texto, es decir, procuraremos advertir cómo la obra se inserta en el sistema literario al que pertenece y qué lugar ocupa en él. No obstante,

⁴² PAUN DE GARCÍA, 2004, p. 29.

⁴³ Algunas de las corrientes contemporáneas que podemos citar son las siguientes: Formalismo (formalismo ruso del Círculo de Moscú y de la Sociedad para el Estudio del Lenguaje Poética de Petrogrado, *New Criticism* anglosajón, Estilística lingüística, posformalismo francés); estructuralismo (primera Escuela de Ginebra, Círculo de Praga, constructivismo ruso, estructuralismo francés, Poética jakobsoniana, Estructuralismo polaco, segunda Escuela de Ginebra, post-estructuralismo francés, deconstrucción y Grupo de Yale, poética de la expresividad); Semiótica (norteamericana, europea, soviética: Círculo de Tartu, Escuela de Praga); Estilística (alemana, hispánica, italiana, estructural); Retórica (Retórica clásica, crítica teórica norteamericana, Escuela de Lieja); Pragmática (crítica dialógica, lingüística del texto, estética de la recepción de la Escuela de Constanza, crítica norteamericana de la respuesta del lector y Escuela de Buffalo, ciencia empírica, teoría de los actos de habla, teoría de los mundos posibles, fenomenología de la escuela de Bolonia); u otras líneas sincréticas (Escuela de Frankfurt, Escuela de Besançon, Neoaristotelismo de la Escuela de Chicago, Círculo de Zagreb, Escuela de Nitra, feminismo, ginocrítica, crítica negra, teoría poscolonial, teoría de los polisistemas, *New Historicism* norteamericano, *Cultural Materialism* británico).

dicho análisis lo complementaremos con un análisis histórico-social, pues pretendemos tanto estudiar el texto en la historia social como la presencia de la sociedad en el texto. Y, por último, en cierta medida, un análisis ideológico de la época a través de los textos⁴⁴.

Dado el carácter interdisciplinar de esta investigación, resulta de vital importancia, de acuerdo a los objetivos que hemos planteado, tratar de delimitar el trabajo en la medida de lo posible, sin que por ello resulte una investigación menos sólida y compacta, sino más centrada y óptima. En nuestro caso, en primer lugar, vimos necesario acotar el marco temporal de actuación, centrándonos en el siglo XIX. Si bien, a lo largo del trabajo, hablaremos de lo que supuso tanto histórica como culturalmente esta época, consideramos de gran interés abordar un siglo en el que tradición e innovación parecen ir cogidas de la mano a lo largo de todo el periodo. Un siglo que evoluciona a pasos agigantados en todos los aspectos de la vida, política, sociedad, cultura, economía..., pero que, sin embargo, parece estar lejos de nuestra concepción actual de modernidad. De manera más concreta y en relación a nuestro objeto de estudio, consideramos de especial interés el siglo XIX por la nueva consideración que lugares cargados de tanta simbología histórica y del poder de la Monarquía adquirieron ante el avance del liberalismo y constitucionalismo de este periodo, dando lugar a un punto de inflexión y a una concepción anacrónica de los Sitios Reales.

En este proceso de delimitar el trabajo, se suma el interés que tiene la literatura de este periodo. Ya desde el siglo XVIII, motivado por el carácter patriótico que adquirió la Ilustración en España, se produce un cierto fenómeno de fijar un patrón nacional, natural y popular para el estilo literario con fundamento en la tradición autóctona. Sin embargo, será en el siglo XIX cuando por medio del elemento subjetivo y personal que impregna el Romanticismo encontramos cómo se renueva el interés por la identidad colectiva o el carácter nacional o popular, adquiriendo un cierto toque nacionalista y/o regionalista que se plasma en la literatura del periodo. Y es que la literatura del XIX está marcada por la gran variedad de géneros que se dan y las distintas corrientes literarias que se suceden, desde el Romanticismo, Costumbrismo, Realismo y Naturalismo, hasta la irrupción final del Modernismo, etc., lo que nos permite abordar los Sitios Reales desde distintas sensibilidades y formas de concebir la realidad social, el arte literario y el objeto artístico. Muy relacionado a esto, se decidió centrar el trabajo en la narrativa, prescindiendo de la poesía o del teatro, por considerar que el siglo XIX, más allá de ser considerado el “siglo de la novela”, como lo ha convenido la crítica relativa a este periodo, se puede considerar como el “siglo de la prosa”, en sentido más amplio, pues son multitud los géneros con los que podemos trabajar, teniendo en

⁴⁴ RODRÍGUEZ FER, 1998, pp. 122-130.

mente nuestro objeto de estudio, los Sitios Reales: desde relatos de viajes, guías urbanas, artículos periodísticos y, evidentemente, el género novelesco, entre otros.

Igualmente, vimos oportuno acotar los Reales Sitios que serían objeto de nuestra investigación. Esparcidos por todo el territorio nacional, fueron muchos los lugares donde la Monarquía y su Corte se establecieron a lo largo de los siglos, ya sea como sitio de recreo o lugar temporal de residencia. Así, el ámbito geográfico a estudiar se concretará en la actual provincia de Madrid, donde los Reyes, tanto de la dinastía de Habsburgo como de los Borbones, localizaron la capital de su Monarquía y ubicaron multitud de palacios donde residir y fijar la Corte. No obstante, aunque se tratará de ofrecer un enfoque general sobre la situación de Madrid como capital de la Corte, procederemos a centrarnos de manera específica en cuatro Reales Sitios, dos ubicados dentro de lo que geográficamente se consideraba en aquel entonces la villa de Madrid, el Palacio Real y el Real Sitio del Buen Retiro, y dos localizados en los perímetros de la región madrileña, el Real Sitio de Aranjuez y el Real Sitio de El Escorial, reflejos, todos ellos, al fin y al cabo, del pasado y presente de la Monarquía y la Corte en el siglo XIX.

Una vez establecidos los criterios y límites del trabajo, fijados al inicio de este o, a veces, durante, comienza el proceso mismo de la investigación. El primer paso para la elaboración del trabajo fue el acopio del material pasivo, es decir, documentar la investigación. En este sentido, la documentación empleada en el trabajo procede sobre todo de dos ámbitos:

- **Fuentes referenciales**, es decir, de carácter consultivo y orientativo, lo que supuso una búsqueda bibliográfica minuciosa tanto de los autores de la época como de investigaciones que se han hecho al respecto de la literatura del XIX, ya sea con un enfoque más general o más especializado en materia de Romanticismo, Costumbrismo, Realismo, libros de viajes, descripción literaria de la provincia de Madrid, etc. No obstante, dado que nuestro enfoque es un análisis histórico-literario, también conviene centrarse en la bibliografía existente en torno a los Reales Sitios y a la situación política y social de la España decimonónica. Dicho trabajo de recopilación y búsqueda bibliográfica, ya en parte recogido en el estado de la cuestión, nos permitirá introducir el tema en las determinadas secciones dispuestas para el trabajo. Además, la información que dichos estudios y trabajos nos proporcionan ha resultado de vital importancia, en algunos casos, para saber cuál debía ser nuestro corpus literario.

- **Fuentes primarias**⁴⁵, que son las que conforman el corpus literario que hemos escogido como objeto de análisis, y que comprende desde relatos de viajes, artículos periodísticos, autobiografías, novelas, ensayos... de autores de la época que nos permiten descubrir el importante papel o no que jugaban los Reales Sitios aún en el siglo XIX y cómo eran estos vistos por la sociedad de su tiempo.

A pesar de las diferencias formales, estilísticas, ideológicas, de contenido, etc. de las obras estudiadas, pretendemos ofrecer una visión panorámica de los Reales Sitios a lo largo de toda la centuria. Es por ello por lo que más que escoger a un único autor, decidimos recorrer los viejos caminos que emprendieron los literatos del XIX y que les llevaron en numerosas ocasiones, entre a otros tantos lugares, a los Reales Sitios de una Monarquía que se encontraba en franca decadencia, pero donde se ensalzaba el pasado glorioso del poder regio. Igualmente, un corpus tan vasto y heterogéneo de obras literarias sobre los Reales Sitios es imposible encasillarlo en un género estilístico único. No obstante, hay elementos constantes que traspasan los movimientos, las épocas y los géneros que hacen que la literatura que han generado los Sitios Reales tenga unos ecos inconfundibles. Por esto y ante la imposibilidad de ofrecer una relación exhaustiva de todos los escritores que vivieron y escribieron sobre la región de Madrid y los Reales Sitios que albergaba, hemos procedido a la selección de unos determinados autores y unas obras concretas que consideramos pueden ser representativos de la vida literaria de su tiempo. Somos conscientes de que la elección es incompleta y de que probablemente responde a preferencias y gustos personales, sin ajustarnos necesariamente al canon tradicional literario del XIX. Pero a pesar de estas limitaciones, hemos querido perseguir un objetivo fundamental: ofrecer una visión de los Reales Sitios lo más completa posible y traer el testimonio de escritores diversos y heterogéneos a los que no se les había relacionado, en algunos casos, directamente con los Reales Sitios y la descripción de la Corte madrileña.

Se trata, en definitiva, de un plan de trabajo que consideramos ambicioso y que pretende poner en valor el papel y presencia de los Reales Sitios en la literatura y realidad decimonónica.

⁴⁵ Para las citas textuales relativas a las fuentes primarias, se ha optado por adecuar la grafía y puntuación, en la medida de la posible y tratando de no romper la armonía original, a las normas actuales.

2. La importancia de los Reales Sitios

Los Reales Sitios constituyeron la representación arquitectónica de la Monarquía mediante un sistema de palacios, jardines, cazaderos y casas de recreo que, a pesar de su origen medieval, comenzarían a estructurarse como tales a partir del reinado de Felipe II, siendo ampliado, modificado y perfeccionado durante los siguientes tres siglos⁴⁶. Por tanto, un Real Sitio es mucho más de lo que la historiografía tradicional venía diciendo hasta entonces, centrada simplemente en cuestiones artísticas y considerando tal recinto como el mero lugar de descanso y recreo de una Corte ociosa y derrochadora. Como se verá, los Reales Sitios suponían auténticos espacios de representación y celebración de un sistema sociopolítico y, en ciertas ocasiones, eran el laboratorio de ensayo de las propuestas económicas y culturales más novedosas de la época.

El sistema de Reales Sitios no es ni mucho menos una especificidad propia de la Monarquía Hispánica sino que implicaba un ideal de todas las monarquías europeas. Si bien durante el Medievo las posesiones reales eran simples cotos de caza situados en plena naturaleza o, como mucho, jardines de reducidas dimensiones en torno a castillos, alcázares o conventos, el progreso cultural marcado por el Renacimiento trajo consigo novedades “en las artes del bien vivir”, incluido el concepto y disposición de las residencias reales⁴⁷. Así, durante la Edad Moderna las monarquías europeas se articularon en torno a un “modelo cortesano” y cuyo núcleo se encontraba en las residencias y patronatos reales, constituidos en una serie de espacios de poder repartidos por el reino que permitían la articulación del territorio al mismo tiempo que imponían una imagen regia muy concreta que traspasaría las fronteras de sus reinos⁴⁸. De esta manera, los Reales Sitios representaban un ideal europeo.

Desde aproximadamente el siglo XIII hasta el siglo XIX, Europa se configuró por una serie de sociedades interconectadas a través de las cortes principescas. Tan importante como los elementos que los componen, sus largos siglos de historia o las colecciones que conservan en su interior, lo que realmente diferenciaba a estos Sitios de otros monumentos es que fueron, como hemos dicho anteriormente, el reflejo de una organización sociopolítica propia que caracterizó durante la Edad Moderna a las monarquías europeas situadas en diferentes puntos del territorio⁴⁹.

⁴⁶ SANCHO GASPAR, 1995, p. 23.

⁴⁷ CHUECA GOITIA, 1958, pp. 109-110.

⁴⁸ MARTÍNEZ MILLÁN, 2014, p. 30

⁴⁹ Algunos estudios ya se encuentran encaminados a este tipo de análisis como por ejemplo: HORTAL MUÑOZ, José Eloy, R. VERMEIR, y D. RAEYMAEKERS, *A Constellation of Courts. The courts and households of Habsburg Europe, 1555-1665*, Leuven, Leuven University Press, 2015.

Si atendemos a las Casas Reales históricas de Europa, vemos cómo el espacio en el que se constituyeron responde a un mismo patrón e identidad. Así podemos citar Sanssouci, Versalles, Tsárskoye Seló, etc. De hecho, será en el siglo XVIII cuando este sistema se acrecienta ante los nuevos palacios reales que los monarcas de toda Europa, movidos por los ideales que encerraba el denominado despotismo ilustrado, levantaron: por ejemplo, en Italia, Vanvitelli levantó en 1751 el Palazzo Reale de Caserta; en Inglaterra Vanbrugh y Hawksmoor llevaron a cabo la construcción del Blenheim Palace; en Rusia, Rastrelli diseñó el Palacio de Invierno de San Petersburgo; en Alemania se construyó el palacio de Ludwigslust de Busch entre 1764-1796, la obra maestra de Pöppelman el Zwinger de Dresde entre 1697 y 1716 y la Residencia de Wurzburg de Neumann, construida entre 1720 y 1744; mientras tanto, en España se transformaron o finalizaron muchos de estos conjuntos gracias a obras como la fachada del palacio de La Granja de San Ildefonso entre 1734 y 1736 por Juvarrá y Sachetti, la reforma del palacio de Aranjuez por Bonavía y Sabatini entre 1748 y 1771 o la edificación del Palacio Real Nuevo de Madrid, que sustituyó al viejo Alcázar de los Austrias tras el incendio de 1734⁵⁰.

Todos ellos son lugares que forman parte del impresionante legado patrimonial que nos dejaron como herencia las cortes europeas y gracias al cual nos encontramos a lo largo de todo el continente con jardines, bosques y palacios que acumulan objetos artísticos, bibliotecas, gabinetes botánicos, observatorios astronómicos e innumerables recursos del actual patrimonio histórico, artístico y cultural de cada uno de los países en que se localiza. La historiografía tradicional y la sociedad en general suele contemplar estos Sitios Reales como simples lugares de residencia y recreo, y a los regímenes monárquicos que los produjeron como vestigios de un pasado feudal, conservador y cerrado a la modernidad. Sin embargo, estos espacios reales y cortesanos fueron mucho más que eso. Destinados a garantizar el control de extensos territorios y los recursos que en ellos se producían, fueron formando con el paso de los siglos una auténtica red de centros desde donde se articulaba el poder y se estimulaba el mecenazgo a las artes y las ciencias, así como la innovación y el desarrollo.

No obstante, más allá de todo ello, lo que hace que estos conjuntos se diferencien del resto de elementos patrimoniales es que desde la Baja Edad Media hasta principios del siglo XX se convirtieron en la huella de todo un sistema dinástico desarrollado en Europa con el que paulatinamente, y casi sin pretenderlo, se fue fraguando una noción de comunidad integrada, digamos, internacionalmente. Al convertirse estos Sitios Reales en la expresión de cada Monarquía, estos enclaves se acabaron convirtiendo en un patrimonio histórico-artístico único

⁵⁰ MARTÍNEZ MILLÁN, 2014, p. 28.

“que ayuda a comprender la esencia de la nación a cuyo desarrollo han servido y que han dirigido”⁵¹. Desde sus antecedentes medievales hasta su desarrollo cultural, político, social y económico durante la Edad Moderna, incluyendo las difíciles circunstancias del siglo XIX –desamortización, enajenaciones, evolución constitucional–, las guerras, la falta de interés institucional y privada sobre algunos de ellos, etc., los acontecimientos históricos y políticos que se han ido sucediendo a lo largo del tiempo han dejado su huella de una forma u otra sobre estos conjuntos que denominamos Reales Sitios.

2.1. Historia, poder y arte: ideal y reflejo de la Monarquía Hispánica a lo largo de los siglos

Los Reales Sitios, si bien conocieron su esplendor durante la Edad Moderna, con la Monarquía de los Austrias y primeros Borbones, lo cierto es que algunos de estos enclaves tuvieron un origen islámico y medieval, construyéndose en zonas ricas en recursos y de gran valor geoestratégico⁵².

Durante la Baja Edad Media, los distintos monarcas cristianos que reinaban en los diversos reinos peninsulares fueron utilizando, construyendo y reformando diferentes edificios a lo largo de la geografía de la Península Ibérica con el fin de que les sirvieran de estancia a ellos y a sus cortes itinerantes. Sin embargo, muchos de estos antiguos castillos medievales terminaron por desaparecer con las últimas conquistas cristianas del territorio en tiempos de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón debido al interés que los Reyes Católicos tenían por reformar dichos enclaves para así servir como vehículo de expresión de la nueva entidad territorial que se iba gestando⁵³. A partir de entonces, comenzaría a fraguarse lo que acabaría siendo el sistema de Reales Sitios, pues tras la unión de las dos Coronas, Carlos I, a su llegada a la Península en 1517, halló prácticamente hecho e integrado en el Patrimonio Real un sistema de casas reales, con sus edificios y espacios subsidiarios que le pertenecían por tradición y por conveniencia. Por un lado, el Patrimonio de la Corona de Aragón estaba constituido fundamentalmente por el castillo de la Aljafería en Zaragoza, el Palacio Real de Valencia y La Almudaina y Bellver en Mallorca, además de algunos menores en esos reinos; por su parte, el patrimonio de la Corona de Castilla lo conformaban, sobre todo,

⁵¹ SANCHO GASPAS, 1995, p. 24.

⁵² NAVARRO MADRID, 2002, p. 214. Esto explicaría que multitud de los Reales Sitios se ubicaran en el entorno de Madrid, el punto central y su razón de ser.

⁵³ Algunos trabajos sobre la configuración de los Sitios Reales durante la Edad Media y el reinado de los Reyes Católicos, podemos destacar CHUECA GOITIA, Fernando, *Casas Reales en monasterios y conventos españoles*, Bilbao, Xarait, 1982 y “Los palacios de los Reyes Católicos”, *Reales Sitios* 110 (1991), pp. 37-44; CASTILLO OREJA, M. Á. (ed.): *Encuentros sobre patrimonio. Los alcázares reales*, Madrid, Fundación BBVA, 2001; DOMÍNGUEZ CASAS, R., *Arte y etiqueta de los Reyes Católicos. Artistas, residencias, jardines y bosques*, Madrid, Alpuerto, 1993.

los Alcázares de Segovia, Madrid, Toledo y Sevilla, y la fortaleza y casas reales de La Alhambra de Granada, así como bosques y cazaderos, entre los que destacaban El Pardo, el Bosque de Segovia (Valsaín), Aranjuez, el Soto de Roma en Granada y el Lomo del Grullo en Segovia⁵⁴.

Pero a pesar de algunas obras relevantes que mandó realizar Carlos I (V), como fueron la construcción del palacio de su nombre en la Alhambra, las reformas en el del Pardo o en el Alcázar de Sevilla, sería su hijo Felipe II, aún como príncipe, el primer monarca que desarrollaría plenamente un plan constructivo específico de forma organizada en torno a los Reales Sitios como reflejo del poder regio⁵⁵, y que se concretaría en la zona de Toledo-Segovia y, finalmente, en Madrid, convertida en la capital de la Corte por Felipe II en 1561. Así, comienza un proceso de concentración en torno a Madrid que da como resultado la construcción de la gran obra del “Rey Prudente”, el monasterio de San Lorenzo de El Escorial, la compra e inicio de obras del Real Sitio de la Casa de Campo y/o la reforma de construcciones ya existentes para convertirlas en verdaderos palacios renacentistas, tales como Aranjuez, Valsaín o los alcázares de Toledo y Madrid, entre otros. De esta manera, los distintos Reales Sitios que se desarrollan en torno a la capital constituyen el magnífico centro de un predominio campestre cuya función empieza a quedar claramente definitiva: “como un planeta o como el Sol, el Rey sigue a lo largo del año un curso regular alrededor de ese centro cósmico que Madrid pretende ser como Corte de la Monarquía Española”⁵⁶. Pero más que el ritmo de las jornadas reales, la más importante herencia de Felipe II fue haberlas integrado con un carácter sistemático en la vida del soberano y haber

⁵⁴ SANCHO GASPAS, 1995, pp. 27-28. A todo este conjunto de residencias peninsulares, habría que sumar las de los otros reinos europeos de la Monarquía Católica, unas antiguas, heredadas y perfeccionadas como los alcázares hispánicos (el palacio real de Bruselas, el de Palermo o el de Montepellier), otras edificadas *ex novo* bajo el régimen del virreinato como símbolos de la presencia del Soberano, siendo el más significativo el caso de Nápoles, o en función de visitas eventuales, como el de Lisboa, así como también, por ese concepto representativo, los palacios ‘reales’ en los virreinos de América, destacando el de México.

⁵⁵ Para la consecución y logro de Sitios Reales, se configuró un sistema basado en tres pilares: creación de la Junta de Obras y Bosques, órgano que se encargaría de gestionar todo este entramado de posesiones; elección de un arquitecto mayor que dotara de unidad de estilo todas las construcciones reales, cargo que recayó en Juan Bautista de Toledo; y organización jerárquica de los oficiales participantes en dichas obras a través de una serie de instrucciones precisas. HORTAL MUÑOZ, 2014, pp. 29-30.

Para más información sobre la época de Felipe II y los Reales Sitios, ver: CHECA CREMADES, F., “Felipe II y la ordenación del territorio en torno a la Corte”, *Archivo Español de Arte* 232 (1985), pp. 392-398 y “Las Construcciones del Príncipe Felipe” en *Ideas y diseño. La Arquitectura. IV Centenario del Monasterio de El Escorial*, Madrid, MOPU, 1986, pp. 23-45; TOVAR MARTÍN, Virginia, *El espacio territorial madrileño circunscrito a los Sitios Reales en el reinado de Felipe II*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid/Instituto de Estudios Madrileños, 1998.

⁵⁶ SANCHO GASPAS, 1995, p.29. Estamos hablando de la utilización estacional que se hacía de los Reales Sitios. Es decir, lo que se ha venido a denominar como “jornadas reales”, las cuales, a pesar de las preferencias por determinados Reales Sitios por parte de los sucesivos monarcas (Felipe II y El Escorial, Felipe IV y el Buen Retiro, Fernando VI y La Granja o Carlos IV y El Pardo, por ejemplo), se mantuvieron establecidas así hasta el reinado de Isabel II. De esta forma, el invierno se pasaba en El Pardo, y la Pascua y Navidad en Madrid de donde partían a Aranjuez para la primavera. En verano la corte se trasladaba a Valsaín o la Granja tras el incendio del primero, mientras que el otoño se pasaba en El Escorial, volviendo de nuevo a El Pardo a comienzos de diciembre. De esta manera, la estancia de la Corte en Madrid “capital” quedaba reducida a algo más de un mes en invierno, a la Semana Santa y a algunos días puntuales.

definido los Sitios que, teniendo como eje a Madrid⁵⁷, iban a constituir, más que meros lugares de retiro y descanso, destinados a la caza y el campo, el escenario donde se reservase la “Majestad Real” o “magnificencia”, es decir, extender la imagen que el monarca quería a lo largo de todo el reino, sistema que se fue extendiendo y perfeccionando durante los siglos siguientes⁵⁸.

Aunque Felipe III, Felipe IV y Carlos II no continuaron el afán constructivo del “Rey Prudente”, los denominados Austrias menores no fueron ajenos a la relevancia que tenían los Reales Sitios en la ordenación de sus reinos. Es por ello por lo que sus esfuerzos se dirigieron, más que a incrementar el número de palacios reales, a las reconstrucciones, ampliaciones y mejoras de los ya existentes, especialmente en tiempos de Felipe IV. Para ello, fue importante la actuación de los Validos, especialmente del duque de Lerma con Felipe III y el conde-duque de Olivares con Felipe IV, pues vieron los beneficios que conllevaba el control de estos espacios, estrechamente vinculados al monarca y que venían a representar, al fin y al cabo, el poder real, para la extensión de redes y la consecución de sus estrategias políticas. El resultado fue una mayor vinculación de estas propiedades reales con la Corte, manifestándose en un mayor número de trabajadores, en la dependencia de sus familias del favor real y, sobre todo, en la preocupación por configurar el aspecto de estos Reales Sitios para la propaganda y la transmisión de una imagen muy concreta del poder regio⁵⁹.

⁵⁷ En el entorno de Madrid, podemos llamar la atención, a lo largo de la historia, de multitud de Sitios Reales. Entre los principales se encontrarían, Aranjuez, El Escorial, Valsaín (y posteriormente La Granja) y Madrid, como sede del Palacio Real, pero también complementado con la Casa de Campo o el Palacio del Buen Retiro. También habría Sitios Reales subordinados o adjuntos, de especial relevancia por constituir centros de esparcimiento, cinegético principalmente, y cuyas frecuentes visitas reales hicieron preciso convertirlos en palacios, como El Pardo y Riofrío. Y, por último, se situarían los Sitios Reales menores que son, en definitiva, aposentos reales de menor importancia: se trataba de pequeños enclaves singularizados por la presencia de abundante caza (Vaciamadrid, Aceca, El Campillo, La Fresneda y La Fuenfría). Para una información más exhaustiva sobre la configuración de estos enclaves en torno a Madrid, puede consultarse: TOVAR MARTÍN, Virginia, “Sitios Reales de Madrid”, *Boletín de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País* 27 (1994), pp. 109-120 y CORELLA, P. y B. Gutiérrez, *Sitios Reales de Madrid*, Madrid, La Librería, 2001.

⁵⁸ SANCHO GASPAR y MARTÍNEZ LEIVA, 2003, p. 87. Para más información, ver VERSTEEGEN, Gijs, “Los Sitios Reales y el debate sobre la virtud de la magnificencia en el siglo XVII” en *Congreso internacional ¿Decadencia o reconfiguración? Las monarquías de España y Portugal en el cambio de siglos: 1640-1724*, Madrid, Universidad Rey Juan Carlos, 2015. El autor defiende, frente a la historiografía tradicional que asociaba el término de manera anacrónica al gasto y derroche de la Corte, que la magnificencia hace referencia a la pompa, ceremonial y propaganda de la Monarquía.

⁵⁹ HORTAL MUÑOZ, 2014, pp. 31-41. Según sostiene el autor, este interés de los Validos por controlar los Sitios Reales respondía a una estrategia que pretendía incrementar la vinculación de estos con la Corte, la cual fue mucho más profunda a partir de Felipe IV. Para ello, no solo se llevarán a cabo importantes campañas constructivas que intentaban adaptar dichos lugares al Barroco y que dotaba a los Reales Sitios de un gran esplendor, sino también se producirá un incremento de la nómina de personajes que servían en ellos, pues los Reales Sitios, ante la notable patrimonialización de los oficios y cargos cortesanos, se convirtieron en una de las pocas vías que quedaban para ingresar en la Corte, la cual se mantuvo durante todo el reinado de Felipe IV a pesar de las graves dificultades económicas que sufría la Monarquía Hispánica en esos momentos. Para más información, HORTAL MUÑOZ, José Eloy, “Los Validos y los Sitios Reales durante el siglo XVII: la integración efectiva en la Corte y la organización del espacio palatino”, en *Congreso internacional ¿Decadencia o reconfiguración? Las monarquías de España y Portugal en el cambio de siglos: 1640-1724*, Madrid, Universidad Rey Juan Carlos, 2015.

Pero los Reales Sitios no solo comprendían espacios palatinos o funciones únicamente cortesanas. La explotación y aprovechamiento (leña, caza, pesca, cultivos, etc.) de los amplios espacios naturales que se desplegaron en torno a ellos los convirtieron en centros neurálgicos del poder político y económico y en espacios que transformaban y reestructuraban las zonas contiguas a ellos⁶⁰. De hecho, fue su posición geográfica o la riqueza agrícola y cinegética, así como los recursos fluviales, plantaciones de frutales, flores, ganados o espacios forestales que poseían estas localizaciones lo que en muchas ocasiones determinó que los monarcas y sus cortes fueran asentándose allí. En este sentido, podemos destacar el paisaje agrícola de Aranjuez, el desarrollo del Soto de Roma como fuente imprescindible de recursos madereros de la Corona o la Real Acequia del Jarama, parte de la cual pasaba por el Real Sitio de Gózquez y suministraba de recursos al conjunto de Aranjuez⁶¹.

A pesar del paso de los siglos, los Palacios y Sitios Reales, tal como los definió Felipe II, continuarían vigentes, así como la etiqueta de la Casa Real. Incluso el cambio de dinastía tras la muerte de Carlos II y la guerra de Sucesión no quebrantó, en un primer momento, este sistema. De hecho, la actitud de los primeros Borbones respecto a los Sitios Reales supuso “una especie de vuelta atrás en el tiempo, como cuando en época de Felipe II la Corona se vio presa de un frenesí constructivo que hizo surgir de golpe todo el entramado de palacios en torno a Madrid”⁶². Por ejemplo, se levantó el nuevo Palacio Real de Madrid tras el incendio del viejo Alcázar en 1734; se construyeron los de La Granja y Riofrío, en sustitución del que se encontraba en Valsaín; terminaron el de Aranjuez; ampliaron el de El Pardo; hicieron importantes reformas en El Escorial, etc. Se trataba de traer el ideal versallesco a la nueva Monarquía Hispánica.

En este sentido, muchas de las reformas que emprendió la Casa de Borbón a su llegada iban dirigidas a diferenciarse de la dinastía anterior. Por ello, aunque se trataba de los mismos lugares, no eran los mismos Sitios. Como explica Morán Turina,

eran distintas las formas de habitarlos, de concebirlos e, incluso de explotarlos, además de que, en algunos casos, existieran entre ellos diferencias importantes desde el punto de vista de la propiedad, como sucede en Aranjuez y en El Pardo, la mayor parte de cuyos terrenos, hasta entonces arrendados, no pasaron a ser posesión real hasta el siglo XVIII⁶³.

⁶⁰ LABRADOR y ROSSI, 2014, p. 38

⁶¹ Para más información, ver TRÁPAGA MONCHET, K. y Félix Labrador Arroyo, “El Real Sitio y Soto de Roma: articulación territorial y aprovechamiento forestal en la monarquía hispana (siglos XVI-XVII)”, *Actas del IV Encontro CITCEM Cruzar Fronteiras: Ligar as Margens da História Ambiental*, Porto, Universidade do Porto, 2015.

⁶² MORÁN TURINA, 2002, p. 202.

⁶³ *Ibidem*, p. 204.

Frente al sentido de *majestas habsbúrgico*, donde el Príncipe estaba recluido en palacio, encerrado en un *sancta sanctorum* custodiado por sus Grandes, que la literatura de la época⁶⁴ y la leyenda negra potenciaron, y que se manifiesta en los Sitios Reales por el carácter cerrado del monasterio de El Escorial o por la prohibición de asentamiento de habitantes y pasto en el término de Aranjuez, el cambio de dinastía en el siglo XVIII con los Borbones en el trono trajo una nueva cultura cortesana, heredera del Rey Sol francés, Luis XIV⁶⁵, según la cual, el Monarca no solo debía ocultarse a las miradas de sus súbditos sino que se debía prestar a ellas⁶⁶.

Sin embargo, las circunstancias políticas de la guerra de Sucesión, la oposición de los grandes títulos de Castilla y la propia personalidad de Felipe V impidieron grandes cambios. De hecho, el primer rey Borbón se fue haciendo cada vez más invisible. Por ejemplo, cambió sus horarios durmiendo por el día y despachando a sus ministros por la noche, además de en 1724, abdicar de la Corona en su hijo Luis I y refugiarse en la soledad de La Granja.

Por tanto, el reinado de Felipe V no supondría un cambio radical frente a la concepción tradicional de los Austrias con respecto a los Sitios Reales, manteniendo, por ejemplo, la prohibición de que se efectuaran asentamientos en ellos. Serían ya sus sucesores quienes, movidos por la mentalidad de la Ilustración y el desarrollo urbano propio de la época, revolucionarían el sentido mismo de los Reales Sitios. El hecho mismo de que se pudiesen establecer asentamientos en estos lugares, hasta entonces vedados a la Monarquía y su Corte, hizo que estos pasasen de estar despoblados a insertarse en un conjunto urbano, de pasar a situarse en un bosque a hacerlo en una ciudad⁶⁷. Si ya durante la monarquía de los Austrias, los Reales Sitios habían cumplido un papel clave para el patrocinio real de edificios de carácter público como los hospitales y de carácter religioso como los monasterios y conventos⁶⁸, al presentarse como “el imprescindible reverso religioso de la imagen del rey católico (...) Eran tanto una expresión de la fe, principal elemento común entre los reinos de tan extensa Monarquía, como monumentos de afirmación dinástica por ser un vínculo con la piedad de sus antecesores”⁶⁹, los reyes Borbones llevarían a cabo importantes

⁶⁴ Un ejemplo sublime en el Siglo de Oro lo encontramos en *El Criticón* de Baltasar Gracián (1651, 1653 y 1657).

⁶⁵ Uno de los primeros consejos que Felipe V recibió de su abuelo Luis XIV fue que aunque “existen naciones donde la majestad de los reyes consiste en gran parte en no dejarse ver, y esto puede tener sus razones en espíritus acostumbrados a la servidumbre, que solo se gobiernan por el temor y el terror... si hay cierta singularidad en esta monarquía reside en el acceso fácil de los súbditos al príncipe... No os encerréis en la molición vergonzosa de vuestro palacio, mostraos a vuestros súbditos, escuchad sus demandas y hacedles justicia”. Ver LUIS XIV, *Memorias del arte de gobernar*, Buenos Aires, Espasa-Calpe. Para un análisis exhaustivo y riguroso sobre el Rey Sol, ver BURKE, Peter, *La fabricación de Luis XIV*, Guipúzcoa, Nerea, 1995.

⁶⁶ VÁZQUEZ GESTAL 2006, p. 52.

⁶⁷ MORÁN TURINA, 2002, p. 207.

⁶⁸ Muchos de ellos continuaron conservando esa imagen tras la muerte de los monarcas al convertirse en panteones reales como ocurre, por ejemplo, en la Capilla Real de Granada o en el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, por ejemplo.

⁶⁹ SANCHO GASPAS, 1995, p. 23.

intervenciones urbanísticas, diseños de paisajes y jardines circundantes, etc. En este sentido, destacaría especialmente Carlos III y la simplificación de las construcciones alentadas por la monarquía, las cuales eran el reflejo de cómo

de construir para la Corte exclusivamente, esta comenzó a construir para el pueblo [...]. De lo privativo del Rey a lo público de su Monarquía, de la Corte al Estado. Como si la Monarquía se abriera, esos monumentos hablan de un nuevo equilibrio sociopolítico, y del anhelo de querer establecer un nuevo juego de fuerzas entre Soberano y pueblo, saltándose la excepción de la nobleza representada en la cultura cortesana⁷⁰.

Incluso las construcciones destinadas para uso y disfrute de la Monarquía, como La Granja de San Ildefonso, son de espacios más pequeños, cotidianos, no ideológicamente elaborados, quedando al margen la Corte. Desde entonces, más que grandes palacios, los príncipes e infantes se establecieron en casitas, las cuales, a pesar del lujo, estaban destinados para la persona y no para la “Majestad”.

En este sentido, el desarrollo de Aranjuez, El Pardo o la Casa de Campo es una muestra de que nos encontramos ante un nuevo siglo y una nueva mentalidad, acorde a la Ilustración, en el que el planteamiento de estos enclaves se llevó a cabo “desde criterios autónomos, desde el valor del límite del espacio natural, desde el ordenamiento territorial como hecho urbano, desde la relación dialéctica de ciudad y de campo o desde la ambición culta y laboriosa de congregar sabiamente las artes en su dimensión y aparato formal”⁷¹. De hecho, según Sancho Gaspar, a partir de 1766,

el Rey, disgustado o desengañado respecto a las posibilidades de actuación en la Corte, proyectó fuera de esta sus ideales y realizó una serie de experiencias que habían de convertir los Sitios Reales, ajenos antes a la ordenación urbanística, en pequeñas poblaciones modelos, donde lo que se plantea no es la imposición de un plano formal geométrico, sino una ciudad ideal en lo que a las funciones se refiere, a partir de la corrección de la imperfecta realidad existente: una ciudad “decente”, regular, limpia y con una serie de principios de higiene bien aplicados⁷².

Hasta los nuevos Reales Sitios del siglo XVIII nacieron a raíz de experimentos diseñados en función de las actividades y servicios requeridos por la Corte, como por ejemplo el Real Sitio de San Fernando, que se creó con la intención de impulsar la producción nacional textil⁷³. De esta

⁷⁰ VÁZQUEZ GESTAL, 2006, p. 63.

⁷¹ LABRADOR y ROSSI, 2014, pp. 35-36.

⁷² SANCHO GASPAR, 1995, p. 31.

⁷³ TOMÉ FERNÁNDEZ, S., “San Fernando de Henares, la ciudad saludable”, *Eria: Revista cuatrimestral de geografía* 63 (2004), pp. 23-33. También destaca el caso de Nuevo Baztán: BLASCO ESQUIVIAS, B., “Nuevo Baztán: el legado imposible de Juan de Goyeneche”, en FERNÁNDEZ GRACIA, R. (ed.) *Pulchrum: scripta varia in honorem M^a Concepción García Gainza*, Pamplona, Universidad de Navarra, 2011, pp. 159-169.

forma, al núcleo palaciego, conformado por la residencia real, la capilla o las casas de infantes y oficios, con sus jardines, pabellones de recreo, huertas y bosques y espacios naturales de diferentes dimensiones, se le añadieron más tarde espacios públicos como teatros, conventos, hospitales, calles, puentes, fuentes y un largo etcétera; “signos del poder diseminados sobre el territorio” que organizaron y transformaron las zonas de alrededor⁷⁴. Se trataba, por tanto, de un urbanismo planificado que diferenciaba a los Sitios Reales de otras edificaciones aisladas del Patrimonio Real. En este sentido, destacaría especialmente Aranjuez, como veremos más adelante.

2.2. La situación de los Reales Sitios en el siglo XIX

El panorama político del siglo XIX podría articularse en torno a dos ejes. Por un lado, la negativa de la monarquía absoluta típica del Antiguo Régimen a perder su tradicional poder y prestigio frente a los ideales del liberalismo político, conflicto que se extenderá a lo largo del siglo XIX, incluso tras la muerte de Fernando VII; y por otro, las disputas que se producen en el mismo seno del liberalismo, dando lugar a una ruptura en torno a tres visiones liberales distintas: un liberalismo moderado-conservador, un liberalismo progresista y un liberalismo de carácter republicano.

Según la visión del profesor Martínez Millán, el liberalismo español no hizo ninguna revolución para instaurar su nuevo modelo de Estado, ya que se limitó a realizar los cambios pertinentes en relación con la instancia de la que procedía la soberanía y en las formas administrativas de ejercer el gobierno, pero siempre desde arriba, impidiendo la transformación efectiva de la estructura social. Es por ello por lo que, entre 1808 y 1868, la Corona fue el eje articulador de la política decimonónica. Por un lado, durante el reinado de Fernando VII, cristalizaron alrededor del trono las fuerzas más ligadas con el pasado y el rey actuó como su jefe; tras su muerte, la Corona se convirtió en el centro director de los grupos de poder moderados; y ya durante el período 1834-1868, la base real de la sociedad española estaría constituida por una oligarquía local, incrustada en la administración municipal y provincial que desvió todas las reformas, las cuales siempre venían desde el gobierno central, en provecho de la Corona⁷⁵.

Asimismo, en esta centuria, sobre todo con Carlos III, se procedió a desvincular algunos de los sitios más antiguos y con escaso uso, cediendo su uso al ejército, como es el caso del Alcázar de Segovia, o a la iglesia, como el Alcázar de Toledo.

⁷⁴ LABRADOR y ROSSI, 2014, p. 33

⁷⁵ MARTÍNEZ MILLÁN, 2010, p. 13. Para Manuel Rivero Rodríguez, el despertar de las naciones en Europa en el siglo XIX pasó por una solución dinástica. En el caso español, esto se tradujo en que la élite aristocrática mantuvo su situación de privilegio al servicio del Estado. Por ejemplo, los duques de Osuna, Alba o Medinaceli, mejores o peores diplomáticos, con más o menos capacidad, sin cambiar sus mentalidades en lo más mínimo, perpetuaron la diplomacia clásica (RIVERO RODRÍGUEZ, 2013).

La respuesta a esto es que el sistema político español desde el siglo XV hasta bien entrado el siglo XIX, tal y como sostiene Jorge Montes, fue una Monarquía Absoluta ubicada dentro de los esquemas del Antiguo Régimen⁷⁶. Sin embargo, el sistema cortesano dominante hasta entonces entraría en una espiral que conduciría a su fin, tal y como había sido concebido, y con él, los Sitios Reales. A lo largo de todo el siglo XIX, bajo la idea de la sociedad como conjunto de individuos, todos con los mismos derechos y obligaciones, y el descubrimiento del “espíritu del pueblo”, surgió el concepto de Estado-Nación, que reivindicaba la libertad e independencia del pueblo. Así,

la Corte comenzó a ser considerada como sinónimo de decadencia, presentada como el escenario de irracionales luchas por el poder que dañaban el interés común del Estado, de despilfarro destinado a satisfacer los caprichos de gobernantes incapaces de atender a las necesidades económicas de la nación, de oscuras influencias ejercidas por frailes y monjes que favorecían los intereses de la Iglesia por encima de los del Estado, y de una cultura superficial expresada en buenas maneras antes que en los valores que hacían grandes a las naciones: afán de sacrificio, amor patriótico, austeridad y disciplina. [...] De esta manera, la Corte desaparecía del relato histórico, siendo los valores, la cultura y la filosofía que la justificaban presentadas como un conjunto de costumbres y creencias inconexas, irracionales, y contrarias al bien común” que plasmaba la organización institucional del Estado-Nación⁷⁷.

Por tanto, ante la decadencia de la Corte, era irremediable que su principal espacio de representación, los Sitios Reales, sufrieran el mismo destino. Si bien es cierto que el sistema llegó a su máximo desarrollo y plenitud a finales del reinado de Carlos IV y Fernando VII, en el transcurso del siglo XIX y con el afianzamiento del régimen constitucional surgieron diferentes intentos de inventariado y deslinde de los bienes patrimoniales de la Corona.

De hecho, ya durante el reinado de Carlos IV se produjo un primer proceso desamortizador en cuanto a los bienes inmuebles del Real Patrimonio, especialmente en la Corona de Aragón. Pero tras las Cortes de Cádiz, los grupos liberales veían en el Real Patrimonio una institución anacrónica que, fundamentada en el Antiguo Régimen, impedía redefinir el papel del monarca y la configuración de la Monarquía acorde a los ideales constitucionales y al modelo Estado-Nación. Además, el excesivo endeudamiento en el que se encontraba el Tesoro Público, entidad

⁷⁶ MONTES SALGUERO, 2003, p. 327. Según este autor, desde el año 1808 se intentó en nuestro país una nueva configuración de la Monarquía. Sin embargo, aunque las constituciones de 1812, 1837 y 1869 entendieron la institución monárquica al servicio de la Nación, depositándose la soberanía de manera compartida entre el Rey y la Nación y estableciendo límites al Monarca acorde al marco constitucional, las constituciones de 1834, 1845 y 1876 ponían al Rey como centro del poder, dejando claro la pervivencia de una Monarquía tradicional, donde apenas existía una división de poderes.

Para más información, ver: GARCÍA MONERRIS, Encarna, Mónica Moreno Seco y Juan L. Marcuello Benedicto, (eds.), *Culturas políticas monárquicas en la España liberal. Discursos, representaciones y prácticas (1808-1902)*, Valencia, PUV, 2013.

⁷⁷ VERSTEEGEN, 2013, p. 495; p. 17.

íntimamente ligada al Patrimonio Real desde época medieval, llevó a los parlamentarios españoles a tomar medidas desesperadas, viendo en el Real Patrimonio la solución a los problemas financieros del país.

Bajo el régimen de la Constitución de Cádiz, el Patrimonio Real quedó refundido en el Patrimonio o Hacienda Pública. La revolución liberal y el principio de soberanía nacional reclamaban que la Hacienda era la Hacienda de la Nación y, por tanto, el Patrimonio Real debía revertir a aquella. Así, “la Monarquía dejaba de ser natural y divina para ser una institución constituida políticamente por la voluntad soberana de la Nación, y así reconocida en la norma constitucional. Por tanto, ni la Nación era patrimonio de ninguna persona ni familia”⁷⁸. No obstante, tal como señala Menéndez Rexach, la gran masa de bienes del antiguo Patrimonio Real se dividiría, en el primer ensayo constitucional español, en tres bloques: palacios reales y sitios que señalasen las Cortes, que iban a constituir, junto con la dotación de la Casa Real, el nuevo Patrimonio Real; terrenos no afectados al recreo del Rey, que pasarían al Estado; patrimonio privado del Rey y de los infantes⁷⁹. Comenzaría así un proceso de desmembración del Patrimonio de la Corona, el cual continuaría a lo largo de todo el siglo XIX.

Aunque la obra legislativa de las Cortes gaditanas fue suprimida por la vuelta del absolutismo de Fernando VII, la separación entre la Casa Real y la Administración del Estado fue “una de las poquísimas reformas que Fernando VII creyó conveniente continuar entre las muchas proclamadas por las Cortes de Cádiz”⁸⁰. No obstante, el entramado garantizaba a Fernando VII reafirmar el carácter privado del Patrimonio Real⁸¹.

En lo que concierne a los Sitios Reales, el reinado del *Deseado* estuvo dedicado a la reparación de los desperfectos que la invasión napoleónica había producido en aquellos, siempre

⁷⁸ GARCÍA MONERRIS, 2015, p. 12. Ver también GARCÍA MONERRIS, Carmen, *La Corona contra la Historia. José Canga Argüelles y la reforma del Real Patrimonio valenciano*, Valencia, Universitat de València, 2005.

⁷⁹ MENÉNDEZ REXACH, 1987, p. 64.

⁸⁰ COS GAYÓN, 1881, p. 150.

⁸¹ El reinado de Fernando VII supone un importante cambio en el concepto y la administración del Patrimonio, al establecer una distinción neta entre la Hacienda Pública y el Patrimonio de la Corona, aunque este siga recibiendo dinero de ella. Esta separación administrativa confirmaba la particular naturaleza de los bienes de la Corona y establecía una diferencia entre ellos y el Patrimonio del Estado. Esta nueva organización de la Casa y Patrimonio sería expuesta por Decreto de 22 de mayo de 1814, complementado por otro de 9 de agosto de 1815 que creaba la Junta Superior de Apelaciones, heredera en lo judicial de la de Obras y bosques, pero competente también en lo relativo al Real Patrimonio de la Corona de Aragón. El funcionamiento interno de este sistema quedó especificado en el Reglamento de la Real Casa de 23 de diciembre de 1817, así como en un nuevo reglamento, de 16 de noviembre de 1822. Para más información a este respecto, ver SÁNCHEZ GONZÁLEZ, M^a Dolores del Mar, “El tránsito de la Casa de Fernando VII a la de Isabel II: La junta de Gobierno de la Casa Real y Patrimonio” en *Corte y Monarquía en España*, Madrid, Centro de Estudios Ramón Areces/UNED, 2003, pp. 29-66; y BENITO ORTEGA, Vanesa, Isabel Garzón Guzmán, Juan Antonio González Pañero y María del Mar Mairal Domínguez, “La Jefatura de Oficios y Aposentamiento de la Real Casa y Patrimonio (1814-1931)”, *Reales Sitios: Revista de Patrimonio Nacional* 174 (2007), pp. 48-70.

y cuando las posibilidades económicas lo permitieron. Pero además, durante este periodo, se procedió a la construcción de nuevos Reales Sitios a pesar de las dificultades económicas, tales como el Real Sitio de la Isabela; el Real Casino, regalo de la Villa de Madrid a la reina M^a Isabel de Braganza; y la real posesión de Vista Alegre, en Carabanchel⁸². Por ejemplo, en el caso de la Isabela, la edificación de una nueva población en los antiguos Baños de Sacedón fue motivada por la calidad de sus aguas, la belleza del lugar, la proximidad a la Corte (122 km.), el gran potencial de clientela que esto proporcionaba y por el hecho de que en él había un conjunto de propiedades que formaban parte ya del Patrimonio inmueble de la Corona. El resultado era un Real Sitio acorde a las nuevas costumbres y a un estilo de vida adoptado por los monarcas a comienzos del siglo XIX. Sin embargo, a diferencia del planteamiento en El Escorial, La Granja o Aranjuez, la arquitectura de Antonio López Aguado en La Isabela, condicionada por la inestabilidad política y por las limitaciones económicas de la Administración Patrimonial, debía cumplir una finalidad principalmente práctica: alojar a la familia real durante una breve estancia en un núcleo de población que había de ofrecer habitaciones y viviendas adecuadas a bañistas de diversa condición durante la temporada de baños, y un modo de vida digno para los colonos, cuyas viviendas no podían desmerecer al estilo del cercano palacio⁸³. Se convirtió así en un lugar de descanso y ocio en el que el monarca podría llevar una vida distendida y alejada del aparato elitista cortesano. Pero además se constituyó como un lugar donde se desarrollaban actividades económicas que contribuían a su sostenimiento, como era la agricultura, tradicional en el ámbito de los Reales Sitios, o la explotación de las aguas termales, la cual suponía una novedosa incursión por parte del Real Patrimonio en un nuevo sector económico⁸⁴.

Por tanto, vemos cómo a lo largo del siglo XIX, se va conformando un concepto distinto de los Reales Sitios. De hecho, durante la segunda mitad de la centuria, el desarrollo de los Reales Sitios correría marcado por la influencia que tuvo la construcción del ferrocarril y la aparición de los palacetes de la nueva nobleza de raíz burguesa en la escena urbana, como Narváez, el marqués de Salamanca, el Conde de Baviera, el marqués de Tamarit, de Bayo y otros. Así, la actividad financiera primaría sobre la productiva, dando paso a una nueva forma de riqueza con más desapego por la tierra, que hasta entonces había sido considerada como el primer potencial y causa de la riqueza del lugar. Así van surgiendo las primeras explotaciones privadas y actividades al margen de la Corona en dichos enclaves; cobran importancia los gremios y se organizan mercados y almacenes sin el control directo de los administradores regios. Sin embargo, la dependencia del

⁸² La real posesión de Vista Alegre fue la primera de las posesiones que no se incorporó al patrimonio de la Corona sino al particular de una persona real, en este caso de la Reina Regente M^a Cristina de Borbón.

⁸³ AGUADO PINTOR, 2002, p. 237.

⁸⁴ *Ibidem*, pp. 241-242.

Real Patrimonio sigue siendo importante, pues, al fin y al cabo, la principal fuente de riqueza la constituye, en los Reales Sitios, como Aranjuez, por ejemplo, la explotación de la huerta, propiedad de la Corona aunque ahora arrendada, y la creación, mantenimiento y reparación de bienes también afectos al patrimonio regio⁸⁵.

Por tanto, aquella política en torno al Patrimonio Real que aplicó Fernando VII continuaría tras su muerte, primero a través de su mujer, la regente María Cristina, con el fin de preservar la herencia de su hija, y después, por la propia Isabel II. Al fin y al cabo, esta, al asumir el trono con solo 13 años, heredó “un complejo, diverso y, en muchos sentidos, arcaico patrimonio, contra el que se estrellaron reiteradamente los intentos de modernización y racionalidad administrativa y sobre todo las recurrentes críticas y propuestas del progresismo para su reforma y abolición”⁸⁶.

El resultado final fue, tras continuos debates y polémicas parlamentarias y entre la Corona y el Gobierno de turno, la ley de 12 de mayo de 1865, la cual suponía un inventario completo de los bienes muebles y el deslinde de los bienes de la Corona y los del Monarca. Sin embargo, la revolución de la Gloriosa y la expulsión de Isabel II del trono español en 1868 propiciaron que un año después, por medio de la ley de 18 de diciembre de 1869, se declarara extinguido el Patrimonio de la Corona. La ley pasaba a considerar sus propiedades como bienes nacionales “que el Estado entrega al monarca”. No obstante, la ley se caracterizó por una importante disminución de los inmuebles que constituían el Patrimonio de titularidad real: casi dos terceras partes se subastaron, quedando en manos de particulares o pasando a formar parte del Gobierno o Ayuntamientos de distintas localidades como fábricas, sedes militares, escuelas de agricultura, instituciones educativas o lugares públicos de recreo. Por ejemplo, se cedió al Estado aquellos monumentos y Sitios que, por su especial significado cultural, debían depender del Gobierno a través del Ministerio correspondiente y no de la Casa Real, como podían ser el Museo del Prado o la Alhambra de Granada, o, por razones de utilidad pública, como fueron las cesiones del Real Sitio de la Florida para el establecimiento allí, por parte del Gobierno, de la Escuela de Agricultura; de los palacios reales de Valladolid y de Barcelona; o del Sitio del Buen Retiro, cedido al Ayuntamiento de Madrid para albergar un parque público. Además, se consideraron como bienes desamortizables una gran cantidad de propiedades rústicas y urbanas en los Reales Sitios de Aranjuez, San Lorenzo y San Ildefonso, así como los cuarteles de Viñuelas y de La Moraleja en el monte de El Pardo y el Jardín del Real en Valencia⁸⁷.

⁸⁵ GÓMEZ y ATIENZA, 1998, p. 110.

⁸⁶ GARCÍA MONERRIS, 2013.

⁸⁷ DÍEZ MORENO, 1989.

De esta forma, y a pesar de que todos ellos presentaban un pasado anclado de una forma u otra a la Corona, no todos los Reales Sitios gozaron de la misma suerte. Solo una pequeña parte de ellos, los de mayor importancia y representatividad, destinados al uso y servicio de la Casa Real, o aquellos de excepcional valor artístico e histórico, permanecieron bajo el halo de protección de la Corona.

Por tanto, se puede ver, a partir de la decadencia que experimentan los Reales Sitios en el siglo XIX, cómo se produjo la quiebra de la Monarquía tradicional, constituida en el siglo XVI, y de ello fueron conscientes los propios coetáneos del periodo. En palabras de Chueca Goitia, “los Sitios Reales siguen todavía vigentes durante el siglo XIX, aunque poco a poco su esplendor se va oscureciendo, a la par que declina el brillo de la constelación monárquica, hasta apagarse del todo”⁸⁸. Pero lo cierto es que aún es reseñable cómo los Reales Sitios siguieron siendo escenario de importantes sucesos de la vida política española decimonónica, reflejo aún del importante papel que desempeñaban en la configuración de la Monarquía. Por ejemplo, Carlos III se retira a Aranjuez después del Motín de Esquilache; el proceso de El Escorial enfrenta a Carlos IV con su hijo Fernando; el Motín de Aranjuez obliga a Carlos IV a dimitir; La Granja fue el escenario del levantamiento de los Sargentos en agosto de 1836, etc.⁸⁹, episodios que, en muchos casos, llenarán las páginas de la literatura de la época.

⁸⁸ CHUECA GOITIA, 1958, p. 111.

⁸⁹ *Ibidem*, 1989, p. 49.

3. La literatura del siglo XIX

El siglo XIX en España, según nos dicen Llisorgues y Sobejano, aparece como un siglo teleológico, en el que todas las actividades intelectuales y artísticas van orientadas a una finalidad⁹⁰. Así, frente al fenómeno de la Ilustración del XVIII, más ceñido al ámbito normativo clasicista, surgirán nuevos géneros literarios que aspirarán a ser, pese a sus diferencias estilísticas y formales, documentos vivos que reflejen la realidad de su época, y como tales los consideramos en este trabajo.

Así, los escritores decimonónicos no se mantuvieron ajenos al devenir histórico y político de la centuria. Por un lado, una primera etapa de la vida literaria del siglo XIX resulta ligada al reinado de Fernando VII, marcado por los acontecimientos de la Guerra de la Independencia (1808-1814) y atravesado por la pugna entre el absolutismo y el liberalismo, lo que se caracterizó, en el plano cultural, por el cierre brutal de las vías más elementales de la comunicación intelectual y artística, así como otros acontecimientos de mayor calado prohibitivo, como persecuciones, exilios, etc. Es por ello por lo que a la muerte del soberano, en 1833, y durante la regencia de María Cristina (1833-1840), habrá necesidad de expandir la creatividad literaria, lo que se tradujo en la eclosión y plena afirmación del Romanticismo, el cual coincide con la primera guerra carlista, abierta por la sucesión de Fernando VII, y que verá enfrentarse a los liberales que apoyan a su hija Isabel y a los absolutistas, partidarios del infante don Carlos. Esta situación dio lugar, durante todo el reinado de Isabel II, a una sociedad sometida a la obsesión de la guerra civil, lo que obligaba a borrar ciertas aspiraciones del Romanticismo. Así, un racionalismo de inspiración romántica, el krausismo, se convirtió en la principal estructura de unión de dichas aspiraciones. A partir de entonces, de acuerdo a Canavaggio, se abrió un periodo de carácter menos consolidado, no desprovisto, hasta fin de siglo, de elementos de continuidad, más o menos cómodamente dividido, a los ojos de la historia, y en parte también a los de la literatura. Sin embargo, los sucesos de 1868 y el sexenio revolucionario hicieron ver la necesidad de un cierto pragmatismo en política y del realismo en literatura, experimentando el género novelesco una espectacular renovación, colocada bajo el signo de una evidente finalidad didáctica⁹¹.

De esta manera, ante la influencia que los reinados de Fernando VII e Isabel II ejercieron sobre la vida cultural del país y como consecuencia del modelo burgués de la sociedad que predomina en todo el siglo XIX, la literatura y la política estarán estrechamente unidas. De hecho, tal y como ha estudiado Marta Palenque, la politización artística, en la que se integra la conjunción

⁹⁰ LLISORGUES y SOBEJANO, 1998, p. 15.

⁹¹ CANAVAGGIO, 1995, p. 2.

escritor-política, es un rasgo muy peculiar de la cultura decimonónica. Primero, el Romanticismo, al acentuar el sentido de la libertad y la autonomía del creador, ensalzará el valor profético y social del arte. Así, muchos de los protagonistas del liberalismo español fueron literatos, tales como Donoso Cortés, Martínez de la Rosa, el Duque de Rivas o José Espronceda. De hecho, debido al protagonismo que tiene en la sociedad decimonónica, la literatura termina convirtiéndose en un trampolín para llegar a la política, siendo el ejercicio del periodismo la senda hacia el prestigio literario y protagonismo político⁹². Era una realidad que no pasó desapercibida para los propios escritores, siendo criticada, por ejemplo, por Ramón de Mesonero Romanos:

Cuando en el último tercio del siglo anterior volvieron a aparecer las letras después de un largo periodo de completa ausencia, una feliz casualidad hizo que hombres colocados en alta posición social fueran los primeros a cultivarlas; y de este modo se ofrecieron a los ojos del público con más brillo y consideración. Montiano y Luyando, Luzán, Jovellanos, Campomanes, Saavedra, Llaguno y Amírola, los PP. Isla y González, el duque de Híjar, los condes de Haro y de Noroña, Viegas, Forner, Cadalso y Meléndez, ocupaban los primeros puestos del Estado, las sillas ministeriales, las dignidades eclesiásticas, las embajadas, la alta magistratura y los grados superiores de la milicia; bajo este aspecto sirvieron y pudieron servir efectivamente a las letras, [...].

Empero de un extremo vinimos a caer en el opuesto; los jóvenes se hicieron literatos para ser políticos: unos cultivaron las letras para explicar las Pandectas; otros se hicieron críticos para pretender un empleo; cuáles consiguieron un beneficio eclesiástico en premio de una comedia; cuáles vieron recompensado un tomo de anacreónticas con una toga o una embajada. Y siguiendo este orden lógico se ha continuado hasta el día, en términos que un mero literato no sirve para nada, a menos que guste de cambiar su título de autor por un título de autoridad.

De aquí las singulares anomalías que vemos diariamente; de aquí la prostitución de las letras bajo el falso oropel de los hombres cortesanos [...] ⁹³.

José Luis Zorrilla, por su parte, en “El Poeta”, comparaba a los poetas de su tiempo con los de la centuria precedente, cuando la poesía era un adorno secundario, mientras que en el XIX se trataba de “una carrera como cualquier otra que conduce a una posición social decorosa, y a destinos honoríficos del Estado, y que produce lo suficiente para vivir sin lujo, pero sin estrechez”. Y añadía:

Entonces, [el poeta] podía aspirar a una plaza de escribiente en las oficinas de un grande, en la mayordomía de alguna colegiata, o en casa de un escribano, si tenía buen carácter de letra, y ahora

⁹² PALENQUE, 1998a, pp. 68-70.

⁹³ MESONERO ROMANOS, “Costumbres literarias”, en *Escenas matritenses*, p. 361.

un tomo de poesías, una buena comedia, un poema bien escrito introduce a un Poeta en la secretaría de Estado o de Gobernación, en la Biblioteca Real o en una Legación al extranjero⁹⁴.

Pero la profesionalización literaria de los escritores no solo fue consecuencia del estatus sociopolítico que estos alcanzaron, sino también por la multiplicación de las editoriales y los medios de publicación que tuvo lugar en el siglo XIX. Así se produjo un crecimiento en la producción, así como de la circulación y consumo de folletos, libros y publicaciones periódicas. De esta manera, los escritores se encontraron con la posibilidad de ejercer su profesión y triunfar con ella, que resultaba, sin embargo, mucho más esforzada y, desde luego, ofrecía menos garantías de retribuciones inmediatas⁹⁵.

Toda esta situación evidencia, entonces, la propia especificidad de la literatura del siglo XIX. En palabras de Canavaggio,

La “literatura del siglo XIX” español no podría aparecer como una entidad abstracta, cortada tajantemente del continuum de la vida de las letras, un ente de razón basado en un simple signo numérico. Muy pronto, los contemporáneos se mostraron sensibles a los caracteres distintivos de un periodo adornado con los atributos de una obsesiva y a veces dolorosa especificidad⁹⁶.

3.1. Romanticismo, Costumbrismo y Realismo. La evolución de la literatura decimonónica

En el siglo XIX nos encontramos con tres términos fundamentales que definen la literatura del periodo: Romanticismo, Costumbrismo y Realismo.

El Romanticismo, como movimiento cultural, fue una corriente de ideas, sentimientos, creencias y producciones estéticas que se desarrolló, aproximadamente, entre 1800 y 1859, en diversos países europeos y americanos, y que se enfrentaba a lo que había significado la Ilustración a lo largo del siglo XVIII. Así, el Romanticismo destacó aquellos aspectos que el movimiento ilustrado había obviado, como los sentimientos, la imaginación, la fe, la pasión; privilegió la singularidad, el carácter único, diferente e irrepetible de cada hombre; la creatividad, la innovación, lo irracional, lo misterioso, lo velado, etc.⁹⁷

Sin embargo, aquel movimiento romántico llegaría tarde a España y no se desarrolló plenamente como expresión literaria hasta mediados del siglo XIX. La ambigüedad de nuestros escritores de finales del siglo XVIII y principios del XIX, escindidos entre lo nacional y lo

⁹⁴ ZORRILLA, “El Poeta”, en *Los españoles pintados por sí mismos*, pp. 151-152.

⁹⁵ ROMERO TOBAR, 1998, p. XXI; p. XXXI.

⁹⁶ CANAVAGGIO, 1995, p. 1.

⁹⁷ GONZÁLEZ OLIVER, 2004, pp. 1-3.

extranjero, y el pretendido eclecticismo entre el romanticismo revolucionario y el conservador, hizo imposible integrar la nueva filosofía heterodoxa que implicaba el Romanticismo en el ambiente de la España católica⁹⁸.

Así, en el Romanticismo español, por el propio contexto de la España decimonónica, se potenciarían determinados aspectos, como el conflicto entre amor y deber social que da como resultado la aparición de la libertad pasional, el amor como expresión de una subjetividad sincera. Es decir, el imperio de lo subjetivo, de los sentimientos, de la interioridad afectiva del hombre. Asimismo, de acuerdo a la tradicional asociación entre liberalismo y Romanticismo, se propugnaría una nueva forma de libertad, de carácter político, cívico y social, que ensalzaba, desde las Cortes de Cádiz, la soberanía popular. En la época, el liberalismo se entiende como una “cruzada filantrópica”, como una forma de extensión de la libertad, y como tal, lo manifestaron Larra y Espronceda en su actividad política. De hecho, ambos autores fueron el ejemplo de intento de compaginar contradictoriamente los logros de la moderna “civilización extremada” a la que aludía Larra con la rebelión angustiosa contra esa misma civilización⁹⁹. El resultado es el llamado “mal de siglo”, que Larra y Espronceda expresan en toda su crudeza, haciendo de su obra la expresión de una experiencia individual, de una nueva forma subjetiva de sentir la realidad del momento.

Pero mientras los románticos contemplaban el mundo ficticio por un “anteojo”, dando como resultado una prosa que configuraba “lo contemplado alrededor de un yo mullido por un lenguaje lleno de ecos de lo sensible, del vacío que media entre el mundo real y el enfocado con lente romántica”¹⁰⁰, los devenires del siglo hacían necesario una nueva visión de la realidad, en base a las costumbres. Nacía así el Costumbrismo.

El concepto de Costumbrismo hace referencia al fenómeno literario del siglo XIX, cuyo nacimiento se sitúa en los años 1820-1830 y cuyo desarrollo se coloca en época romántica para después enganchar con el Realismo de la segunda mitad del siglo XIX. Pero si bien es cierto que alcanzó su momento álgido durante el Romanticismo, también durante los años setenta y ochenta, a través del artículo de costumbres, coincidiendo con la aparición de la gran novela del Realismo-Naturalismo, será un movimiento de cierto atractivo a interés para multitud de escritores, así como para el gran público, del último cuarto de siglo. Muestra de ello fue la publicación de artículos de

⁹⁸ Según Martínez Torrón, desde el punto de vista específicamente literario, existiría un primer romanticismo español, que no prerromanticismo, coexistente con el alemán e inglés de la primera generación, denominado el “alba del romanticismo español, que abarca toda esa zona de tierra de nadie en la que la crítica no había conseguido definir el panorama literario, y que va desde los últimos decenios del siglo XVIII hasta 1834, año en que se estrena el *Don Álvaro o la fuerza del sino*. Para más información, ver MARTÍNEZ TORRÓN, Diego, *El alba del Romanticismo español*, Madrid, Alfar, 1993.

⁹⁹ MARTÍNEZ TORRÓN, 1998, pp. 36-37.

¹⁰⁰ GULLÓN, 1989, p. 1295.

costumbres en varios periódicos¹⁰¹, en colecciones¹⁰² o en volúmenes que compendian los artículos de un único autor¹⁰³. De hecho, Ángeles Ayala sostiene que el Costumbrismo, como género de transición, alcanza su máxima difusión coincidiendo con dos momentos históricos en los que se abre paso a mayores cotas de libertad y progreso en la atrasada España decimonónica: el fallecimiento de Fernando VII y el derrocamiento de Isabel II, momentos en los que

las fuerzas progresistas y las reaccionarias pugnan entre sí tratando de acelerar o atrasar, respectivamente, el curso de los acontecimientos. De ahí que los escritores de costumbres oscilen entre la nostálgica pintura de una forma de vida que tiende a desaparecer arrastrada por los cambios que inexorablemente se registran y aquellos que mediante el análisis, la reflexión, la sátira y la ironía pretenden potenciar el propio cambio social¹⁰⁴.

Es por ello por lo que no podemos estar en desacuerdo con Canavaggio cuando afirma que el Costumbrismo, tanto en sí mismo como en lo que tenga de precedente y escuela de la novela realista, interesa, desde Larra, Mesonero o Estébanez Calderón al más modesto epígono y continuadores o imitadores del género en la segunda mitad del siglo, como testimonio documental de la España del XIX, sobre todo por la acusada movilidad social y aceleración histórica que experimentó la primera mitad del siglo¹⁰⁵.

Para la crítica, el Costumbrismo abarca los géneros literarios más diversos, y así define el Costumbrismo como la observación y la representación en clave narrativa, poética o teatral de las costumbres colectivas de una sociedad o de su funcionamiento moral y físico. No obstante, Rubio Cremades llama la atención sobre dos modalidades concretas del cuadro de costumbres. Por un lado, uno que tilda de abstracto, el cual, sin tomar como base o pretexto una peripecia argumental, especula sobre una serie de costumbres en las que no figuran los moldes humanos individuales y concretados en que tales costumbres cuajan; y por otro lado, una forma más usual y literaria en la que el escritor finge un asunto y crea unos personajes, ofreciendo de esta manera un cuadro animado cuya mayor o menor semejanza con el relato está en la dosis argumental¹⁰⁶.

¹⁰¹ Así podemos destacar *Revista Europea*, *El Semanario Pintoresco Español*, *El Bazar*, *La Familia*, *El Madrid Literario*, *La Tertulia*, *El Eco El Siglo Futuro*, *La Iberia* y *El Globo*, entre otros.

¹⁰² Además de la conocida colección de *Los españoles pintados por sí mismos* (1843-1844), podemos destacar *Los Valencianos pintados por sí mismos* (1859), *Las españolas pintadas por los españoles* (1871-1872), *Los Españoles de ogaño* (1872), *Las Mujeres españolas, portuguesas y americanas* (1872, 1873 y 1876), *Madrid por dentro y por fuera* (1873), *Los hombres españoles, americanos y lusitanos pintados por sí mismos* (1882), *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas* (1882), etc.

¹⁰³ Por ejemplo, se puede citar a A.M. Segovia y su *Melonar de Madrid* (1876); C. Frontaura, *Cosas de Madrid* (1868) o *Tipos madrileños* (1888) y Enrique Sepúlveda, que cuenta con *La vida en Madrid* (1866), *Madrid viejo* (1888), *Madrid 1891-1892* (1892) y *El Madrid de los recuerdos* (1897).

¹⁰⁴ AYALA, 2002, p. 54.

¹⁰⁵ CARNERO, 1996, p. XLIII.

¹⁰⁶ RUBIO CREMADES, 1996, p. 153.

Pero a pesar de las diferencias que podemos encontrar entre los textos inscritos en la denominada literatura costumbrista y que lleva a Frolidi a afirmar que se trata de un género literario indefinido¹⁰⁷, los escritores del XIX que practicaron el Costumbrismo tenían muy claro qué era. Así lo vemos en Larra, para quien se trata de

un ramo de la literatura en que es indispensable hermanar la más profunda y filosófica observación con la ligera y aparente superficialidad de estilo, la exactitud con la gracia; es fuerza que el escritor frecuente las clases todas de la sociedad, y sepa distinguir los sentimientos naturales en el hombre comunes a todas ellas [...]; que tenga, además de un instinto de observación certero para ver claro lo que mira a veces oscuro, suma delicadeza para no manchar sus cuadros con aquella parte de las escenas domésticas cuyo velo no debe descorrer jamás la mano indiscreta del moralista, para saber lo que ha de dejar en la parte oscura del lienzo; ha de haber comprendido el espíritu de esta época [...]; ha de ser picante sin tocar en demasiado cáustico, porque la acrimonia no corrige, y el tiempo de Juvenal ha pasado para siempre¹⁰⁸.

Así, hay, por tanto, una serie de características generales en toda la literatura costumbrista. Por ejemplo, podemos resaltar la importancia y atención estricta a la contemporaneidad, la precisión y brevedad en la exposición, la gracia en el estilo e independencia de una unidad literaria, pero sobre todo destacaría el estudio del hombre dentro de la sociedad, lo que se manifestaría en la descripción de personajes, conductas y ambientes. Por todo ello, José Escobar habla de “mímesis costumbrista” para referirse a

una nueva representación ideológica de la realidad [entre los siglos XVIII y XIX] que implica una concepción moderna de la literatura, entendida como forma mimética de lo local y circunstancial mediante la observación minuciosa de rasgos y detalles de ambiente y comportamiento colectivo diferenciadores de una fisonomía social particularizada y en analogía con la verdad histórica¹⁰⁹.

Es decir, ya no será la simple imitación de la naturaleza o de la sociedad en general lo que va a interesar a la nueva literatura del XIX sino que será lo local y temporalmente limitado lo que tenga interés para esa nueva hornada de escritores que van a preguntarse, reflexionar y criticar, mediante la imitación poética, los nuevos devenires de la sociedad en la que viven. Así, burocracia, educación, carnavales, nuevas configuraciones urbanísticas, teatros, festividades, romerías, etc., no son sino el tejido social del cual se valdrán los escritores costumbristas para engarzar a sus “tipos” con la “escena”¹¹⁰.

¹⁰⁷ FROLIDI, 1998, p. 287.

¹⁰⁸ LARRA, “‘Panorama matritense’: Cuadros de costumbres de la capital observados y descritos por un Curioso Parlante. Artículo segundo y último”, en *Fígaro. Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres*, p. 550.

¹⁰⁹ ESCOBAR, 1998b, p. 262.

¹¹⁰ RUBIO CREMADES, 1996, p. 167.

Para ello, el género fundamental en el que se desarrollará este movimiento en alza, además de los relatos cortos, el folletín, etc., fue el artículo o cuadro de costumbres, el cual constituye un tipo de literatura menor, de breve extensión y desigual desarrollo en la acción, que se limita a pintar o reflejar los usos, costumbres, profesiones y oficios de la época. Esto favorecerá el “surgimiento de una nueva concepción del periodismo que apunta a la formación de una opinión pública asumiendo una actitud dialogante entre autor y lector que favorece una continua atención a la realidad circunstante, no exenta de preocupaciones éticas”¹¹¹.

En este género será la “vida civil” el referente cultural e ideológico de la literatura surgida al amparo institucional de la vida pública burguesa, manifiesta en lugares de reunión como cafés, tertulias, paseos, etc. De hecho, tal y como señala José Escobar, en el siglo XIX, pintar las “costumbres”, ya sea en cualquiera de sus géneros, desde el cuadro de costumbres, la comedia de costumbres o la novela de costumbres, es pintar la “vida civil”. Solamente así, el costumbrismo alcanza su pretensión documental, su aspiración de ser “mímesis de la historia presente”, pues “en su ansia de veracidad, aspira a completar la representación histórica de la realidad transcribiendo lo que los historiadores desatienden, los aspectos circunstanciales de la realidad ordinaria, para ofrecer un cuadro de la historia que sea un cuadro de la vida civil, excluida de los libros de la gran Historia”¹¹². Es por ello por lo que Mesonero Romanos, por ejemplo, cuando visita los jardines de Aranjuez, que relata en su artículo “Un viaje al Sitio”, le acompaña la “vulgar gente”. Y es que de acuerdo a Bretón de los Herreros, “no es en los palacios de los próceres, ni en los caramachones de la chusma donde han de estudiarse la índole y las costumbres de un pueblo, sino en la clase media, y más cuando esta ha ganado en número y en influencia lo que aquella ha perdido, para bien de todas”¹¹³.

Así, nos encontramos con obras, como son las costumbristas, que son reflejo de una literatura respetuosa con la historicidad, pero, a la vez, vigilante y alerta a los modelos de análisis teóricos y críticos de la época. Pero el Costumbrismo no solo se detendrá en lo meramente civil o local. De hecho, para los seguidores de Mesonero Romanos el concepto de nación deberá buscarse en la exploración de la realidad diaria y vida cotidiana de una España que, a pesar de sus diferencias, presenta una identidad unitaria, la cual se encuentra en la relación existente “entre la realidad de la moderna vida urbana propia de la burguesía emergente y la más escondida del pueblo, del barrio popular, de la modesta vida familiar más ligada al pasado, a las viejas tradiciones”¹¹⁴.

¹¹¹ FROLDI, 1998, p. 288.

¹¹² ESCOBAR, 1998a, p. 23.

¹¹³ Cita recogida en ESCOBAR, 1998a, p. 25.

¹¹⁴ FROLDI, 1998, p. 291.

Pero aunque la concepción “mimético-representativa de la literatura” continuaría vigente a lo largo del siglo, esta empieza a sustentarse en la autonomía significativa de la obra de arte y del texto literario. El resultado fue la orientación de la literatura hacia los llamados Realismo y Naturalismo¹¹⁵.

La crítica coincide en definir el Realismo como la concepción del arte y de la literatura que tiene como objetivo la representación de la realidad, es decir, del hombre y de la sociedad contemporáneos. Sin embargo, a diferencia del Costumbrismo, tal y como ha señalado Llisorgues, el Realismo no se basa solo en la presencia de algún reflejo de lo real en la obra de arte, sino que depende, a pesar de no excluir nada de la representación artística, del grado de atención y del papel que se le otorga a la realidad. “Surge, pues, la orientación realista, como fenómeno de época, con la conciencia colectiva de que la realidad por sí sola (es decir, no sometida a un proceso de idealización) merece ser objeto de arte”¹¹⁶. No obstante, según advierten Antonio Durán Ruiz y José Martínez Torres, el realismo literario solo pudo ser una pretensión, dada “la distancia que entre los hechos, las cosas, las experiencias y las palabras existe”¹¹⁷. Pero impersonalidad no debe confundirse con neutralidad. De hecho, fue frecuente en las manifestaciones literarias realistas, especialmente en la novela, un estilo satírico, irónico, educativo o moralizante con el que el escritor pretendía transfigurar la realidad. Solo así, la literatura no resultaba ser la copia de la realidad, sino su potencialización¹¹⁸.

Pero lejos de ser un movimiento uniforme, el Realismo literario ofreció diversos aspectos y tendencias, reflejo de los cambios de los que los escritores realistas fueron testigos y que no dudaron en llevar a sus páginas, asumiendo el derecho de representar todo lo que veían, sabían y vivían. De esta manera, bajo los principios de independencia, sinceridad e individualidad, los realistas enfrentaron la mayor objetividad posible con la efusión y el lirismo románticos y recomendaron la sobriedad de estilo y la objetividad en cada acontecimiento que se disponían a narrar¹¹⁹.

3.2. El triunfo de la narrativa en el siglo XIX

El siglo XIX es considerado por la crítica como el “gran siglo de la narrativa”. Si hasta entonces la poesía o el teatro habían sido los géneros dominantes en las letras españolas, desde finales del

¹¹⁵ ROMERO TOBAR, 1998, p. XXXVII.

¹¹⁶ LLISORGUES, 1998a, p. 3.

¹¹⁷ DURÁN RUIZ y MARTÍNEZ TORRES, 2010, p. 96.

¹¹⁸ *Ibidem*, p. 98.

¹¹⁹ *Ibidem*, pp. 101-102.

XVIII, propiciado por el fenómeno de la Ilustración, la prosa pasa a ocupar el papel que antaño se le había vedado. Son años, como son los propios del siglo XIX, en los que tienen lugar unos cambios que dan paso a la modernidad, dejando atrás los vestigios del Antiguo Régimen, y a dar fe de ellos se prestó la literatura, pues a través de la novela, el periódico, etc. se intenta explicar esos cambios, siendo la narrativa el género donde mejor se plasma ese intento de explicación del nuevo hombre¹²⁰. Por tanto, fueron muchas las circunstancias que se deben tener en cuenta y que explican su éxito, así como la multitud de géneros en los que la narrativa pudo expresarse.

Por un lado, podemos destacar la aparición de los cafés y tertulias literarias, lugares donde de forma pública y abierta se podía hacer uso de la palabra. Y es que dichos espacios posibilitaron, desde la Ilustración, una nueva literatura y un nuevo instrumento literario: el periódico. La prensa hablaba de política, de la sociedad, de la economía, de la cultura, etc., permitiendo la discusión, el intercambio y, al mismo tiempo, propiciaba, pese al régimen de censura dominante, un ambiente pluralista, dialógico y dialéctico en el que se reflejaba la España decimonónica y, muy especialmente, el Madrid de la época. De esta manera, los cafés y periódicos se convirtieron en mediadores de la opinión pública, y con ellos apareció la figura del periodista, un escritor que no se encierra en su gabinete sino que escribe desde la calle, desde la ciudad, y para los que la habitan. En un sentido concreto, la prensa decimonónica tendrá la función de difundir la cultura del momento y entretener, especialmente mediante el relato por entregas, a un público que iba alejándose paulatinamente de la literatura de cordel¹²¹. No obstante, a medida que avance el siglo XIX, la interdependencia entre literatura y periodismo se tornará particularmente conflictiva y que conducirá, según Marta Palenque, a una relación de amor y odio, resultado de su mutua necesidad¹²². Sin embargo, el periodismo, aunque se desligase del concepto de literatura, había llegado para quedarse en la sociedad y política decimonónicas, y como tal lo plasmó el periodista Eusebio Blasco en 1886:

Hablar de la prensa es ni más ni menos que hablar del siglo en que vivimos. Los siglos anteriores tuvieron el libro, la cátedra, la tribuna, el teatro, la pintura, la música, cuanto significa la ciencia o el arte. La prensa es nuestra... [...] Hay que exclamar con legítimo orgullo como aquel que bendice las entrañas de que salió: ¡Bien haya la hora en que de tal madre nacimos todos; salve, oh tiempo mío; hurra al siglo XIX!¹²³

¹²⁰ ÁLVAREZ BARRIENTOS, 1993, p. XVI.

¹²¹ A lo largo del siglo XIX, hubo una discusión, especialmente académica, sobre la existencia de un género periodístico con rasgos distintivos, que lo diferenciaban de los géneros literarios, o si los textos publicados en los periódicos eran obras literarias adaptadas al formato de los diarios. En definitiva, sobre si el periodismo podía ser considerado literatura o no (MANCERA, 2011).

¹²² PALENQUE, 1998b.

¹²³ Cita recogida en HERNANDO, 2000, pp. 154-155.

Al mismo tiempo que la prensa y el café, durante el siglo XIX tuvo un desarrollo sin igual la novela. Hasta entonces, la novela, como género, nunca había sido considerada en los tratados de preceptiva literaria y, de hecho, era un género desprestigiado. Será ya en el siglo XIX, especialmente en los años 30 y 40, mediante la novela por entregas y el cuadro de costumbres sobre todo, que se publicaban en los periódicos, cuando aquella aparecía como el género más apropiado para reflejar la modernidad del período, donde se afianzaban los valores nuevos de la burguesía, que, si aún no tiene solidez y cuerpo como clase, aparece como un grupo aparte de la aristocracia, cada vez más desprestigiada como clase pero a la que se quiere acceder, y distinto también de las clases trabajadoras más pobres¹²⁴. Así, en un primer momento, aparece la llamada “novela de costumbres”, que toma como objeto literario cuanto le rodea y lo devuelve al lector -a menudo protagonista de esas mismas obras- reelaborado de una forma en la que puede reconocerse. De esta manera, se inserta la narración, ficticia o no, en una geografía real, descrita fielmente, siguiendo el ejemplo de Mesonero Romanos.

Poco a poco, la novela de costumbres dará paso a un creciente interés por inscribir la ficción dentro de unos hechos históricos muy recientes, o, en palabras de Álvarez Barrientos, “más bien la anécdota ficticia es la excusa para narrar unos hechos políticos muy cercanos de los que se quiere dejar constancia”¹²⁵. El resultado era la no integración plena de lo histórico con lo ficticio, sino que estos aparecían como bloques complementarios, armonizados mediante el empleo del recurso melodramático. Así, surge, con la influencia fundamental de Walter Scott¹²⁶, la novela histórica, caracterizada a mediados del siglo XIX por otorgar una importancia exagerada al hecho histórico, abundando las notas que ilustran con datos lo que se novela y produciéndose un cierto proceso desnovelizador que conduce a la verosimilitud histórica y política. De esta manera, más que novelas históricas resultaban ser novelas de carácter plenamente político en las que es notable la vinculación o compromiso del autor con la literatura, cuyo objetivo es combatir ideologías políticas opuestas. Sin embargo, “el que se sintiera este género y no otro como el apropiado para narrar y dejar constancia de la Historia más reciente pone de manifiesto su modernidad frente a otras expresiones literarias”¹²⁷.

En la primera mitad del siglo XIX, nos encontramos, por tanto, con una novela en la que la ficción está plenamente subordinada al hecho real y/o histórico. Canavaggio explica así la peculiar trayectoria de la novela en el siglo XIX:

¹²⁴ GUTIÉRREZ MARTÍNEZ, 2009.

¹²⁵ ÁLVAREZ BARRIENTOS, 1993, p. XV.

¹²⁶ Ver GARCÍA GONZÁLEZ, José Enrique, “Consideraciones sobre la influencia de Walter Scott en la novela histórica española del siglo XIX”, *CAUCE: Revista Internacional de Filología y su Didáctica* 28 (2005), pp. 109-118.

¹²⁷ ÁLVAREZ BARRIENTOS, 1993, p. XVI.

Un desierto inicial, comienzos difíciles y poco interesantes, balbuceos y errores, luego algunas obras valiosas que abren el camino a una nube de escritores que, muy pronto, harán de una forma de relato abandonada y desdeñada, el primero de los géneros literarios de España. La importancia enorme de la novela histórica en relación con las otras formas novelescas se explica fácilmente, no solo por la formidable influencia de Walter Scott, sino también por la situación política de España. Presa de la guerra civil, en plena decadencia, en plena revolución política y religiosa, España debía volver al pasado para buscar en él modelos, ejemplos a seguir o a evitar y, a menudo, razones para esperar. Por eso la novela histórica pregaldosiana es esencialmente patriótica. [...] Cualquiera que sea la opinión política o religiosa del autor, la novela histórica es casi siempre producto de autores comprometidos, que escriben para el bien de su patria. [...] Es el reflejo de las preocupaciones profundas de una época¹²⁸.

No obstante, la consagración de la novela se produciría en el último tercio del siglo XIX, con representantes de la talla de Galdós, Clarín, Emilia Pardo Bazán, Luis Coloma, Armando Palacio Valdés, José María de Pereda, Juan Valera, etc. De hecho, para Clarín, la novela sería “la épica del siglo”, “el vehículo que las letras escogen en nuestro tiempo para llevar el pensamiento general a la cultura como el germen fecundo de la vida contemporánea”¹²⁹.

Si bien existen ciertas visiones sobre el grado de obstaculización que pudo desempeñar el Costumbrismo para el desarrollo de la novela realista¹³⁰, lo cierto es que el cuento y la novela del Realismo fueron fruto de la evolución y ampliación del cuadro de costumbres, algo que el mismo Galdós reconoció en su prólogo de *La desheredada* y *Los apostólicos*, donde alababa la figura de Mesonero Romanos. Al igual que en la primera mitad del siglo XIX, esta nueva generación de novelistas reflejaron a la perfección buena parte de los hechos políticos, sociales, culturales y urbanísticos que ocurrían en la España decimonónica. Temas como las crisis religiosas, el adulterio, la sociedad del “quiero y no puedo”, etc., ocuparán un lugar privilegiado en la narrativa de esta época. De hecho, la sociedad contemporánea es objeto de estudio por parte de los novelistas de la segunda mitad del XIX, “descrita y analizada con peculiar óptica y embadurnada con una cierta tendenciosidad que actuará como filtro en el complejo mundo novelesco”¹³¹.

¹²⁸ CANAVAGGIO, 1995, pp. 106-107. En 1843, Mesonero Romanos, en un artículo titulado “La novela”, se mostraba severo con producciones perniciosas, y englobaba en la misma condena al género histórico, a Balzac y al romanticismo en general. Por su parte, el duque de Rivas, en 1860, constataba que solo había dos tipos de novelas susceptibles de ser tenidos en cuenta: la novela social y la novela histórica.

¹²⁹ Cita recogida en LLISORGUES, 1998b, p. 14.

¹³⁰ Ver MONTESINOS, José F., *Costumbrismo y novela. Ensayo sobre el redescubrimiento de la realidad española*, Madrid, Castalia, 1965. Según el autor, el Costumbrismo obstaculizó y retrasó la aparición de la novela realista debido a que aquel se caracterizaba por una superficialidad y pintoresquismo en sus descripciones, además de limitar su atención a personajes genéricos (“tipos”), tendencia reforzada por el consciente folclorismo del Costumbrismo regional.

¹³¹ RUBIO CREMADES, 1983, p. 457.

Por lo tanto, la novela realista ponía de relieve los hechos humanos en la sociedad, una sociedad en sincronía con el momento en que se escribe. En este sentido, si el realismo literario emergió con la declinación de la nobleza y el ascenso de la burguesía, a través de las novelas de Galdós, descubrimos a la burguesía de la época, mostrando la desconfianza y desprecio por lo burgués a pesar de su pertenencia a ello¹³², o, en las novelas de Pereda, Pardo Bazán, Palacio Valdés y Valle-Inclán, a aquella aristocracia pendiente de las modas francesas, atenta a los cambios ministeriales para establecer así las alianzas políticas más favorables en cada situación; aquella aristocracia que está al corriente de todo lo que pasa en Madrid, aun cuando sale fuera de la Corte a descansar en sus casas y fincas, esa que ocupa los palcos principales del teatro, se reúne en el casino y frecuenta los saraos y tertulias en los salones privados de moda¹³³.

Igualmente, vinculado al origen mismo de la novela histórica, a lo largo del siglo XIX se extiende el género autobiográfico, pues a partir de la memoria y como testigo de los acontecimientos del pasado, los escritores se conciben como fuentes esenciales con las que abordar la historia de su país. Así nos encontramos *Memorias de un sesentón* (1880) de Mesonero Romanos; *Recuerdos de un anciano* (1878) y las *Memorias* (1886) de Antonio Alcalá Galiano o *Recuerdos del tiempo viejo* (1880-1883) de José Zorrilla, entre otros.

Pero si bien el siglo XIX es considerado como el gran siglo de la novela, también fue “la edad de oro de la literatura de viajes de tema español”, tanto por parte de extranjeros como por españoles de todas partes que comenzaron a viajar y a adentrarse en su país¹³⁴. Tradicionalmente los libros de viajes han ocupado el interés de historiadores, geógrafos, científicos sociales u otros investigadores centrados en el discurso textual, mientras que por parte de la filología no ha recibido la merecida atención. De hecho, los libros de viajes han sido considerados en muchos casos como subliteratura o paraliteratura. No obstante, como señala Peñate Rivero, si

¹³² GUTIÉRREZ MARTÍNEZ, 2009.

¹³³ BARELLA y GUTIÉRREZ CARBAJO, p. XIII. En este sentido, podemos destacar especialmente *La Corte de los milagros* de Valle-Inclán, por ejemplo.

¹³⁴ SANTOS, 1994, p. X. Según el análisis de María del Mar Serrano, más de dos mil obras de literatura viajera sobre España fueron publicadas a lo largo del siglo XIX, creciendo a medida que aumentaba el interés de los viajeros por España. De esta cifra, tres cuartas partes correspondían a relatos de viaje que se publicaron originariamente en una lengua y un país extranjero, mientras que poco más de trescientos relatos se publicaron en el mismo periodo de tiempo por parte de autores españoles. Con respecto a las guías de viajes, entre 1800-1902, se publicaron un total de 849 guías sobre España, incluidas las publicadas en el extranjero. De ese total, la mayoría, 305, fueron guías urbanas, es decir, guías en que se describía una o varias ciudades, aunque casi siempre se limitaban a una sola ciudad; a bastante distancia, 132, le siguen las guías provinciales y luego son aquellas guías dedicadas a describir un lugar de culto, como una iglesia o un monasterio (96), y por último, las guías dedicadas a la descripción de uno o varios pueblos, que suman 89. A las guías, al contrario de lo que ocurrió con los libros de viajes por España, se prefirió dedicarlas a describir una ciudad concreta y no la totalidad del país. Entre las guías provinciales, Madrid destacó sobre cualquier otra provincia con 20 guías publicadas. SANTOS, 1993, pp. 47-69.

admitimos sus conexiones, a veces estrechas, con variantes tan inequívocamente literarias como la novela de caballerías, la literatura epistolar, la época, la picaresca o la novela de formación, no sería procedente excluirla de lo literario esta variante textual a la hora de estudiarla por sí misma¹³⁵.

Por encima de su carácter formal, de la escasa ficcionalidad o el componente real que la crítica le achaca, la literatura viajera supone una fuente fundamental para la comprensión de cualquier época, pues nos puede permitir desmontar prejuicios e ideas equivocadas por medio del conocimiento directo, al mismo tiempo que, a través de un determinado autor, podemos conocer sus ideas preconcebidas sobre el país, la región o las gentes que va a visitar, su trayectoria vital, su bagaje intelectual, etc. Por tanto, la realidad vivida en un viaje puede ser tanto una realidad objetiva, histórica y documentada como totalmente subjetiva e imaginaria. De esta manera, la literatura de viajes pone en relación la construcción de una imagen con el trasfondo ideológico de la época¹³⁶. Por eso, hacemos nuestras las palabras de Romero Tobar cuando dice:

Dichoso, sí, el viajero que cuenta su viaje, pues revive para él y para otros la que ha sido, en origen, una experiencia personal intransferible. Viajar es trasladarse y contar es también trasladar con palabras. Traslado o metáfora, el viaje es también imagen de la vida humana [...]. Por ello, quizá, los relatos de viajes constituyen un producto textual inagotable que se manifiesta en todos los tiempos y en las más variadas modalidades literarias¹³⁷.

Ya desde el siglo XVIII, en toda Europa se habían intensificados las actividades relacionadas con el viaje. Al mismo tiempo que más personas de distintos grupos profesionales y clases sociales empezaron a viajar y escribir informes sobre sus viajes, también fue desarrollándose toda una infraestructura de viajes, que implicaba la construcción de calles, la mejora de los carruajes, etc. De hecho, la demanda de informaciones actualizadas sobre países extranjeros aumentó y en el mercado del libro europeo fueron apareciendo cada vez más títulos de literatura de viajes. Ya en siglo XIX, los viajes se extendieron como consecuencia de la red de ferrocarriles y la circulación de buques a vapor, llegándose a producir, como sostiene Musser, una profesionalización de la preparación y realización de viajes hasta derivar en las primeras formas del turismo como un fenómeno de masas¹³⁸.

¹³⁵ PEÑATE RIVERO, 2004, pp. 13-14. En su estudio, Peñate Rivero realiza un estudio historiográfico sobre la literatura de viajes y las distintas tipologías que se pueden establecer. Para más información, recomendamos RUIZ-DOMÉNEZ, J.E., "El viaje y sus modos", en *Viajes y viajeros en la España Medieval. Actas del V Curso de Cultura Medieval, celebrado en Aguilar de Campoo (Palencia)*, Madrid, Polifemo, 1997; SALCINES DE DELÁS, Diana, *La literatura de viajes*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2002.

¹³⁶ RAPOSO, 2011, p. 193.

¹³⁷ ROMERO TOBAR, 2005, p. 7.

¹³⁸ MUSSER, 2011, p. 9.

Pero además, en el siglo XIX, frente a otros periodos, son cada vez menos y tienen menor eco los viajeros “oficiales” o eruditos, tales como diplomáticos, cortesanos o científicos, que se habían caracterizado por trasladar las impresiones de sus viajes por escrito. En su lugar, van a ser los propios poetas, novelistas, etc. los que van a dar forma al género de relato de viajes del XIX, caracterizado por la preeminencia de la narración frente a la descripción o la reflexión, ya que a diferencia del viajero ilustrado, que pretendía ante todo informar e instruir al lector, el viajero romántico aspiraba fundamentalmente a deleitarle. De este modo, se pierde en buena medida la variedad formal que hasta entonces ofrecía la prosa de viaje (memorias, cartas, diarios, crónicas cortesanas, relaciones de embajada, etc.), para ir avanzando hacia una cierta homogeneidad temática y, por lo general, estilística. Por tanto, el viajero romántico, a menudo profesional de las letras, escribe deliberadamente una obra literaria con la intención de contar su experiencia viajera, escribiendo en primera persona e incluso presentándose como protagonista de la acción, aunque ello suponga fabular y trastocar la realidad a su gusto y medida¹³⁹.

En el caso español, hasta el siglo XIX, la Península Ibérica había sido un territorio sin explorar, dadas las dificultades en los caminos, la falta de transporte público, la escasez de casas de huéspedes o los problemas de comunicación en lengua española y portuguesa. El descubrimiento del paisaje de España es un hecho, por tanto, moderno, que se desarrolla desde principios del siglo XIX y motivado por los viajeros románticos que recorrieron el país a lo largo de la primera mitad del siglo. A este despertar e interés por lo español por parte de escritores extranjeros, contribuyó la Guerra de la Independencia. Desde entonces,

aquella España alicaída, destrozada por la guerra, en plena crisis de la monarquía, atrae y seduce a los románticos precisamente porque sigue siendo diferente de las demás naciones de Europa. Nuestra rareza, hasta entonces tan reprobada, empieza a ser alabada como pintoresca; nuestro atraso secular, que en el Siglo de las Luces era un baldón, pasa a ser casi una virtud a los ojos de muchos europeos, que agobiados por el racionalismo ilustrado y el incipiente positivismo de las sociedades descubren en España la última reserva europea de independencia y autenticidad¹⁴⁰.

En este sentido, los viajeros románticos plantearon numerosas consideraciones sobre los modos de vida, los tipos humanos, las costumbres y las formas de organización social de España, y esas consideraciones se hallaron en ocasiones bastante condicionadas por ciertas ideas y creencias previas o por determinados prejuicios¹⁴¹. También incorporan los viajeros románticos la idea de que existen relaciones estrechas y duraderas entre el paisaje y los hombres que lo habitan,

¹³⁹ SANTOS, 1994, pp. XXI-XXII.

¹⁴⁰ *Ibidem*, p. XI.

¹⁴¹ ORTEGA CANTERO, 2011, p. 145.

relación marcada por la solidaridad. Así, la visión de los paisajes españoles que proporcionaron los viajeros de la primera mitad del siglo XIX se atuvo con claridad a los gustos y preferencias del horizonte romántico. Pero la perspectiva paisajística de los viajeros románticos no se limitó a considerar los ámbitos de carácter predominantemente natural, sino que también se fijó en los paisajes más humanizados, y, dentro de ellos, los de índole urbana¹⁴². Según Wolfzettel, viajar es descubrir, aprender, y para el viajero romántico, viajar es además una experiencia mística, que heredarán las generaciones posteriores, como por ejemplo Azorín y su obra *La ruta del Quijote* (1905), cuyo viaje literario persigue encontrar la esencia del Quijote¹⁴³.

Sin embargo, el resultado fueron, en muchas ocasiones, obras del más burdo pintoresquismo que obviaban toda la complejidad española y que contribuían a deformar la visión europea de España. En el marco del viaje decimonónico, España representaba para muchos viajeros románticos una fuente de juventud, un reino de lo primitivo, “una especie de paraíso visto desde la perspectiva de los países desarrollados del norte de Europa”. En este sentido, Andalucía era la cumbre del viaje por España, la “encarnación de la España mítica, etapa final de una iniciación al Otro y línea fronteriza, tal vez también, entre el Occidente y el Oriente”¹⁴⁴, y la Alhambra la principal representación del pasado musulmán en España, del exotismo que aún pervive en Europa. España aparecía, por tanto, como un país al margen de la civilización moderna y en donde perduraban modos de vida anteriores, siendo estas las características que el viajero romántico va a valorar en su búsqueda de ambientes y formas que contrastasen con las suyas propias, producto de una civilización extremadamente mercantilizada¹⁴⁵. Aunque los libros de viajes de extranjeros tuvieron poco impacto en nuestro país, los españoles del siglo XIX no se reconocieron en el retrato que de ellos se presentaban, ya fuese por la visión negativa como por aquella que tendía a la idealización¹⁴⁶. Así, tanto Mesonero, Enrique Gil y Carrasco, Larra como Clarín, entre otros, criticarán la moda de los viajes del XIX que contribuyeron a crear una imagen distorsionada, a su parecer, de la historia y de la realidad de nuestro país y, por ello, decidieron poner por escrito la imagen que tenían ellos de su España. Por ejemplo, Mesonero Romanos, en su artículo “Costumbres literarias”, hablaba de cómo

¹⁴² *Ibidem*, pp. 147-148.

¹⁴³ WOLFZETTEL, 2005, p. 19.

¹⁴⁴ *Ibidem*, p. 20; p. 10.

¹⁴⁵ SANTOS, 1994, p. XIX.

¹⁴⁶ A pesar de no ser objeto de nuestro trabajo, podemos destacar viajeros que no dudaron en poner por escrito sus impresiones sobre España. Así, citar a Alexander von Humboldt, George Borrow, Richard Ford, Alexandre de Laborde, Edward Hawke, Prosper Mérimée, George Sand, Théophile Gautier, Edgar Quinet, Alexandre Dumas, Victor Hugo y un largo etcétera.

los franceses, los ingleses, alemanes y demás extranjeros han intentado describir moralmente la España; pero o bien se han creado un país ideal de romanticismo y quijotismo, ó bien desentendiéndose del trascurso del tiempo, la han descrito no como es, sino como pudo ser en tiempo de los Felipes... Y es así como en muchas obras publicadas en el extranjero de algunos años á esta parte con los pomposos títulos de *La España, Madrid ó las costumbres españolas, El Español, Viaje á España*, etc. etc., se ha presentado á los jóvenes de Madrid enamorando con la guitarra; á las mujeres asesinando por celos á sus amantes; á las señoritas bailando el bolero; al trabajador descansando *de no hacer nada*; [...] al mismo tiempo que se deprimen nuestros más notables monumentos, las obras mas estimadas del arte [...]¹⁴⁷.

De hecho, Mesonero justificará su *Manual de Madrid*, como

testigo por espacio de algunos años de la confusión que experimentan los recién venidos á esta corte, y convencido de que los más no llegan á apreciarla dignamente por falta de guía que les conduzca en los diferentes é interesantes objetos que encierra, intenté llenar este vacío tan poco honroso, reuniendo en este libro cuando he considerado más digno de saberse tanto en la parte moral de la Corte y Supremo gobierno, cuanto en lo físico de esta Villa¹⁴⁸.

Así perseguía el objetivo de

instruir al forastero de los infinitos objetos que por precisión o por gusto han de llamar su atención en Madrid” y frente a las “prolijas y erróneas historias de Madrid que abortó el mal gusto en los siglos pasados [...] hacer conocer a Madrid con aquella extensión y exactitud que merece¹⁴⁹.

Por tanto, el Costumbrismo, por sus relaciones con la pintura de género, el grabado, el daguerrotipo, ejerció una notable influencia en el relato de viajes, cultivando cada vez más la descripción antes de llegar al toque impresionista. En su caso, lo que fundamentalmente se aprecia es su valor como marco de costumbres, como escenario de la población. Por eso, las costumbres populares serán en cierta medida el contrapeso a ese exotismo tan problemático que otorgaban los viajeros extranjeros a España y que no se correspondía con el conjunto del país. Según Rodríguez Fischer, el Costumbrismo es, en cierto modo, heredero del reformismo pedagógico, la conciencia de la realidad, el criticismo y/o la ironía, la politización y el prosaísmo científicista, característico de la Ilustración. Es el caso de Mesonero Romanos, cuya aproximación a los ilustrados modernos no se debe a un “anacronismo, sino que responde u obedece a una situación histórica concreta: el estancamiento, la corrupción y la decadencia, en todos los órdenes de la vida nacional, en que vivía la España recién salida del absolutismo fernandino”¹⁵⁰. Es por ello por lo que los

¹⁴⁷ MESONERO ROMANOS, “Las Costumbres de Madrid”, en *Escenas Matritenses*, p. 17.

¹⁴⁸ MESONERO ROMANOS, *Manual de Madrid*, p. III.

¹⁴⁹ *Ibidem*.

¹⁵⁰ RODRÍGUEZ FISCHER, 2010, p. 14.

costumbristas, en sus relatos de viajes o descripciones mismas de las ciudades o lugares que visitan, van a sumar a la búsqueda de lo pintoresco, una cierta intención crítica o satírica. Así, tanto Mesonero Romanos y *Recuerdos de un viaje por Francia y Bélgica de 1840-1841*, Pedro Antonio de Alarcón y su *De Madrid a Nápoles*, o Eugenio de Ochoa y su recorrido por *Madrid, Londres, París*, entre otros, escribieron relatos de viajes donde la “escena de género” permitía un acercamiento a las costumbres de las que eran testigos¹⁵¹.

También representantes del Realismo no dudaron en viajar y plasmar sus impresiones. En este sentido, podemos destacar a Galdós, quien escribió sobre lugares de tanto dentro como fuera de nuestras fronteras. A este respecto, destacan sus viajes a Inglaterra en 1883, a Portugal en 1885, a Francia y Alemania en 1886, de nuevo a Inglaterra, Alemania, Holanda y Dinamarca en 1887 y su viaje en 1888 por diversas ciudades italianas (Turín, Milán, Verona, Venecia, Padua, Bolonia, Florencia, Roma, Nápoles...) en el contexto de la recién unificada italiana. A partir de estos viajes y las crónicas resultantes que publicó en diversos periódicos y revistas de la época, Galdós compartía, como lo aprecia Cristina Carbonell, “la satisfacción, con ademán y vocación cosmopolita, de su voracidad de observador de la realidad social, moral y política contemporánea, desde el mirador privilegiado de la vida urbana”¹⁵². Se trataba, en definitiva, de recorridos histórico-artísticos en los que Galdós pudo manifestar sus conocimientos en historia del arte, presentándose como un historicista acérrimo que se detenía en la relación existente entre una sociedad y su arte. Según Peñate Rivero, para Galdós, el valor monumental de una ciudad no es lo decisivo, sino que “es la emoción que transmite la percepción del objeto, emoción que tiene que ver con la posibilidad de sorprender la imaginación y sobre todo, con la sensación de vida que puede sugerir”¹⁵³.

No obstante, Galdós, como no podía ser de otra manera, también viajó por España. De hecho, “la formulación entre fisiocrática y regeneracionista del pensamiento español del último Benito Pérez Galdós marcó hondamente el final de un proyecto que unificó el nacionalismo”¹⁵⁴. Si ya en los *Episodios Nacionales*, Galdós trata de realizar una explicación coherente de la historia reciente de España desde la perspectiva de 1868 y de sus consecuencias, no iba a ser menos en los viajes artísticos que realiza y que aparecen vinculados al “excursionismo” de estilo romántico. Así lo encontramos en sus primeros relatos viajeros, referidos a Toledo (“Las generaciones artísticas en la ciudad de Toledo”) y Cantabria (“Cuarenta leguas por Cantabria”). No obstante, destacarán

¹⁵¹ CANAVAGGIO, 1995, p. 110.

¹⁵² CRISTINA CARBONELL, 2008, p. 82.

¹⁵³ PEÑATE RIVERO, 2008, p. 322.

¹⁵⁴ MAINER, 2004, p. 187.

especialmente los de tema castellano, que encontramos, por ejemplo, en el prólogo “Vieja España” del libro de José María Salaverría (1907) o en “Ciudades viejas. El Toboso”, publicado en *La Esfera* (1915), los cuales, según señala Mainer, deben entenderse sobre toda una trama de mitificación de España y lo español que tiene lugar tras los sucesos de 1898, centrándose el autor en Castilla y lo castellano, “núcleo emocional de lo español, expresión viva de lejos en su propia obra”¹⁵⁵.

De hecho, ya a finales de siglo y en cuanto al género del libro de viajes se refiere, la impronta modernista se refleja en la búsqueda de la esencia del ser humano en la historia. No obstante, la historia no es uno de sus propósitos principales, sino que esta se conjuga con elementos románticos y modernistas¹⁵⁶. De hecho, entre el último tercio del siglo XIX y el primero del XX, se desarrolla el género de los paseos literarios a fin de atender, como advierte González Troyano, a los cambios de la modernidad, es decir, a la continua transformación que ciudad y sociedad experimentan a lo largo de la centuria. Así, el paseo literario se configura como una “desviación del libro de viajes” que, ante la demanda de la literatura costumbrista, un nuevo ideario político y el gusto del público, persigue dar cuenta de un horizonte más bien cercano, limitado y familiar. En este subgénero, la importancia recae en el paseante, desde cuya perspectiva se va a narrar, pues “con la mirada de complicidad orientaba sus pasos de manera selectiva, para reencontrar solo aquello que le permitía plantear unos itinerarios acordes con la imagen que, a través del paseo, quería hallar y ofrecer”¹⁵⁷. Su enfoque estaba teñido por una imagen previa, del pasado, una imagen que era la que quería recuperar por medio del itinerario de su discurso narrativo. De esta manera, gracias a esos paseos literarios, ciudad, villas, edificios, monumentos, paisajes y regiones dejaron de ser territorios única y exclusivamente privilegiados para pasar a ser leídos y, así, los lectores y el público en general “fueron tomando conciencia del papel de la ciudad como personaje literario en sí mismo, sin necesidad de remitirlo al transcurso de una intriga más global, en el interior escenográfico de una novela o de una obra de cualquier otro género”¹⁵⁸.

Pero los paseos literarios no fueron el único “género”, si así pudiera llamarse, resultante de la literatura de viajes en el siglo XIX. Ante las necesidades de información de la nueva generación de lectores, viajeros potenciales, nacen a lo largo del siglo XIX las guías de viajes, un subgénero pujante que irá invadiendo el terreno de la literatura viajera. Por tanto, tal y como señala Serrano, por literatura de viajes en el siglo XIX, se debe entender tanto los relatos de viaje como todo tipo

¹⁵⁵ MAINER, 2004, p. 196. También habría que destacar otras obras de Galdós circunscritas a la literatura de viajes, como son “¿Viajando por España?” y “Guía espiritual de España. Madrid”.

¹⁵⁶ ZULUETA, 2011, p. 255.

¹⁵⁷ GONZÁLEZ TROYANO, 2005, p. 154.

¹⁵⁸ *Ibidem*, p. 156.

de guías que los viajeros acostumbrarían a consultar antes de emprender la marcha, ya fueran guías urbanas, guías provinciales, guías para turistas ociosos, guías de diligencias y caminos, de ferrocarriles, guías de balnearios para viajeros cansados, de grandes ciudades y de pequeños pueblos, de ciudades modernas o de pequeñas ciudades ancladas en el pasado, etc. En definitiva, “esta literatura viajera mostraba los cambios o la persistencia de las costumbres, los avances o la lentitud del progreso en las innovaciones urbanas de cada localidad y, aún más, las ideas de sus autores”¹⁵⁹. Es por ello por lo que, en tiempos de continuos cambios, como fue el siglo XIX español, una guía resultaba, además de indispensable para orientarse entre los cambios de toda índole que un nuevo gobierno representaba, un vehículo de propaganda nada despreciable¹⁶⁰. De hecho, en algunas ocasiones, la guía era enteramente, desde principio a fin, un vehículo transmisor de ideología, manifiesta a partir de los comentarios del autor, en alusión a determinados monumentos, acontecimientos, políticas, ciudades, regiones, etc. No obstante, las guías experimentaron a lo largo del siglo XIX una evolución en su contenido y en el tratamiento de los diferentes apartados de que se componían. Así, mientras que en los primeros años del XIX eran pocas las guías urbanas que destacaban por su interés artístico, histórico o monumento, a medida que avanzó el siglo, fueron prevaleciendo estas sobre otras.

¹⁵⁹ SERRANO, 1993, p.7.

¹⁶⁰ *Ibidem*, 1993, p. 20.

4. Los Reales Sitios en la narrativa del XIX: Urbanismo, Naturaleza e Historia

Desde que Madrid se convirtió en capital, primero de la Corte y luego del Estado, atrajo a multitud de escritores y artistas. Es por eso por lo que, antes del siglo XIX y el Costumbrismo o el Realismo, en su afán por describir los entresijos de la realidad madrileña, ya existía un Madrid previamente literaturizado, ya fuese a través de las comedias de Lope de Vega, de Calderón o de Moratín, entre otros.

No obstante, a lo largo del siglo XIX, como consecuencia de la necesidad de insertar e integrar la narración ficticia en una geografía real, será cuando Madrid centre el interés de la literatura como ejemplo de los cambios que se estaban dando en la sociedad y el desarrollo que experimentaron las ciudades en este periodo. Así, asistimos a la consideración de Madrid como ente de ficción, proceso en el que intervienen de manera muy notable los escritores costumbristas y realistas. Al mismo tiempo que resurgía un nuevo Madrid, a lo largo del siglo XIX el género narrativo experimentó su espectacular desarrollo. En él, frente al Madrid explícito que había sido vivenciado literariamente hasta entonces, comenzará a cobrar protagonismo un Madrid implícito que, como centro de todo lo que sucede, cobra valor por sí solo, ya sea como marco urbano ambiental o escenario, ya como protagonista en la narración. Es el Madrid que sus habitantes, al fin y al cabo, disfrutaban paseando al aire libre y acudiendo a las tertulias en los cafés. Y con ellos, los escritores que, como Mesonero o Galdós, ganduleaban por las calles, plazas y callejuelas, gozando al observar el bullicio de la capital. Así, en sus novelas y relatos vemos cómo a sus personajes les gusta ir a dar un paseo en coche por el Prado, acudir a la romería de San Isidro, o a la Casa de Campo, y buscar cualquier ocasión para merendar a orillas del Manzanares¹⁶¹.

De esta manera, Madrid comienza a ser descrita y escrita, tanto desde el punto de vista de su estado moral como del de sus aspectos urbanístico, arquitectónico y festivo, para dar lugar a la consolidación de un Madrid literario y costumbrista, paralelo al real. Así lo vemos en las novelas de Galdós, por ejemplo, donde las calles, casas, tipos ciudadanos y alrededores adquieren una dimensión ficticia, aunque realista precisamente por tener un nombre situado en un lugar concreto de la ciudad¹⁶². De esta manera, la ciudad que asoma en las páginas de “Clarín”, Pereda, Galdós, Palacio Valdés, Baroja o Valle-Inclán “terminará imponiéndose sobre nuestro Madrid de cada día, enriqueciéndolo humana y espiritualmente con la magia de la literatura”¹⁶³.

¹⁶¹ BARELLA y GUTIÉRREZ CARBAJO, p. XIV.

¹⁶² ÁLVAREZ BARRIENTOS, 1993, pp. XIV-XV.

¹⁶³ BARELLA y GUTIÉRREZ CARBAJO, 1993, p. IX.

Pero a pesar del desarrollo urbanístico, de su crecimiento tanto hacia el centro como hacia la periferia, las mejoras en las infraestructuras y el nuevo ambiente político liberal, que reflejó la literatura decimonónica, en Madrid pervivirá la tradición y la historia de la Villa que tan bien supo reflejar esta misma literatura. Es como explica Manuel Lacarta:

Madrid y su intrahistoria, recoleta, cortesana, multicolor, administrativa, de plazas, callejones y jardines, han hecho posible, por una parte, una literatura típicamente madrileña, madrileñista a veces en sus contenidos y simpatías, y por otra, una literatura que, transcendidas las fronteras, alejados los contenidos, es nuestra, porque no pertenece en sus raíces a ninguna otra de las geografías. [...] Un Madrid siempre cambiante y una literatura sobre Madrid que igualmente, casi al mismo compás sincrónico de este su paso evolutivo, cambia o rompe con anteriores concepciones o conceptos. Cada nueva imagen de la topografía, de la antropología de la arquitectura urbana, tiene una equivalencia lógica y precisa en una nueva imagen literaria. A su vez, con el tiempo, progresivamente, cada nueva visión literaturizada, asumida, de nuestra sociedad lleva como destino a una nueva mirada de nuevas intencionalidades¹⁶⁴.

La elección de los cuatro Reales Sitios objeto de este trabajo obedece a un criterio de distinguir aquellos espacios propios de la Monarquía que se localizaban tanto fuera como dentro de la propia villa de Madrid y que, por tanto, no resultaban indiferentes para aquellos escritores que no dudaron en hablar y dejar por escrito sus impresiones de la sociedad y vida madrileña. En este sentido, hablamos del Palacio Real, antiguo Alcázar durante el reinado de los Austrias, el cual no es un Real Sitio cualquiera sino que constituye *el* Real Sitio por excelencia como lugar habitual de residencia del Rey, y el Real Sitio del Buen Retiro, que, a lo largo del siglo XIX, perderá poco a poco su carácter privado y exclusivo de la Monarquía para ir formando parte de los espacios públicos de la vida cotidiana madrileña. Por tanto, nos encontramos con dos Reales Sitios que, a pesar de su distinto origen y funciones a lo largo de la historia, se insertan dentro del paisaje urbano de Madrid y de los acontecimientos que la ciudad aguardará durante todo el siglo. Por ello, cuando los literatos del XIX hablan de Madrid, deberemos encontrar las referencias que en ellos se encuentran, tanto explícita como implícitamente, de estos dos Reales Sitios, así como de la Monarquía, la Corte, la nobleza y, en definitiva, la sociedad madrileña. Al fin y al cabo, como decía Eusebio Blasco en la introducción al volumen *Madrid por dentro y por fuera*

La corte es todo lo que al monarca rodea, y no es del interior de ningún palacio de lo que aquí se trata, sino de la villa del oso y del madroño; de la populosa ciudad, centro ya sienta de la Monarquía¹⁶⁵.

¹⁶⁴ LACARTA, 1986, p. 14; p. 18.

¹⁶⁵ BLASCO, "Introducción", en *Madrid por dentro y por fuera. Guía de forasteros incautos*, p. VI.

Pero no solo la villa de Madrid fue objeto de interés por parte de la literatura. Al mismo tiempo que Felipe II hizo de Madrid la capital del Imperio en 1561, la Corte se extendió por los alrededores y como un pequeño sistema planetario, que tenía por sol al Alcázar madrileño, se fueron conformando unos Sitios Reales que demostraban el tipo de vida que los monarcas deseaban, su manera de gobernar, etc., lejos del ruido de la capital, estableciéndose incluso en un primer momento la prohibición de asentarse o viajar sin permiso real.

Por eso, frente a la villa de Madrid, los Reales Sitios en general, en el siglo XIX, serían vistos dentro de un ambiente más provincial, rural, de acuerdo a la nueva visión de la naturaleza que la literatura decimonónica aportó. A pesar del protagonismo que habían adquirido la ciudad y sus habitantes frente a los personajes del campo y de poblaciones pequeñas, tal y como asegura Jacques Ballesté, los escritores españoles del XIX quisieron subrayar la inconfundible originalidad de unas regiones entrañables que conocían perfectamente, desechando los expedientes que habían utilizado otros autores y abandonando la idea de naturaleza como “telón de fondo” o incluso de “paisaje” para resaltar el de “geografía”, cuyo significado albergaba connotaciones económicas, sociológicas, políticas o históricas muy diversas¹⁶⁶. Así lo consideraba, de hecho, Enrique Pérez Escrich, más conocido bajo los seudónimos Carlos Peña-Rubio y Tello en el folletín decimonónico, quien aludía a la necesidad de los escritores de huir de la ciudad para encontrarse con la naturaleza:

Para los poetas noveles que viven lejos de este nuevo bazar de las conciencias, llamado Madrid; de este Leviatán que todo lo traga, lo corrompe y lo devora; de este Océano de las pasiones, donde los hombres corren empujados por las olas sin voluntad propia; los hijos del genio que cruzan la tierra de los hombres con el laurel de Apolo en la frente y la antorcha del saber en la mano, juzgados por sus bellas producciones, admirados desde lejos a través del poético cristal de la gloria, son seres excepcionales; exentos de las miserias y la prosa de la vida, se les envidia, se les admira, se les adora y se les levanta un altar preferente en el fondo del corazón.

Pero llega un día en que se les conoce, se les trata, y entonces la poesía desaparece, y las ilusiones de color de rosa bajan a sepultarse en el frío sepulcro de los desengaños.

Entonces se comprende que un poeta, por sublime que sea, es un hombre, y como tal se halla sujeto a las necesidades vulgares de la vida [...].

La naturaleza, pródiga y previsora, generalmente se proclama amiga de los soñadores: pues así como le concede al Egipto los desbordamientos del Nilo, que fecundizan la tierra, y a América

¹⁶⁶ BALLESTÉ, 1998, pp. 38-39.

las rociadas que mantienen la frescura de los bosques bajo el sol de los trópicos, le concede al poeta esa bella flor de la juventud, llamada la esperanza¹⁶⁷.

El resultado fue el interés de los españoles por los paisajes y las costumbres de diferentes regiones de su país, como se manifiesta en algunas obras de carácter científico destinadas al conocimiento geográfico y cultural de la Península, o a través de los artículos e ilustraciones del *Semanario Pintoresco Español*, entre otros. En el caso de los Reales Sitios, este tratamiento de la naturaleza y el ambiente rural lo encontramos, por ejemplo, en la obra de José Somoza, *El capón, novela histórica y nacional* (1844)¹⁶⁸, la cual trata sobre cómo transcurría felizmente la vejez de la reina Isabel Farnesio, viuda de Felipe V, en su retiro en La Granja, donde se dedicaba al fomento de la economía agrícola.

Por tanto, esta visión demostraba cómo los Sitios Reales “no dejaban de ser el juguete, un bello juguete, de los monarcas, donde se encontraban menos encerrados en el protocolo y en los deberes de la Corte”¹⁶⁹. De esta manera, desde los Austrias, en los palacios de los Reales Sitios, pensados para la caza y la distracción en familia, no se celebraban los estrictos actos del ceremonial. La depresión y el escapismo regios, el gusto por la caza, la neutralización de los Grandes como elementos decisorios en la vida política convirtieron los Reales Sitios en un instrumento del absolutismo borbónico radicalmente distinto de lo que habían sido bajo los Austrias, y como tal adquirieron nuevos contenidos artísticos y formas urbanas y paisajísticas innovadoras, con el fin de contribuir a la paradójica situación de la Corte, sistemáticamente fuera de su escenario ceremonial¹⁷⁰. En este sentido, Larra hablaba de las nuevas costumbres que la Monarquía iba asumiendo en pleno siglo XIX, o, mejor dicho, del abandono que los representantes de la Corona en el primer tercio del siglo XIX llevaban a cabo con respecto a antiguas costumbres, como era la caza:

Entre nosotros, Carlos IV ha sido el último de nuestros príncipes cazadores; y los nobles, reflejo siempre en sus costumbres de los reyes, han dejado morir una diversión en la cual ya no tenían a quien remedar; en España, pues, se puede decir que hay cazadores, hay individuos, pero no hay caza propiamente dicha, y solo en algún rincón de provincia da todavía esta antigua afición señales de un resto de agonizante vida¹⁷¹.

¹⁶⁷ PÉREZ ESCRICH, “El Saloncillo del Teatro del Príncipe”, en Eusebio Blasco (dir.), *Madrid por dentro y por fuera. Guía de forasteros incautos*, pp. 23-25.

¹⁶⁸ SOMOZA, José, *El capón, novela histórica y nacional*, Salamanca, Juan José Morán, 1844.

¹⁶⁹ CHUECA GOITIA, 1989 p. 52.

¹⁷⁰ SANCHO GASPAR y MARTÍNEZ LEIVA, 2002, p. 98.

¹⁷¹ LARRA, “La caza”, en *Fígaro. Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres*, pp. 409-410.

Pero más allá de una mera cuestión dicotómica entre lo rural y urbano, estos Reales Sitios fueron testigos y protagonistas de gran parte de las decisiones de gobierno y de los principales acontecimientos históricos entre los siglos XVI y XIX. Además, los Sitios Reales no solo eran residencias, temporales o permanentes de los reyes de España, sino auténticos talleres artísticos, centros pioneros de experimentación o aplicación de ideas urbanísticas, paisajísticas, decorativas, etc. y a la vez, modelos a imitar e imitados por otras realizaciones¹⁷². Por tanto, los Reales Sitios suponían una red de influencias, grupos, personalidades y sistemas formulativos de poder que trascendían más allá de una cultura determinada. El escritor que llegaba a Aranjuez, el Escorial, El Pardo, La Granja o a la misma villa de Madrid con su imponente Palacio Real, incorporaba, secreta y paulatinamente, sus esquemas culturales, a la vez que asumía los vigentes en aquellos lugares cargados de historia, de esplendor y tragedia. Los Reales Sitios, en el siglo XIX, no eran únicamente palacios, residencias del Monarca, sino que con todas las transformaciones urbanísticas y los nuevos usos, fueron adoptando un carácter más poblado hasta conformar núcleos urbanos definidos, cada uno de ellos con un programa específico, que fueron dando lugar a las diferentes imágenes de ciudad que se establecerían en ellos¹⁷³. De esta manera, los dos Sitios Reales analizados fuera de la Corte, Aranjuez y El Escorial, ofrecen una imagen propia y totalmente diferente, que los literatos de la época supieron captar (o no).

Como reflejo de lo que en ese momento se pretendía que la Corte debía ser, los Reales Sitios constituían una experiencia complementaria o confirmatoria de la llevada a cabo en Madrid, pero también una realización del mismo principio más perfecta, en virtud de su carácter más limitado y controlable¹⁷⁴. De esta manera, todo aquello que constituía el Patrimonio de la Corona fue objeto de atención a lo largo de todo el siglo XIX, apogeo que fue resumido así por Mesonero Romanos, quien como admirador por la burguesía culta y por las obras del pasado, cargadas de significados conservadores, se lanzó a la reconciliación de la imagen de la Monarquía con el “orgullo nacional” propio del régimen liberal:

Pocos monarcas, por grandes y poderosos que sean, pueden contar, como el español, tantos y tan variados Sitios Reales de recreo y de utilidad en que descansar de las fatigas anexas a la Corona y ostentar su grandeza y poderío. En el radio solo de quince leguas de la capital cuéntanse, por lo menos, dieciséis palacios magníficos, embellecidos la gran parte por suntuosos jardines y dilatados bosques, en los cuales, así como en la arquitectura y adorno de los dichos regios alcázares, parece haberse agotado todo lo que la imaginación humana puede idear auxiliada por

¹⁷² NAVARRO MADRID, 2002, p. 222.

¹⁷³ SAMBRICIO, 1989, p. 106.

¹⁷⁴ SANCHO GASPAR, 1995, p.31.

la grandeza de un reino poderoso, que llegó a desplegar su enseña en los confines más remotos de entrambos hemisferios. La enumeración sola de dichas reales mansiones basta para recordar a los que la conocen la exactitud de nuestra observación, y no temeríamos desafiar a todos los viajeros que han recorrido las capitales y sitios más célebres de Europa a que recordasen si en nación alguna han encontrado un conjunto que pueda disputar en grandeza a los de San Ildefonso, Aranjuez, Riofrío, Valsaín, Quitapesares, El Pardo, la Isabela, la Real Quina, la Zarzuela, la Casa de Campo, la Moncloa, Vista Alegre, el Retiro, el Casino y el Palacio Real de Madrid.

Ni para aquí la suntuosidad de nuestros monarcas. Fuera del círculo que dejamos trazado, alcanza a los más remotos confines de la península, como pueden dar testimonio el regío Alcázar de Sevilla, la Alhambra y Generalife de Granada, los palacios de otras muchas ciudades, el Soto de Roma, la Albufera de Valencia y otra multitud de sitios, cuya descripción, reunida en una obra que teníamos imaginada, pudiera muy bien servir de magnífica introducción a un viaje pintoresco por nuestra España, obra que reclama el buen gusto y el orgullo nacional¹⁷⁵.

Hablar del Patrimonio Real y de los Reales Sitios implicaba hablar de su Monarquía y, por tanto, de su historia. Como ya hemos visto anteriormente, el género histórico alcanza especial importancia durante el siglo XIX, pues como consideran Martínez Millán y Carlos Reyero, las nuevas élites sociales y políticas necesitaban “una interpretación del pasado nacional para legitimar su acceso al poder, así como una clasificación de mitos y valores culturales para unir a los ciudadanos de las nuevas naciones-estados en lazos comunes de empatía y orgullo”¹⁷⁶.

Pero en este proceso de recuperación histórica, la Casa de Austria, fundadora de muchos de los Reales Sitios, encarnaba lo más negativo para la historia de España, debido a su absolutismo, represión de instituciones representativas, intolerancia y decadencia económica, por lo que la literatura decimonónica mostró un interés casi nulo por ella o, si no, un carácter claramente de oposición. En especial, las críticas se dirigieron contra Felipe II y su reinado, durante el cual sucesos “confusos, oscuros y escandalosos”, como ha estudiado Díez Borque, no pasaron desapercibidos por la literatura española del XIX¹⁷⁷. Y a ello se prestaron especialmente la literatura neoclásica y el Romanticismo, pues a pesar de sus diferencias estéticas, por su defensa del liberalismo, se verán contagiadas por la leyenda negra que existía en torno a la Monarquía de los siglos XVI y XVII. Así lo explica Rey Hazas:

Los escritores españoles de la primera mitad del siglo XIX, [...] ofrecieron una visión muy crítica de Carlos V y Felipe II basada, más que en un riguroso análisis histórico del siglo XVI, en el liberalismo de su época, con la mirada histórica puesta siempre en los conflictos políticos

¹⁷⁵ MESONERO ROMANOS, “El Buen Retiro”, *Semanario Pintoresco Español* 6 (8 de mayo de 1836), p. 51.

¹⁷⁶ MARTÍNEZ MILLÁN y REYERO, 2000, p. 18.

¹⁷⁷ DíEZ BORQUE, 2000, p. 261.

decimonónicos. [...] Guiados por el propósito de “hacer a España libre”, y amenazados por Napoleón, Fernando VII, la Inquisición o los carlistas, se identificaron con héroes como Padilla, su viuda, Lanuza, etc., [...]. Fue, en consecuencia, una visión histórica guiada por la defensa de la libertad, que originó, como era natural la acusación reiterada de tiranía a los monarcas del siglo XVI¹⁷⁸.

Y sobre este paradigma crítico, los escritores del XIX no se mostraron indulgentes hacia sus obras, en este caso, sus palacios y Reales Sitios.

No obstante, a partir de la Restauración, la imagen negativa que se tenía de la dinastía de los Austrias cambió sustancialmente, cuestión en la que tuvo mucho que ver Cánovas del Castillo, quien se empeñó en “nacionalizar” a los Austrias, a los que presentó como el “apogeo mismo de nuestra historia”¹⁷⁹.

4.1. El Palacio Real en la narrativa del XIX

Como consecuencia del establecimiento de la Corte y su consolidación como capital del Estado, Madrid se constituyó en el centro cultural, político y ceremonial de la Monarquía y de todo el país, y su escenario fundamental, hasta el siglo XIX, era el Palacio Real (viejo Alcázar hasta su incendio en 1734).

De esta manera, el Palacio Real no fue uno de los tantos Reales Sitios que la Monarquía tenía repartidos por toda la Península, sino que es el Real Sitio por excelencia. Su consideración y su construcción, reforma y funciones superarían ampliamente a las del resto de Sitios Reales. Por un lado, el Palacio Nuevo Real de Madrid no solo cumpliría el papel de residencia del rey sino que hasta el siglo XIX era la sede del Gobierno del Estado, un auténtico centro de poder en el que tenían su asiento los Consejos de la Corona, el de Castilla, el de Indias, el de Guerra, el de Estado, etc. Además, el Palacio Real debe ser integrado en un complejo del que formarían parte la Casa de Campo, el palacio del Buen Retiro, el propio Campo del Moro e incluso los monasterios y conventos que gozaban del patronato real, como las Descalzas Reales, la Encarnación, Santa Isabel o Nuestra Señora de Loreto.

El origen de este Real Sitio se remonta al palacio árabe que, entre los años 850 y 856, durante el reinado del emir cordobés Muhammad I, se mandó construir en la antigua Madrid musulmana, *Mayrit*. A partir de la conquista castellana de la ciudad, el Alcázar conservaría el aspecto de castillo

¹⁷⁸ REY HAZAS, 2000, pp. 304-305.

¹⁷⁹ MARTÍNEZ MILLÁN y REYERO, 2000, p. 22.

poderoso, aunque sin demasiada trascendencia en el reino castellano, hasta que los reyes Trastámara empezaron a ocuparlo y llevaron a cabo las primeras reformas del edificio con el fin de hacerlo más confortable y adecuarlo al estilo de la corte castellana. Con ello, la fortaleza fue perdiendo su carácter militar para ir introduciendo elementos palaciegos, ya consolidados en tiempos de Carlos I (V). Para Mesonero Romanos, este rey fue el artífice de dotar a Madrid de rango de ciudad, llamando la atención sobre el Palacio Real:

Con tan continuadas residencias de los monarcas en el pueblo de Madrid, [Carlos I] tomó este una consideración extraordinaria; todos ellos pusieron gran cuidado en su aumento y hermosura, y edificaron notables fábricas, entre ellas el alcázar, que fundado durante la denominación de los moros, según unos, y por Alonso el VI, según otros, y reparado por los Enriques III y IV, fue reedificado y convertido en Palacio real por Carlos V, cuyas obras continuó su sucesor¹⁸⁰.

No obstante, sería a partir de la capitalidad de Madrid en 1561 cuando el Alcázar toma una nueva dimensión como sede de la Corte, pues el palacio, además de residencia real, ejercería como gran ministerio, lo que implicaba albergar numerosos servicios del gobierno de la Villa y de la Corte. La planta baja del patio del rey era donde se alojaban dichas funciones, siendo un bullir constante de cortesanos y comerciantes, por lo que las obras afrontadas por Felipe II se encaminarían a la adecuación del edificio, dejando a un lado todas las obras encaminadas al embellecimiento del palacio. A partir de entonces, a lo largo del reinado de los sucesivos Austrias, el Alcázar de Madrid fue experimentando continuos cambios artísticos y arquitectónicos de acuerdo a los gustos reales y de la época.

Así, sería, para Mesonero, Felipe II quien “llevado de una particular inclinación hacia la villa de Madrid, echó el sello a su grandeza, fijando en ella la corte”. Para *el Curioso Parlante* las razones que motivaron la capitalidad de Madrid fueron “la salubridad del clima (más templado entonces por la mayor abundancia de arbolado de los contornos), y la situación central de este pueblo con respecto a la extensión de la Península, ventaja interesante y que puede suplir otras faltas”. De esta manera, “la residencia fija del soberano, la concurrencia de numerosos tribunales y oficinas, grandes dignidades, y demás circunstancias anejas a la corte, dieron muy luego a Madrid un aspecto lisonjero”¹⁸¹.

Sin embargo, no todos los escritores del XIX vieron en el establecimiento de la Corte en Madrid un foco de esplendor para la región. Para Ángel Fernández de los Ríos, de acuerdo a su republicanismo y el espíritu de “displicencia inconsciente o sistemático, que nada perdona ni crea

¹⁸⁰ MESONERO ROMANOS, *Manual de Madrid*, p. 12.

¹⁸¹ *Ibidem*, pp. 13-14.

cosa alguna”¹⁸² de su *Guía de Madrid*, apenas hubo beneficios materiales en la villa con la venida de la Corte, sino escándalos, corrupción, etc. Así llena de hostilidades su obra hacia el Rey Prudente. Primero, por los perjuicios medioambientales que ocasionó, como la falta de aguas, la esterilización del suelo, la pérdida de las reses y el cambio del clima:

Antójaselo a Felipe II fijar la corte en la villa, y lejos de ganar algo con ese capricho, que tantas la envidiaron, en poco tiempo perdió todos sus elementos naturales de propia vida, sin compensación efectiva de tamaño estrago. Era Madrid en el siglo XV abundante en montes, y a los cien años de instalada en él la corte habían sido talados para levantar estrambóticos palacios a la nobleza y alimentar los hogares de la población cortesana que dominó la villa¹⁸³.

Según Fernández de los Ríos, más que la posición central de Madrid con respecto a la Península, las condiciones climáticas de la región o la riqueza que podía tener, lo que hizo que se estableciera ahí la Corte fue la forma de ser del propio Felipe II, quien “cifrando la nación en su persona, no podía comprender la necesidad de una capital [...] y para nada tenía que ocuparse de la vida civil de sus vasallos”¹⁸⁴. Así, el resultado fue que no se llevaron a cabo las reformas necesarias para que Madrid fuera “verdadera representación de una corte, que se vanagloriaba de que la prestaran obediencia 600 millones de almas, extendidas en 800.000 leguas cuadradas, la octava parte del mundo conocido”¹⁸⁵. Pero a todo ello, Fernández de los Ríos sumaba más defectos al Madrid filipino que el Madrid decimonónico heredaría:

No contento con haber privado a Madrid de sus ventajas naturales, sin más compensación que los inconvenientes de una nueva masa de población errante, aventurera y corrompida, le quitó su condición agrícola y no hizo nada por convertirle en industrial; condenándole a una vida de prestado, vida raquítica, que tan bien se retrata en el lentísimo y artificial desarrollo que ha tenido desde que vino la corte¹⁸⁶.

Ni tan siquiera sus monumentos más emblemáticos gozaron del beneplácito de Fernández de los Ríos, como el Palacio Real. No es el caso de Manuel Jorreto, en cuya guía sobre los Sitios Reales de España del año 1894, se encuentra “entre los grandiosos monumentos artísticos que han erigido en la capital de España los monarcas de la dinastía reinante, [...] y es sobremana honroso a la memoria de aquellos soberanos”¹⁸⁷. Por eso, a pesar de todo, Mesonero concluirá que Madrid

¹⁸² FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*, pp. VIII-IX.

¹⁸³ *Ibidem*, p. 36.

¹⁸⁴ *Ibidem*, p. 37.

¹⁸⁵ *Ibidem*, p. 38.

¹⁸⁶ *Ibidem*.

¹⁸⁷ JORRETO, *España. Los Sitios Reales*, p. 25.

“mirará siempre a Felipe II como a su verdadero fundador, por la existencia política que le dio con el establecimiento de la corte”¹⁸⁸.

Pero frente “a la oscura historia de dicho Alcázar, obra del tiempo de los moros, según unos, de Alfonso VI, según otros, y de incierta fecha, según varios”, Jorreto destaca la labor realizada por la dinastía Borbón¹⁸⁹.

Con la llegada de Felipe V, tuvieron lugar cambios importantes en la manera de entender la Corte y los espacios palaciegos. De hecho, el poco agrado que le produjo el Alcázar madrileño como sede de su Corona propició que el primer rey Borbón compartiera su residencia con el palacio del Buen Retiro y que, tras el incendio del Alcázar en 1734, decidiera demoler las ruinas para hacer un Palacio de nueva planta totalmente diferente al anterior¹⁹⁰. Nació así un nuevo Palacio Real en una ciudad que poco a poco adquiría un carácter independiente de este. Si bien Fernández de los Ríos alaba el fin del antiguo Alcázar:

Las llamas que devoraron el antiguo dieron á Felipe de Borbón excelente pretexto para borrar del todo aquella página de la dinastía austríaca, y, arrancando hasta los cimientos de la que había sido su mansión, fundar el reciente trono sobre las ruinas del de Carlos V¹⁹¹,

el proyecto resultante tampoco contaría con su beneplácito, ya que resultó ser un palacio “destinado a no tener jamás, como los de París, Berlín, Londres y Bruselas, población que le rodee, irremediablemente relegado a un extremo de la villa, suspendido sobre un valle desierto, mirando, desde la soledad de sus fachadas, la soledad del Escorial”¹⁹². Mesonero, por su parte, calificaría “este hermoso palacio” de “imponente”, aunque criticaría la falta de jardines, tal y como se había proyectado. No obstante, él destacaría cómo “en sus magníficas salas se encierran de cuantos objetos de lujo y buen gusto han producido más perfectos las manufacturas españolas y extranjeras, teniendo el curioso que detenerse a cada paso a contemplar las primorosas obras de arte”¹⁹³. Otros como Jorreto hablaban de la magnificencia que Felipe Juvara y Juan Buatista Saqueti idearon para

¹⁸⁸ MESONERO ROMANOS, *Manual de Madrid*, p. 14.

¹⁸⁹ JORRETO, *España. Los Sitios Reales*, pp. 26-28.

¹⁹⁰ Según sostiene Castaño Perea, hasta entonces, el palacio había sido modificado de acuerdo a los gustos de Felipe V y la reina, tratándole de dar al Alcázar un aspecto más versallesco. Así, las obras emprendidas por Felipe V fueron encaminadas a liberar estancias y conseguir espacios con mayor amplitud y esplendor, de acuerdo al gusto de la corte francesa. En este sentido, la aportación más significativa del rey Borbón fue la realización entre 1709-1711 del Gran Salón Nuevo y la finalización de las obras de reforma de la Capilla que había comenzado Carlos II (CASTAÑO PEREA, 2014, p. 156).

¹⁹¹ FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*, p. 230.

¹⁹² *Ibídem*, p. 232.

¹⁹³ MESONERO ROMANOS, *Manual de Madrid*, pp. 249-250.

el nuevo Palacio Real, destacando, de todos los espacios, “el magnífico salón de Embajadores, el más vasto y rico de todo el Palacio”¹⁹⁴.

Pero si es del interior del Palacio Real de lo que hablamos, encontramos en la novela de Galdós, *La de Bringas*, de 1887, la descripción ideal de aquel, visto como “una república con Corona”. En muchas de sus obras, Galdós retrata el Palacio como lugar de fiestas solemnes y bailes que no ve el pueblo, pero sí “el militar bullicio del relevo de la guardia” cotidiano, “aquel maniobrar ordenado de las tres armas, que en sus movimientos eran como el índice o catálogo de las energías militares”, la Parada de la Plaza de Armas, que en tiempos de Galdós aún estaba cerrada por el edificio y arco de la Armería y que tan bien representa en el *Episodio Nacional* dedicado a O'Donnell. Sin embargo, la “Casa Grande”, como aparece familiarmente llamada varias veces en los *Episodios* “Los duendes de la camarilla” o “Bodas Reales”, era accesible al público, así como las solemnes funciones en la Capilla Real¹⁹⁵. Sin embargo, con *La de Bringas*, Galdós nos lleva a los altos de Palacio.

La familia Bringas, por el puesto de trabajo que ocupa el padre, don Francisco, que es oficial primero de la intendencia del Real Patrimonio, vive en una de las habitaciones del piso segundo que sirven de albergue a los empleados de la Casa Real, “piso que constituye con el tercero una verdadera ciudad, asentada sobre los espléndidos techos de la regia morada”, dice el narrador. Y es que a partir de la visita que Manuel Pez y el narrador le hacen a Francisco Bringas, podemos conocer el Palacio como ninguna guía de la época nos lo podía mostrar, gracias, entre otras cosas, a la pluma galdosiana. Nos remitimos, así, al capítulo IV de la novela, un auténtico espectáculo laberíntico:

Al pisar su primer recinto, entrando por la escalera de Damas, un cancerbero con sombrero de tres picos, después de tomarnos la filiación, indicónos el camino que habíamos de seguir para dar con la casa de nuestro amigo [...]

Echamos a andar por aquel pasillo de baldosines rojos, al cual yo llamaría calle o callejón por su magnitud, por estar alumbrado en algunas partes con mecheros de gas y por los ángulos y vueltas que hace. De trecho en trecho encontrábamos espacios, que no dudo en llamar plazoletas, inundados de luz solar, la cual entraba por grandes huecos abiertos al patio. La claridad del día, reflejada por las paredes blancas, penetraba a lo largo de los pasadizos, callejones, túneles o como quiera llamárseles, se perdía y se desmayaba en ellos, hasta morir completamente a la vista de los rojizos abanicos del gas, que se agitaban temblando dentro de un ahumado círculo y bajo un doselete de latón.

¹⁹⁴ JORRETO, *España. Los Sitios Reales*, p. 32.

¹⁹⁵ SANCHO GASPAR, 1985, p. 75.

En todas partes hallábamos puertas de cuarterones, unas recién pintadas, descoloridas y apolilladas otras, numeradas todas; mas en ninguna descubrimos el guarismo que buscábamos. En esta veíamos pendiente un lujoso cordón de seda, despojo de la tapicería palaciega; en aquella un deshilachado cordel. Con tal signo algunas viviendas acusaban arreglo y limpieza, otras desorden o escasez, y los trozos de estera o alfombra que asomaban por debajo de las puertas también nos decían algo de la especial aposentación de cada interior. Hallábamos domicilios deshabitados, con puertas telarañosas, rejas enmohecidas, y por algunos huecos tapados con rotas alambreras soplaban el aire trayéndonos el vaho frío de estancias solitarias. Por ciertos lugares anduvimos que parecían barrios abandonados, y las bóvedas de desigual altura devolvían con eco triste el sonar de nuestros pasos. Subimos una escalera, bajamos otra, y creo que tornamos a subir, pues resueltos a buscar por nosotros mismos el dicho número, no preguntábamos a ningún transeúnte, prefiriendo el grato afán de la exploración por lugares tan misteriosos. La idea de perdernos no nos contrariaba mucho, porque saboreábamos de antemano el gusto de salir al fin a puerto sin auxilio de práctico y por virtud de nuestro propio instinto topográfico. El laberinto nos atraía, y adelante, adelante siempre, seguíamos tan pronto alumbrados por el sol como por el gas, describiendo ángulos y más ángulos. De trecho en trecho algún ventanón abierto sobre la terraza nos corregía los defectos de nuestra derrota, y mirando a la cúpula de la capilla, nos orientábamos y fijábamos nuestra verdadera posición.

- Aquí – dijo Pez, algo impaciente – no se puede venir sin un plano y aguja de marear. Esto debe de ser el ala del Mediodía. Mire usted los techos del Salón de Columnas y de la escalera... ¡Qué moles!

En efecto, grandes formas piramidales forradas de plomo nos indicaban las grandes techumbres en cuya superficie inferior hacen volatines los angelones de Bayeu.

A lo mejor, andando siempre, nos encontrábamos en un espacio cerrado que recibía la luz de claraboyas abiertas en el techo, y teníamos que regresar en busca de salida. Viendo por fuera la correcta mole del alcázar, no se comprenden las irregularidades de aquel pueblo fabricado en sus pisos altos. Es que durante un siglo no se ha hecho allí más que modificar a troche y moche la distribución primitiva, tapiando por aquí, abriendo por allá, condenando escaleras, ensanchando unas habitaciones a costa de otras, convirtiendo la calle en vivienda y la vivienda en calle, agujerando paredes y cerrando huecos. Hay escaleras que empiezan y no acaban; vestíbulos o plazoletas en que se ven blanqueadas techumbres que fueron de habitaciones inferiores. Hay palomares donde antes hubo salones, y salas que un tiempo fueron caja de una gallarda escalera. Las de caracol se encuentran en varios puntos, sin que se sepa a dónde van a parar, y puertas tabicadas, huecos con alambreira, tras los cuales no se ve más que soledad, polvo y tinieblas.

A un sitio llegamos donde Pez dijo: ‘Esto es un barrio popular’. Vimos media docenas de chicos que jugaban a los soldados con gorros de papel, espadas y fusiles de caña. Más allá, en un

espacio ancho y alumbrado por enorme ventana con reja, las cuerdas de ropa puesta a secar nos obligaban a bajar la cabeza para seguir andando. En las paredes no faltaban muñecos pintados ni inscripciones indecorosas. No pocas puertas de las viviendas estaban abiertas, y por ellas veíamos cocinas con sus pucheros humeantes y los vasares orlados de cenefas de papel. Algunas mujeres lavaban ropa en grandes artesones, otras se estaban peinando fuera de las puertas, como si dijéramos, en medio de la calle.

- ¿Van ustedes perdidos? – nos dijo una que tenía en brazos un muchachón forrado en bayetas amarillas.

- Buscamos la casa de don Francisco Bringas.

- ¿Bringas?... – dijo una anciana que estaba sentada junto a la gran reja –. Aquí cerca. No tienen ustedes más que bajar por la primera escalera de caracol y luego dar media vuelta... Bringas, sí, es el sacristán de la capilla.

- ¿Qué está usted diciendo, señora? Buscamos al oficial primero de la Intendencia.

- Entonces será abajo, en la terraza. ¿Saben ustedes ir a la fuente?.

- No.

- ¿Saben la escalera de Cáceres?

- Tampoco.

- ¿Saben el oratorio?

- No sabemos nada.

- ¿Y el coro del oratorio? ¿Y los palomares?

Resultado: que no conocíamos ninguna parte de aquel laberíntico pueblo formado de recovecos, burladeros y sorpresas, capricho de la arquitectura y mofa de la simetría. Pero nuestra impericia no se daba por vencida, y rechazamos las ofertas de un muchacho que quiso ser nuestro guía.

- Estamos en el ala de la Plaza de Oriente, es a saber, en el hemisferio opuesto al que habita nuestro amigo – dijo Pez con cierto énfasis geográfico de personaje de Julio Verne – Propongámonos trasladarnos al ala de Poniente, para lo cual nos ofrecen seguro medio de orientación la cúpula de la Capilla y los techos de la escalera. Una vez posesionados del cuerpo de Occidente, hemos de ser tontos si no damos con la casa de Bringas. Yo no vuelvo más aquí sin un buen plano, brújula... y provisiones de boca.

Antes de partir para aquella segunda etapa de nuestro viaje, miramos por el ventanón el hermoso panorama de la Plaza de Oriente y la parte de Madrid que desde allí se descubre, con más de cincuenta cúpulas, espadañas y campanarios. El caballo de Felipe IV nos parecía un juguete, el Teatro Real una barraca, y el plano superior del cornisamento de Palacio un ancho puente sobre el precipicio, por donde podría correr con holgura quien no padeciera vértigos. Más abajo de donde estábamos tenían sus nidos las palomas, a quienes veíamos precipitarse en el

hondo abismo de la Plaza, en parejas o en grupos, y subir luego en velocísima curva a posarse en los capiteles y en las molduras. Sus arrullos parecen tan inherentes al edificio como las piedras que lo componen. En los infinitos huecos de aquella fabricada montaña habita la salvaje república de palomas, ocupándola con regío y no disputado señorío. Son los parásitos que viven entre las arrugas de la epidermis del coloso. Es fama que no les importan nada las revoluciones; ni en aquel libre aire, ni en aquella secular roca hay nada que turbe el augusto dominio de estas reinas indiscutidas e indiscutibles.

Andando. Pez había adquirido en los libritos de Verne nociones geográficas; se las echaba de práctico y a cada paso me decía: “Ahora vamos por el Mediodía... Forzosamente hemos de encontrar el paso de poniente a nuestra derecha... Podemos bajar sin miedo al piso segundo por esta escalera de caracol... Bien... ¿en dónde estamos? Ya no se ve la cúpula, ni un triste pararrayos. Estamos en los sombríos reinos del gas... Pues volvamos arriba por esta otra escalera que se nos viene a la mano... ¿Qué es esto? ¿Nos hallamos otra vez en el ala de Oriente? Sí, porque mirando al patio por esta ventana, la cúpula está a nuestra derecha... Crea usted que ese bosque de chimeneas me causa mareo. Paréceme que navego y que toda esta mole da tumbos como un barco. A este lado parece que está la fuente, porque van y vienen mujeres con cántaros... ¡Ea!, yo me rindo, yo pido práctico, yo no doy un paso más... Hemos andado más de media legua y no puedo con mi cuerpo... Un guía, un guía, y que me saquen pronto de aquí [...]”¹⁹⁶.

Y también nos proporciona la descripción de las habitaciones del palacio, auténticas viviendas:

[...] Llegamos por fin a las habitaciones de Bringas. Comprendimos que habíamos pasado por ella sin conocerla, por estar borrado el número. Era una hermosa y amplia vivienda, de pocos pero tan grandes aposentos, que la capacidad suplía al número de ellos. Los muebles de nuestro amigo holgaban en la vasta sala de abovedado techo; pero el retrato de D. Juan de Pipaón, suspendido frente a la puerta de entrada, decía con sus sagaces ojos a todo visitante: “Aquí sí que estamos bien”. Por las ventanas que caían al Campo del Moro entraban torrentes de luz y alegría. No tenía despacho la casa; pero Bringas se había arreglado uno muy bonito en el hueco de la ventana del gabinete principal, separándolo de la pieza con un cortinón de fieltro. Allí cabían muy bien su mesa de trabajo, dos o tres sillas, y en la pared los estantillos de las herramientas con otros mil cachivaches de sus variadas industrias. En la ventana del gabinete de la izquierda se había instalado Paquito con todo el fárrago de su biblioteca, papelotes y el copioso archivo de sus apuntes de clase, que iba en camino de abultar tanto como el de Simancas. Estos dos gabinetes eran anchos y de bóveda, y en la pared del fondo tenían, como la sala, sendas alcobas de capacidad catedralesca, sin estuco, blanqueadas, cubiertos los pisos de estera de cordoncillo. Las tres alcobas

¹⁹⁶ PÉREZ GALDÓS, *La de Bringas*, pp. 65-70.

recibían luz de la puerta y de claraboyas con reja de alambre que se abrían al gran corredor-calle de la ciudad palatina. Por algunos de estos tragaluces entraba en pleno día resplandor de gas. En la alcoba del gabinete de la derecha se instaló el lecho matrimonial; la de la sala, que era mayor y más clara, servía a Rosalía de guardarropa, y de cuarto de labor; la del gabinete de la izquierda se convirtió en comedor por su proximidad a la cocina. En dos piezas interiores dormían los hijos.

Ignoro si partió de la fértil fantasía de Bringas o de la pedantesca asimilación de Paquito la idea de poner a los aposentos de la humilde morada nombres de famosas estancias del piso principal. Al mes de habitar allí, todos los Bringas chicos y grandes llamaban a la sala *Salón de Embajadores*, por ser destinada a visitas de cumplido y ceremonia. Al gabinete de la derecha, donde estaba el despacho de Thiers y la alcoba conyugal, se le llamaba *Gasparini*, sin duda por ser lo más bonito de la casa. El otro gabinete fue bautizado con el nombre de la *Saleta*. El comedor-alcoba fue Salón de columnas; la alcoba-guardarropa recibió por mote *el Camón*, de una estancia de Palacio que sirve de *sala de guardias*, y a la pieza interior donde se planchaba, se la llamaba *Furriela*.

Para ir a su oficina, D. Francisco no tenía que salir a la calle. O bien bajaba la escalera de Cáceres, atravesando luego el patio, o bien, si el tiempo estaba lluvioso, recorría la ciudad alta hasta la escalera de Damas, dirigiéndose por las arcadas al Real Patrimonio. Como salía poco a la calle, hasta el paraguas había dejado de serle necesario en aquella feliz vivienda, complemento de todos sus gustos y deseos.

En la vecindad había familias a quienes Rosalía, con todo su orgullete, no tenía más remedio que conceptuar superiores. Otras estaban muy por bajo de su grandeza pipaónica; pero con todas se trataba y a todas devolvió la ceremoniosa visita inaugural de su residencia en la población superpalatina [...] ¹⁹⁷.

En el siglo XIX, Madrid ya es considerada por todos sus contemporáneos como una gran ciudad, fruto de las remodelaciones de calles y edificios, así como por el levantamiento de fuentes, apertura de calles y avenidas y adorno en general que tuvieron lugar en los últimos decenios del siglo XVIII, durante el reinado de Carlos III. Nos remitimos a Mesonero para describir todas las obras que se llevaron a cabo durante este reinado y que los ciudadanos de la época tanto valoraron:

la limpieza y policía de la capital, el alumbrado de sus calles, el útil establecimiento de los alcaldes de barrio, las escuelas gratuitas, las diputaciones de Caridad, muchos estudios públicos, la real sociedad de Amigos del País, academias, banco nacional, loterías, grandes compañías de comercio, y la mayor parte de los bellos edificios que adornan a Madrid, y que la hacen una de las más principales cortes de Europa. El Palacio Real se termina con el estado en que le vemos. El grandioso Museo del Prado se eleva bajo los planos del famoso Villanueva; en vez de unas

¹⁹⁷ *Ibidem*, pp. 73-74.

malas tapias y miserable puerta, se alza el magnífico arco de triunfo de la calle de Alcalá: al mismo tiempo adornan también esta calle la suntuosa fábrica de la Aduana, el rico museo de Historia Natural, y otras muchas casas de grandes y particulares, que la hacen la primera de Madrid. La casa de Correos, la Imprenta Real, la casa de Filipinas, la de los Gremios, la fábrica platería de Martínez, el colegio de Veterinaria, el de Cirugía de S. Carlos, el Hospital General, el convento de San Francisco, la puerta de san Vicente, la de los Pozos, el Observatorio Astronómico, el Jardín Botánico, el delicioso paseo del Prado con sus bellas fuentes, el de la Florida, el retiro embellecido con varias obras, y entre otras el suntuoso edificio de la China, destruido por los ingleses en 1812, el canal de Manzanares, los cómodos caminos que conducen a la capital, y prolijo enumerar, y que constituyen las bellas páginas de la historia de tan gran monarca¹⁹⁸.

Se trataba, por tanto, de una imagen nueva y moderna que nada tenía que ver con la antigua ciudad barroca de los Austrias. Nos encontramos con un Madrid cuyos gobernantes querían que fuera realmente cabeza del reino e identificara a sus habitantes con la idea de una monarquía ilustrada, reformista, europeísta y hasta cierto punto dirigida por miembros de la naciente clase media. Si bien no todas estas mejoras tuvieron continuidad ni llegaron a calar entre la población, la cual, en gran medida, siguió mal-viviendo en casas pobres, sí sirvieron para establecer las bases sobre las que después estadistas e intelectuales del XIX propondrían sus reformas, siendo las más conocidas las de Ramón de Mesonero Romanos en su *Rápida ojeada sobre el estado de la capital y medios para mejorarla* (1835) o, posteriormente, en su *Proyecto de mejoras generales de Madrid* de 1846¹⁹⁹.

En sus artículos, además de proponer mejorar urbanas, Mesonero se quejará de los inconvenientes que tiene Madrid. Entre ellos, citará el ser madrileño en Madrid, pues consideraba cómo los naturales de las provincias ocupaban los principales altos puestos de la administración y de la magistratura, la iglesia, el comercio, la industria, las ciencias, la literatura, las artes y, finalmente, dirigirá su mirada hacia el Palacio:

A excepción de S.M. la reina, apenas hay en el alcázar real ningún hijo de Madrid [...]. Abogados gallegos, extremeños y montañeses; médicos catalanes; comerciantes ídem; oradores andaluces; poetas de todas partes; artistas meridionales y levantinos; criados asturianos; sastres, peluqueros, modistas, guanteros, tahoneros franceses; músicos y danzantes italianos; taberneros manchegos; tenderos castellanos; criadas y libreros alcarreños; mercaderes ambulantes valencianos y

¹⁹⁸ MESONERO ROMANOS, *Manual de Madrid*, pp. 20-21.

¹⁹⁹ ÁLVAREZ BARRIENTOS, 1993, pp. IX-X.

aragoneses; y pretendientes de todas ciudades, villas, lugares y caseríos del reino. Tales son los diversos elementos de que se compone la población de Madrid²⁰⁰.

Para Larra, por su parte, aquel Madrid era un “vasto cementerio, donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazón la urna cineraria de una esperanza o de un deseo [...]”²⁰¹. En su artículo “El día de difuntos. *Fígaro* en el cementerio”, publicado el 2 de noviembre de 1836 en *El Español*, el Palacio Real aparece cargado de siniestralidad, como “un esqueleto inmenso de los siglos pasados o la tumba de otros esqueletos”. Larra, quien a lo largo de su vida mostró una actitud cambiante con respecto a la Monarquía, primero fernandino, después cristino y finalmente liberal, veía al Palacio Real no solo como morada regia sino también como germen de muchas de las desgracias de los españoles de esa época:

– ¿Qué monumento es este? – exclamé al comenzar mi paseo por el vasto cementerio—. ¿Es él mismo un esqueleto inmenso de los siglos pasados o la tumba de otros esqueletos? “¡Palacio!” Por un lado mira a Madrid, es decir, a las demás tumbas; por otro mira a Extremadura, esa provincia virgen... como se ha llamado hasta ahora. Al llegar aquí me acordé del verso de Quevedo: “Y ni los v... ni los diablos veo”. En el frontispicio decía: “Aquí yace el trono; nació en el reinado de Isabel la Católica, murió en La Granja de un aire colado”. En el basamento se veían cetro y corona y demás ornamentos de la dignidad real. “La Legitimidad”, figura colosal de mármol negro, lloraba encima. Los muchachos se habían divertido en tirarle piedras, y la figura maltratada llevaba sobre sí las muestras de la ingratitud²⁰².

En el párrafo, si bien no es central en el artículo, se percibe el pesimismo hacia la sociedad del momento y, en este caso, también hacia la Monarquía, reflejo del fracaso de sus ideales tras los dramáticos sucesos de La Granja de 1836.

La misma desolación encontramos 50 años después en el *Viaje a Madrid* de Leopoldo Alas “Clarín”²⁰³. En él, “Clarín” nos cuenta sus impresiones sobre el reencuentro con la capital, cuyo aspecto ambiental y geográfico es abordado, en numerosos aspectos, de manera satírica. Su objetivo parece ser encontrar los oasis perdidos entre la multitud; oasis “intelectuales” que “Clarín” localiza en el barrio de Salamanca, en la plaza de Colón, en la de las Cortes, en la calle del Prado, en la de la Princesa, etc. Con ellos, “Clarín” busca “querer y admirar a los pocos

²⁰⁰ MESONERO ROMANOS, “Inconvenientes de Madrid”, en *Escenas Matritenses*, p. 683.

²⁰¹ LARRA, “El día de difuntos. *Fígaro* en el cementerio”, en *Fígaro. Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres*, p. 588.

²⁰² *Ibidem*, p. 589.

²⁰³ De acuerdo a Verdú de Gregorio, la vinculación más explícita de Clarín con Madrid se realiza, además de sus novelas, a través de la colaboración y crítica que realizó en semanarios y periódicos diversos y que aparecerían recogidos en sucesivas recopilaciones como *Solos de Clarín* (1881), *La literatura de 1881* (1882), *Ensayos y Revistas* (1892), *Palique* (1893), *Crítica Popular* (1896), *Siglo Pasado* (1901), etc.

hombres que de veras valen, y alegrarse de que ellos mutuamente se quieran, y procurarlo, es algo digno de un corazón perfectamente sano”²⁰⁴. En este panorama, encontramos el Palacio Real en el “folleto” de “Clarín” nada más al entrar en la ciudad. Sin embargo, más que un oasis, aquel se asemeja, de acuerdo al alma del novelista, a una “elegía verdadera”.

Son años cargados de incertidumbre y tristeza, fruto de la muerte del Rey. Así, cuando Clarín pasa por delante del palacio, ve un letrero que dice: “Viuda e hijos de Alfonso XII”.

La mañana estaba triste; la lluvia flotaba en el aire en forma de polvo húmero; todo era gris, del gris de que han de ser los pollinos, según el Diccionario; el palacio real parecíame una elegía verdadera, no de las que escriben los poetas falsos cuando se mueren los reyes. Obreros y lavanderas subían y bajaban silenciosos a paso largo; nadie miraba a nadie; todos parecían preocupados con una idea fija. [...] Esta primera impresión glacial de un pueblo grande que se vuelve a ver después de una ausencia, es de las que más contribuyen a que la fantasía dé argumentos a la razón para negar el albedrío, para inclinarse a creer por lo menos que la vida social es cosa de maquinaria, y que los hombres damos vueltas alrededor de unos cuantos deseos, como los peces en una pecera trazan círculos sin fin²⁰⁵.

Al pasar por el Palacio Real y contemplar al pueblo, Clarín, tal y como lo ha interpretado Verdú de Gregorio, “refleja un paso del país al negro”. Todo parece seguir igual en el tiempo. Nada ha cambiado desde la época de Larra y, así, “Clarín” dibuja un Madrid donde prima la incultura, la degradación, etc.²⁰⁶

Se trata de un Madrid que Galdós representa a la perfección en todas y cada una de sus novelas. En el caso de *La de Bringas*, ambientada en los últimos meses anteriores a la Revolución de 1868 y destronamiento de la reina Isabel II, nos traslada a ese mundo de las apariencias que es la Corte de Palacio, pero también la sociedad en general de la época, tal y como se aprecia perfectamente en el personaje de Rosalía, la madre de familia, representante de esa clase media que trata de imitar a la alta nobleza y la oligarquía financiera sin tener los medios adecuados. De esta manera, como en Larra, Madrid aparece como

un Carnaval de todos los días, en que los pobres se visten de ricos. Y aquí, salvo media docena, todos son pobres. Facha, señora, y nada más que facha. [...] Viven en la calle, y por vestirse bien y poder ir al teatro, hay familia que se mantiene todo el año con tortillas de patatas...²⁰⁷

²⁰⁴ “CLARÍN”, *Un viaje a Madrid*, pp. 111-112.

²⁰⁵ *Ibidem*, pp. 95-96.

²⁰⁶ VERDÚ DE GREGORIO, 1995, p. 80.

²⁰⁷ PÉREZ GALDÓS, *La de Bringas*, p. 283.

El pasaje más característico a este respecto es, sin duda, el capítulo VIII, donde tienen lugar, en pleno periodo prerrevolucionario, las ceremonias del lavatorio y de la comida ofrecida a los pobres por la reina. El desfase es total entre la realidad del país y la función teatral y anacrónica que se representa. Así, Galdós habla de “farsa” y “cuadro teatral”, donde solo importan las apariencias, el decorado y sobre todo los vestidos, elemento principal de la representación engañosa de un poder vacilante. El bullicio de los espectadores, deseosos de ver la “humildad” regia, y una multiplicidad de pequeños detalles pintorescos destruyen el carácter solemne de la escena, convertida en una farsa desprovista de todo fervor sagrado. Finalmente, los pobres no tienen tiempo de comer y los criados recogen las cestas compradas luego por los fondistas de Madrid²⁰⁸.

No obstante, también a través del ratón Pérez, es decir, Bringas, Galdós representa una clase arcaica totalmente dependiente de la nobleza y el rey, siendo incapaz de evolucionar. Sus ideas moderadas, su “pasión dinástica”, que le induce a defender siempre a Isabel II, “la mejor de las reinas”, y su posición a favor “del oscurantismo en todas sus manifestaciones” le llevan a negar la realidad revolucionaria y tener que abandonar su casa, el Palacio:

Les vi salir con pena. El día que salieron, la ciudad alta parecía una plaza amenazada de bombardeo. No había en toda ella más que mudanzas, atropellado movimiento de personas y un trasiego colosal de muebles y trastos diversos. Por las oscuras calles no se podía transitar. Gozaba extraordinariamente con aquel espectáculo Alfonsito Bringas, que habría deseado encargarse del transporte de todo en carros de su propiedad.

Al ratoncito Pérez daba lástima verle. Apoyado en el brazo de su señora, andaba con lentitud, la vista perturbada, indecisa el habla. Serena y un tanto majestuosa, Rosalía no dijo una palabra en todo el trayecto desde la casa a la Plaza de Oriente, mas de sus ojos elocuentes se desprendía una convicción orgullosa, la conciencia de su papel de piedra angular de la casa en tan aflictivas circunstancias²⁰⁹.

4.2. El Real Sitio del Buen Retiro en la narrativa del XIX

El caso del Real Sitio del Buen Retiro es peculiar. De hecho, constituye un Real Sitio muy distinto a los demás, pues ni surgió de la caza ni cabía la posibilidad de practicarla en su entorno sino que, nacido a modo de villa suburbana, se trataba de una segunda residencia regia en Madrid.

²⁰⁸ PÉREZ GALDÓS, *La de Bringas*, pp. 85-87.

²⁰⁹ *Ibidem*, p. 305.

Aunque su origen se remonta a los Reyes Católicos, quienes tenían una habitación, llamada el Cuarto, unida al convento de San Jerónimo, fue durante el reinado de Felipe IV cuando alcanzó su verdadero esplendor y desarrollo. No obstante, en el Real Sitio del Buen Retiro los escritores del XIX no dudaron en ver en todo momento la sombra siniestra del Conde-Duque de Olivares, quien construyó en 1630 a Felipe IV “una dorada jaula, en que pudiera dormir entregado a brillantes y funestísimos sueños”²¹⁰, la cual el valido controlaría como alcaide del lugar²¹¹. De esta manera, durante el reinado de Felipe IV, por el gusto que sentía este y su segunda mujer, Mariana de Austria, por el Buen Retiro, desbancó en largas temporadas al viejo Alcázar. Incluso Felipe V, ante el desprecio que sentía por el Alcázar, dio un mayor protagonismo al palacio del Buen Retiro, llegándose a plantear como posible sede de la Corte²¹². Sin embargo, durante aquel reinado, que corresponde, según Fernández de los Ríos, al periodo de mayor apogeo del parque, en su opinión, en lugar de levantarse construcciones monumentales o magníficas, eran “vulgares, bajas y completamente faltas de toda belleza arquitectónica, como si el sentimiento del arte hubiera negado toda complicidad al sentimiento del deleite que, con el lujo y la profusión, se proponía inundar de prestado y pasajero esplendor aquel templo de la disipación”²¹³.

Fernández de los Ríos, movido por su republicanismo, se niega a llamar en su *Guía* al lugar como Real Sitio del Buen Retiro, usando siempre el término de “Parque de Madrid”, incluso para referirse a épocas pasadas. No obstante, reconocía la importancia del palacio del Retiro para los anales madrileños y de la historia nacional, como refleja el hecho de que en él residieran Felipe IV, Felipe V, Fernando VI y Carlos III, monarcas que, según Mesonero, “continuaron hermoando este sitio hasta un punto indecible; llegando a ser no solamente célebre por sus jardines, sino también por una población completa y numerosa, vivificada con la presencia de los monarcas que pasaban allí largas temporadas”²¹⁴.

Sin embargo, para Fernández de los Ríos, “cuando los males de España penetraban ya en el corazón y su grandeza agonizaba, la corte del Buen Retiro se entregaba a ruinosos festejos a cada victoria estéril, a cada rumor de ella, aunque fuera falso, y aun sin necesidad de pretexto alguno”²¹⁵. Y es que el uso principal que tuvo el Real Sitio del Buen Retiro fue servir como escenario idóneo para las fiestas cortesanas y el teatro, para lo que se crearon a lo largo del siglo

²¹⁰ FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*, p. 340.

²¹¹ La fundación del lugar tuvo lugar en la noche de San Juan de 1631, donde se celebró una suntuosa fiesta. De ella, además de por las crónicas de la época, tenemos noticias gracias a Lope de Vega, quien cantó en la *Vega del Parnaso* unos versos dedicados *A la primera fiesta del palacio nuevo*.

²¹² CASTAÑO PEREA, 2014, pp. 149-150. Así lo demostrarían los proyectos realizados por Robert De Cotte desde Francia para la ampliación del Palacio del Buen Retiro.

²¹³ FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*, p. 340.

²¹⁴ MESONERO ROMANOS, *Manual de Madrid*, p. 279.

²¹⁵ FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*, p. 342.

XVII el Coliseo y el Casón, además de los jardines²¹⁶. De hecho, fue esta faceta como sitio de recreo, derroche, ocio, diversión y teatro la que más destacaron, ya fuese para bien o para mal, los literatos del XIX cuando hablaban del Buen Retiro. Entre los que daban una visión negativa, estaba, como no podía ser otro, Fernández de los Ríos, para quien “las artes y la literatura, nunca más animadas y fecundas que entonces, tenían más de brillante que de sólido, de sutil más que de profundo”²¹⁷.

No obstante, la versión contraria la encontramos en Mesonero, pues para él, con Felipe IV, “el palacio real y el del Retiro eran el foco de esta continua diversión; y el rey, siguiendo su inclinación favorita, se interesaba vivamente en ello”. Así, destacará especialmente cómo “a la sombra de su decidida protección se alzaban los genios” de Lope de Vega, Quevedo, Calderón, Tirso de Molina, Moreto, Solís, Mendoza, entre otros, “no desdeñándose el mismo rey de mezclar sus composiciones propias a las de aquellos autores en las academias, certámenes y comedias que diariamente se ejecutaban en sus palacios”²¹⁸. Y es que tal y como recoge la *Guía histórica del Parque de Madrid, antes Buen Retiro* (1879), la grandiosidad con que se presentaban estas funciones nunca se recuperó, ni tan siquiera con los Borbones. Así, realiza un retrato de las fiestas de la época de Felipe IV:

carrozas verdaderas, caballería, en fin, hasta a veces tomaban parte las Meninas y cortesanos, se llamaba para la maquinaria a ingenieros afamados y para la pintura a los primeros pintores de aquella época, como lo demuestra el haber Rizi y su maestro Coello, pintado varias decoraciones del Buen Retiro²¹⁹.

Sin embargo, estas opiniones fueron criticadas por Fernández de los Ríos, para quien los historiadores, tanto antiguos como modernos, estaban deslumbrados “por aquel brillo superficial y entusiastas de aquella corte que califican de romántica y novelesca, caballeresca y poética, culta y elegante, callan intencionalmente los datos auténticos”²²⁰. Para este autor, el Retiro ejercía una

²¹⁶ En teoría, este Real Sitio tenía como función principal servir como alojamiento para los magnates en visita oficial a la cabeza de la Monarquía. Sin embargo, lo hizo de manera bastante aislada.

²¹⁷ FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*, p. 349.

²¹⁸ MESONERO ROMANOS, *Manual de Madrid*, p. 16. Podemos destacar especialmente las representaciones de comedias que tuvieron lugar en el Casón y Coliseo del Retiro durante el Siglo de Oro, tales como *La fábula de Perseo* (1634) de Lope de Vega, *El Robo de las Sabinas* (1637) de Rojas, *Las fierezas de Anaxarte o el Amor correspondido* (1652) de Calderón, *Psiquis y Cupido* (1658) de Antonio Solís, con motivo del alumbramiento de la reina, u obras varias de Antonio de Mendoza, considerado el poeta de cámara oficial de Felipe IV.

²¹⁹ D.E.R.N., *Guía histórica del Parque de Madrid, antes Buen Retiro*, p. 15.

²²⁰ FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*, p. 362. Fernández de los Ríos habla, así, de “materialismo, la prosa, la inmoralidad y la grosería de aquel escenario de intrigas”, en alusión a Oropesa, Haro, Portocarrero, Nithard, Valenzuela, la de Ursinos, Alberoni, Saura Piscatori, Luisello, Riperdá, Farinelli y otros personajes de la Corte hispánica.

“perniciosa influencia”, considerando que, más que el nombre del Buen Retiro debía haberse titulado “Mal Bullicio”.

Con la invasión francesa, el Retiro se convirtió en “una mansión de verdadero terror” al servir como “imponente ciudadela” con la que los franceses amedrentaban “a los valientes hijos de Madrid”, talaron los principales árboles, levantaron baterías y regaron “los arbustos con la sangre de valientes campeones”²²¹. Tras la destrucción del lugar durante la guerra, Fernando VII hizo “tornar el esplendor perdido al Retiro”, arreglando sus jardines y la casa-palacio de San Juan, la casa de fieras, la pajarera, la faisana, el salón oriental, los embarcaderos y la casa del Pescador²²². Este ensalzamiento por la figura de Fernando VII que realiza la *Guía histórica del Parque de Madrid, antes Buen Retiro*, también lo encontramos en Mesonero:

Ruinas tan solo y destrucción dejó el ejército francés cuando abandonó este recinto por capitulación en el día 14 de agosto de 1812. El pueblo de Madrid, que durante cuatro años había temido como imponente ciudadela a aquel sitio mismo que en otro tiempo formaba sus delicias, corrió a reconocerle a la salida de sus dominadores, y lloró de amargura al contemplar su actual estado. Sus regias habitaciones, o demolidas o trocadas en baterías, cuarteles y establos; sus jardines en terraplenes y campos de maniobra; y los escasos árboles que aun daban testimonio de sus antiguos bosques, estaban solamente regados con la sangre de las víctimas madrileñas.

[...] Honor era y deber del poderoso trono español borrar cuanto antes aquel testimonio de afrenta, restituyendo al paso a la capital del reino su primer adorno y solaz. No quedaron, pues, defraudadas las esperanzas de los habitantes de Madrid, y el Monarca difunto consagrando grandes sumas a la reparación de este real sitio, consiguió en pocos años ponerle en el estado en que hoy le vemos, que si no excede en magnificencia al que tuvo durante la dinastía Austríaca, le iguala por lo menos en variedad y lozanía²²³.

El Curioso Parlante destacaría especialmente en su *Manual de Madrid* los jardines reservados para recreo de S.M., “los cuales son sumamente extensos y preciosos, aunque modernos, llenos de multitud de objetos dignos de atención”. Entre ellos, nos habla de la estatua ecuestre en bronce de Felipe IV²²⁴; del Salón Asiático, “que, bajo una apariencia rústica, encierra todo el primor y la magnificencia oriental”; de la Montaña Artificial, “coronada por un grandioso templete o mirador, desde el cual se presenta la vista más completa de Madrid”; y la Casa del

²²¹ D.E.R.N., *Guía histórica del Parque de Madrid, antes Buen Retiro*, p. 18.

²²² *Ibidem*.

²²³ MESONERO ROMANOS, “El Buen Retiro”, en *Semanario Pintoresco Español*, p. 52.

²²⁴ Mesonero Romanos le dedicaría un artículo a esta estatua, publicado el 5 de marzo de 1837. De ella, destacaba “el brío como está expresado el caballo”, “la dignidad del jinete”, así como “la hermosura y lo acabado de las labores que se ven, particularmente en los estribos, freno, silla, y en la banda del Rey” (MESONERO ROMANOS, “Estatua de Felipe IV en el sitio del Buen Retiro”, en *Semanario Pintoresco Español*, p. 74).

Pobre, “en cuyos distintos pisos se ve el contraste de la condición más humilde con una imitación más perfecta en habitación, muebles, y hasta las personas, con el refinamiento del lujo y la magnificencia que se despliega en el piso principal”²²⁵. Según nos relata Mesonero, los forasteros provincianos consideraban los jardines reservados del Retiro como una de “las maravillas del mundo, y acometen con ánimo sereno y decidido las mil y una diligencias indispensables para proporcionarse una tarjeta de entrada en aquel recinto de Armida, en aquel Oasis encantador”²²⁶.

Fernández de los Ríos, sin embargo, criticaría que estas obras no fueran en favor del pueblo, sino para reserva de la monarquía:

levantáronse el miserable palacio de San Juan, formando su huerta enteramente impenetrable para el público, la ridícula Pajarera, la Faisanera, las casas Persa, del Pescador, del Labrador y del Contrabandista, la Montaña artificial [...], y para coronamiento de semejantes juguetes sin gracia, de aquellos lances sin chiste, de aquellos autómatas infantiles y aquellas sorpresas para patanes, Fernando VII hizo en 1830 su obra capital: la Casa de Fieras, construcción falta de todo gusto²²⁷.

Frente a esto, Fernández de los Ríos destacaría la labor de Argüelles y Heros por dotar de prosperidad la parte pública del moderno Retiro, con la restauración del Parterre, del Embarcadero y el estanque de las Campanillas, nuevas plantaciones de árboles y arbustos en el Campo Grande, etc.

Esta cuestión de los jardines públicos y privados sería tratada por Larra en su artículo “Jardines Públicos”. En él, si bien no hay una referencia explícita al Real Sitio del Buen Retiro, a través de la crítica que realiza a la falta de jardines públicos en Madrid, esenciales, según *Fígaro*, para “la mayor civilización y sociabilidad del país, y cuya conservación y multiplicidad exige incontestablemente una capital culta como la nuestra”²²⁸, podemos extrapolarlo al carácter privado que tenía el Buen Retiro. En el Madrid de 1830, dice Larra, no hay más que clase alta y clase baja, contando la primera con sus propios jardines, y entre ellos la Monarquía tenía el suyo privado: el Real Sitio del Buen Retiro:

aquella, aristocrática hasta en sus diversiones, parece huir de toda ocasión de rozarse con cierta gente: una señora tiene su jardín público, su sociedad, su todo, en su cajón de madera, tirado de dos brutos normandos, y no hay miedo que si se toma la molestia de hollar el suelo con sus delicados pies algunos minutos, vaya a confundirse en el Prado con la multitud que costea la fuente de Apolo: al pie de su carruaje tiene una calle suya, estrecha, peculiar, aristocrática.

²²⁵ MESONERO ROMANOS, *Manual de Madrid*, pp. 282-283.

²²⁶ MESONERO ROMANOS, “Los Jardines del Retiro”, en *Escenas Matritenses*, p. 689.

²²⁷ FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*, pp. 353-364.

²²⁸ LARRA, “Jardines Públicos”, *Fígaro. Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres*, p. 218.

Sin embargo,

en la clase baja, nuestras costumbres, por mucho que hayan variado, están todavía muy distantes de los jardines públicos. Para esta es todavía monadas exóticas y extranjeriles lo que es ya para aquella común y demasiado poco extranjero. He aquí la razón por que hay público para la ópera y para los toros, y no para los jardines públicos²²⁹.

Para Larra, la falta de estos jardines públicos era el reflejo de la inexistencia de una clase media y, en el caso del Buen Retiro, no se resolvería hasta después de la revolución de 1868 cuando

lo que empezó en tiempo de Felipe II llamándose el Cuarto, lo que después se tituló el Gallinero, lo que Felipe IV dispuso que llevara el nombre de Buen Retiro, lo que en el siglo pasado tomó el de Jardines del Real Sitio del Retiro, recibió cuando fue cedido al Ayuntamiento, el título de Parque de Madrid, y derribadas las tapias que separaban lo reservado de lo público, quedó todo ello accesible, dejando su conservación confiada a la sensatez del público²³⁰.

No obstante, también Larra, en aquel recorrido por ese Madrid-cementerio, se pasea por el Retiro, una tumba más, en este caso la de los próceres, quienes habían ocupado el Casón como lugar de sus reuniones:

“El Estamento de Próceres”. Allá en el Retiro. Cosa singular. ¡Y no hay un Ministerio que dirija las cosas del mundo, no hay una inteligencia previsora, inexplicable! Los próceres y su sepulcro en el Retiro.

El sabio en su retiro y villano en su rincón²³¹.

A pesar de que Mesonero observaba “con dolor, que la moda del Retiro ha pasado, y aún creemos descubrir cierto desdén en su reparación que le amenaza con mayor abatimiento sucesivo”, aquella aspiración de Larra de ver jardines públicos frecuentados por las clases medias se hizo realidad a finales del reinado de Isabel II. En este sentido, Galdós nos da un fiel reflejo de ello en todas y cada una de sus novelas. En ellas, en lo que se ha venido a llamar el *Madrid Galdosiano*, son frecuentes los paseos por el Retiro, el Prado, las citas frente al Teatro Real, etc. Se hacía realidad así la premonición de Mesonero, quien en 1836 escribió:

En manos especuladoras e inteligentes podría este recinto convertirse muy en breve en una mansión de placer que nada tuviera que envidiar a los parques más celebrados [...]. La conveniencia y la posibilidad introduciría en nuestra corte la saludable costumbre de pasar

²²⁹ *Ibidem*, 215-216.

²³⁰ FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*, p. 366. El autor criticaría igualmente el proyecto de ensanche y reforma del Prado y Parque de Madrid que llevó a cabo el Ayuntamiento desde entonces.

²³¹ LARRA, “El día de difuntos. Fígaro en el cementerio”, en *Fígaro. Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres*, p. 591.

algunos meses en el campo; la diversidad de los espectáculos y placeres del Retiro suavizarían en mucho nuestros usos populares que en Madrid más que en ninguna parte se resienten de falta de recreos nobles y bien entendidos.

La novela de Galdós *La de Bringas* nos permite conocer la situación del Retiro antes de su conversión como Parque de Madrid, manteniéndose la división entre las zonas reservadas para la Monarquía y su Corte y las zonas públicas. En el capítulo XVI, encontramos a Rosalía y Manuel Pez en compañía de Isabelita y Alfonsito gozando de la apacible amenidad del Retiro:

¡Qué contentos iban los cuatro a lo Reservado, cuya entrada se les franqueaba, por ser Rosalía de la casa! ¡Y cuánto gozaban los chicos viendo la *casita del Pobre*, la *del Contrabandista* y la *Persa*, echando migas a los patitos de la *casa del Pescador*, subiendo a la carrera por las espirales de la *Montaña artificial*, que es en verdad, el colmo del artificio! Todos aquellos regios caprichos, así como la Casa de Fieras, declaran la época de Fernando VII, que si en política fue brutalidad, en artes fue tontería pura²³².

No obstante, sería a partir del destronamiento de Isabel II, cuando el Retiro pase a manos del poder público, en este caso, del Ayuntamiento de Madrid, y fue convertido en el Parque de Madrid. Si bien los escritores del periodo no dudaban en reconocer su belleza pasada, en admirar la “magnificencia del Buen Retiro, ese edén creado por el genio de nuestro antiguos monarcas, que hizo brotar flores perfumadas y árboles frondosos en la tierra cálida y estéril de esa meseta arenosa sobre la cual se asienta la Villa de Madrid”²³³, lo cierto es que el principal interés del Retiro fue su acomodo a los cambios que Madrid y España habían experimentado en los últimos años. El Retiro, durante la Primera República y la Restauración, supondría frente al ruido y desorden de Madrid, tranquilidad y sosiego, tal y como consideraba Vital Aza:

El Retiro para los madrileños es una necesidad; para los provincianos y extranjeros una belleza más en esta populosa Babel.

El Retiro es el campo, es la vegetación, es la naturaleza con todas sus galas y con todos sus encantos²³⁴.

Tampoco Bécquer pudo resistirse a escribir sobre el Retiro y los cambios que este antiguo Real Sitio estaba experimentando en los albores de la democracia. Tal y como ha trabajado Balbín Lucas, Bécquer conocía perfectamente toda España, “ámbito para él extraordinariamente amado,

²³² PÉREZ GALDÓS, *La de Bringas*, pp. 124-125.

²³³ MENTABERRY, “Los jardines del Retiro”, en Eusebio Blasco (dir.), *Madrid por dentro y por fuera. Guía de forasteros incautos*, p. 255.

²³⁴ AZA, “Las fieras del Retiro”, en Eusebio Blasco (dir.), *Madrid por dentro y por fuera. Guía de forasteros incautos*, p. 287.

hermoso y atractivo” que no solo conocía, sino “que lo anduvo con paso personal y enamorado”²³⁵. Y en este sentido destacarían Sevilla y Madrid como los principales focos inspiradores. Según asegura Sancho Gaspar, Bécquer no se sentía a gusto en la flamante capital burguesa, realidad que le debió desengañar muy pronto de sus sueños juveniles, tal y como manifiesta en su prólogo al libro de su amigo Ferrán *La Soledad* (1860), donde califica a Madrid de “sucio, negro, feo como un esqueleto descarnado, tiritando bajo un inmenso sudario de nieve. Mis miembros están ya ateridos; pero entonces tuve frío hasta en el alma”²³⁶. Pero para Balbín Lucas, desde 1854 hasta 1870, en su ejercicio periodístico para periódicos de poca importancia y luego en *El Museo Universal* o en *La Ilustración de Madrid*, Bécquer “conoció y amó los lugares más representativos de la vida madrileña, glosó sus acontecimientos más señalados y compartió muchas veces la vibración popular en sus fechas históricas”²³⁷. Así, en sus artículos, se ve simpatía por las costumbres y tradiciones del pueblo. En el Retiro, por ejemplo, Bécquer capta la vibración humana que en él hay:

Las modistillas, que a costa de un madrugón han podido robar dos o tres horas de cotidiano trabajo del taller, cruzan alegres y desenfadadas por los senderos que dibujan los florecidos arbustos, víctimas de sus matinales expediciones. Sus voces frescas y juveniles, sus gritos y sus risas, forman coro y se confunden con el alegre y ruidoso canto de los pájaros.

¡Vedlas con sus sencillos trajes de percal, sus cabellos en desorden y volando sueltos al aire los extremos de sus graciosas mantillas, correr de un lado a otro con esa vertiginosa inquietud con que vuelan las mariposas zumbando en derredor de las flores! Mientras unas acechan los movimientos del guarda, otras penetran en los cuadros del jardín, y repelan las acopadas matas de lilas, no faltando en esta bulliciosa operación algunos estudiantes que las requiebran, las persiguen o las asustan escondidos entre la arboleda²³⁸.

Si bien Bécquer va a retratar en muchas ocasiones un Madrid doliente con la miseria social, sufridor por el azote del cólera, etc., termina fantaseando y embelleciendo toda la realidad que tiene a su alrededor. Así, en el Retiro se deja llevar por la influencia que sobre él ejerce la primavera gozosa:

Es la estación en que los almendros cubren el suelo con los despojos de sus tempranas y efímeras flores, dejando asomar sus primeras hojas verdes y transparentes; es la estación en que los intrincados laberintos del estanque chinesco se engalanan con ramos de lilas; es la estación en

²³⁵ BALBÍN LUCAS, 1963, p. 3.

²³⁶ SANCHO GASPAR, 1985, p. 105.

²³⁷ BALBÍN LUCAS, 1963, p. 9.

²³⁸ Cita recogida en BALBÍN LUCAS, p. 9. El autor cita a su vez a Fernando Iglesias Figueroa y su obra *Páginas desconocidas de Gustavo Adolfo Bécquer*, a la que no hemos podido acceder.

que el sol comienza a despertarse temprano y alegre, llamando con sus reflejos de oro al balcón de los perezosos. Los troncos, antes desnudos, se han vestido de nuevo y espléndido ropaje; el cielo parece más puro y transparente; entre las hojas suena una confusa algarabía de trinos y gorjeos que regocija el alma

[...]

Sigue el termómetro en pugna con el calendario. La primavera llega y el invierno no desaparece; de aquí resulta una anarquía estacional tan incómoda como insalubre. De cuando en cuando, el sol rasga las nubes; la tierra, estremecida de placer bajo la impresión de sus besos de luz, se dispone a revertirse con sus más espléndidas galas; los árboles se cubren con sus primeras y transparentes hojas; los insectos de oro y de colores revolotean zumbando en torno a la flor de los tempranos almendros, y los habitantes de la coronada Villa salen a disfrutar de las delicias primaverales a la Castellana o al Retiro [...].

Compadecido de nosotros [el tiempo], y para darnos a entender que no porque se detenga a despedir cariñosamente al invierno, pierde un día de jornada en el camino que le conduce al verano, se ha plantado de un salto en la primavera. Y henos aquí gozando de todas las delicias que proporciona la Corte, con sus mañanas frescas y alegres, que llaman como un rayo de sol a la ventana de los perezosos, convidándolos a ir al Retiro, donde ya florecen las primeras lilas, y con sus tardes serenas y templadas que reúnen en el Prado, en la Castellana y en Recoletos a lo más elegante y escogido de la sociedad madrileña²³⁹.

Adolfo Mentaberry, por su parte, en su artículo “Los Jardines del Retiro”, se centrará en el Retiro como punto de reunión para las parejas, como lugar donde se da rienda suelta a la pasión mientras la música hace vibrar sus jardines. Nada le importa su pasado. Por eso avisa que él no va

a pedir al erudito Mesonero Romanos las noticias relativas a la época de la fundación de ese Real Sitio, tan célebre en los tiempos del literario y galante Felipe IV; ni tampoco a la historia fechas y sucesos que le han hecho famoso en ambos mundos; ni siquiera a la tradición leyendas como las que en el numen popular hace figurar al gran Quevedo, al galante Villamediana, a la bella Isabel de Valois, al ambicioso D. Rodrigo Calderón o a los intrigantes duque de Lerma y conde-duque de Olivares, con toda aquella brillante pléyade de cortesanos y poetas que ilustraron las postrimerías del poderío español, y los últimos destellos de nuestra gloria militar, como cantan los cisnes su próximo fin [...].

Todo lo legendario, todo lo caballeresco, todo lo romántico pasó ya, y esas figuras gallardas é imponentes que cree uno ver deslizarse con majestuosa lentitud entre los árboles, cuando, cansado de las fatigas de la vida, recorre con tardo melancólico paso las alamedas del Retiro, buscando en sus umbrías un poco de silencio y de calma, no harían bien en la prosaica decoración

²³⁹ Cita recogida en BALBÍN LUCAS, 1963, p. 9; p. 13. Referencia a la misma obra de Iglesias Figueroa.

del mundo moderno. Dejémoslas, pues, reposar en paz en el seno de la eternidad de su fama y que las evoque solamente la imaginación de los artistas y poetas, esas almas en pena que vagan por el globo terrestre sintiendo las angustias de todo lo creado y todas las armonías del universo, en medio de esas gentes insustanciales y dichosas que siguen su camino mundo adelante, sonriendo, sin preocuparse nada de los arcanos que nos legó el pasado, ni de los misterios que encierra el porvenir, sin que su mente cristalice jamás los pensamientos, o si esto les sucede por rara casualidad alguna vez, sean capaces de descifrar el jeroglífico que forman las estalactitas de ideas al parecer inconexas, fantasías que el buen sentido de las personas vulgares califica en cátedra de locas; aunque se agrupen simbólicamente en las paredes de su cerebro [...] ²⁴⁰.

Su objetivo, por tanto, es dejar de lado el pasado de aquel Real Sitio del Buen Retiro para centrarse en lo que puede llegar a ser y en lo que es el “democráticamente” llamado Parque de Madrid. Su artículo nos revela los nuevos usos que aquel histórico jardín reservado a la Monarquía tiene, acorde al devenir de los tiempos y a la nueva sociedad de la Primera República. Así nos muestra cómo el antiguo jardín que antes dependía del palacio de San Juan es utilizado como sitio público de recreo y lugar de celebración de “espectáculos líricos, dramáticos, bufos y otros no expresados en el programa, pero nocturnos todos, que atraen una concurrencia numerosa y selecta en general” ²⁴¹. En este sentido, habla de conciertos de Araban, Hayden, Thomas, Gounoud, Botessini, de Barbieri, Damau... Según la imagen que nos traslada, cualquiera que pasase por la noche por la calle de Alcalá o por el Prado, podía

ver a gran distancia la elegante portada de la verja que cierra los jardines, iluminada con luces de gas, con un espléndido letrero y una estrella no menos rutilante. Es el faro que guía a la gente *fashionable*, el astro que indica a los magos de la corte la mansión del Dios de los placeres, la señal de mil citas amorosas y clave de otros mil misterios ²⁴².

Pero no es, como tampoco lo eran la “fantasía” y la naturaleza del Retiro, las “melodías dulcísimas o sentimentales” el tema de este artículo de Mentaberry. Su narración se centra en contar cómo los Jardines del Retiro se han convertido en lugar de encuentros amorosos y sexuales, en cómo las parejas van “a perderse gimiendo entre las ramas de la umbrosa floresta, que tiemblan y se agitan a su vibración, cual si también los árboles tuvieran un espíritu sensible”.

Por regla general las parejas amorosas suelen sentar sus reales [...] en el espacio que media entre esa doble o triple fila de sillas y el quiosco filarmónico, confundiéndose bajo un bosque de árboles enanos sin follaje, por bien de la moral, con los aficionados de buena fe, esa raza de artistas no

²⁴⁰ MENTABERRY, “Los jardines del Retiro”, en Eusebio Blasco (dir.), *Madrid por dentro y por fuera. Guía de forasteros incautos*, pp. 256-257.

²⁴¹ *Ibidem*, p. 258.

²⁴² *Ibidem*, p. 258.

comprendidos e ignorados, que no va al Retiro para hacer el amor o a tomar el fresco, a ver ni a que la vean, sino sinceramente a oír el concierto, a no respirar, ni pestañear siquiera mientras la orquesta toca el *Ave María* de Gounod, por ejemplo²⁴³.

Pero no solo parejas o la “nobleza femenil” acudirían a estos encuentros sexuales al aire libre que tendrían lugar en el Retiro sino que también “naturalezas misántropas y tímidas” que aman la oscuridad y, sin atreverse “a sumirse en sus tinieblas aisladamente, se van dos a dos por las remotas solitarias calles de árboles, que no turban jamás los ecos del concierto, y allí se divierten excéntricamente, a su modo”²⁴⁴.

Pero estos “misterios del sueño de las sombras” no eran los únicos atractivos que llamaron la atención a los escritores del último cuarto del siglo XIX sobre los Jardines del Buen Retiro. Vital Aza se centraría, por su parte, en la Casa de Fieras, convertido en parque zoológico en el Patio Grande y en “el centro de reunión de todo lo más escogido de la sociedad; la estación de término en el viaje de circunvalación por el Retiro, y un espectáculo barato y permanente”²⁴⁵.

El interés del artículo de Aza es que utiliza a los animales para soltar chascarrillos de la época, hablar de los clichés sociales, refranes populares, crítica política, etc., además de ilustrarnos sobre los animales que había en la Casa de las Fieras, como dromedarios, leones, una llama, un elefante, toros cebús, guanacos... Por ejemplo, a las hienas las compara con las suegras; sobre el oso, mientras este está comiendo, dice: “Figúrate que ese trozo de carne es el presupuesto, y comprenderás que hay en España muchos políticos que hacen el oso a la perfección”²⁴⁶; cuando llega al “majestuoso” león, lo utiliza como metáfora de Amadeo de Saboya:

- Que está su majestad un tanto...
- Flaco, ¿verdad? Pues no será por lo poco que cuesta el mantenerlo, como juzgarás de esos enormes trozos de carne que tiene a sus pies. Pero el pobrecito a pesar de eso, se desmejora de día en día.
- ¿Padecerá nostalgia?
- Precisamente. Ya vez, se encuentra en tierra extraña, lejos de su país natal, y encerrado...²⁴⁷

Y finalmente llegan a las jaulas de los juguetones monos, siempre concurridas como si una “verdadera mono-manía” existiese en los prolegómenos de la I República. Y es que para Vital

²⁴³ *Ibidem*, p. 259.

²⁴⁴ *Ibidem*, pp. 261-262.

²⁴⁵ AZA, “Las fieras del Retiro”, en Eusebio Blasco (dir.), *Madrid por dentro y por fuera. Guía de forasteros incautos*, p. 288.

²⁴⁶ *Ibidem*, p. 292.

²⁴⁷ *Ibidem*, p. 293.

Aza, estas jaulas de monos se asemejan al Congreso, al Senado..., es decir, a lo lugares de espacio político:

Lo mismo que sucede en la jaula de los monos, ocurre en la política de nuestro país. Todos corren, se arañan y se persiguen por llegar a conseguir sus deseos. Con la facilidad que uno de aquellos monos saltaba desde el suelo al trapecio y desde este al punto más elevado posible, con la misma facilidad, sigo, salta un político en España desde periodista a gobernador, y de gobernador á ministro. Lo mismo trepan esos hombres por las gradas del presupuesto, que los monos por la alambarrera de su jaula. [...] Las mismas luchas que en el interior de aquella jaula observabas, por ver cuál de ellos, burlando a sus perseguidores, llegaba con más habilidad o más destreza a un punto muy elevado, verás las igualmente en la política de España, y el partido que orgulloso un día llega, por cualquier circunstancia, á encumbrarse en el poder, se halla perfectamente representado por aquel mono que en el punto más alto de la jaula saltaba de júbilo al ver satisfecho su deseo de hacer sonar la vibradora campanilla.

- Todo eso estará muy bien, dijo mi compañero, pero hay la notable diferencia de que los monos están enjaulados, y los políticos no.

- Tienes mucha razón, y sensible es que no se cumple también esa semejanza; aunque entonces mejor que una jaula de monos sería una verdadera jaula de locos²⁴⁸.

Todo ello daba muestras de cómo el Real Sitio del Buen Retiro, convertido desde la Primera República en un parque público para recreo y disfrute de los madrileños, lo cual continuó tras la Restauración Alfonsina, nada tenía que ver con su pasado. Sin embargo, seguía albergando, como antaño, importantes eventos culturales, pero ahora no solo privados para la Monarquía sino al alcance de toda la población. Por ejemplo, en el año 1887 albergó la Exposición de Filipinas, símbolo del cambio de la Monarquía, de la sociedad y del Real Sitio.

¿No pareció cosa de fábula encontrar aquí en un rincón del parque, un pueblo de indios con iglesia, y en el próximo bosque una ranchería de igorotes bravos, que bailaban saltando, cantando y peleándose en cueros, al son del batin-tin, con lanzas y krises, y mataban cerdos y gallinas simulando matar hombres y se los comían con arroz? ¿No fue sorprendente ver en el Parque de Madrid uno o más carabaos embridados por la nariz y dirigidos familiarmente por indios sentados en el lomo, que llevaban por pudor, un taparrabos de tela sucia, y en la cabeza un salaco para defenderse del sol?

El panorama no pudo ser más verdadero, ni la perspectiva más exacta. El pueblo malayo hallábase bien alojado en el Parque de Madrid en caserones de madera, en tiendas de campaña,

²⁴⁸ *Ibidem*, pp. 288-289.

en chozas de nipa, en Robinsones, como decimos aquí, fabricados en las copas de los árboles, y vivieron en Madrid con la vida indolente de su país [...] ²⁴⁹.

Pasado y tradición parecían mezclarse ante el nuevo destino que le esperaba a los emplazamientos clásicos de la Monarquía y de la Corte de Madrid. Enrique Sepúlveda no podía olvidar al fundador del sitio, el Conde-Duque de Olivares en aquel paraíso exótico en el que se había convertido el Retiro ante la llegada de los indígenas filipinas:

Si el egregio Conde-Duque de Olivares hubiera podido adivinar que en el año de gracia de 1887 vendría una tribu de malayos y otra de igorotes acompañados de culebras de 25 centímetros de calibre, de caimanes auténticos, de antílopes y carabaos, a instalarse en las praderas bucólicas que él destinó en el Retiro para la arcadia pastoril de las Melibeas de tontillo y tacón alto, de seguro que hubiera presentado la dimisión al Rey y metídose á fraile, por no tener que habérselas con el demonio. [...] ¿Cómo traer una horda de salvajes melenudos, vestidos con el traje sucinto de la naturaleza, desde el horno permanente de las Islas Filipinas hasta el de Madrid que se apaga en invierno y entonces hiela la sangre? ¿Habían de venir a nado los pintones, las boas, los caimanes, los búfalos, los antílopes, y toda esa guadamalla de bichos exóticos que vimos en los recodos, en la ría, en el estanque, en las jaulas, en las rancherías, en el Palacio de Cristal y en el de la Exposición? Todo esto le hubiera parecido a Olivares, obra de magia y brujería y se hubiera exorcizado a sí mismo con el hisopo de algún Padre Jerónimo, y hubiera mandado arrasar los macizos y los bosquecillos de los misterios galantes, primero que tolerar la irrupción asiática en los cármenes palatinos reservados al recreo y meditación de la Corte del gran Felipe ²⁵⁰.

Y es que la literatura de finales del siglo XIX, en su empeño por retratar toda la realidad del momento, no desaprovechaba la oportunidad para narrar los acontecimientos, de mayor o menor envergadura, que iban sucediendo. Todo era objeto de ser narrable y literaturizado, ya fuese comprar el pan o acudir a un abogado, hasta asesinatos, fallecimientos o catástrofes naturales. Gracias a Enrique Sepúlveda conocemos cómo el 12 de mayo de 1886, “fecha de tristes recuerdos, de escenas desgarradoras; tarde tenebrosa e imponente; noche lúgubre que sirvió de mortaja a tantos infelices”, tuvo lugar un ciclón que dejó “un reguero de muertos y heridos, una desolación de árboles centenarios tronchados o arrancados de raíz por fuerzas incontrastables, gigantescas, titánicas” ²⁵¹. De todas las desgracias que debió ocasionar tal tempestad, especial atención presta al aspecto “desconsolador” del Retiro:

¡Qué tristeza causaba ver el Retiro, que es nuestro pulmón, herido de muerte, cual si sobre sus árboles y sus plantas hubiera caído una lluvia de rayos! [...] Todos los paseos obstruidos por los troncos y el ramaje de árboles seculares. Las acacias derribadas, y sus hermosas flores de aroma misterioso arrastradas por el barro. Los opulentos olmos, los tilos olorosos, los pinos balsámicos, el árbol del amor apenas vestido con

²⁴⁹ SEPÚLVEDA, “La exposición de Filipinas de 1887”, en *El Madrid de los recuerdos*, pp. 47-48.

²⁵⁰ *Ibidem*, pp. 43-44.

²⁵¹ SEPÚLVEDA, “El ciclón del 12 de mayo de 1886”, en *El Madrid de los recuerdos*, pp. 83-84.

sus flores de púrpura, las lilas, los árboles del Paraíso... todo por los suelos, esparcidos entre horribles despojos [...]²⁵².

4.3. El Real Sitio de Aranjuez en la narrativa del XIX

Susana Montemayor, en su trabajo sobre la literatura y Aranjuez, revelaba cómo desde el Renacimiento hasta nuestros días, de Gómez de Tapia a José Luis Sampedro, incluyendo a Cervantes, Lope de Vega, Tirso de Molina, Góngora, Gracián, Mesonero Romanos, Galdós, Azorín, etc., la palabra literaria, histórica, humorística, nostálgica o la crítica de todos estos autores encontró en Aranjuez “el aposento idóneo para la expresión individual y colectiva” y con el que poder conocer, a partir de la sensibilidad literaria, las múltiples facetas histórico-literarias que se originaron en este Real Sitio²⁵³.

Cándido López y Malta, en su *Historia descriptiva del Real Sitio de Aranjuez*, escrita en 1868 tomando como principal referencia la obra de Juan Álvarez de Quindós, cronista de Carlos IV, se preguntaba:

¿Qué es Aranjuez, pregunta todo el mundo que desconoce el valor material y topográfico de esta ribera feraz? ¿Qué contendrá Aranjuez cuyo simpático nombre ha volado como la electricidad a todo el ámbito de la tierra? ¿Qué talismán encierran estas misteriosas sílabas que todo viajero, por indiferente que sea, estampa en el catálogo de sus cronológicas investigaciones, como orgulloso de haberle visitado y temiendo un severo cargo de morosidad si al volver de su excursión le faltase para satisfacer la curiosidad de los suyos?²⁵⁴

El origen del Real Sitio de Aranjuez se sitúa en la Edad Media, cuando el territorio conquistado al Islam pasa a la Orden de Santiago. Después, en 1489 con los Reyes Católicos, se incorpora a la Corona la Casa Maestral, núcleo inicial al que se añadirán otras propiedades en manos de concejos, órdenes militares o nobles. Y es que la historia, como hemos visto con otros Reales Sitios, no pasaba desapercibida por todos aquellos que se proponían a escribir sobre Aranjuez. Por ejemplo, una guía anónima del año 1844 destacaba el periodo de los Reyes Católicos:

Los primeros monarcas que principiaron a disfrutar en estos bosques de sus inocentes bellezas, fueron los señores Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel, con motivo de haber recaído la elección de gran Maestre de Santiago en el Rey Católico. Entonces se retiraban algunas veces al recreo de este sitio, usando del palacio o casa de campo que tenía aquí el maestre, edificando,

²⁵² *Ibidem*, p. 88.

²⁵³ SUSANA MONTEMAYOR, 2004, p. 21.

²⁵⁴ LÓPEZ Y MALTA, *Historia descriptiva del Real Sitio de Aranjuez*, p. VII.

para mejor comodidad un cuarto grande que se llamó el de la Reina, el cual añadieron a la antigua habitación, dando principio al jardín de la Isla bajo la dirección de la Reina Católica²⁵⁵.

Pero sería Carlos I quien convertiría la Dehesa de Aranjuez en un auténtico lugar de recreo para la Monarquía con el fin de poder destinar sus hermosos y fecundos bosques a la caza y prohibiendo su uso para pastar. No obstante, su consolidación como Real Sitio se produciría en tiempos de Felipe II²⁵⁶, “auténtico príncipe renacentista que actúa intentando formalizar una estrategia territorial como germen de un estado moderno de proyección paneuropea”²⁵⁷. Así, se establecen unas directrices generales dirigidas a optimizar las potencialidades del sitio, integrándose en un proyecto más amplio de carácter nacional. Según Gómez y Atienza, el Real Sitio de Aranjuez ideado por Felipe II, obedecía a tres necesidades:

- Un entorno inmediato a palacio, con fines de recreo y ocio, que reprodujera en edificios y jardines las condiciones del hábitat ideal.
- Un entorno próximo de huertas y bosques donde se simultanearan actividades de entretenimiento y cinegéticas con explotaciones agropecuarias, piscícolas, aclimatación de especies botánicas y plantas medicinales.
- Un entorno más amplio, siguiendo los caminos de Madrid y Toledo y aprovechando el cauce del Tajo, en el que la ordenación por medio de grandes obras hidráulicas pretende aprovisionar de alimentos a las dos grandes ciudades limítrofes y servir de soporte a una nueva y activa industria²⁵⁸.

De esta manera, Aranjuez se constituyó desde entonces como el prototipo de Real Sitio, integrado en el centro peninsular, es decir, en el corazón de la monarquía, donde se compaginaban los ideales de una villa de placer, con jardines y recorridos paisajísticos, con la explotación económica del terreno. Es por ello por lo que Nard reivindicará la figura de Felipe II para el Real Sitio de Aranjuez:

Hay costumbre de no mirar a Felipe II sino en El Escorial; contéplesele también en Aranjuez.

Suya fue la traza del jardín de la Isla, y la plantación de las Huertas-grandes. Aquí venía este

²⁵⁵ ANÓNIMO, *Descripción histórica y artística de los Reales Sitios de Aranjuez, San Ildefonso y del Monasterio del Escorial*, p. 1.

²⁵⁶ Durante el reinado de Carlos I, su hijo, aún como príncipe, ampliará los límites a costa de la Orden Militar de Calatrava con la intención de enlazar con los Montes de Toledo, en busca de la caza mayor. Ya como rey, Felipe II ampliará la zona con la Dehesa de Villamejor, el prado de Martín Román, parte de Mazarabuzaque y la Dehesa de Barciles; hacia el Norte, y en relación con el proyecto de la acequia del Jarama, agregará a continuación de la Puebla de Forcadada el Soto del Xembleque (1587) y el Soto de las Cuevas; remontando el Jarama llegará a incorporar en 1572 Gozquez y Santisteban, Aldehuela y Burueño, Vaciamadrid, Pajares, el Soto del Piul y las islas del Jarama; hacia el Sur, en las proximidades de Ocaña, las incorporaciones en 1571 de los parajes de Aldehuela, Menalgavia, Valhondo y Albijejo, supondrán los mayores límites del Real Sitio.

²⁵⁷ GÓMEZ y ATIENZA, 1998, p. 107.

²⁵⁸ *Ibidem*, p. 108.

monarca poderoso cuando abrumado con el peso de los negocios, que él solo dirigía, y contrariado por grandes desastres, necesitaba recobrar algún vigor para que no desfalleciesen las fuerzas corporales: aquí hallaba más esparcimiento que en otras partes, el campo de Aranjuez le daba campo para realizar sus grandes miras. ¡Cuánto proyecto fue aquí llevado a cabo!²⁵⁹

Sin embargo, todo ello fue concebido desde una visión totalmente privativa por parte de la Corona, la cual se configuraría como la mano ejecutora de todas las inversiones que se realizarían sobre el lugar, como por el hecho de prohibir el asentamiento vecinal. Pero ello no impedía que autores como López y Malta vieran en Aranjuez el reflejo vivaz de la Monarquía:

Aranjuez ha sido el Sitio Real predilecto de los monarcas españolas, preferencia por otro lado bien merecida porque a no dudarlo es Aranjuez el Real Sitio mejor de Europa y por tanto no es extraño que rivalizando en mejorar el arte y la naturaleza, haya dado el resultado de un conjunto asombroso en belleza y hermosura así natural como artificial. Así es que todos los Reyes desde la sin par Isabel la Católica hasta D. Amadeo de Saboya han dejado bien implantada su huella en este Sitio, notándose en sus obras las inclinaciones y gustos de cada monarca²⁶⁰.

A partir del siglo XVIII y con la nueva dinastía de los Borbones en el Trono español, Aranjuez experimenta una revolución, acorde a la mentalidad reinante y propia de la época, la Ilustración. Por un lado, en el año 1750 Fernando VI autoriza el asentamiento residencial y encarga a Bonavía las trazas de la nueva población al sudeste del núcleo palaciego, resolviendo la dicotomía planteada entre el trazado radial, propio de una concepción focal de la monarquía, y la cuadrícula de nuevas manzanas más consecuente con los nuevos tiempos y heredera de la utopía de regreso en la experiencia americana, el “sueño de un orden”²⁶¹. De esta manera, el palacio dejó de encontrarse en contacto inmediato con los bosques para situarse en el centro de una nueva ciudad que, en función de las necesidades palaciegas y productivas del Real Sitio, surgió a su alrededor y se organizó. Sin embargo, aún en el siglo XIX, el Real Palacio seguiría conservando su antiguo esplendor:

Bien se mire el palacio desde las numerosas calles de corpulentos árboles que a él evocan, O cuando repentinamente se presenta al pasar el puente colgado, se ve que su primer arquitecto Juan Bautista de Toledo, así sabía trazar el esqueleto severo de un monasterio, como el alegre que conviene a un alcázar entre frondosos vergeles. Describir el efecto que causa construcción tan elegante, de otras construcciones elegantes rodeada, bañada por el Tajo, y acariciada por una vegetación tropical, fuera describir el paraíso.

²⁵⁹ NARD, *Guía de Aranjuez*, p. 37.

²⁶⁰ LÓPEZ Y MALTA, *Historia descriptiva del Real Sitio de Aranjuez*, p. 496.

²⁶¹ GÓMEZ y ATIENZA, 1998, p. 109.

[...] Es tan grato el color de la piedra de colmenar de que son los zócalos, ángulos, cornisas y marcos del balconaje, y contrasta tan lindamente el del ladrillo abramilado que forma el fondo de los lienzos con el verde follaje repetido por las aguas, que rara vez se conseguirá en el mundo ver un edificio tan suntuoso y perfecto en medio de una escena tan bella y animada. Sus dos cúpulas elevadas e iguales, su cubierta flamenca de plomo, la rica labor de sus rejas, y sus bellos remates, le dan un realce extraordinario, y sobre todo, lo imponente de su masa que por sí sola es una ventaja cuando guardándose con tanta exactitud las reglas del arte, fenómeno raro en adiciones ejecutadas en tiempos y por artífices distintos, puede asegurarse que nada ha perdido en gracia, aventajando no poco en majestad²⁶².

Y a través de la Guía de Francisco Nard, podemos adentrarnos en el interior del Palacio, tal y como estaba en pleno siglo XIX. Así, frente al esplendor del pasado, nos habla de cómo los muebles que en él había, “con todo su valor, están muy lejos de llamar la atención”, del vaciado de pinturas y esculturas que han experimentado el palacio y la Casa del Labrador en beneficio del Palacio de Madrid y el Real Museo. Pero ante esta situación, Nard esperaba que con el camino de hierro, los reyes visitaran más Aranjuez y así, “cuando no por la multitud de gentes de todas clases que verán el palacio, se mejore su interior, y vuelvan a él, y al del jardín del Príncipe las preciosidades que anteriormente les realzaban”²⁶³. No obstante, Nard destacaba dos espacios concretos del Palacio: el Gabinete de China y el Nuevo Gabinete Árabe:

[Sobre el Gabinete de China] Pero en cambio de tantas y tan sensibles pérdidas, ha recibido Aranjuez las infinitas y preciosas figuras de porcelana cocidas y esmaltadas con primor en la Real fábrica del Buen-Retiro, establecida por Carlos III, cuya perfección no podían llevar a bien nuestros caros aliados los ingleses, y que revisten con dibujo correcto las paredes y techos del despacho de S.M. con caprichoso paisaje y adornos chinescos adecuados [...]. Nada hay tan bello como esta habitación, sin igual, hija del buen gusto de Carlos III [...], testimonio elocuente de nuestra disposición para las artes, y justo orgullo del país por la perfección sorprendente, por la limpieza y transparencia de las tintas²⁶⁴.

[...]

[Sobre el Nuevo Gabinete Árabe] Semejante a la preciosa estancia de las Dos-Hermanas en la Alhambra, se acaba de decorar una piececita de palacio cuyo efecto no describiremos por imposible. Todo lo que la imaginación puede idear de más bello, todo lo ha realizado aquí el genio del arte. Un hijo de la ciudad conquistada por Isabel I [Rafael Contreras], ha traído a Castilla, con la protección de la II Isabel, la joya más rica de la reina de las flores.

²⁶² LÓPEZ Y MALTA, *Historia descriptiva del Real Sitio de Aranjuez*, pp. 160-161; p. 163.

²⁶³ NARD, *Guía de Aranjuez*, p. 29.

²⁶⁴ *Ibidem*, pp. 31-32.

[...] “Muchos han visto esa creación feliz de la época; la han ensalzado; lo es realmente; y aparte de rivalidades indignas el arte, aparte de dificultades sin cuento, ante que otro habría desmayado, y que han ocasionada tantas amarguras al que ha regenerado con perfección inesperada esa bella arquitectura, no ha encontrado apoyo en el Gobierno, ni en los grandes; se han asustado de tanta belleza los que hoy construyen palacios, y prefieren en su pequeñez el papel pintado²⁶⁵.

Manuel Jorreto destacaría, en cambio, el papel que desempeñarían los jardines para el “risueño aspecto” del Real Sitio de Aranjuez:

Los llamados de la Reina, de la Isla y del Príncipe, embellecidos con multitud de artísticos puentes y estatuas; el precioso Parterre, la gran cascada, la vía, los puentes, los invernaderos, la variedad riquísima de plantas y flores que se trajeron de Francia, Inglaterra y aún de Oriente, todo bañado por el caudaloso Tajo, sorprende y admira cuando el *tourista* discurre por aquellos lugares deliciosos, que también están enriquecidos con las riquísimas frutas que se obtienen de bien cultivadas huertas, entre las cuales ocupa el primer lugar la exquisita y aromática fresa²⁶⁶.

Carlos III, imbuido por las nuevas ideas fisiocráticas, trató de hacer compatibles la economía del lugar con el placer. Es por ello por lo que creó explotaciones agrícolas y ganaderas de carácter pionero que servirían de ejemplo palpable de cual podía ser el alcance que iba a tener la reforma de tal tipo de explotaciones dentro de la nueva política económica por la que quería dirigir al país. Aunque fallidas por diferentes razones, todas estas experiencias formaban parte del intento de establecer “una agricultura real”, como señalara en 1772 Antonio Ponz, uno de los pocos ilustrados que repararon en la importancia que tenían estas experiencias llevadas a cabo en Aranjuez²⁶⁷. De esta manera, a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII, Aranjuez pasa de ser el Real Sitio, Corte del Monarca, a convertirse en sede económica en la cual el canal juega un papel preponderante. Así, extensos terrenos son reducidos a toda clase de cultivos:

cereales, legumbres, hortalizas y frutas: aceites y vino, ganados, caza mayor y menor, truchas, barbos, anguilas, etc., todo exquisito, todo en abundancia, distinguiéndose por su aroma la fresa, por su suavidad los espárragos. Son muy estimadas sus maderas, cuya buena calidad atestigua la elección que de las fincas se ha hecho para el palacio del Congreso²⁶⁸.

²⁶⁵ *Ibidem*, p. 33; p. 36.

²⁶⁶ JORRETO, *España. Los Sitios Reales*, pp. 72-73.

²⁶⁷ MORÁN TURINA, 2002, p. 214. De esta época datan los nuevos enclaves que, a partir de asentamientos anteriores o de nuevo trazado, perlan el río y la vega siguiendo los principales caminos y complementando de forma coherente y orgánica la idea primigenia. Así, aparecen las casas de la Monta, de Vacas y de Camellos, el Real Cortijo, La Flamenca, Las Infantas, Quintana, Castillejo, Villamejor o Algodor, con un carácter funcional que trastoca el eje existente alrededor del palacio hasta ese momento, y se entiende el proceso económico como relación amable entre el hombre y la naturaleza de acuerdo a lo que sería la idea romántico-pintoresca.

²⁶⁸ NARD, *Guía de Aranjuez*, p. 129.

Y todo ello gracias a

su bello temperante, especialmente en los meses de abril, mayo y junio, lo despejado de su hermoso cielo, la brillante claridad de la luz con que le baña el sol, la alegría de sus dilatados campos, la fragancia de sus flores, lo delicado y sabrosísimos de sus frutos, y lo exquisito de sus innumerables plantas, y se vendrá a parar, en que la naturaleza convierte aquí en realidad lo que la fábula pondera de los campos Elíseos²⁶⁹.

Sin embargo, lo cierto es que como señalara López y Malta, Aranjuez nunca triunfó en sus proyectos económicos. En el siglo XIX, este autor hablaba de cómo “las infinitas industrias que se han establecido, ninguna ha llegado a desarrollarse, sin que comprendamos la causa”, aunque, “no por esto perdemos la esperanza de ver a este pueblo con su importancia agrícola ocupar un puesto avanzado en nuestros mapas”²⁷⁰.

Aranjuez se conformaba así como un escenario idílico, pero también como teatro en el que habían tenido lugar sucesos notables, algunos de los cuales influyeron poderosamente en la marcha política del país. En este sentido, destacaría, por su repercusión en la literatura, el Motín de Aranjuez de 1808, omitido sorprendentemente en la *Guía de Aranjuez* de Nard. No obstante, sí lo encontramos, por ejemplo, en el *Episodio Nacional* “El 19 de marzo y el 2 de mayo” de Pérez Galdós. Sin embargo, más atento a la descripción de la sociedad y a los sucesos novelescos, el célebre autor desatiende la descripción de lugares y paisajes, y aunque parte de la acción se desarrolla en Aranjuez, nada nos dice de su aspecto o valoración. Y es que como ha estudiado Carlos Seco, *Los Episodios Nacionales* respondían a tres elementos fundamentales: el esquema de los sucesos políticos que condicionan cronológicamente el relato, la anécdota novelesca planteada por aquel y la pintura del cuadro social en el que se enmarca el conjunto. El resultado era que la trama de ficción acababa condicionada o subordinada a los aspectos históricos que se sucedían²⁷¹. En el caso concreto del *Episodio Nacional* “El 19 de marzo y el 2 de mayo”, su interés radica, para nosotros, en que nos narra el ambiente del Real Sitio previo al Motín, de clara oposición al Príncipe de la Paz, el valido Godoy:

— Pues, Gabrielillo—me dijo don Celestino cuando entrábamos en la casa —, cierto es que hay demasiada gente en el pueblo. Se ven por ahí muchas caras extrañas, y también parece que es mayor el número de soldados. ¿Ves aquel grupo que hay junto a la esquina? Parecen trajineros de la Mancha... y entre ellos se ven algunos uniformes de caballería. Por este lado vienen otros que

²⁶⁹ ANÓNIMO, *Descripción histórica y artística de los Reales Sitios de Aranjuez, San Ildefonso y del Monasterio del Escorial*, p. 2.

²⁷⁰ LÓPEZ Y MALTA, *Historia descriptiva del Real Sitio de Aranjuez*, p. 143.

²⁷¹ SECO SERRANO, 1970-1971.

parecen estar bebidos... ¿oyes los gritos? Entrémonos, hijo mío, no nos digan alguna palabrota. Aborrezco el vulgo.

En efecto, por las calles del Real Sitio, y por la plaza de San Antonio discurrían más o menos tumultuosamente varios grupos, cuyo aspecto no tenía nada de tranquilizador. Asomábase a las ventanas el vecindario todo, para observar a los transeúntes, y era opinión general, que nunca se había visto en Aranjuez tanta gente.

[...]

Como en los días anteriores, el gentío era inmenso, los trajes pintorescos y variados, las voces animadas (aunque ya enronquecidas por el patriotismo), los gestos elocuentes, las patadas clásicas, los pellizcos propinados a Mariminguilla infinitos, el vino más aguado que el día anterior, pues por algo disfruta Aranjuez el beneficio de dos copiosos ríos²⁷².

Tras la ocupación francesa, Aranjuez “fue reflejo del conjunto del reino: un país estancado en luchas intestinas al margen de la progresiva vitalidad europea”. No obstante, Fernando VII devolvió a las “jornadas primaverales” y al Sitio su brillantez. En la guía anónima sobre Aranjuez del año 1844 anteriormente mencionada, se alababa “el celo paternal” del rey absolutista y de cuyo reinado decía,

se construyó el hermoso puente colgante de hierro, primero que de este género se ha hecho en España; la fábrica de harinas, molino suntuoso movido por el agua; [...] la suntuosa fuente que existe en la plazuela de palacio, obra sencilla y elegante, propia del gusto y disposiciones del padre de nuestra reina Doña Isabel II²⁷³.

Finalmente, el reinado de Isabel II constituiría para Aranjuez el último periodo de esplendor cortesano. La reina fue asidua del Real Sitio, acompañada de una pléyade burguesa y arribista que da un nuevo color de modernidad y eclecticismo al conjunto diociesano del lugar. Algunos miembros de la Familia Real y de la nueva aristocracia construyeron palacios en este Real Sitio, como el de la Reina madre, el del príncipe Adalberto de Baviera, el del Marqués de Salamanca, de Tamarit, Narváez, etc.²⁷⁴

No obstante, más allá de su evolución histórica, lo que realmente mereció la atención de Aranjuez por parte de muchos de los escritores que se dispusieron a hablar del lugar, fueron las cuestiones referidas a la Naturaleza. Así canta Cándido y Malta en el prólogo de su *Historia descriptiva del Real Sitio de Aranjuez*:

²⁷² PÉREZ GALDÓS, *El 19 de marzo y el 2 de mayo*, p. 43; p. 80.

²⁷³ ANÓNIMO, *Descripción histórica y artística de los Reales Sitios de Aranjuez, San Ildefonso y del Monasterio del Escorial*, p. 2.

²⁷⁴ GÓMEZ ALARCÓN, 2005, p. 123.

Tu ameno valle, luego que de repente se descubre desde la cima de cualquiera de las dos cordilleras de montañas que rodean tan pintoresco paisaje, encanta: tu fértil vega, serpenteada y reflejada en la abundancia de dos cristalinos ríos, cuyas aguas a más de multiplicar maravillosamente su pesca se entienden silenciosas en multitud de sangrías para llevar la savia a su vigorosa vegetación: tu frondoso bosque, donde el armonioso cántico de millares de avecillas se confunde con el dulce balar de saltadores corderillos y el rugido de los múltiples cuadrúpedos de los que en distintas razas abundan, embelesa: y arrobando los sentimientos más elevados del alma a todo ser que desde aquella altura por primera te admira, contempla en ti la omnipotente obra de la naturaleza, y aun duda ¡Aranjuez! Si tú serás el celebrado paraíso de la Historia.

[...] Aranjuez no encuentra rival, Aranjuez merece el justísimo dictado de maravilla nacional.

[...] Con tan bonancible clima se ven realizadas todas las grandezas y galas de la espléndida naturaleza, que por un capricho incomprensible ha plantado un oasis inverosímil en este gran desierto llamado Mancha. [...] En él se ven realizadas las fabulosas lecturas de las Mil y una noches: en él pueden contemplarse los jardines de la célebre y voluptuosa Babilonia, el castaño del Etna, el cedro del Líbano, el desafío a la atmósfera de los seculares y corpulentos árboles de la tórrida zona, aspirar el suave aroma de la rosa de Jericó con los enloquecedores perfumes de los pensiles orientales y sus pintados y armoniosos pajarillos. Sus sabrosos, variados y abundantes frutos podrían acaso rivalizar en importancia con los del fantástico jardín de las Hespérides; sus doradas mieses, sus pastos, la extraordinaria riqueza que su siempre alfombrado suelo ofrece espontáneamente a la medicina [...] ²⁷⁵.

Mesonero nos traslada en uno de sus artículos costumbristas, “Un viaje al Sitio”, publicado en junio de 1832 en el *Semanario Pintoresco Español*, a Aranjuez, del que ya había hablado también en su *Manual de Madrid*. En él, lo definía como “objeto de la admiración de nacionales y extranjeros”, del que destacaba sus “infinitas bellezas de todas clases que le enriquecen y le hacen el primer sitio de placer de España, y tal vez de Europa”²⁷⁶. Así, en el *Manual*, se centra en describir a la población de Aranjuez como “una villa a la holandesa”; al real Palacio, “admirable por la riqueza, buen gusto, y frondosidad de sus distintos compartimentos, y por la belleza de sus adornos en fuentes, estatuas, estanques, cenadores y otros”; al jardín del Príncipe, “cuya frondosidad y hermosura exceden a toda ponderación” y “es tan inmenso, que se confunde el que entra a visitarle sin método”, etc.²⁷⁷. Por el contrario, en el artículo “Un viaje al Sitio”, Mesonero se centra en los pasajeros de la diligencia, camino a Aranjuez, en las conversaciones y anécdotas

²⁷⁵ LÓPEZ Y MALTA, *Historia descriptiva del Real Sitio de Aranjuez*, pp. VII-VIII; p. 11.

²⁷⁶ MESONERO ROMANOS, *Manual de Madrid*, p. 312.

²⁷⁷ *Ibidem*, pp. 314-315.

que ocurren con sus compañeros de viaje durante su recorrido por el Sitio. Destacamos el pasaje en diligencia a Aranjuez:

La campiña en tanto había variado mágicamente de aspecto; a las áridas llanuras, al suelo ingrato y desnudo, habían sucedido frondosas arboledas, valles encantadores; el ruido de los arroyos, el canto de los pájaros, formaban una cadencia lisonjera; corpulentos árboles sombreaban el camino; el aroma de las flores llegaba hasta nosotros, los puentes y pilares anunciaban la proximidad del Sitio, y nuestros corazones iban ya experimentando la dulce embriaguez que el ambiente de Aranjuez inspira²⁷⁸.

Este pasaje contrasta con el presentado por el mismo Mesonero en el *Manual de Madrid* sobre el camino en dirección al Real Sitio:

La proximidad de Aranjuez se hace sensible una legua antes: el aspecto árido de la campiña que se ha venido recorriendo desde Madrid por espacio de seis leguas, cambia de repente en un valle encantador. Una inmensa multitud de árboles altísimos sombrean el camino; otros, formando bosques deliciosos, presentan toda la riqueza de la vegetación; las praderas cubiertas de verdura, el ruido de los arroyos, el alegre canto de los pájaros, todo anuncia un nuevo clima, una región diferente que la que se acaba de dejar. Las aguas del Tajo y del Jarama, y la cultura más esmerada son la causa de esta maravilla. La ilusión va en aumento al llegar a una plaza circular, en la que desembocan doce calles o paseos formados por hermosos árboles. Desde aquí ya se descubre Aranjuez, llamando la atención los arcos de la gran plaza, la iglesia de San Antonio y el monte llamado el Parnaso. Poco después se llega al puente sobre el Tajo. Aquí la vista se deleita de lleno con la perspectiva que se presenta. Al frente la hermosa población de Aranjuez, a la derecha el palacio, el jardín de la isla, un precioso molino construido nuevamente; y a la izquierda el inmenso jardín del Príncipe, la calle de la Reina, y otra multitud de objetos interesantes²⁷⁹.

Sin embargo, lo interesante del artículo de Mesonero es que nos muestra cómo el Real Sitio se había convertido en el siglo XIX en lugar de visita por parte de la nobleza y la burguesía madrileña. Entre los espacios que visitan, Mesonero nos trasladará al Jardín de la Isla:

Allí dirigí mis pasos, saboreando durante la travesía por el jardín el aire embalsamado, el canto armonioso de las aves, la hermosa vista de las flores, el ruido de las fuentes y cascadas, y la delicia, en fin del hermoso sitio de quien decía Lupercio:

*La hermosura y la paz de estas riberas
las hace parecer a las que han sido
en ver pecar al hombre las primeras*²⁸⁰.

²⁷⁸ MESONERO ROMANOS, “Un viaje al Sitio”, en *Escenas Matritenses*, pp. 73-74.

²⁷⁹ MESONERO ROMANOS, *Manual de Madrid*, pp. 312-313.

²⁸⁰ MESONERO ROMANOS, “Un viaje al Sitio”, en *Escenas Matritenses*, p. 75.

Por su parte, Fransico Nard destacaría especialmente en su obra el papel de la línea de ferrocarril Madrid-Aranjuez, la segunda en todo el territorio español e inaugurada el 9 de febrero de 1851. Para este autor, el ferrocarril podía contribuir a elevar, según este autor, a Aranjuez a “una altura prodigiosa”, a un mayor conocimiento del Sitio por parte de todos los madrileños. Así decía:

El camino de hierro entre Madrid y Aranjuez, más que acercar ambos puntos, les une. Mas cómo ya, trasladarse, y tan breve, al Sitio por excelencia, que al primer Carabanchel, pocos serán los residentes aquí que no se apresuren a gozar del beneficio inmenso que debemos á D. José de Salamanca, pocos también los que, pudiendo, no frecuenten el paseo del frondosísimo jardín de la Isla, grato solar de la Reina Católica, el del vergel del Príncipe con sus fuentes y estatuas, su ría y río; los que sean indiferentes a aquel palacio de Herrera y de Toledo, a aquella vegetación lozana y vigorosa, a aquel Oasis de la Mancha²⁸¹.

Pero a pesar de estos avances, lo cierto es que a lo largo de todo el siglo XIX, en el contexto de desamortización que sufre todo el Patrimonio Real y el avance constitucional en la política española, Aranjuez comienza a experimentar un fuerte proceso de decadencia. En primer lugar, Aranjuez sufrió la desmembración de muchas de sus tradicionales y reales posesiones en favor de la creación del Ayuntamiento Constitucional en 1836. Desprovisto de patrimonio inmueble, poco a poco, para el ejercicio de sus funciones irá logrando la cesión de fincas tanto urbanas como rústicas, que en un principio no son sino arrendamientos y alquileres que realiza el Patrimonio Real²⁸². Desde entonces, el proceso de desintegración del Patrimonio Inmueble de la Corona se verá entrelazado con la historia del municipio²⁸³, algo criticado por Nard, quien apoya la necesidad de que el Real Patrimonio siga siendo quien determine lo concerniente a Aranjuez, pues “lejos de subvenir al sostenimiento de Aranjuez, obtendría medios con que podría embellecer más y más cuantos e renovase, atender a cuanto requiriesen los demás Sitios y dar un vigoroso impulso, sino terminar, el palacio de Madrid”²⁸⁴.

No obstante, el golpe de gracia llegaría con la revolución de 1868²⁸⁵. Y es que, como escribió Simón Viñas en el epílogo a la obra de Cándido López y Malta,

²⁸¹ NARD, *Guía de Aranjuez*, p. 7.

²⁸² Los bienes inmuebles de valor artístico, tales como Palacios y Jardines, seguirían vinculados al Patrimonio de la Corona, mientras que los bienes más próximos al pueblo, como los de servicios, se asociarán al Ayuntamiento o al Estado. Entre estos bienes podemos incluir otros como la Plaza de Toros o el Teatro, así como los que denominamos obras públicas.

²⁸³ MERLOS ROMERO, 1995, p. 282.

²⁸⁴ NARD, *Guía de Aranjuez*, p. 132.

²⁸⁵ La ley de 18 de diciembre de 1869 declaraba desamortizables en Aranjuez todas las fincas rústicas y urbanas que formaban el Real Patrimonio, excepto lo que se le reservaba al Monarca, que eran el Palacio y sus dependencias (Patio cuadrado, Casa de Oficios, y la Regalada, la Casa del Labrador, los jardines del príncipe y de la Isla, y el área de las Doce calles con sus adyacentes y transversales).

Aranjuez, tan ligado a la vida de los monarcas, no podía ser ajeno a los sucesos que afectaran a la monarquía; así es que al desaparecer los Reyes inmediatamente refluieron las consecuencias a esta población cambiando radicalmente su modo de ser. Para unos el suceso fue fatal y preludio de desgracias sin cuento: se creían sin sombra, sin protección, juguete de todo el mundo y desterrados en la misma patria do vieran la luz primera; hemos visto a algunos moradores de Aranjuez, curtidos por el sol y avezados sin arredrarse a las fatigas de la guerra, derramar lágrimas considerándose como los hijos de Israel en Babilonia, colgando sus instrumentos músicos para modular solo ayes y cantar tristezas [...] ²⁸⁶.

Pero a pesar de la restauración monárquica con Alfonso XII, no se podía dar marcha atrás en el proceso de desamortización. No obstante, para Simón Viñas,

es indudable que para la localidad hubiera sido más ventajosa quedando a salvo todas las bellezas de este Real Sitio y concertando las conveniencias de los adquirentes con las de las Corona y sin que esta hubiera dejado de tener siempre un verdadero punto de recreo en sus diversas fases ²⁸⁷,

De todos modos, el autor destacaba cómo la desamortización era conveniente para el desarrollo de la riqueza en Aranjuez, pues con ella, las familias tendrían “lazos que las una al suelo en que viven, los de amistad se extenderán, los del parentesco se aumentarán, habrá costumbres fijas, la agricultura elevará su vuelo y la industria y el comercio tomarán aquí carta de naturaleza” ²⁸⁸.

Sin embargo, el interés por Aranjuez, por lo menos popular y literario, que no real, seguiría latente en el siglo XIX. Por ejemplo, la Generación del 98 verá a Aranjuez con un sentido especial, tal y como revela el hecho de que se constituyese como lugar de reunión para rendir homenaje a “Azorín” en 1913. De hecho, este Real Sitio aparece descrito en *Los Valores literarios* del autor, para quien Aranjuez era

una creación, no del pueblo, de la masa, sino de lo más selecto de España. Alrededor de Aranjuez se extiende el campo manchego, el campo uniforme, gris, triste, pobre, el campo con sus pueblecillos, sus cortijos, sus labores someras y escasas. Si Aranjuez representa la exteriorización, en los jardines y en el palacio, de lo selecto español, esta campiña es la expresión de lo popular de España ²⁸⁹.

²⁸⁶ VIÑAS, “Epílogo: Seis Años después”, en López y Malta, *Historia descriptiva de Aranjuez*, p. 497.

²⁸⁷ *Ibidem*, pp. 504-505.

²⁸⁸ *Ibidem*, pp. 506-507.

²⁸⁹ Cita recogida en MONTEMAYOR, 2004, p. 41.

4.4. El Real Sitio de El Escorial en la narrativa del XIX

Los Sitios Reales suponían distintos destinos en el peregrinaje de la Corte. Unos eran para el placer íntimo del monarca y sus familiares, como El Pardo, La Zarzuela, Balsaín y Aranjuez; otros, para mantener el lustre de la corona, como el Alcázar de Toledo o de Sevilla; y, por último, para “simbolizar eternamente el sueño de un rey”, como El Escorial²⁹⁰.

A diferencia de otros Reales Sitios, como Aranjuez o El Pardo, no existían en El Escorial precedentes de utilización real, ni ninguna residencia, castillo o monasterio que pudiese constituir el embrión de un espacio destinado al uso y disfrute de la Monarquía. Será Felipe II y su decisión de construir un edificio religioso, conmemorativo de la gran victoria del 10 de agosto de 1557 en San Quintín frente a Francia, al comienzo de su reinado, y destinado a ser panteón real²⁹¹ de su padre, el emperador, y de él mismo, los que dieron lugar a este edificio y Real Sitio emblemáticos.

Si Aranjuez se configuró como el reflejo de una cultura de Corte, El Escorial presentaba un planteamiento bien distinto, como era el de establecer un lugar de descanso del Monarca. Pero era mucho más que eso en su origen. Como lo ha definido Chueca Goitia, El Escorial suponía una

simbiosis que le hace ser un pequeño universo en miniatura, un microcosmos, es decir, algo en donde se reúnen por una parte el Templo en honor a la Divinidad, el Panteón Regio, el Convento, asiento de una orden religiosa, la Universidad, para promover los estudios, la Biblioteca, de extraordinarios fondos, para el estudio, y, por último, el Palacio del propio Rey²⁹².

En el siglo XIX, El Escorial ofrece un panorama de historia o, mejor dicho, de leyenda negra que sirve a algunos escritores para construir una valoración negativa del lugar, sobre todo en su relación con Felipe II. A esta tradición se prestará, como ya hemos visto anteriormente con otros Reales Sitios, Ángel Fernández de los Ríos:

el que necesitaba teatro propio para representar el papel que se había propuesto, no quiso levantar aquí [Madrid] más que templos de cascote y se fue a erigir la catedral en la falda escabrosa y solitaria del Guadarrama, gastando 400 millones en un palacio-sepulcro, donde en vida no tuviera más corte que una comunidad de frailes y en muerte un monumento, que con su mole y su soberbia, perpetuara la memoria de quien, después de no haber tenido fortuna en sus sueños, tuvo también la desgracia de que ignorando las condiciones de la materia de que fabricara el orgulloso San Lorenzo, le condenará a ser prematuramente un montón de arena²⁹³.

²⁹⁰ CHUECA GOITIA, 1958, p. 110.

²⁹¹ Mesonero Romanos dedica un artículo del *Semanario Pintoresco Español* al “Panteón Real del Escorial”, publicado 12 de marzo de 1837.

²⁹² CHUECA GOITIA, 1989, p. 47.

²⁹³ FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*, p. 38.

Y de hecho, encontramos una novela de Gabino Leonor titulada *Los misterios del Escorial* (1845) en donde se manifiesta, por un lado, el gusto romántico de lo fantasmagórico, lo nocturno, tétrico, etc., y la perpetuación de la leyenda negra en torno al reinado de Felipe II, aludiendo al asesinato de su hijo, el príncipe Carlos, de su mujer, Isabel de Valois, etc. La novela trata sobre la construcción de El Escorial, teniendo como trama social la rebelión que protagonizan los obreros mal pagados en contra del valido del Rey Prudente, Ruy Gómez de Silva y la camarilla que rodea al monarca. En la obra, es evidente la exaltación hacia la masa obrera, víctima de las crueles artimañas de la Corte. Ante el rey, uno de los trabajadores dice:

El sudor del triste jornalero, que espera su pagar para dar pan a su familia, ese sudor que vierte acortando los días de la vida, es apreciable, y debe ser recompensado sin dilatarlo un momento. El que manda trabajar a un infeliz y no le paga, es un ser inmundo, un verdugo de la humanidad; ese está dejado de la mano del Altísimo: nuestra petición es justa; hemos trabajado hace tres días sin comer, mientras los extranjeros dejan exhaustas las arcas del tesoro por pagarlos adelantado, y a nosotros se nos paga siempre atrasos, y en monedas de suela²⁹⁴.

De hecho, el autor aprovecha el fondo social de la obra de la rebelión obrera para criticar a la sociedad y la política del momento, del pleno siglo XIX:

¡Qué misterios, lectores! No hay obreros que pidan importunos sus pagas, como en la época de Felipe II, ni magias, ni ilusiones, ni hechizos como en la de Carlos II, ni lances de guerra, como en la de Felipe IV, ni cacerías, como en la de Carlos III, que hay cosas para reír a lágrima viva, y llorar a dos carreras de dientes²⁹⁵.

Sin embargo, la revuelta será brutalmente reprimida y con tintes de tenebrosa crueldad. Pero en la obra, el juicio del autor no parece dirigirse especialmente contra Felipe II, al que presenta como un rey dubitativo y fácil de manipular. En su lugar, se agiganta la maldad de Ruy Gómez de Silva y del Cardenal Espinosa. Así lo podemos ver en el momento de establecer qué condena deben sufrir los obreros:

Además de no encontrar en lo sucesivo quien trabaje en ese grandioso edificio que me encargó mi difunto padre el Emperador, sería el escándalo del mundo asesinar a los obreros porque piden sus jornales devengados; podremos darles una reprensión, suspenderles una semana; pero asesinarlos, ¡Ruy Gómez! La posteridad...no...no... y pardiez que no estás muy acertado en vuestros consejos. Me acuerdo ahora de los que me disteis cuando tomé parecer de vos en la causa de mi hijo el príncipe Carlos...

²⁹⁴ LEONOR, *Los Misterios del Escorial*, p. 16.

²⁹⁵ *Ibidem*, p. 25.

[...] A lo que Ruy Gómez contestó: “¿No ha de ser? Señor, cuando las circunstancias lo exigen, es indispensable el castigo; si se dejan impunes esos delitos de rebelión, ni se podrá pasar una semana sin pagarlos, ni se podrá llevar a cabo la obra”; esto lo dijo Ruy Gómez mostrando desinterés, y volviendo la espalda al Monarca que le seguía presuroso.

[...]

¿Conque decís que decapitando a todos los obreros añado un nuevo timbre a mi raza...? Sois buen consejero, ¡buen consejero! ¡muy bueno! ¡Oh, qué buen consejero!, dijo el Rey dándole una palmada en el hombro [a Ruy Gómez de Silva]²⁹⁶.

También en la obra se criticará la orden de Felipe II de expulsar a la población de los alrededores del Escorial. Así, en boca de don Luis, tras encontrar a su hija inocente muerta, clama:

Esas familias españolas, esas cincuenta mil almas que maldicen desde las altas cumbres que separan las dos Castillas, a Felipe II y a sus consejeros, y soldados verdugos llaman la curiosidad del viviente. Los humanos vierten lágrimas de dolor viendo a las gentes huir, llorando la pérdida de sus padres y hermanos, cual han visto llorar a los habitantes de las Cinco Villas, la pérdida de sus hogares y haciendas. ¡Qué horror! Setenta mil almas ultrajadas por un puñado de avaros semejantes, sujetos a las penalidades de la vida, sin más poder que los hombres que el que quiere darles fortuna, la adulación, el interés mezquino, la barbarie y la ignorancia!²⁹⁷

La obra trataba de mostrar así cómo El Escorial estaba manchado de sangre y de dolor por el deseo del Rey y su Corte, quedando en la más caprichosa soledad la nueva construcción desde entonces:

Un silencio profundo reinaba en el recinto del alcázar; el viento hacía un sonido lúgubre en las oscuras cantinas y bóvedas mudas, en donde ya no se oía la voz del trabajador; el eco triste de algunos ayes de dolor sonaba en las montañas, el ruido de los torrentes se escuchó por primera vez en el sagrado recinto, como ahora se escucha espirando en las paredes marmóreas del Mausoleo de los reyes edificado en las entrañas de la tierra, y al nacimiento de una mina de agua salitrosa²⁹⁸.

Pero frente a aquellos que criticaron duramente el Palacio-Monasterio de El Escorial, hubo otros tantos autores que, no solo estuvieron a favor del significado de este Real Sitio y su fundador, Felipe II, sino que se posicionaron en contra de aquellos que se oponían al Escorial. Un ejemplo de ello lo encontramos en la guía de Fernando Álvarez de 1843, que, además de realizar una descripción histórica y artística de los monumentos y obras que El Escorial albergaba, son

²⁹⁶ *Ibídem*, pp. 23-24; p. 21.

²⁹⁷ *Ibídem*, p. 229.

²⁹⁸ *Ibídem*, p. 225.

numerosas las críticas que realiza a la sociedad de su época, incapaz de valorar el reinado filipino y su gran obra:

El tacto y la previsión del hombre político, la severidad y la rigidez de un carácter inflexible, han sido tachados de despotismo y tiranía por menguados censores, que miran los hechos más de bulto en nuestra historia, con un lente turbio y falaz, con un lente teñido del color revolucionario del siglo XIX. ¡Cuando se hayan hundido en el polvo de la vulgaridad esos pigmeos, cuando hayan desaparecido con ellos su censura y sus impugnaciones, el nombre colosal de Felipe II se alzaría todavía, como se alza hoy, sobre las miserias españolas, rodeado de admiración y respeto!²⁹⁹

La guía de Fernando Álvarez, *Descripción del Monasterio y Palacio de San Lorenzo, Casa del Príncipe y demás notable que encierra bajo el aspecto histórico, literario y artístico el Real Sitio del Escorial, para uso de los viajeros y curiosos que lo visiten*, empezaba ensalzando a El Escorial como “monumento a la vez de las artes y las glorias españolas”, que “es y será perpetuamente objeto de curiosidad y admiración”, tanto para los propios españoles “que contemplan con notable orgullo en la obra de Felipe II las grandezas de su patria” como para aquellos extranjeros, “que atraídos por su universal celebridad, rara vez penetran en nuestro territorio sin intención de visitarle”³⁰⁰.

Este fue el caso de Gil y Carrasco, quien en su artículo “Una visita a El Escorial”, publicado en 1841 en el periódico *El Pensamiento*, busca juzgar por sí mismo los “cargos” que había oído sobre la “mezquindad” de la fábrica, resultando una experiencia más que positiva:

Mucho tiempo hace que ardía en deseos de visitar El Escorial, sin que las circunstancias particulares de mi vida hubiesen permitido contentar esta natural curiosidad, que todos mis pensamientos y estudios contribuían a avivar y encender. No era una vana recreación de los sentimientos, ni el ansia de respirar aires más frescos y benéficos que los abrasados de la capital, la que sin cesar me hacía volver la vista a las faldas del vecino Guadarrama; el pasto de la imaginación y del entendimiento, junto con los ecos del corazón, era lo que yo buscaba en aquellos sitios y monumentos, testigos elocuentes, aunque mudos y en el día desamparados, de aquellos tiempos en que el poder, la sabiduría y el valor eran el carro de triunfo en que el nombre español paseaba los ámbitos del mundo.

[...] En aquel emporio de arte esperaba encontrar la expresión viva y animada de nuestra nacionalidad a fines del siglo XVI y algún reflejo del sol de la monarquía que entonces brillaba en mitad de los cielos y que tan rápidamente se avecinaba al ocaso.

²⁹⁹ ÁLVAREZ, *Descripción del Monasterio y Palacio de San Lorenzo, Casa del Príncipe y demás notable que encierra bajo el aspecto histórico, literario y artístico el Real Sitio del Escorial, para uso de los viajeros y curiosos que lo visiten*, p. 9.

³⁰⁰ *Ibidem*, p. 5.

Ocupado en estos pensamientos me encaminaba este año a El Escorial y no acertaré a decir si más de alegría que de tristeza la impresión que recibí, cuando desde las áridas cuestas de Galapagar vi dibujarse, sobre el fondo pelado y pardusco de las montañas, las torres

*y el ventanaje del soberbio lienzo
del templo augusto que ofreció famoso
Filipo en San Quintín a San Lorenzo*³⁰¹.

Más contundente se muestra incluso Mesonero, quien no solo alaba el monumento en sí sino su ubicación:

Rodéale por todo el contorno un delicioso país lleno de frondosas arboledas, dilatados prados y dehesas con muchas fuentes y arroyos que bajan de las sierras inmediatas, lo cual junto con los lejos que se descubren, de un lado hasta los montes de Toledo, y por la parte opuesta hasta los de Guadalajara, forman una de las vistas más pintorescas e interesantes.

En medio de este paisaje, y pareciendo competir en grandeza con las montañas que le avecinan, álzase la obra colosal, admiración de propios y extranjeros, página inmensa del reinado del monarca de los dos mundos. Su imponente masa, la elegante severidad de su estilo arquitectónico, y el destino filosófico de este sepulcro de la grandeza humana, despiertan a su aspecto sensaciones las más profundas é indelebles, y estas sensaciones suben de todo punto cuando reconocido el interior se encuentra en él agrupado al par que la grandeza, todo lo que la riqueza y el arte humano puede inventar de más acabado y perfecto³⁰².

Pero a pesar de ser un lugar ligado a la Monarquía Hispánica, tanto bajo la dinastía Habsburgo como Borbón, en todas las referencias que encontramos, va a ser su fundador, el rey Felipe II, la figura esencial en todos los textos, dado el reflejo de su personalidad en el monumento del Escorial:

Monarca tan poco conocido todavía, como exageradamente ensalzado y deprimido, pues ni han juzgado bien sus actos los que le han llamado Rey Santo, ni han estado exentos de envidia, animosidad y mala fe los que le han apellidado Demonio del Mediodía. La falta de datos históricos, sepultados aún en los archivos, ha dado margen a que sus acciones públicas no sean conocidas a fondo, y a que se le haya tenido por déspota, sanguinario e hipócrita; mas tal vez cuando se conozcan las causas, medios y fines de su proceder, con toda la claridad que es necesaria para juzgar, aparecerá su retrato con tintas más suaves, y la Europa le hará justicia. [...] De carácter inflexible y austero, naturalmente meditabundo y misterioso, y si no tan guerrero, más político que su padre, conoció la gravísima carga que comenzaba a pesar sobre sus hombros juveniles, y

³⁰¹ GIL Y CARRASCO, “Una visita a El Escorial”, en *Artículos de viajes y de costumbres*, p. 69.

³⁰² MESONERO ROMANOS, “San Lorenzo del Escorial”, *Semanario Pintoresco Español*, p. 10.

sintió oprimidas sus sienes por el peso de una corona, que, aunque orlada de un poder grande y de una gloria inmensa, necesitaba mucha energía, mucha fuerza y tesón para sustentarla³⁰³.

Incluso Gil y Carrasco, figura representativa del Costumbrismo y Romanticismo y caracterizado por un posicionamiento político de corte liberal, se posicionará a favor del Rey Prudente, algo poco frecuente en el espíritu romántico del XIX. Así dice: “En toda la obra se divisa la influencia de una inteligencia elevada y robusta, que con toda distinción abrazaba y clasificaba la portentosa unidad del conjunto y la no menos portentosa variedad de los detalles”³⁰⁴.

Pero no solo el Escorial venía a simbolizar el reflejo del Rey Prudente, sino también, para aquellos escritores admiradores del Sitio, “el retrato fiel de la nación española”. Quevedo, por ejemplo, va más allá y no solo lo considera el primer monumento de España sino incluso de Europa: “el más bello y completo edificio que han producido las artes, el templo más augusto de la Cristiandad, el más incontestable y elocuente testimonio del saber, civilización y poderío de la nación española, la página más elocuente de su historia”³⁰⁵.

Sin entrar en detalles en las descripciones artísticas que realizan los diferentes autores sobre El Escorial, pues como decía Mesonero,

baste decir que con ser tal su grandeza exterior, es incomparablemente mayor la que encierra dentro, causando la admiración de nacionales y extranjeros, que con razón la han llamado la *Octava Maravilla* [...] y en fin puede admirarse en esta casa cuanto es capaz de producir el ingenio humano³⁰⁶,

había un espacio que impresionó enormemente a estos hombres de letras, quienes, “a pesar de tantos adelantamientos, unos reales y de grandeza, otros perniciosos y soñados, ponen admiración y asombro la vista y el examen de tantas maravillas”³⁰⁷ que albergaba la Biblioteca, muestra del culto a las ciencias y las letras de la época, para unos, y ejemplo de la piedad y magnificencia de Felipe II, para otros. En este posicionamiento, encontramos a Gil y Carrasco:

Si a solo esto se redujese su magnificencia, a los ojos de aquellos para quienes el arte no levanta su voz mágica, pudieran pasar estos esfuerzos por hijos legítimos de un fanatismo poco ilustrado, pero el templo que levantó al saber en la suntuosa biblioteca prueba que su alma estaba templada para comprender a su gran siglo. [...] Felipe II no ahogaba sino que procuraba encaminar a un

³⁰³ QUEVEDO, *Historia del Real Monasterio*, pp. 1-2.

³⁰⁴ GIL Y CARRASCO, “Una visita a El Escorial”, en *Artículos de viajes y de costumbres*, p. 72.

³⁰⁵ QUEVEDO, *Historia del Real Monasterio*, p. VII.

³⁰⁶ MESONERO ROMANOS, *Manual de Madrid*, pp. 318-319.

³⁰⁷ ÁLVAREZ, *Descripción del Monasterio y Palacio de San Lorenzo, Casa del Príncipe y demás notable que encierra bajo el aspecto histórico, literario y artístico el Real Sitio del Escorial, para uso de los viajeros y curiosos que lo visiten*, p. 250.

determinado fin los elementos de progreso intelectual y moral que tanto bullían en España y más bien acaudillaba la marcha general de las ideas³⁰⁸.

Con la llegada de los Borbones, El Escorial sufre una acentuada decadencia que se manifiesta en la reducción de las jornadas al Sitio por parte de Felipe V, por ejemplo, quien mostró su rechazo físico al lugar, cuyo esplendor y majestad nunca llegó a comprender, lo que implicaba, además, el rechazo moral hacia la dinastía anterior, materializado en su deseo de disponer de otro panteón, muy alejado de aquel³⁰⁹.

Pero si bien es cierto que las reticencias borbónicas hacia El Escorial fueron permanentes, hubo momentos de cierta estabilización, como cuando Fernando VI se instaló en él, lo que suponía una cierta recuperación y apropiación consciente del espacio de Felipe II. No obstante, durante todo el siglo XVIII El Escorial cobraría una dimensión bien distinta a la del resto de los Sitios Reales, constituyéndose únicamente como lugar de caza, es decir, como territorio donde el Rey desarrolla su ocio en contacto con la naturaleza, pero donde la Corte apenas existe, supeditada al protagonismo de Carlos III. De hecho, las obras y reformas que conocemos en la población giran sobre la figura del Monarca: la intervención de Villanueva en el Monasterio, reorganizando la fachada Norte y habilitando lo que hoy conocemos como Palacio de los Borbones; los proyectos de Casa de Infantes o de la Reina; la construcción de las dos pequeñas Casitas y, lo que es más importante, la sustitución de un proyecto de plaza de toros en El Escorial de Abajo por la Casita del Príncipe³¹⁰. El Escorial fue, igual que Aranjuez o El Pardo, otro Sitio Real que, antes de acabar el siglo, se vio convertido en un importante núcleo urbano.

De estos cambios, contamos con testimonios de la época. Por ejemplo, Jovellanos, en sus escritos, describe los tres viajes hechos al Escorial en compañía de Pedro Campomanes y Lorenzo Diéguez, detallando la situación que encontró en aquella villa. También está el testimonio que Antonio Ponz dejó en sus *Viajes*, donde destaca la evolución que experimentó el lugar, y, gracias a las distintas ediciones de su obra, sabemos cómo los trabajos desarrollados en El Escorial tuvieron como intención no tanto modificar su estructura de ciudad como, por el contrario, integrar el Monasterio en la población. A este respecto, destacar el paseo de Floridablanca, el establecimiento de Casas de Ministros o el inicio de construcción de un importante conjunto de viviendas para personajes próximos a la Corte. Sin embargo, a pesar de estos cambios, El Escorial siguió siendo, para el rey, en el siglo XVIII un terreno de caza cerca de la capital³¹¹.

³⁰⁸ GIL Y CARRASCO, “Una visita a El Escorial”, en *Artículos de viajes y de costumbres*, pp. 73-74.

³⁰⁹ MORÁN TURINA, 2002, p. 203.

³¹⁰ SAMBRICIO, 1989, p. 114.

³¹¹ CASTIÑEYRA, 1991, p. 173 y ss.

Sin embargo, la imagen actual, es decir del XIX, que nos trasladan de El Escorial estos testimonios nos revelan el estado de decadencia en el que este Real Sitio se encontraba. Por un lado, estaban “los muchos daños causados por rayos e incendios y las devastaciones y despojos de que fue objeto durante la guerra de la Independencia”³¹². No obstante, se destacaría la labor realizada por Fernando VII, monarca que se sentía muy vinculado a este Real Sitio, pues en él nació en 1784, tuvo allí siempre fervorosos súbditos y tramó una conjura para derrocar a Godoy en 1807, episodio conocido por parte de la historiografía como el Proceso de El Escorial. De hecho, este suceso es el principal referente histórico del *Episodio Nacional* de Galdós, “La Corte de Carlos IV”. No obstante, tal y como lo ve Emilio La Parra López, en este segundo *Episodio*, publicado en el año 1873, las intrigas y el fingimiento en el teatro y en la Corte, así como los avatares personales del protagonista, Gabriel, es decir, lo novelesco, tienen más peso que el propio acontecimiento histórico³¹³. Pero lo cierto es que la Conspiración del Escorial es presentada en *La Corte de Carlos IV* como un hecho fundamental que suponía la descomposición de la monarquía del Antiguo Régimen, teniendo como principal escenario, además de Aranjuez y la Corte de Madrid, el mismísimo Escorial. De todos los pasajes destacados, optamos por incluir el desfile que presencia Gabriel sobre el juicio llevado a cabo contra el entonces príncipe de Asturias, Fernando:

Yo me enorgullecía de encontrarme en palacio, creyendo que solo por el contacto del suelo que pisaban mis pies, tenía nuevos títulos a la consideración del género humano; y como cuantos llevamos la generosa sangre española en nuestras venas, somos propensos a la fatuidad, no pude menos de crearme un verdadero y genuino personaje, y hubiera deseado encontrar al paso a alguno de mis antiguos conocimientos de Madrid o Cádiz para mostrarle en gestos y palabras el convencimiento de mi respetabilidad. Felizmente no conocí alma de Dios entre tanta gente y me libré de ponerme en ridículo.

Encontrábame en aquella larga serie de habitaciones tapizadas que, recorriendo toda la extensión de palacio por la parte interior, sirve de lazo de unión a las moradas regias, cuyas luces se abren en la fachada oriental del inmenso edificio. Seguí la dirección de los demás sin reparar si debía aventurar mis pasos por aquellos sitios, mas como nadie me dijo nada, continué muy impávido. Las salas estaban débilmente alumbradas, y en la dulce penumbra las figuras de los tapices, parecían sombras detenidas en las paredes, o débiles reflejos luminosos enviados por escondido foco sobre el oscuro fondo de las cámaras. Paseé mi vista por aquella multitud de figuras mitológicas, con cuya desnudez provocativa se habían adornado las negras murallas construidas por Felipe, y ya consagraba mi atención a contemplarlas, cuando pasó la extraña procesión de que voy a dar cuenta.

³¹² JORRETO, *España. Sitios Reales*, p. 82.

³¹³ LA PARRA LÓPEZ, 2006, p. XVI.

El Príncipe de Asturias, a quien se había comenzado a instruir sumaria por el delito de conspiración, volvía de la Cámara real, donde acababa de prestar declaración. No olvidaré jamás ninguna de las particularidades de aquella triste comitiva, cuyo desfile ante mis asombrados ojos, me impresionó vivísimamente aquella noche, quitándome el sueño. Iba delante un señor con un gran candelero en la mano, como alumbrando a todos, y para esto lo llevaba en alto, aunque tan poca luz servía solo para hacer brillar los bordados de su casacón de gentil-hombre. Luego seguían algunos guardias españoles, tras de ellos un joven en quien al instante reconocí no sé por qué al Príncipe heredero. Era un mozo robusto y de temperamento sanguíneo, de rostro poco agradable, pues la espesura de sus negras cejas y la expresión singular de su boca hendida y de su excelente nariz le hacían bastante antipático, por lo menos a mis ojos. Iba con la vista fija en el suelo, y su semblante alterado y hosco indicaba el rencor de su alma. A su lado iba un anciano como de sesenta años, y al principio no comprendí que pudiera ser el Rey Carlos IV, pues yo me había figurado a este personaje como un hombrecito enano y enteco, siendo lo cierto que tal como le vi aquella noche era un señor de mediana estatura, grueso, de rostro pequeño y encendido, y sin rasgo alguno en su semblante que mostrase las diferencias fisonómicas establecidas por la Naturaleza entre un Rey de pura sangre y un buen almacenista de ultramarinos.

En los personajes que le acompañaban, y eran, según después supe, los ministros y el gobernador interino del Consejo, me fijé más que en la real persona, y después daré a conocer a alguno de aquellos esclarecidos varones. Cerraba, por último, la procesión el zaguanete de la guardia española, y nada más. Mientras pasó la comitiva, sepulcral silencio reinó en todo el tránsito, y tan solo se oyeron las pisadas que se perdían de cámara en cámara hasta llegar a las que formaban el cuarto de Su Alteza. Cuando entraron en este la cháchara comenzó de nuevo entre los circunstantes, y vi a Amaranta, que habiendo salido a buscarme, hablaba con un caballero vestido de uniforme [...]

La comitiva volvió a pasar sin el Príncipe, y precedida del gentil-hombre con el candelabro que iba abriendo camino. Cuando el Rey y sus ministros se alejaron, los palaciegos que habían salido a las galerías, fueron desapareciendo también en sus respectivas madrigueras, y por mucho tiempo no se oyó más que el violento cerrar de multitud de puertas. Se apagaron las pocas luces que alumbraban tan vastos recintos, y las hermosas figuras de los tapices se desvanecieron en la oscuridad, como fantasmas a quienes el canto del gallo llama a sus ignotas moradas.

Yo subí con mi ama a nuestro departamento, y me asomé por una de las ventanas que caían hacia el interior para reconocer, como de costumbre, el sitio en que estaba. Era oscurísima la noche y no vi más que una masa negra e informe de la cual se destacaban altos tejados, cúpulas, torres, chimeneas, paredones, aleros, arbotantes y veletas que desafiaban el firmamento como los topes de un gran navío. Tal imponente vista causaba cierto terror al espíritu, despertando meditaciones que se mezclaban a las sugeridas por lo que acababa de ver; mas no pude ocuparme

mucho en trabajos del pensamiento, porque un sutilísimo ruido de faldas, y un ligero *ce ce* con que se me llamaba, me hizo volver la cabeza, y apartarme de la ventana³¹⁴.

A pesar del duro trámite, Fernando VII, ya como rey, siempre albergaría un buen recuerdo de El Escorial. Así fue un patrono interesado por el Real Sitio, remediando en cuanto pudo los desperfectos y pérdidas sufridos en las revueltas de la guerra de la Independencia³¹⁵. Por eso, José Quevedo calificará a Fernando VII de “nuevo fundador de El Escorial”. Sin embargo, el nuevo giro de los acontecimientos, camino al liberalismo, impidió que El Escorial volviese, para este autor, a su antiguo esplendor:

Por este tiempo [1836]..., las alhajas que había regalado el difunto monarca [Fernando VI], con la custodia y 48 cuadros de los más famosos y notables fueron trasladados al Real Palacio de Madrid, juntamente con algunos efectos de Palacio y la mayor parte de los cuadros de la Casita del Príncipe. Ni las alhajas ni los cuadros han vuelto; las primeras continúan en Madrid, y los segundos fueron posteriormente colocados en el Real Museo de Pinturas. Después..., se continuó desnudando al Escorial de sus mejores bellezas artísticas [...]. No sostendré que tan buenos cuadros estén mal en donde se hallan, pero confieso que no alcanzo tampoco la utilidad de quitarle importancia a un edificio que, por espacio de casi tres siglos, se afanaron todos los monarcas por aumentarla; y aun creo que cada cosa que se le quita, se da un golpe más para destruirlo³¹⁶.

Durante el reinado de Isabel II, el Real Sitio comenzó a entrar en una absoluta decadencia cuando, en el contexto de la desamortización de Mendizábal, los monjes jerónimos que habían habitado el Monasterio desde su fundación fueron expulsados en 1837. Así lo vivió el propio padre Quevedo, quien a pesar de correr la misma suerte de los demás religiosos, pudo ejercer como bibliotecario secularizado entre 1847 y 1852, periodo durante el cual publicó su obra:

El 30 de noviembre, precisamente en aquel mismo día en que 276 años antes se había reunido en Guadarrama por mandato de Felipe II la respetable comisión para comenzar a levantar El Escorial, fue elegido para darle el golpe de muerte. El día de San Andrés de 1837, a las 10 de la mañana, se hallaba la Comunidad reunida en la sala prioral grande. Dos seglares presidían aquel acto. Uno de los seglares, sin preceder ningún aviso ni formalidad, sin leer ningún documento que le

³¹⁴ PÉREZ GALDÓS, *La Corte de Carlos IV*, pp. 124-126.

³¹⁵ Es interesante la obra de Quevedo, pues en ella destaca los expolios que El Escorial sufrió durante la guerra, tanto por parte de los franceses como los “revolucionarios” o “innovadores nacionales. En ambos casos, Quevedo los acusa de “incultura”, de desidia, de un afán de pillaje fácil apenas comprensibles, sobre todo en aquellas que venían del propio Gobierno. De los franceses, responsabiliza el expolio de bienes y el desmontaje de obras de arte, culpando especialmente a Federico Quillet, a quien Quevedo describe como “el instrumento escogido por la cólera del cielo para destruir El Escorial; [...] un hombre que pareció vomitado por el infierno para daño de El Escorial”. Pero también acusaría a los nacionales, quienes aprovecharon la ola de disturbios y desbarajustes que siguió a la expulsión de los franceses para llevarse toda clase de objetos valiosos. En este sentido, los nombres que más destaca son los del comisario de policía Nigueruela y el oficial de hacienda Riboel (QUEVEDO, *Historia del Real Monasterio*, pp. 216-223).

³¹⁶ QUEVEDO, *Historia del Real Monasterio*, p. 240.

autorizase para ejercer esta misión leyó una orden de S.M. por la cual, con arreglo a lo decretado por las Cortes, quedaba extinguida aquella corporación; añadiendo que era la voluntad de S.M. que ninguno de los monjes, ni aun los nombrados capellanes, pudiese continuar viviendo dentro del Monasterio. Para dar más fuerza a esta última parte de la orden, y para precisar a su cumplimiento, se añadió de palabra, que solo al día siguiente se pondría comida, pero que al otro ya a nadie se permitiría guisar en el convento³¹⁷.

Álvarez, de acuerdo a su posicionamiento político que, como hemos podido ver en las opiniones expresadas en su obra, era claramente conservador e incluso afín a posturas cercanas al Antiguo Régimen, se manifestaría contrario a la gestión de los sucesivos gobiernos liberales, “regeneradores de la nación española”, como les llama en tono irónico. Así, lanza estas preguntas:

¿Cuál es hoy el estado de este templo que su prudente fundador ocultó allá en un lugar desierto como para robarle a las miradas codiciosas de destrucción y exterminio de los demócratas del siglo XIX? ¿Se elevan en aquel santo recinto día y noche cánticos sagrados al Dios de los cristianos? ¿Se rezan sobre los restos inanimados de los monarcas españoles las preces que su religiosidad dejó ordenadas? ¿Cuál ha sido la mano sacrílega e impía que ha turbado la paz de los sepulcros, y ha insultado la memoria de Carlos I y de Felipe II en su postrer morada?

En respuesta a la expulsión a la que se había sometido a la orden de los Jerónimos, sostenedores, desde su fundación, del monasterio de El Escorial, para Álvarez el gobierno había querido poner la tumba de tamaño monumento:

[...] ¿No habéis sentido que la religión y el culto son un consuelo y una necesidad para los pueblos? ¿No habéis temblado ante la voz atronadora de Felipe que os pedía cuenta de la religión de España, y de la profanación y desamparo de sus yertas cenizas? ¿Y qué podíais responderle? Vosotros... A las comunidades las habéis arrojado de su asilo y las habéis asesinado de hambre; al clero regular le habéis robado el diezmo, y no le pagáis el salario. En El Escorial... ¿sabéis quiénes son los únicos habitantes del monasterio cuando la noche le convierte en un abismo insondable de soledad y de silencio? ¡Los cadáveres de los reyes en su Panteón y los esqueletos de los monjes en sus tumbas!³¹⁸

Para Álvarez, la expulsión obedecía al anticlericalismo del gobierno y a su empeño por hacer caer el catolicismo español, imagen que simbolizaba El Escorial frente a la fe “harto tibia” del XIX:

³¹⁷ *Ibidem*, p. 242.

³¹⁸ ÁLVAREZ, *Descripción del Monasterio y Palacio de San Lorenzo, Casa del Príncipe y demás notable que encierra bajo el aspecto histórico, literario y artístico el Real Sitio del Escorial, para uso de los viajeros y curiosos que lo visiten*, pp. 29-30.

Cuando contemplamos la atrevida fábrica del Escorial, encontramos en ella un testimonio vivo y palpitante de las ideas y sentimientos coetáneos, un testimonio irrecusable de la religiosidad española y del catolicismo de Felipe. No; el arte no es hipócrita, no sabe engañar, no miente nunca. La idea gigante concebida por aquel monarca y magníficamente realizada por Toledo y por Herrera, jamás habría existido si no hubieran hallado, como después el pincel apacible de Murillo, sus inspiraciones en el cielo. ¡Desgraciado de aquel que admirando en el monasterio del Escorial los primores de las artes, no vislumbra por entre ellos la fe ardiente y pura que le dio cuerpo y existencia! Su ceguera es la peor de todas: es la ceguera del corazón³¹⁹.

Si bien, no de una manera tan exaltada, Gil y Carrasco muestra su preocupación ante el estado de deterioro y descuido en el que se encuentra El Escorial tras la expulsión de los religiosos (“Los solitarios ya no lo habitan y hace tiempo que la planta de los reyes no atraviese sus umbrales”). Por ello, haría un llamamiento al Gobierno para que atendiese el monumento, pues

mala cuenta darían de su encargo los que se olvidasen de que las naciones viven en su parte moral, que no se despierta sino a vista de los grandes pensamientos y de las acciones elevadas. Si prescinden de las necesidades intelectuales de sus pueblos, otro tanto valdría que gobernasen un rebaño de animales. Abandonar El Escorial a la mala suerte que ha comenzado a caberle con tanta injusticia como responsabilidad de lo que pudiendo remediarlo no lo han hecho, equivaldría a proscribir tácitamente en España todos los impulsos nobles del corazón y del entendimiento; equivaldría, finalmente, a cegar una fuente de riqueza material privando a los extranjeros de este estímulo para visitar nuestro país, dejando en él su dinero y cobrando estimación a un pueblo que, si ha caído de la rueda inestable de la fortuna, todavía no ha abdicado por entero su antiguo carácter. [...]

El gobierno debe pensar en resolver con acierto el problema de la conservación de este joyel inestimable, cifra de nuestra pasada grandeza. En mi opinión no hay más que un medio, que es establecer en el edificio una corporación que con espíritu de tal lo cuide y mantenga, cualquiera que su nombre sea, que en punto a nombres no es regular pararse ni asustarse, tratándose de un asunto de tanto interés: de lo contrario, la degradación sucesiva del edificio es inevitable. Ni en la diligencia del administrador del Real Sitio, ni en el estrecho círculo de sus escatimadas atribuciones cabe el atender a tan vasto cargo, ni reparar todos los quebrantos [...] Creo difícilísimo que El Escorial se conserve sin una corporación que lo cuide y habite³²⁰.

Aunque la comunidad de los Jerónimos fue restablecida en 1854, a lo que Quevedo manifestó en la segunda edición de su obra:

³¹⁹ *Ibidem*, p. 21.

³²⁰ GIL Y CARRASCO, “Una visita a El Escorial”, en *Artículos de viajes y de costumbres*, pp. 76-78.

Desde este día comienza para el magnífico Monasterio de San Lorenzo una nueva era, el brillo de la Corona y la austeridad del claustro vuelven a reunirse para conservarle y engrandecerle. Este es el voto de todo español amante de su país y de las artes³²¹,

lo cierto es que la orden sería suprimida un año después, cambiando el sentido de El Escorial para siempre. De acuerdo a Álvarez Turienzo, ya no será el edificio morada de la Majestad: “de la majestad de Dios y de los Reyes”, sino simplemente un bien público administrado según criterios seculares³²², a pesar de que durante la Restauración, por orden de “nuestro malogrado rey” Alfonso XII, en 1885, una nueva comunidad religiosa se haría cargo del Monasterio, pero ya no sería la orden jerónima sino la de San Agustín.

Ya en el siglo XX se produjo una revalorización de El Escorial, especialmente por parte de los escritores de la Generación del 98, que verán en él uno de los actos más potentes de nuestra historia. En este sentido, destacaría especialmente Unamuno quien llegó a afirmar en sus *Andanzas y visiones españolas* que

no debería haber español alguno españolizante –esto es, dotado de conciencia histórica de su españolidad-, que no visitase alguna vez en su vida, como los piadosos musulmanes, la Meca, y ello, aparte de sus ideas, ya sea para bendecirlo, ya para execrarlo³²³.

No obstante, aquel paisaje del Escorial nada tenía que ver con el de principios del XIX. A lo largo de la centuria, el lugar experimenta el fenómeno del turismo, especialmente a partir de 1861, año de la inauguración de la línea de ferrocarril, lo que repercute en su urbanismo e idea como Real Sitio. Así nos lo traslada Manuel Jorreto en su guía sobre los Sitios Reales, publicada a finales de siglo:

Dada su proximidad a la corte, la bondad de sus aguas y alimentos y la pureza de sus aires, véase esta villa sumamente concurrida durante la estación veraniega por multitud de familias de Madrid, que fijan allí su residencia en los calurosos meses del estío. Contribuyen en gran manera a aumentar el número de visitantes nacionales y extranjeros, en todas las épocas del año, las innumerables maravillas que contiene el Real Monasterio y el Palacio, así como la amenidad de los jardines y pintorescos contornos³²⁴.

De esta manera, como bien resume Álvarez Turienzo,

El Escorial del siglo XVI fue El Escorial de Felipe II. Podría llamarse al del XVII, Escorial del Rey o de los reyes. El del siglo XVIII lo fue de la Corte. Con el siglo XIX pasa a serlo del Estado

³²¹ QUEVEDO, *Historia del Real Monasterio*, p. 250.

³²² ÁLVAREZ TURIENZO, 1985, p. 94.

³²³ Cita recogida en FRADEJAS LEBRERO, 1992, p. 233.

³²⁴ JORRETO, *España. Sitios Reales*, p. 81.

llano. Así como el siglo XX es El Escorial de todo el mundo [...] El Escorial de Felipe II y de los reyes fue un monasterio. El Escorial de la Corte un palacio. El Escorial del Estado llano no supo qué ser. El Escorial de la gente es un museo. [...] El siglo XVI tuvo cronistas minuciosos, aunque sin capacidad para visiones de conjunto. El XVII tiene sus apologistas clásicos. En el XVIII se cierra su historia. Mientras en el XIX se abre su crítica. El siglo XX es utilitario y lo explota³²⁵.

³²⁵ ÁLVAREZ TURIENZO, 1985, p. 105.

CONCLUSIONES

Bastan estas páginas, que apenas suponen la anotación de una serie de ejemplos y el apunte de unas líneas de análisis sobre los diferentes modos de construcción de la imagen de España y su Monarquía a través de algunos Sitios Reales de la provincia de Madrid durante el siglo XIX, para mostrar que es posible abordar la cuestión de literatura y Sitios Reales, más allá de la mera recopilación de testimonios y muestra de los mismos que ofrecen los trabajos más clásicos. Lo que en este TFM se proponía era tomar la perspectiva tanto de las ideas y expectativas previas como del taller de la escritura de la obra, ya sea novela, relato de viaje, guía, etc., para observar cómo están determinadas las imágenes finalmente ofrecidas por estos condicionamientos, y cómo unas imágenes se relacionan con otras para configurar la impresión que se tenía de los Sitios Reales en un contexto político, social y cultural tan convulso como lo fue el siglo XIX.

Tradicionalmente, se define como fuente histórica a toda aquella que nos da información sobre un hecho, lugar o periodo históricos. En este TFM, caracterizado, creemos, por su interdisciplinariedad, Sitios Reales y textos literarios nos han servido como tal, pero suponen mucho más que una mera fuente histórica.

Los Sitios Reales simbolizaron, a lo largo de los siglos, la evolución de la organización política de la Monarquía, al tiempo que estructuraban y organizaban un gran espacio “cortesano” en torno a territorios y poblaciones aledañas, transformando y reestructurando sus paisajes. El siglo XIX supuso la quiebra de este modelo tal y como había sido concebido. La razón de esta decadencia, desde luego notoria en la propia institución monárquica como en su influencia, radicaba precisamente en la relevancia y trascendencia que estos lugares emblemáticos habían tenido en los siglos precedentes y que, ahora, estaban en contradicción con los principios e ideales del siglo XIX, tales como progreso, revolución, liberalismo, realismo, burguesía, etc.

En este sentido, los escritores del XIX prestaron atención a los monarcas que acogieron estos Sitios Reales. Eran lugares privilegiados de la vida cortesana que representaban simbólicamente el poder de la monarquía española y del orden social establecido y, por supuesto, exaltaban la figura del soberano. En este sentido, Felipe II fue el creador o impulsor de este entramado, que tuvo como centro a Madrid. Sin embargo, su pleno desarrollo, tanto funcional como arquitectónico, tendría lugar en el siglo XVIII, respondiendo y encontrando su verdadera carta de naturaleza con la nueva dinastía borbónica, especialmente con Felipe V y Carlos III.

Igualmente, la literatura del XIX nos revela los cambios estéticos y arquitectónicos que los Reales Sitios experimentaron. A lo largo de su historia, sufrieron numerosas transformaciones, ampliaciones o reformas, afectando, ya sea a la estructura de sus edificios, la distribución de los espacios o el cambio de sus decorados, como consecuencia, no solo de los cambios políticos o económicos sino también de las ideas, valores, gustos estéticos y formas de vida de las sucesivas familias reales y sus distintos miembros. Por tanto, los Reales Sitios siguieron constituyendo, siglos después de su creación como residencias o lugares de esparcimiento de los monarcas españoles, en las principales joyas del patrimonio histórico-cultural de la nación española que recién se estaba fraguando. Y es que a pesar de los momentos críticos de desamortización, inquietud y dudas sobre el destino de los Reales Sitios, pérdida de influencia en los avatares políticos, etc., estos coinciden, sin embargo, con el creciente interés turístico que suscitan estos mismos Sitios, atrayendo tanto a viajeros de todas partes de España como de todo el mundo. Es por ello por lo que no pasaron desapercibidos por la literatura, especialmente por los libros de viajes y los relatos costumbristas, atraídos por la España pintoresca y sus monumentos.

En el siglo XIX nos encontramos con multitud de relatos viajeros o artículos que tienen como tema principal los Reales Sitios. No obstante, estos lugares aparecerán, en el plano de la ficción, de forma episódica y no constante, sirviendo en muchas ocasiones meramente como el espacio donde se desarrolla la trama, sobre todo cuando hablamos de novelas históricas, obligadas a respetar el lugar donde acontecen los acontecimientos de carácter histórico. Es el caso, por ejemplo, de los *Episodios Nacionales* de Galdós o en la novela analizada de Gabino Leonor, *Los Misterios del Escorial*.

De hecho, en la primera mitad del siglo XIX, dominado por el Romanticismo y su gusto por lo medieval, los Reales Sitios, creados en su mayoría durante la Edad Moderna, no despertaron el suficiente interés por parte de los románticos. Sin embargo, por lo que será interesante el siglo XIX es porque en él se forjan unos resultados críticos sobre el pasado de España que van a perdurar, en buena medida, incluso hoy en día. No obstante, cada Sitio Real gozó de un tratamiento diferente por parte de las obras que hemos analizado. En líneas generales, podemos distinguir:

- El Palacio Real, por ubicarse en Madrid, corazón de la vida política y cultural en el XIX, por ser la morada regia y el espacio cortesano por excelencia, es probablemente el Sitio Real que centró la atención mayoritaria por parte de la literatura decimonónica. En cualquier relato, artículo, novela... que tuviese como eje la Corte o la Monarquía, el Palacio Real aparece como escenario esencial para el desarrollo de la trama, como en la novela galdosiana *La de Bringas*; en el estudio, análisis y crítica de las costumbres de

Madrid, como en Mesonero o Larra, por ejemplo, no podía faltar la referencia al Palacio Real; en los relatos de viaje centrados en la capital o guías de la ciudad, el Palacio constituía el primer monumento del que informar.

- El caso del Buen Retiro es peculiar, como peculiar fue su fundación y el sentido que tuvo desde entonces. En su caso, este Real Sitio se relaciona directamente con Felipe IV y el conde-duque de Olivares, y, aunque para los críticos, como Fernández de los Ríos, fue ejemplo de esa corte ociosa y derrochadora, para otros como Mesonero fue ejemplo de la cultura cortesana. Sin embargo, su conversión como Parque público de Madrid, es decir, como lugar de ocio y recreo para los madrileños del último cuarto de siglo tampoco pasó desapercibido por autores como Vital Aza, Mentaberry, Enrique Sepúlveda o el propio Galdós, siempre presente en sus novelas.
- Del Real Sitio de Aranjuez, por su parte, la literatura destacó, por encima de todo, su bello paisaje, su naturaleza, etc., presentándolo como un oasis en medio de la árida Meseta. No obstante, Aranjuez también fue el principal ejemplo del desarrollo urbanístico y político que experimentaba toda la nación, destacando, entre otros aspectos, la aparición del ferrocarril, como hace la guía de Francisco Nard, o su desvinculación, cada vez mayor a medida que avanza el siglo, con respecto al Real Patrimonio y la Corona.
- Y por último, El Escorial constituye el principal Sitio en el que la literatura plasmó la confrontación política de la época. Los románticos vieron en El Escorial todo aquello contra lo que luchaban: absolutismo, intolerancia... En este sentido, se aprecia notablemente la influencia que ejercía la leyenda negra existente en torno a Felipe II, fundador del Palacio-Monasterio. Así lo percibimos en la guía de Fernández de los Ríos o en la novela de Gabino Leonor, *Los misterios del Escorial*. En contraposición, estaban aquellos, ya fuesen absolutistas, moderados o con fuertes inclinaciones religiosas, que veían en este monumento el reflejo de los ideales de la Nación Española, como son los casos de Mesonero, la guía de Álvarez o la obra del padre Quevedo.

Concluimos este trabajo siendo conscientes de que resultaría pretencioso afirmar que conocemos perfectamente la visión que en el siglo XIX se tenía sobre los Sitios Reales. No obstante, a partir de las obras que hemos seleccionado, creemos haber conseguido aproximarnos, con un enfoque interdisciplinar, a una forma de concebir la Monarquía, la Historia, sus monumentos y la propia literatura.

BIBLIOGRAFÍA

- Fuentes primarias o corpus literario

ÁLVAREZ, Fernando, *Descripción del Monasterio y Palacio de San Lorenzo, Casa del Príncipe y demás notable que encierra bajo el aspecto histórico, literario y artístico el Real Sitio del Escorial, para uso de los viajeros y curiosos que lo visiten*, Madrid, Imprenta de D. Vicente de Lalama, 1843.

ANÓNIMO, *Descripción histórica y artística de los Reales Sitios de Aranjuez, San Ildefonso y del Monasterio del Escorial*, Madrid, Imprenta de don Vicente de Lalama, 1844.

BLASCO, Eusebio (dir.), *Madrid por dentro y por fuera. Guía de forasteros incautos*, Madrid, Trigo, 2010 (ed. facsímil 1873).

“CLARÍN”, Leopoldo Alas, *Un viaje a Madrid*, estudio preliminar de Joaquín Verdú de Gregorio, Madrid, Caja de Madrid, 1995.

D.E.R.N., *Guía Histórica del Parque de Madrid, antes Buen Retiro. Contiene una serie de datos históricos y noticias curiosas*, Madrid, Imprenta de viuda e hijos de Alcántara, 1879.

FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel, *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*, Madrid, Monterrey, 1982 (ed. facsímil 1876).

GIL Y CARRASCO, Enrique, *Artículos de viajes y de costumbres*, ed. Ramón Alba, Madrid, Polifemo, 1999.

JORRETO, Manuel, *España. Los Sitios Reales*, Madrid, E. Rubiños, 1894.

LARRA, Mariano José de, *Fígaro. Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres*, ed. Alejandro Pérez Vidal, Barcelona, Crítica, 2000.

LEONOR, Gabino, *Misterios del Escorial. Novela histórica*, Madrid, Est. Literario-tipográfico de P. Madoz y L. Sagasti, 1845.

LÓPEZ Y MALTA, Cándido, *Historia descriptiva del Real Sitio de Aranjuez escrita en 1868 sobre lo que escribió en 1804 D. Juan Álvarez de Quindós*, Madrid, Doce Calles, 1988 (ed. facsímil 1876).

MESONERO ROMANOS, Ramón de, “San Lorenzo del Escorial”, *Semanario Pintoresco Español* 1 (3 de abril de 1836), pp. 9-12. Disponible en <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003096385&search=&lang=es> (f.c. 01/10/2016).

---, “El Buen Retiro”, *Semanario Pintoresco Español* 6 (8 de mayo de 1836), pp. 51-53. Disponible en <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003096674&search=&lang=es> (f.c. 01/10/2016).

---, “Estatua de Felipe IV en el sitio del Buen Retiro”, *Semanario Pintoresco Español* 49 (5 de marzo de 1837), pp. 73-74. Disponible en <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003098958&search=&lang=es> (f.c. 01/10/2016).

---, “El Panteón Real del Escorial”, *Semanario Pintoresco Español* 50 (12 de marzo de 1837), pp. 81-82. Disponible en <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003099006&search=&lang=es> (f.c. 01/10/2016).

---, *Escenas Matritenses por El Curioso Parlante*, Madrid, Fernando Plaza del Amo, 1991 (ed. facsímil 1851).

---, *Manual de Madrid. Descripción de la Corte y de la Villa*, Madrid, Safekat, 2009 (ed. facsímil 1831).

NARD, Francisco, *Guía de Aranjuez*, Valencia, Servicio de Reproducción de Libros, 1998 (ed. facsímil 1851).

PÉREZ GALDÓS, Benito, *La de Bringas*, ed. Ana Blanco y Carlos Blanco Aguinaga, Madrid, Cátedra, 1985.

---, *El 19 de marzo y el 2 de mayo*, Madrid, Alianza, 1991.

---, *La Corte de Carlos IV*, ed. Emilio La Parra López, Madrid, Centro de Estudios políticos y constitucionales, 2006.

QUEVEDO, José, *Historia del Real Monasterio de San Lorenzo, llamado comúnmente del Escorial: desde su origen y fundación hasta el presente y descripción de las bellezas artísticas y literarias que contiene*, Madrid, Eusebio Aguado, 1854.

SEPÚLVEDA, Enrique, *El Madrid de los recuerdos. Colección de artículos precedidos de una carta de D. Eusebio Blasco y un prólogo de D. Carlos Fernández Shaw*, Madrid, Asociación de librerías de Lance de Madrid, 1992 (ed. facsímil 1897).

ZORRILLA, José, “El Poeta”, en *Los españoles pintados por sí mismos*, vol. 2, Madrid, Dossat, 1992 (ed. facsímil 1843), pp. 150-158.

- Fuentes referenciales. Bibliografía consultada

- ABAD, Francisco, “En favor del siglo XIX”, en José Carlos de Torres Martínez y Cecilia García Antón (coords.), *Estudios de literatura española de los siglos XIX y XX. Homenaje a Juan María Díez Taboada*, Madrid, CSIC, 1998, pp. 131-136.
- AGUADO PINTOR, Amparo, “La Isabela, un nuevo Real Sitio para los monarcas del siglo XIX”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie VII-H. del Arte* 15 (2002), pp. 229-254.
- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (ed.), *Madrid en la novela II*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1993.
- ÁLVAREZ TURIENZO, Saturnino, *El Escorial en las letras españolas*, Madrid, Patrimonio Nacional, 1985.
- AYALA, M^a de los Ángeles, “El costumbrismo visto por los escritores costumbristas: definiciones”, en Luis F. Díaz Larios, Jordi Gracia, José M^a Martínez Cachero, Enrique Rubio Cremades, Virginia Trueba Mira (eds.), *Sociedad de Literatura Española del siglo XIX. II Coloquio. La elaboración del canon en la literatura española del siglo XIX (Barcelona, 20-22 de octubre de 1999)*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias (PPU), 2002, pp. 51-58.
- AYMES, Jean-René, “Romanticismo español y espiritualismo: afinidades y antonimias”, en Yvan Lissorgues y Gonzalo Sobejano (coords.), *Pensamiento y Literatura en España en el siglo XIX. Idealismo, positivismo, espiritualismo*, Toulouse, Oresses Universitaires du Mirail, 1998, pp. 21-36.
- BALBÍN LUCAS, Rafael de, *Bécquer y Madrid*, Madrid, Artes gráficas y municipales, 1963.
- BALLESTÉ, Jacques, “Algunas consideraciones sobre el concepto de naturaleza en la novela a principios del siglo XIX”, en Yvan Lissorgues y Gonzalo Sobejano (coords.), *Pensamiento y Literatura en España en el siglo XIX. Idealismo, positivismo, espiritualismo*, Toulouse, Oresses Universitaires du Mirail, 1998, pp. 37-44.
- BARELLA, Julia y Francisco Gutiérrez Carbajo, *Madrid en la novela III*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1993.
- CABRA LOREDO, María Dolores, “El Escorial visto por los viajeros. Una bibliografía comentada”, en *El Escorial en la Biblioteca Nacional*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1986, pp. 497-558.

- CANAVAGGIO, Jean (dir.), *Historia de la literatura española*, Tomo V: El siglo XIX, Barcelona, Ariel, 1995.
- CASTAÑO PEREA, Enrique, “El Alcázar de Madrid en el Siglo XVIII. Reformas para adecuarlo a la Corte de los Borbones”, en Lucio d’Alessandro, Félix Labrador Arroyo y Pasquale Rossi (eds.), *Siti Reali in Europa. Una storia del territorio tra Madrid e Napoli*, Napoli, Fondazione Roma Mediterraneo/Università Suor Orsola Benincasa, 2014, pp. 147-171.
- CARNERO, Guillermo, “Introducción a la primera mitad del siglo XIX español”, en Víctor García de la Concha (dir.), *Historia de la Literatura Española. Siglo XIX (I)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1996, pp.XVII-C.
- , “Salvador Rueda ante la modernidad”, en Yvan Lissorgues y Gonzalo Sobejano (coords.), *Pensamiento y Literatura en España en el siglo XIX. Idealismo, positivismo, espiritualismo*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1998, pp. 203-210.
- CAYETANO MARTÍN, Carmen, “¿Rigor o afición? Mesonero Romanos, historiador de Madrid”, *Ciclo de Conferencias: Don Ramón de Mesonero Romanos y su tiempo* 9, Madrid, Imprenta Municipal/Ayuntamiento de Madrid/Instituto de Estudios Madrileños/CSIC, 2004.
- CEPEDA ADÁN, José, “Felipe II, Madrid y El Escorial”, en *El Escorial. Biografía de una época [La historia]*, Madrid, Fundación para el apoyo de la cultura, 1986, pp. 42-53.
- CHUECA GOITIA, Fernando, *Madrid y Sitios Reales*, Barcelona, Seix Barral, 1958.
- , “Los Reales Sitios en torno a Madrid”, *Reales Sitios: Revista de Patrimonio Nacional*, Núm. Extra (1989), pp. 47-56.
- CRISTINA CARBONELL, Marta, “Benito Pérez Galdós, viajero y observador del arte italiano”, en J.F. Botrel, Marisa Sotelo, Enrique Rubio, Laureano Bonet, Pau Miret, Virginia Trueba y Noemí Carrasco (eds.), *Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX. IV Coloquio. La literatura española del siglo XIX y las artes (Barcelona, 19-22 de octubre de 2005)*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias (PPU), 2008, pp. 81-89.
- DELICADO MARTÍNEZ, Francisco Javier, “El Escorial en los libros de viaje de época romántica”, en Francisco Javier Campos y Fernández de Sevilla, *Literatura e Imagen en El Escorial. Actas del Simposium (1/4-IX-1996)*, San Lorenzo del Escorial, Estudios Superiores del Escorial/Instituto Escorialense de Investigaciones históricas y artísticas, 1996, pp. 567-598.
- DÍEZ BORQUE, José M^a (ed.), *Vistas literarias de Madrid entre siglos (XIX-XX)*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1998.

- , "Felipe II en la novela histórica española del siglo XIX", en José Martínez Millán y Carlos Reyero, *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX*, vol. 1, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000, pp. 261-278.
- DÍEZ MORENO, Fernando, "La evolución constitucional del Patrimonio Nacional", *Reales Sitios: Revista de Patrimonio Nacional*, Núm. Extra (1989), pp. 15-30.
- DURÁN RUIZ, Antonio y José Martínez Torres, "La pretensión del Realismo literario", *Castilla. Estudios de literatura* 1 (2010), pp. 91-103.
- ELLIOTT, John H., "El Escorial, símbolo de un rey y de una época", en *El Escorial. Biografía de una época [La historia]*, Madrid, Fundación para el apoyo de la cultura, 1986, pp. 14-25.
- ESCOBAR, José, "Costumbrismo entre Romanticismo y Realismo", en Luis F. Díaz Larios y Enrique Miralles (eds.), *Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX. Actas del I Coloquio. Del Romanticismo al Realismo (Barcelona, 24-26 de octubre de 1996)*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1998a, pp. 17-30.
- , "La mimesis costumbrista", *RQ* 35 (1998b), pp. 261-270.
- FERRANDIS TORRES, Manuel, "El Escorial en la Historia de España", en PATRIMONIO NACIONAL, *El Escorial 1563-1963: IV Centenario de la fundación del Monasterio de San Lorenzo el Real. Vol.1: Historia-Literatura*, Madrid, Patrimonio Nacional, 1963, pp. 211-233.
- FRADEJAS LEBRERO, José, *Geografía literaria de la provincia de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños/CSIC, 1992.
- FROLDI, Rinaldo, "¿Hubo literatura costumbrista en los primeros lustros del siglo XIX?", en Luis F. Díaz Larios, Enrique Miralles (eds.), *Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX. Actas del I Coloquio. Del Romanticismo al Realismo (Barcelona, 24-26 de octubre de 1996)*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1998, pp. 287-292.
- GAMAZO RICO, Rufo, "Mesonero Romanos, costumbrista madrileño", *Ciclo de Conferencias: Don Ramón de Mesonero Romanos y su tiempo* 7, Madrid, Imprenta Municipal/Ayuntamiento de Madrid/Instituto de Estudios Madrileños/CSIC, 2004.
- GARCÍA MONERRIS, Encarna y Carmen García Monerris, "Monarquía y patrimonio en tiempos de revolución en España", *Diacronie. Studi di Storia Contemporanea* 16 (2013), pp. 1-20. Disponible en <https://diacronie.revues.org/855> (f.c. 29/07/2016).

- , *Las Cosas del rey. Historia política de una desavenencia (1808-1874)*, Madrid, Akal, 2015.
- GÓMEZ, Julio y Javier M. Atienza, “Aranjuez: De real sitio a ciudad industrial en declive. Oportunidades inéditas de un emplazamiento estratégico”, *URBAN. Revista del Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio* 2 (1998), pp. 107-116.
- GONZÁLEZ ALARCÓN, M^a Teresa, “El Real Sitio de Aranjuez como fuente histórica”, en *Palacio Real de Aranjuez*, Madrid, Patrimonio Nacional, pp. 93-102.
- , “España en el siglo XIX”, en *Palacio Real de Aranjuez*, Madrid, Patrimonio Nacional, 2005, pp. 117-128.
- GONZÁLEZ OLIVER, Adelaida E., “El Romanticismo. La creación artística y el artista”, 2004. Disponible en <http://hum.unne.edu.ar/investigacion/filosofia/instituto/filosofia/index.htm> (f.c. 23/09/2016).
- GONZÁLEZ TROYANO, Alberto, “Del viaje ilustrado al paseo literario”, en Leonardo Romero Tobar y Patricia Almarcegui Elduayen (coords.), *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Madrid, Akal/Universidad Internacional de Andalucía, 2005, pp. 151-157.
- GULLÓN, Germán, “El Realismo castizo y la novela española del siglo XIX”, en Antonio Vilanova (dir.), *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Barcelona, PPU, 1992, pp. 1295-1301.
- GUTIÉRREZ BURÓN, Jesús, “El Escorial en la creación artística del siglo XIX”, en Francisco Javier Campos y Fernández de Sevilla, *Literatura e Imagen en El Escorial. Actas del Simposium (1/4-IX-1996)*, San Lorenzo del Escorial, Estudios Superiores del Escorial/Instituto Escorialense de Investigaciones históricas y artísticas, 1996, pp. 433-462.
- GUTIÉRREZ CARBAJO, Francisco (ed.), *Relatos de Madrid (Siglos XVII-XIX)*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1999.
- GUTIÉRREZ MARTÍNEZ, M^a Ángeles, “La novela española del siglo XIX, ecos tradicionales y burgueses”, en *Congreso Internacional Imagen Apariencia. Noviembre 19, 2008 - noviembre 21, 2008*, Murcia, Universidad de Murcia, 2009.
- HIDALGO, Ramón, Rosalía Ramos y Fidel Revilla, *Madrid literario*, Madrid, La Librería, 1990.
- HERNANDO, Bernardino M., “Cuando el periodismo decimonónico se puso a soñar”, *Estudios sobre el Mensaje Periodístico* 6 (2000), pp. 153-165.
- HORTAL MUÑOZ, José Eloy, “La integración de los Sitios Reales en el sistema de Corte durante el reinado de Felipe IV”, *Librosdelacorte.es* 8 (2014), pp. 27-47.

- JOVER ZAMORA, José María, “El siglo XIX en la historiografía española contemporánea” en José María Jover Zamora (coord.), *El Siglo XIX en España: doce estudios*, Barcelona, Planeta, 1974, pp. 9-152.
- LABRADOR ARROYO, Félix y Pasquale Rossi, “Entre Reales Sitios de España, ‘Coronas de delicias’ de los Saboya y residencias napolitanas de los Borbones”, en Lucio d’Alessandro, Félix Labrador Arroyo y Pasquale Rossi (eds.), *Siti Reali in Europa. Una storia del territorio tra Madrid e Napoli*, Napoli: Fondazione Roma Mediterraneo - Università Suor Orsola Benincasa, 2014, pp. 33-40.
- LACARTA, Manuel, *Madrid y sus literaturas. De la generación del 98 a las postguerra*, Madrid, El Avapiés, 1986.
- LLISSORGUES, Yvan y Gonzalo Sobejano (coords.), *Pensamiento y Literatura en España en el siglo XIX. Idealismo, positivismo, espiritualismo*, Toulouse, Oresses Universitaires du Mirail, 1998a.
- , “El Realismo. Arte y literatura, propuestas técnicas y estímulos ideológicos”, en Víctor García De La Concha (dir.), *Historia de la Literatura Española. Siglo XIX (II)*, Madrid, Espasa, 1998b, pp. 3-10.
- , “El debate sobre la estética realista”, en Víctor García De La Concha (dir.), *Historia de la Literatura Española. Siglo XIX (II)*, Madrid, Espasa, 1998c, pp. 10-18.
- LÓPEZ JIMÉNEZ, Luis, “Mesonero Romanos ante Madrid (visión de la ciudad)”, *Ciclo de Conferencias: Don Ramón de Mesonero Romanos y su tiempo* 14, Madrid, Imprenta Municipal/Ayuntamiento de Madrid/Instituto de Estudios Madrileños/CSIC, 2004.
- MAINER, José-Carlos “Galdós, de viaje por Castilla”, en Julio Peñate Rivero (ed.), *Relato de viaje y literaturas hispánicas*, Madrid, Visor Libros, 2004, pp. 185-198.
- MALDONADO DE GUEVARA, Francisco J., “El Escorial y la gran prosa”, en PATRIMONIO NACIONAL, *El Escorial 1563-1963: IV Centenario de la fundación del Monasterio de San Lorenzo el Real. Vol.1: Historia-Literatura*, Madrid, Patrimonio Nacional, 1963, pp. 563-582.
- MANCERA RUEDA, Ana, “El periodismo en las preceptivas literarias de los siglos XIX y XIX”, *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica* 29 (2011), pp. 231-250.
- MARTÍNEZ MILLÁN, José y Carlos Reyero, *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX*, 2 vols., Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000.

- , “La Sustitución del “Sistema Cortesano” por el paradigma del “Estado Nacional” en las investigaciones históricas”, *Librosdelacorte.es* 1 (2010), pp. 4-16. Disponible en <https://repositorio.uam.es/handle/10486/4317> (f.c. 21/08/2016).
- , “La Corte como modelo de organización política”, en Lucio d’Alessandro, Félix Labrador Arroyo y Pasquale Rossi (eds.), *Siti Reali in Europa. Una storia del territorio tra Madrid e Napoli*, Napoli: Fondazione Roma Mediterraneo - Università Suor Orsola Benincasa, 2014, pp. 21-31.
- MARTÍNEZ TORRÓN, Diego, “Fundamentos teóricos acerca del Romanticismo español”, en Luis F. Díaz Larios, Enrique Miralles (eds.), *Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX. Actas del I Coloquio. Del Romanticismo al Realismo (Barcelona, 24-26 de octubre de 1996)*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1998, pp. 31-38.
- MERLOS ROMERO, M^a Magdalena, “El patrimonio inmueble de Aranjuez. Su evolución en el siglo XIX”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie VII, H^a del Arte* 8 (1995), pp. 273-304.
- MENÉNDEZ REXACH, Ángel, “La separación entre la Casa del Rey y la Administración del Estado (1814-1820)”, *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)* 55 (1987), pp. 55-121.
- MONTES SALGUERO, Jorge J., “Funciones de la Corona en el constitucionalismo histórico español del siglo XIX” en M^a Dolores del Mar Sánchez González, *Corte y Monarquía en España*, Madrid, Centro de Estudios Ramón Areces/UNED, 2003, pp. 325-376.
- MORÁN TURINA, Miguel Ángel, “Sitios Reales entre los Austrias y los Borbones”, *Madrid. Revista de arte, geografía e historia* 5 (2002), pp. 201-217.
- MUSSER, Ricarda (ed.), *El viaje y la percepción del otro: viajeros por la Península Ibérica y sus descripciones (siglos XVIII y XIX)*, Madrid, Iberoamericana, 2011.
- NAVARRO DURÁN, Rosa, “Introducción”, en Jean Canavaggio (dir.), *Historia de la literatura española* Tomo V: El siglo XIX, Barcelona, Ariel, 1995, pp. XI-XII.
- NAVARRO MADRID, Ángel, “Los Reales Sitios y el territorio”, en José Miguel Morán Turina (coord.), *El arte en la corte de Felipe V*, Madrid, Fundación Caja Madrid/Patrimonio Nacional, 2002, pp. 213-222.
- ORTAS DYRABD, Esther, “La España de los viajeros (1755-1846): imágenes reales, literaturizadas, soñadas...”, en Leonardo Romero Tobar y Patricia Almarcegui Elduayen (coords.), *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Madrid, Akal/Universidad Internacional de Andalucía, 2005, pp. 48-91.

- , “Apéndice bibliográfico sobre viajes y viajes por España en los siglos XVIII y XIX”, en Leonardo Romero Tobar y Patricia Almarcegui Elduayen (coords.), *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Madrid, Akal/Universidad Internacional de Andalucía, 2005, pp. 92-103.
- ORTEGA CANTERO, Nicolás, “Viajeros y geógrafos en el descubrimiento del paisaje de España”, en Ricarda Musser (ed.), *El viaje y la percepción del otro: viajeros por la Península Ibérica y sus descripciones (siglos XVIII y XIX)*, Madrid, Iberoamericana, 2011, pp. 137-158.
- PALENQUE, Marta, “El escritor y la política en el siglo XIX”, en José Manuel Campos Díaz (coord.), *Actas del Simposio Nacional Literatura y Política en el siglo XIX: José María Gutiérrez de Alba*, Sevilla, Centro Andaluz del Libro, 1998a, pp. 67-75.
- , “Entre periodismo y literatura: indefinición genérica y modelos de escritura entre 1875 y 1900”, en Luis F. Díaz Larios, Enrique Miralles (eds.), *Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX. Actas del I Coloquio. Del Romanticismo al Realismo (Barcelona, 24-26 de octubre de 1996)*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1998b, pp. 195-204.
- PAUN DE GARCÍA, Susan, *Manual práctico de investigación literaria. Cómo reparar informes, trabajos de investigación, tesis y tesinas*, Madrid, Castalia, 2004.
- PEMÁN Y PEIMARTÍN, José María, “La idea monárquica en El Escorial”, en PATRIMONIO NACIONAL, *El Escorial 1563-1963: IV Centenario de la fundación del Monasterio de San Lorenzo el Real. Vol.1: Historia-Literatura*, Madrid, Patrimonio Nacional, 1963, pp. 657-660.
- PEÑATE RIVERO, Julio, “Camino del viaje hacia la literatura”, en *Relato de viaje y literaturas hispánicas*, Madrid, Visor Libros, 2004, pp. 13-29.
- , “Mirada y visión del arte en los textos del Galdós viajero. Materiales para la posible reevaluación de una ‘obra menor’”, en Juan Francisco Botrel, Marisa Sotelo, Enrique Rubio, Laureano Bonet, Pau Miret, Virginia Trueba, Noemí Carrasco (eds.), *Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX. IV Coloquio. La literatura española del siglo XIX y las artes (Barcelona, 19-22 de octubre de 2005)*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias (PPU), 2008, pp. 315-325.
- PLA, Carlos, Pilar Benito, Mercedes Casado y Juan Carlos Poyán, *El Madrid de Galdós*, Madrid, El Avapiés, 1987.

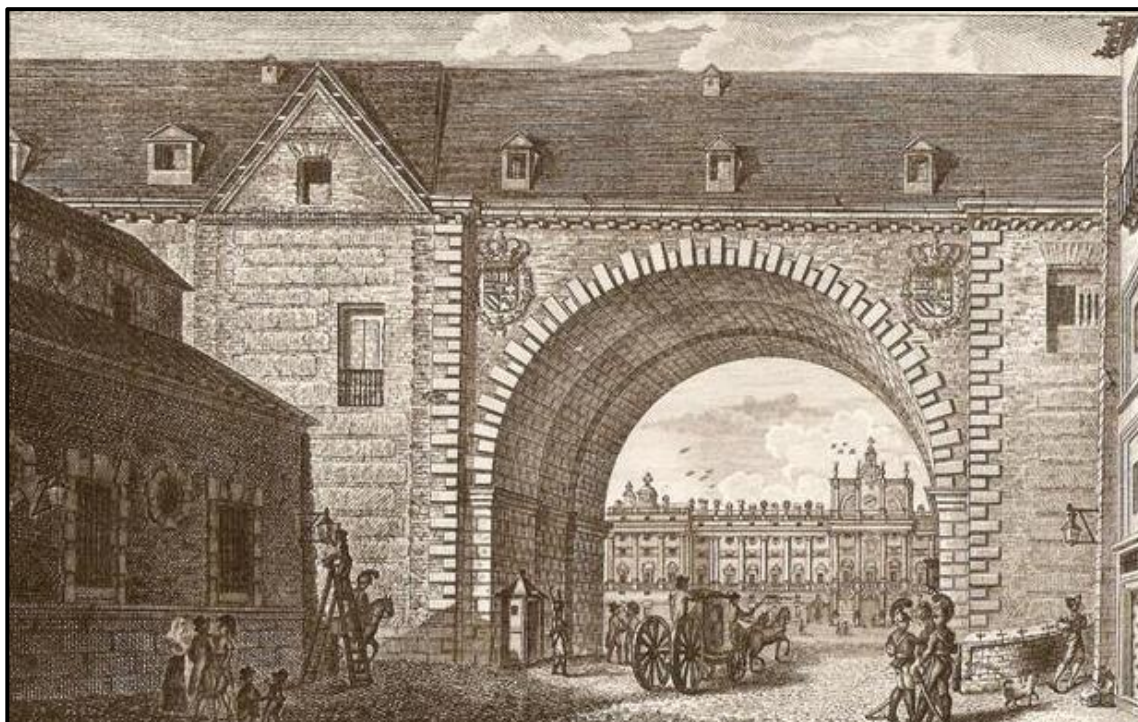
- RAPOSO, Berta, “Entre el cortejo y la sacristía: la mujer española vista por viajeros alemanes de la época de Goethe”, en Ricardo Musser (ed.), *El viaje y la percepción del otro: viajeros por la Península Ibérica y sus descripciones (siglos XVIII y XIX)*, Madrid, Iberoamericana, 2011, pp. 193-206.
- REY HAZAS, Antonio, “Carlos V y Felipe II ante el tribunal de la literatura neoclásica y romántica del XIX”, en José Martínez Millán y Carlos Reyero, *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX*, vol. 2, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000, pp. 279-306.
- RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel, “La imagen del noble cortesano en la construcción del Estado-Nación”, *Librosdelacorte.es* 6 (2013), pp. 195-197. Disponible en <https://repositorio.uam.es/handle/10486/13296> (f.c. 17/09/2016).
- RODRIGO ZARZOSA, Carmen, “La imagen popular del Escorial en la literatura en fascículo del siglo XIX”, en Francisco Javier Campos y Fernández de Sevilla, *Literatura e Imagen en El Escorial. Actas del Simposium (1/4-IX-1996)*, San Lorenzo del Escorial, Estudios Superiores del Escorial/Instituto Escorialense de Investigaciones históricas y artísticas, 1996, pp. 927-952.
- RODRÍGUEZ FER, Claudio, *Guía de investigación literaria*, Gijón, Júcar, 1998.
- RODRÍGUEZ FISCHER, Ana (ed.), *Paseantes y curiosos. Blanco White, Mesonero Romanos, Estébanez Calderón, Espronceda, Rivas, Gil y Carrasco, Fernán Caballero, Bécquer, Rosalía de Castro*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias (PPU), 2010.
- ROMERO TOBAR, Leonardo (1998), “Introducción a la segunda mitad del siglo XIX en España”, en Víctor García de la Concha, (dir.), *Historia de la Literatura Española. Siglo XIX (II)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1998, pp. XXI-LVI.
- y Patricia Almarcegui Elduayen (coords.), *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Madrid, Akal/Universidad Internacional de Andalucía, 2005.
- RUBIO CREMADES, Enrique, “Costumbrismo y novela en la segunda mitad del siglo XIX”, *Anales de Literatura Española*, 2 (1983), pp. 457-472.
- , “El Costumbrismo”, en Víctor García de la Concha (dir.) y Guillermo Carnero (coord.), *Historia de la Literatura Española. Siglo XIX (I)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1996, pp. 153-167.
- SALGARÓ FACI, Matilde (dir.), *Biografía literaria de Madrid*, Madrid, El Avapiés, 1993.

- SAMBRICIO, Carlos, “Real Sitio de Aranjuez. Reflejo del saber de una corte ilustrada”, *Reales Sitios: Revista de Patrimonio Nacional*, Núm. Extra (1989), pp. 105-116.
- SANCHO GASPAR, José Luis, *Madrid en la literatura*, Madrid, Papeles de Acción Educativa, 1985.
- , *La arquitectura de los Sitios Reales. Catálogo Histórico de los Palacios, Jardines y Patronatos Reales del Patrimonio Nacional*, Madrid, Patrimonio Nacional/Fundación Tabacalera, 1995.
- y Gloria Martínez Leiva, “¿Dónde está el rey? El ritmo estacional de la corte española y la decoración de los Sitios Reales, 1650-1700”, en Fernando Chueca (dir.), *Cortes del Barroco. De Bernini y Velázquez a Luca Giordano, catálogo de exposición (Madrid - Aranjuez, Palacio Real de Madrid – Palacio Real de Aranjuez, 15 de octubre de 2003 – 11 de enero de 2004)*, Madrid, Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior, 2004, pp. 85-98.
- SANTIAGO PÁEZ, Elena y Juan Manuel Magariños, “El Escorial, historia de una imagen”, en *El Escorial en la Biblioteca Nacional*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1986, pp. 221-366.
- SANTOS, Juan Antonio, *Madrid en la prosa de viaje*, Vol. 3: Siglo XIX, Madrid, Comunidad de Madrid, 1994.
- SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos, *El Madrid de Galdós o Galdós, uno de los ‘Cuatro Grandes, no madrileños, de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1967.
- SERRANO, María del Mar, *Las guías urbanas y los libros de viaje en la España del siglo XIX. Repertorio bibliográfico y análisis de su estructura y contenido*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1993.
- SECO SERRANO, Carlos, “Los Episodios Nacionales como fuente histórica”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 250-252 (1970-1971), pp. 256-284.
- SIMÓN DÍAZ, José, “El Buen Retiro y la literatura”, *Villa de Madrid* 24 (1959), pp. 53-60.
- TORRIJOS, José María, “El Escorial en la literatura española”, en Francisco Javier Campos y Fernández de Sevilla, *Literatura e Imagen en El Escorial. Actas del Simposium (1/4-IX-1996)*, San Lorenzo del Escorial, Estudios Superiores del Escorial/Instituto Escorialense de Investigaciones históricas y artísticas, 1996, pp. 87-146.
- VÁZQUEZ GESTAL, Pablo, “La corte en la historiografía modernista española. Estado de la cuestión y bibliografía”, *Cuadernos de Historia Moderna*, Anejo 2 (2003), pp. 269-310.
- , “*Non dialettica, non metafísica... La Corte y la cultura cortesana en la España del siglo XVIII*”, *Reales Sitios: Revista de Patrimonio Nacional*, 169 (2006), pp. 50-69.

- VERDÚ DE GREGORIO, Joaquín, “Introducción. Viaje alrededor de la creación”, en Leopoldo Alas “Clarín”, *Un viaje a Madrid*, Madrid, Caja de Madrid, 1995, pp. 9-89.
- VERSTEEGEN, Gijs, *La sustitución del paradigma cortesano por el estatal en la historiografía liberal*, Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2013.
- WOLFZETTEL, Friedrich, “Relato de viaje y estructura mítica”, en Leonardo Romero Tobar y Patricia Almarcegui Elduayen (coords.), *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Madrid, Akal/Universidad Internacional de Andalucía, 2005, pp. 10-24.
- ZULUETA, J.M., “Finales del XIX en España: otra mirada”, en Ricarda Musser (ed.), *El viaje y la percepción del otro: viajeros por la Península Ibérica y sus descripciones (siglos XVIII y XIX)*, Madrid, Iberoamericana, 2011, pp. 241-264.

Anexos

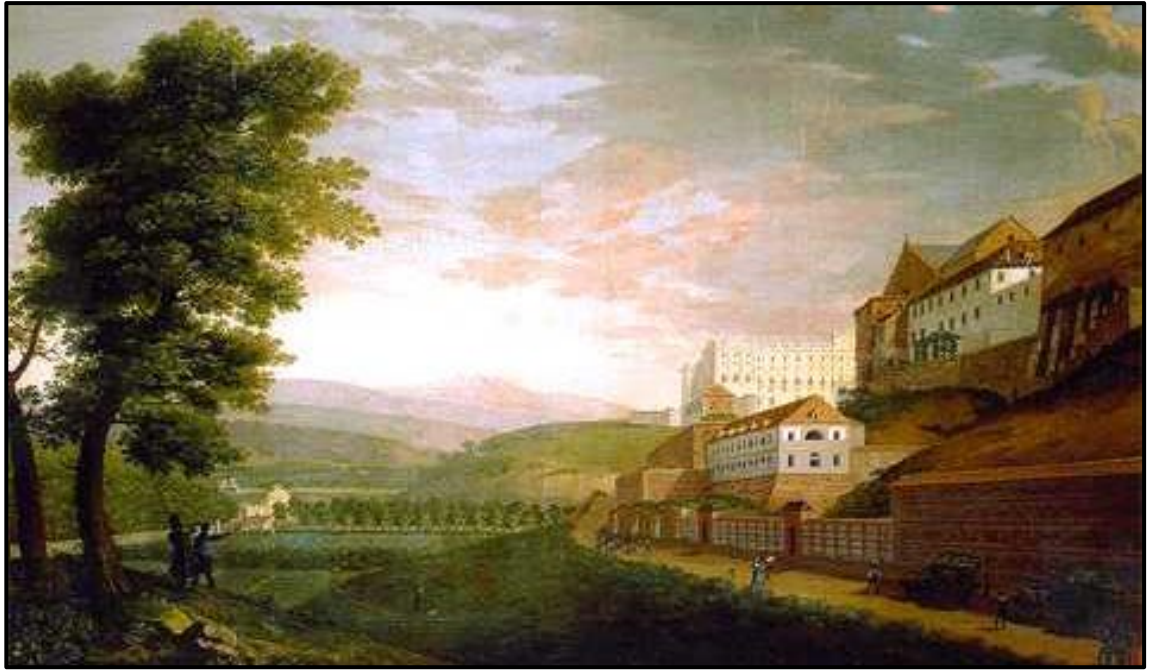
1. Vistas pictóricas y fotografías del Palacio Real de Madrid



Vista del Real Palacio de Madrid por el Arco de la Armería (1820), por José Gómez de Navia



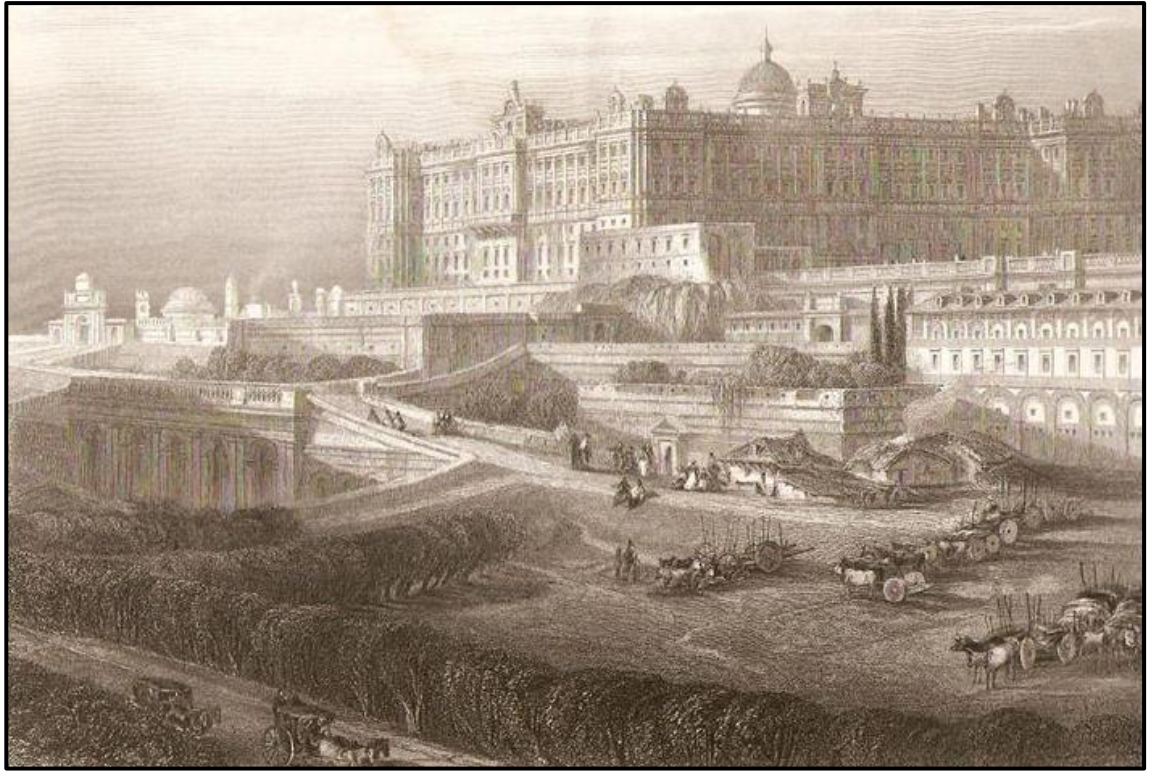
El Palacio Real y la Calle de Bailén (1830), por Fernando Brambila



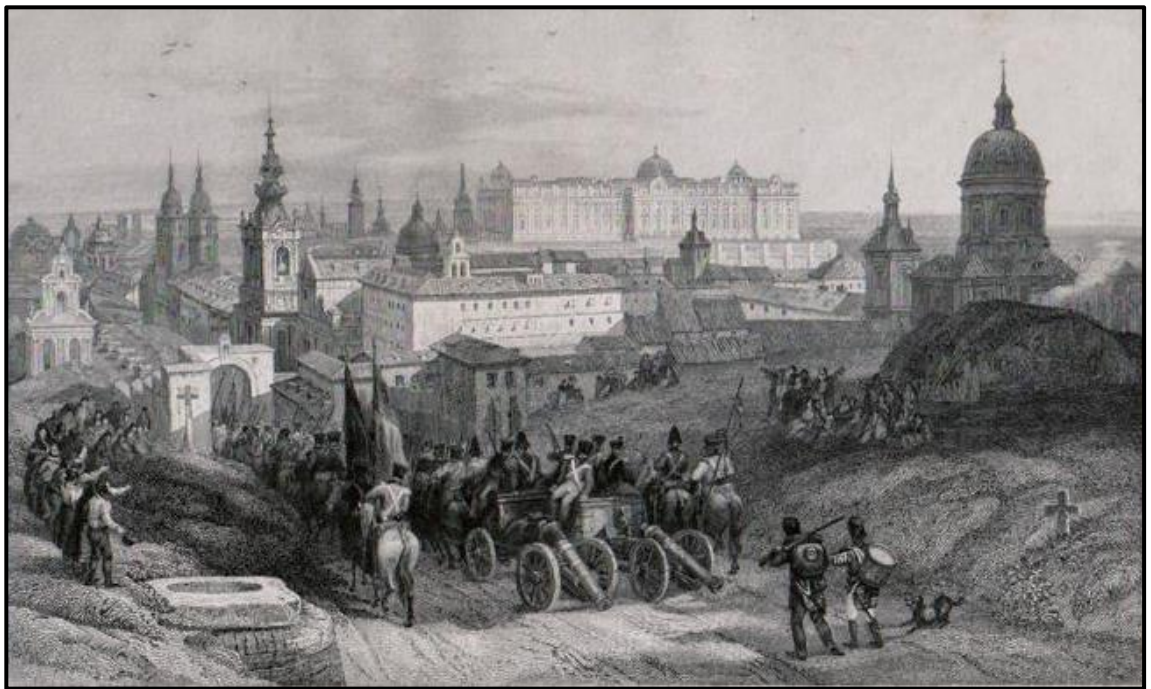
Vista de la parte del Real Palacio de la Cuesta de la Vega (1830), por Fernando Brambila



Vista del río con parte de Madrid y del Palacio Real (1830), por Fernando Brambila



Palacio Real de Madrid (1836), por David Roberts



Vista de Madrid (Puerta de Fuencarral y Palacio Real) (1837), por Émile Rouargue



Salón de Embajadores en el Palacio Real de Madrid (1842), por Auguste Mathieu



Palacio Real y San Francisco el Grande desde la Casa de Campo (1853), por Charles Clifford



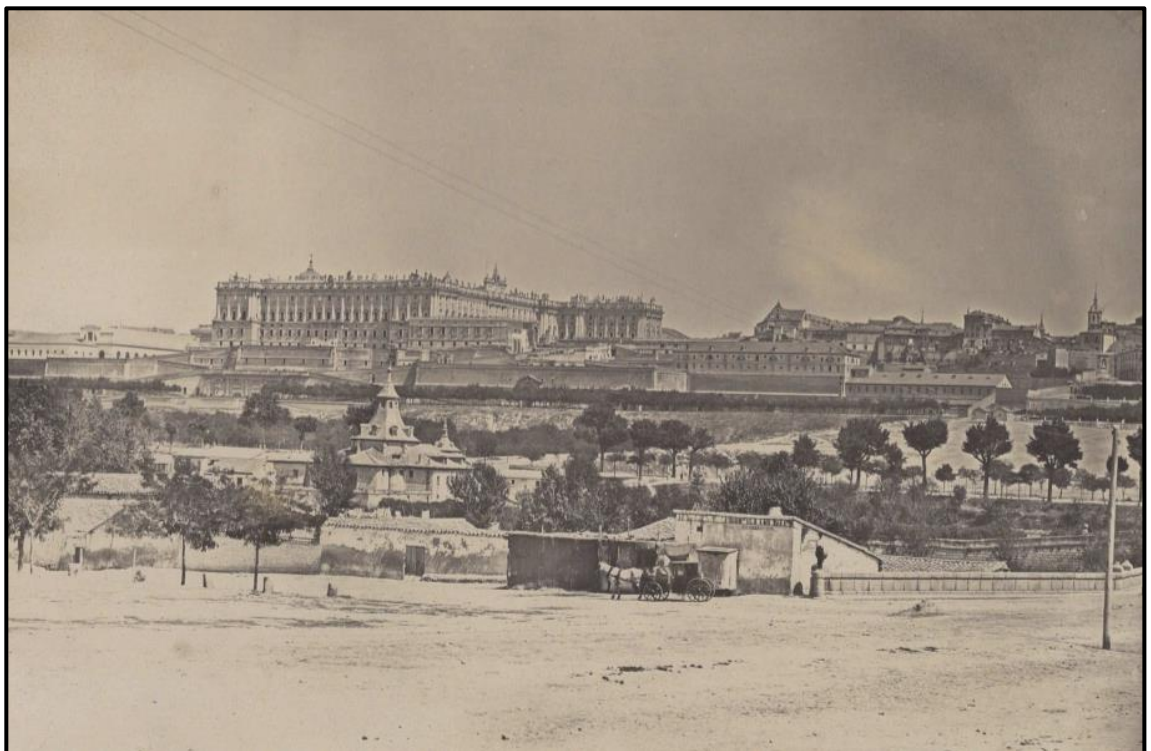
Madrid, vista desde el Puente de Segovia con el Palacio Real al fondo (1854)



Palacio Real de Madrid, lado Norte (1856), por Charles Clifford



Plaza de Oriente y Palacio Real (1857), por Charles Clifford



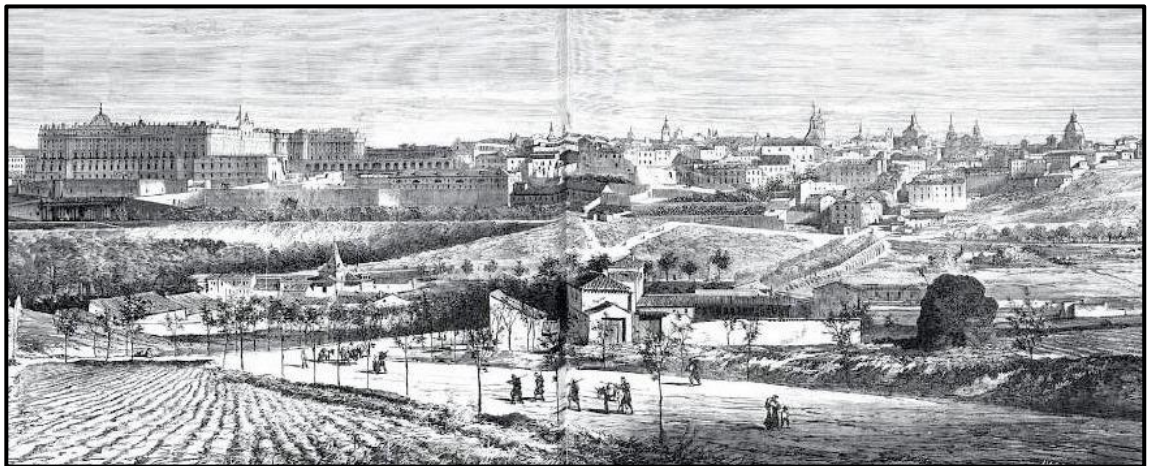
Madrid, vista de la Virgen del Puerto y el Palacio Real a fondo (1858)



Palacio Real desde el Estanque de la Casa de Campo (1859), por Charles Clifford



Real Palacio (1864), por Eusebio Lettre



Vista panorámica de la cornisa de Madrid (1865)



Salón del Trono del Palacio de Real (1870), por J. Laurent



Madrid, el palacio real (1870), por J. Laurent



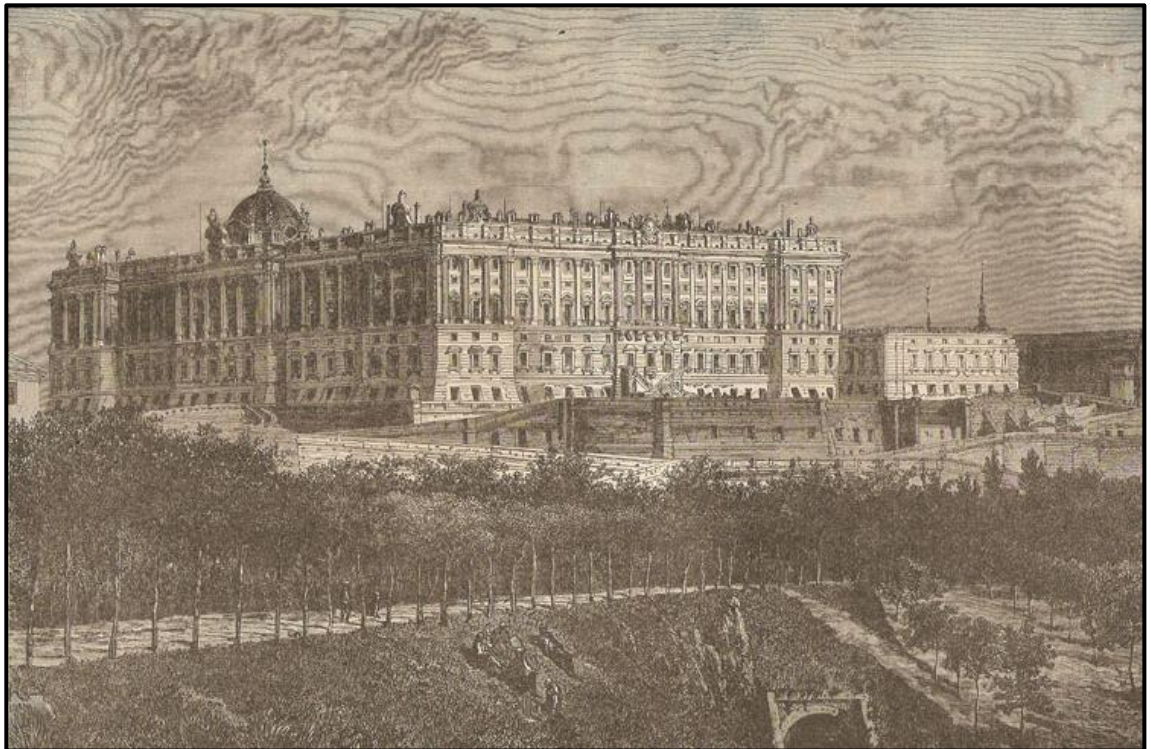
Madrid, el Palacio real por la Plaza de Oriente (1870), por J. Laurent



Salón de Carlos III del Palacio Real (1870), por J. Laurent



Sala de Espejos del Palacio Real de Madrid (1870), por J. Laurent



Xilografía del Palacio Real de Madrid (1880), por Harry Fenn



Madrid. Palacio Real, fachada occidental (1889), por Max Junghändel



Madrid, Estación del Norte y Palacio Real (1892), por Hauset y Menet

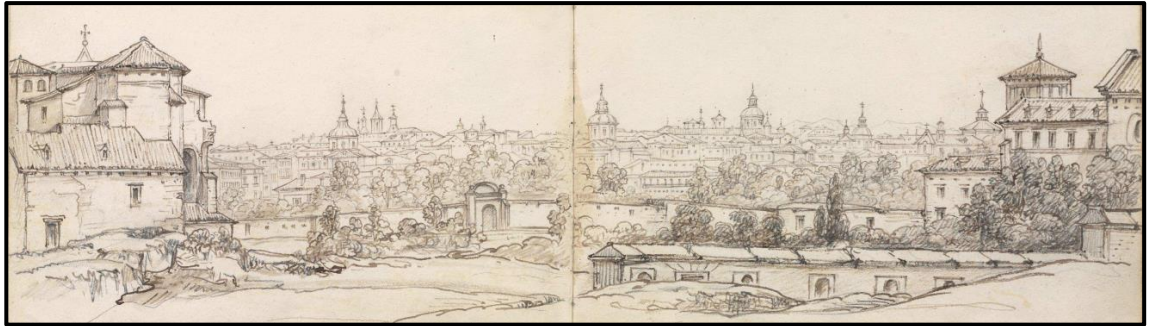
2. Vistas pictóricas y fotografías del Real Sitio del Buen Retiro



Embarque Real en el estanque grande del Retiro (1820), por José Ribelles y Helip



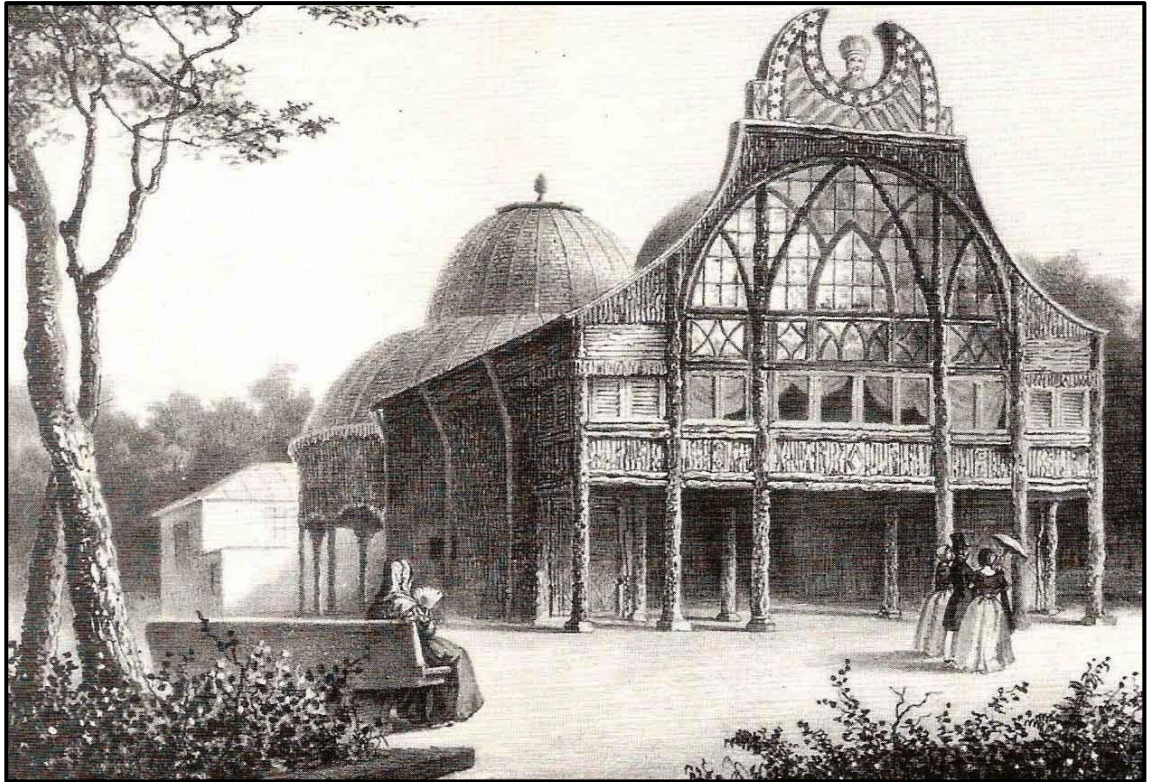
Vista general de Madrid tomada desde las montañas del Retiro (1830), por Fernando Brambila



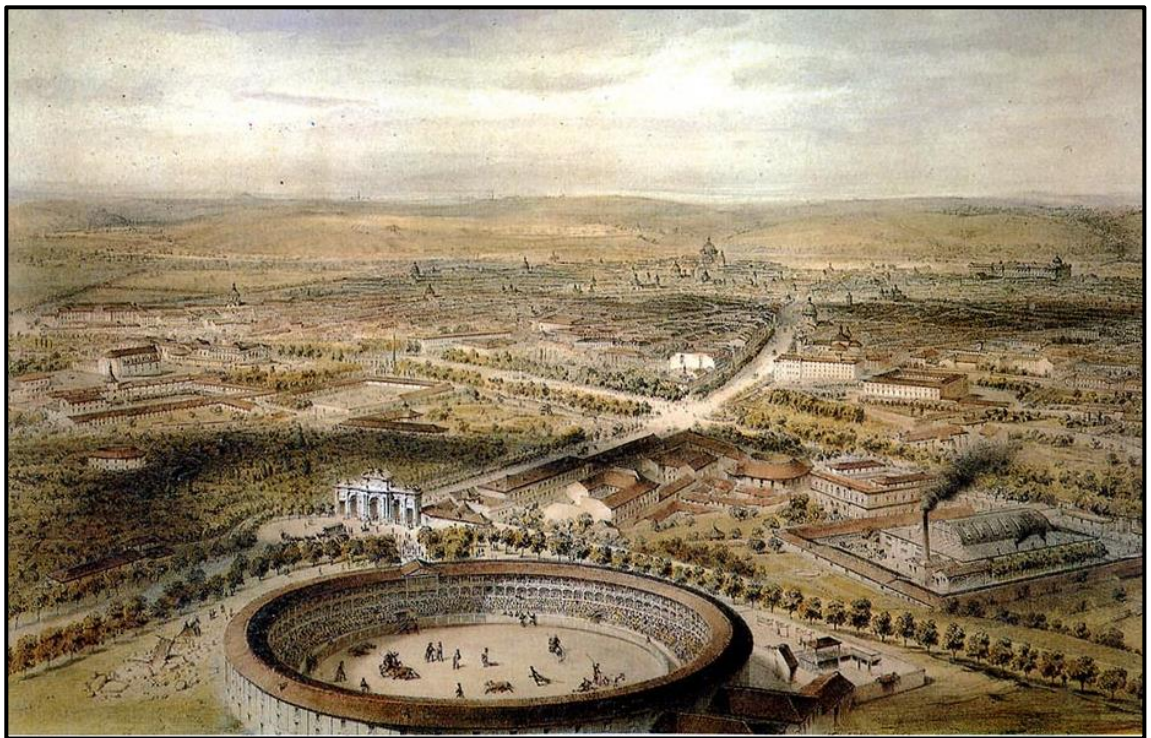
Vista de Madrid desde los Jardines del Buen Retiro (1833), por George Vivian



Sello con la Real Casa de Fieras como motivo (ha. 1840)



Casa rústica del Buen Retiro (ha. 1853), por F.J. Parcerisa



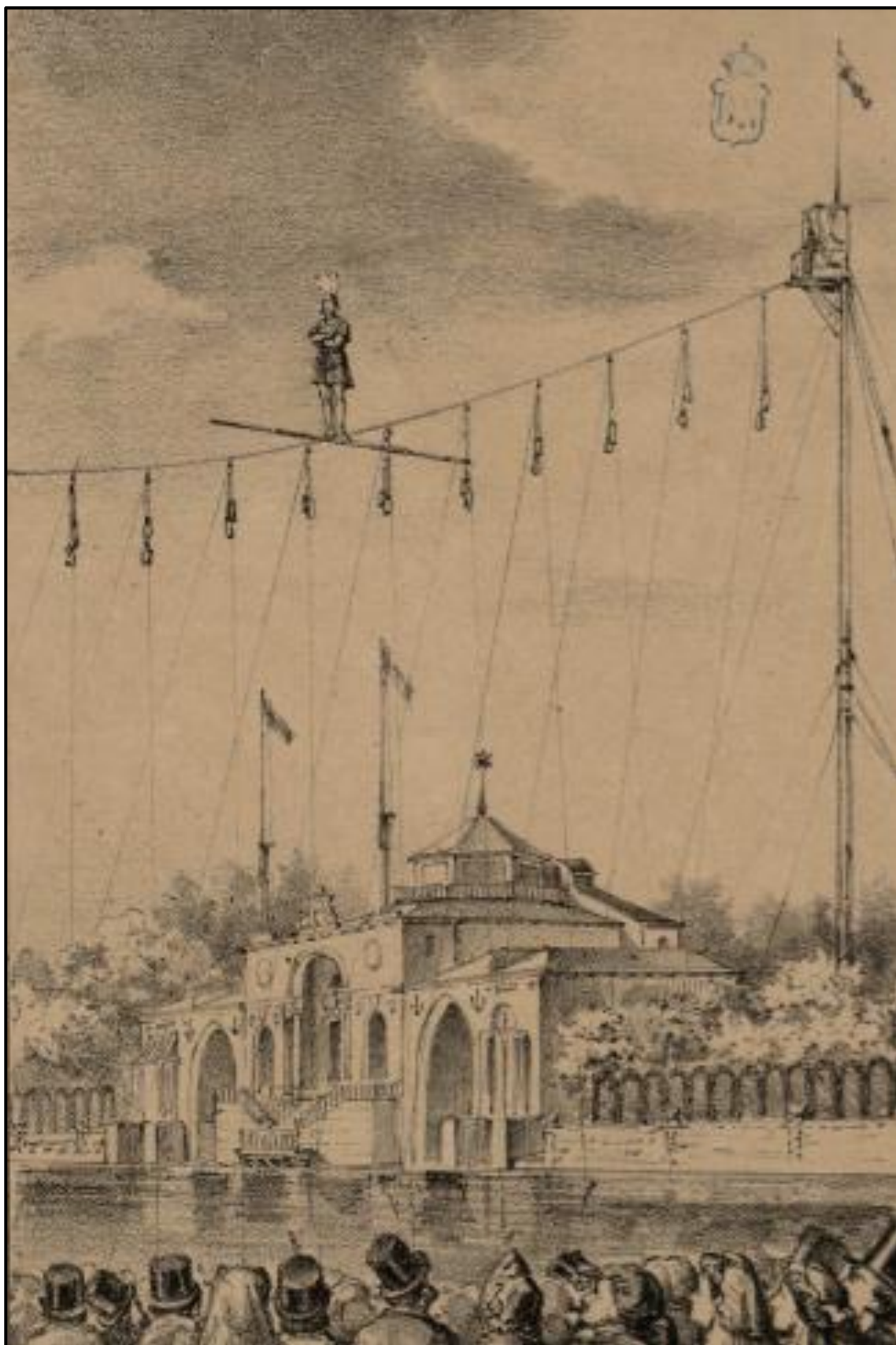
Vista aérea de Madrid mostrando el 'Real Pósito de Madrid', el Palacio del Retiro y la Puerta de Alcalá (1854), por Alfred Guesdon



Madrid, vista de la calle Atocha tomada desde el Observatorio Astronómico del Retiro (1857), por José María Sánchez



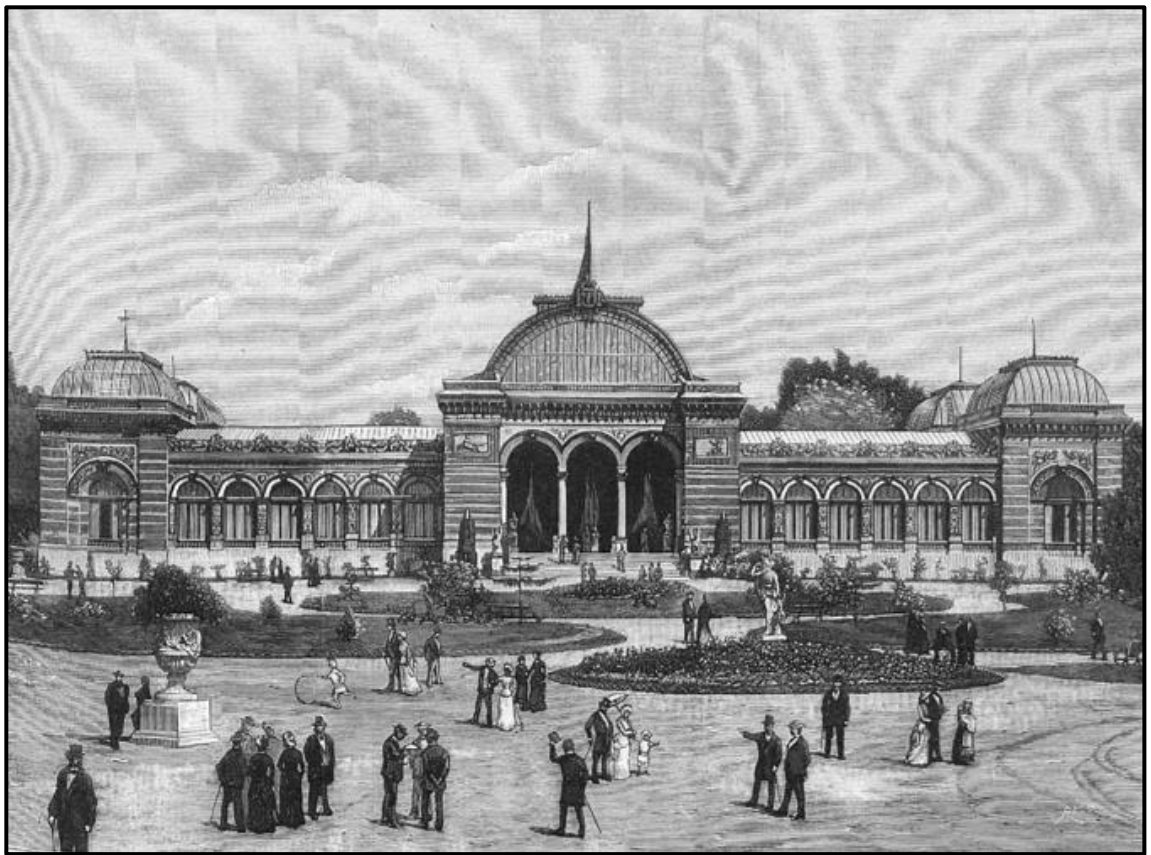
Embarcadero del Retiro (1858), por Charles Clifford



Ascensión de Mr. Blondin en el Estanque del Retiro (1863)



El Retiro (1869)



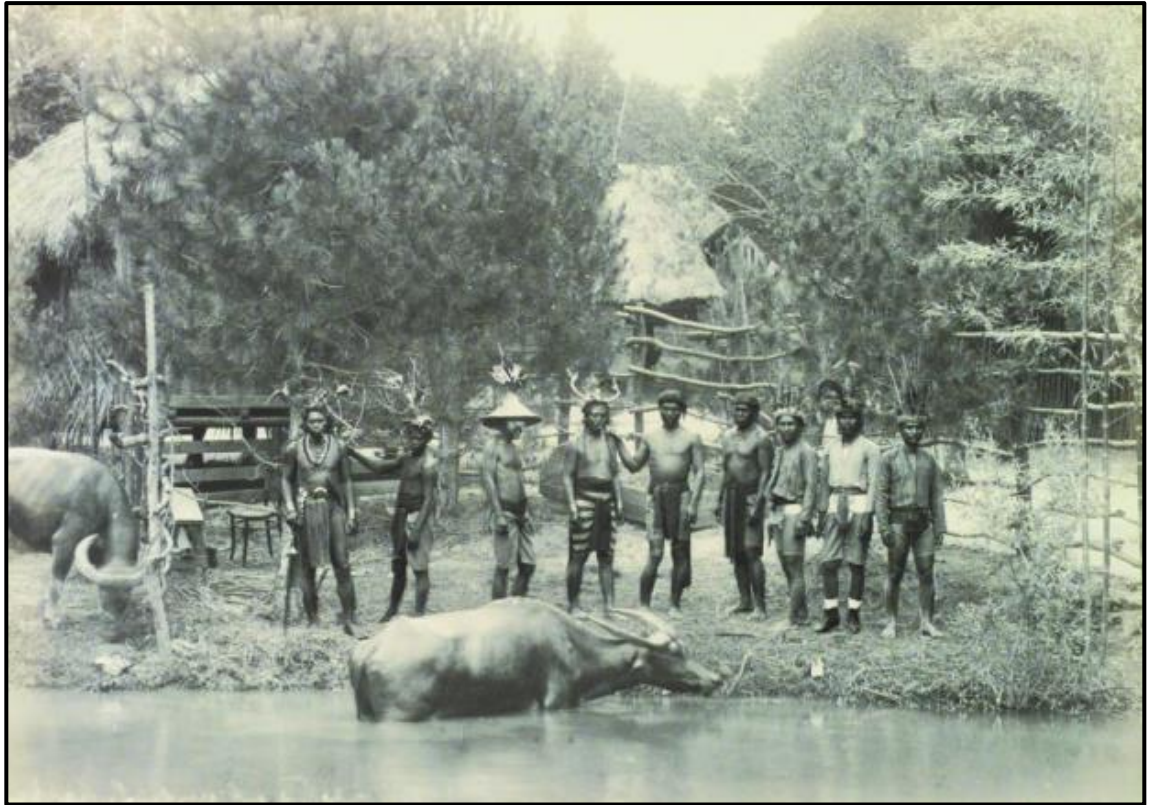
Exterior del Palacio de Velázquez del Retiro (1883)



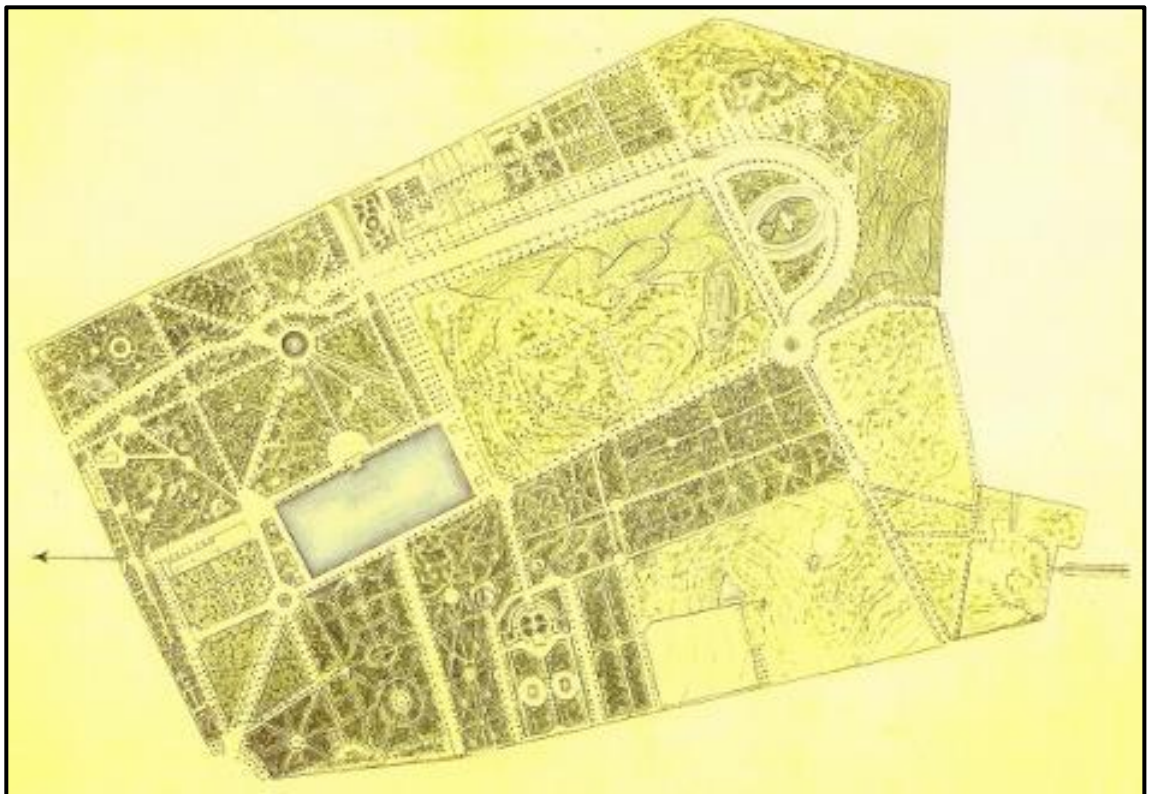
Pabellón árabe del Retiro (1883), por J. Laurent



Pabellón árabe del Retiro (1900)



Los igorotes, pueblo indígena filipina, en el Retiro (1887), por J. Laurent



Plano de los jardines del Parque de Madrid (Retiro) (1890)

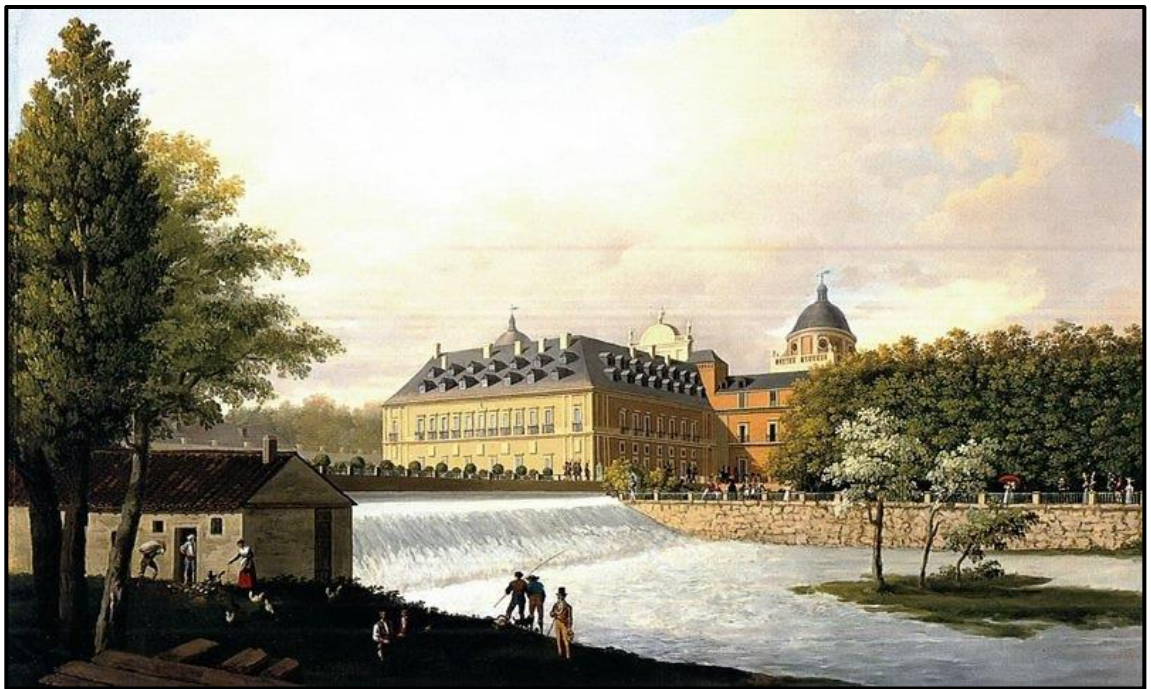


Palacio de Cristal (ha. finales siglo XIX)

3. Vistas pictóricas y fotografías del Real Sitio de Aranjuez



Vista del Real Sitio de Aranjuez por la parte de Levante (1830), por Fernando Brambila



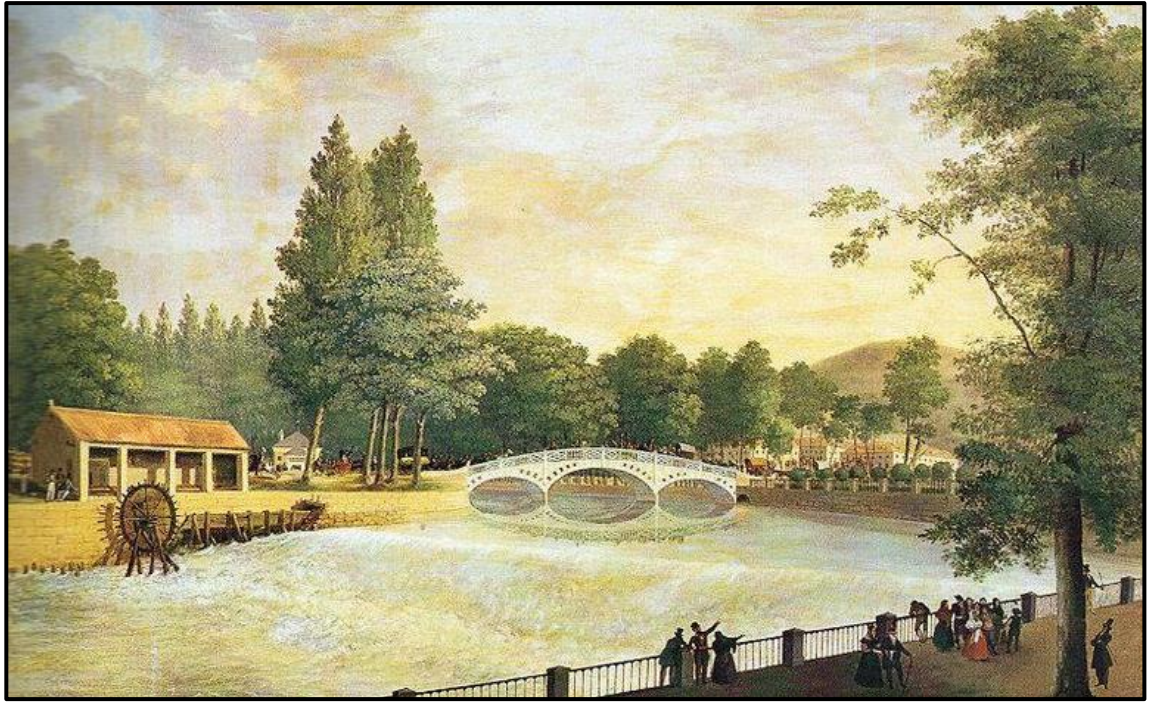
Vista del Real Sitio de Aranjuez, la Cascada grande y Palacio, tomada de la parte de Levante (1830), por Fernando Brambila



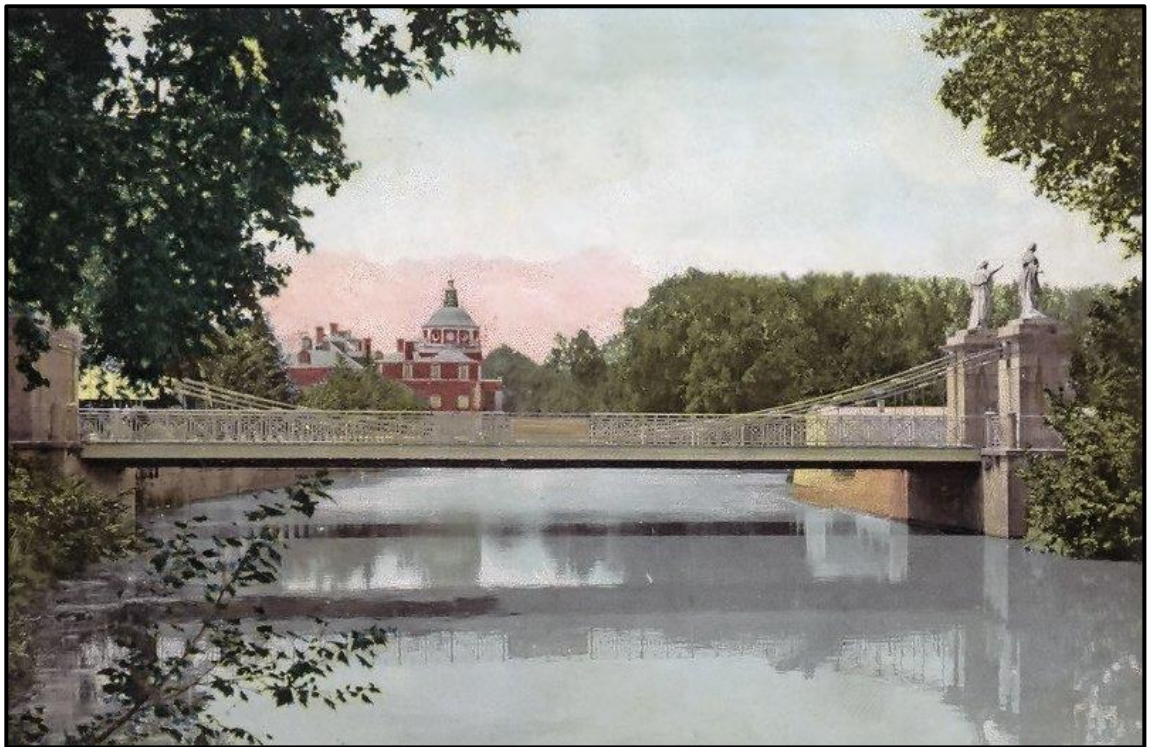
Vista del Real Sitio de Aranjuez, tomada desde el jardín de la Isla (1830), por Fernando Brambila



Vista del convento y plaza de San Antonio en el Real Sitio de Aranjuez (1830), por Fernando Brambila



Vista del Real Sitio de Aranjuez, del Puente nuevo que era llamado de barcas (1830), por Fernando Brambila



Puente colgante de Aranjuez (1830), por Fernando Brambila



Vista del puente llamado de barcas y de la Fálua Real (Aranjuez) (1830), por Fernando Brambila



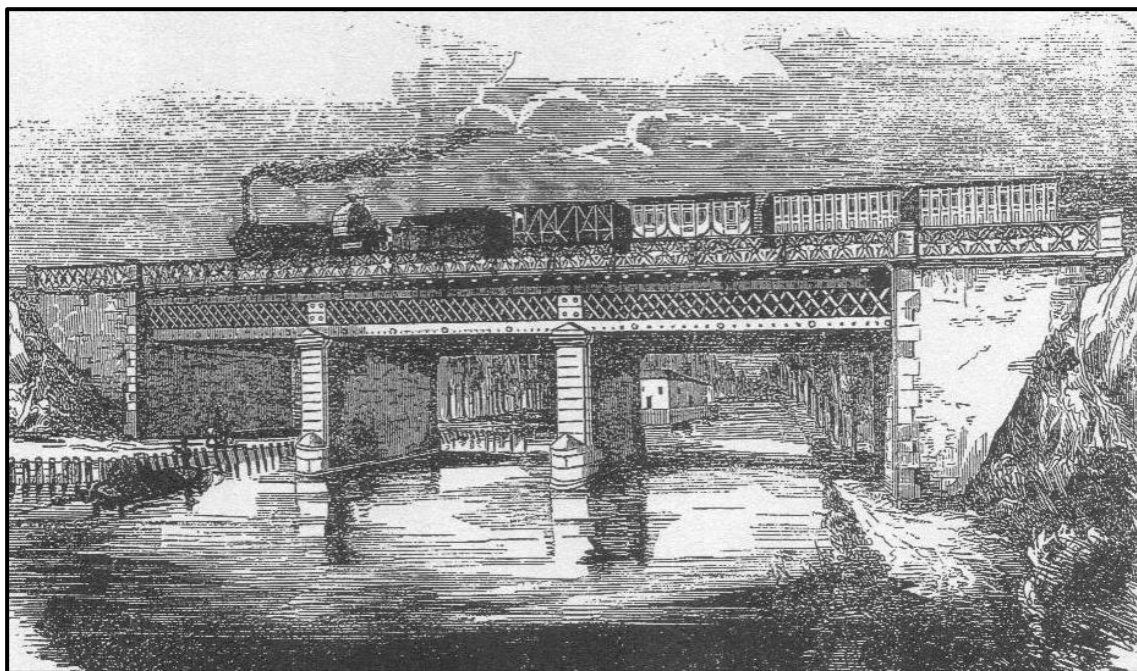
Vista de la primera puerta del jardín del Príncipe en el Real Sitio de Aranjuez (1830), por Fernando Brambila



Vista de la fuente de los baños de Diana, tomada desde el norte mirando al mediodía (1830), por Fernando Brambila



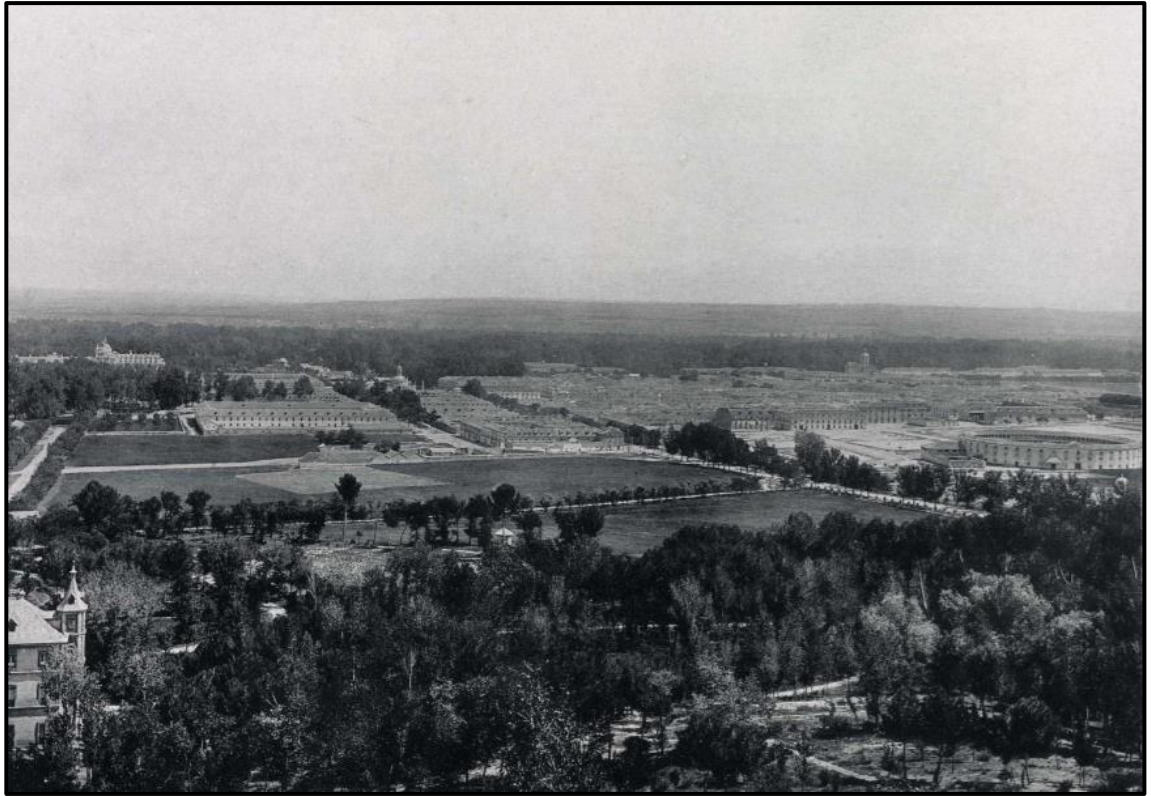
Vista de la fuente de la Fama, tomada mirando al norte, y al fondo parte del Real Palacio (1830), por Fernando Brambila



Litografía de un tren en dirección a Aranjuez (1851)



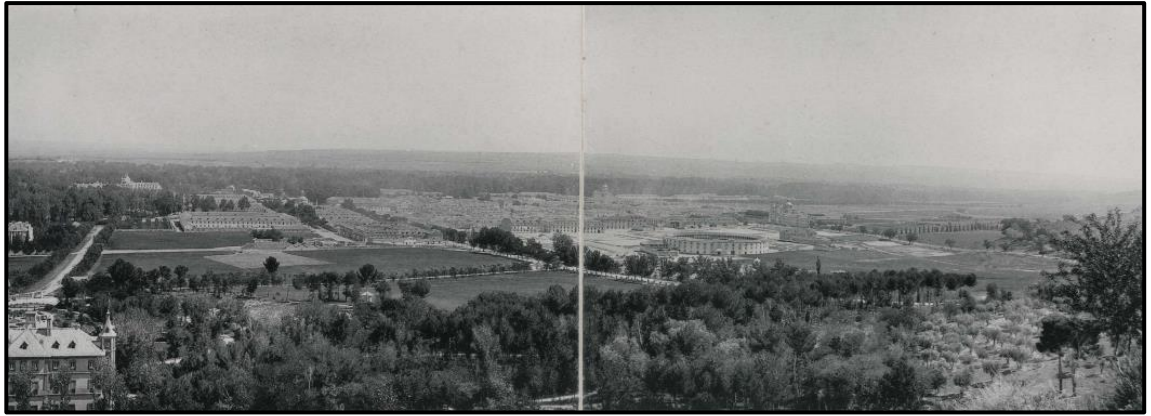
El Palacio Real de Aranjuez, (1865), por J. Laurent



Aranjuez, vista general (1891), por Hauser y Menet



Aranjuez, vista desde el Jardín del Príncipe (1891), por Hauser y Menet



Visión panorámica de Aranjuez (1891), por Hauser y Menet



El Palacio Real de Aranjuez (1892), por Hauser y Menet

4. Vistas pictóricas y fotografías del Real Sitio de El Escorial



Vista de una parte del Coro del Monasterio de San Lorenzo del Escorial (1800), por Tomás López Enguídanos



Vista del Patio de los Reyes en el Real Monasterio del Escorial mirando desde el Pórtico (1800), por Tomás López Enguídanos



Vista claustro principal del Monasterio de El Escorial (1800), por Manuel Alegre



Vista de la fachada principal del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial por la parte de Poniente (1800), por Tomás López Enguñados



Vista del monasterio del Escorial (1830), por Fernando Brambila



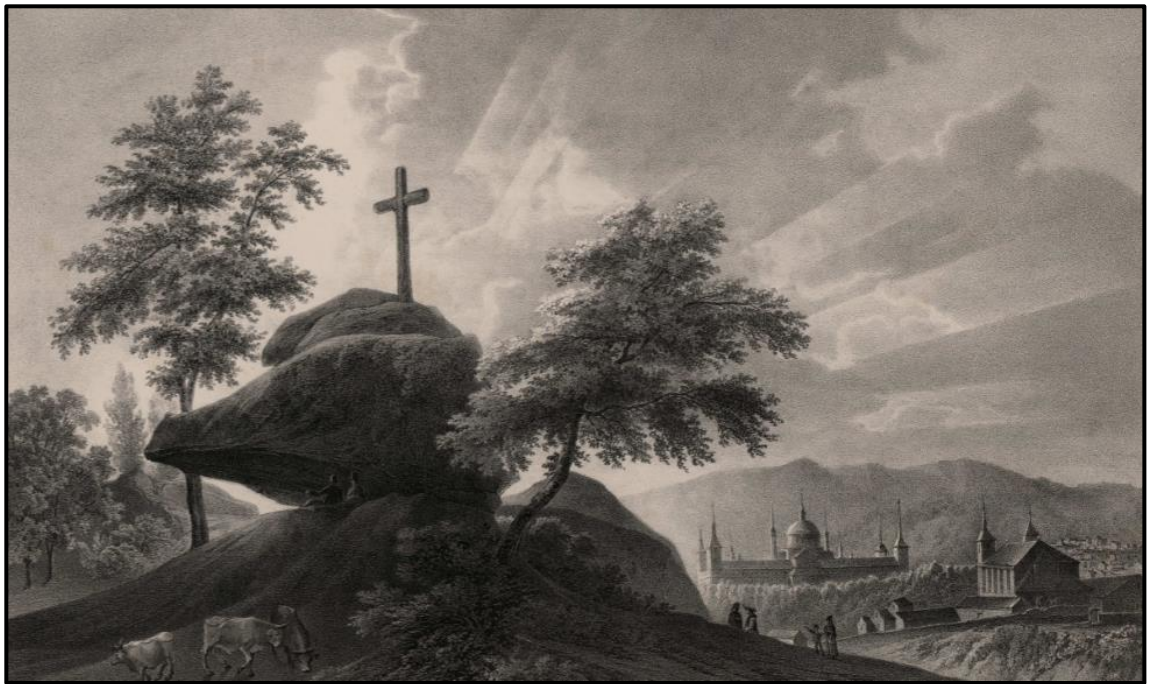
Vista general tomada de la portillera llamada del Cacerón, camino de Valdemorillo, al Levante y Mediodía (Escorial) (1832), por Fernando Brambila



Vista de la Casa de Campo de Arriba, como estaba anteriormente en San Lorenzo de El Escorial (1830), por Fernando Brambila



Interior del Monasterio de El Escorial (1830), por Fernando Brambila



Vista general de San Lorenzo y parte del Escorial de abajo, tomada desde la Cruz Vulgo de la Orca al Levante (1830), por Fernando Brambila



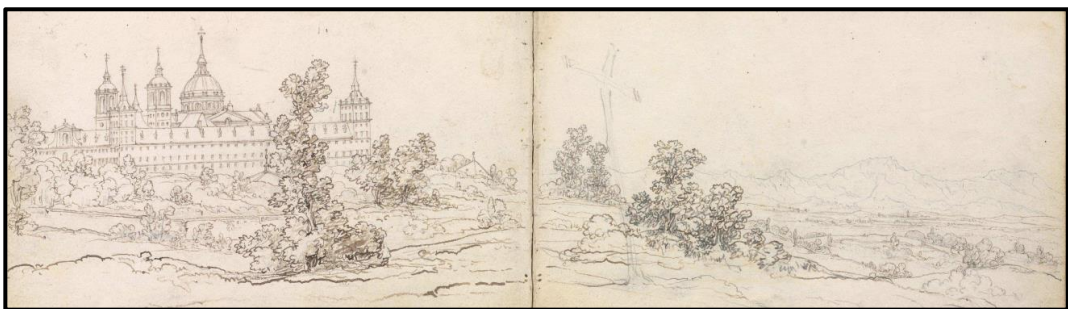
Vista del interior del templo del Real Monasterio con el Monumento el día de Jueves Santo (1830), por Fernando Brambila



Monasterio de El Escorial (1832), por Victor Alexis



Monasterio de El Escorial (1832), por Léon-Auguste Asselineau



Monasterio de El Escorial (1832), por George Vivian



San Lorenzo del Escorial. Vista del Camino del Palacio de Arriba (1855), por Alfred Guesdon



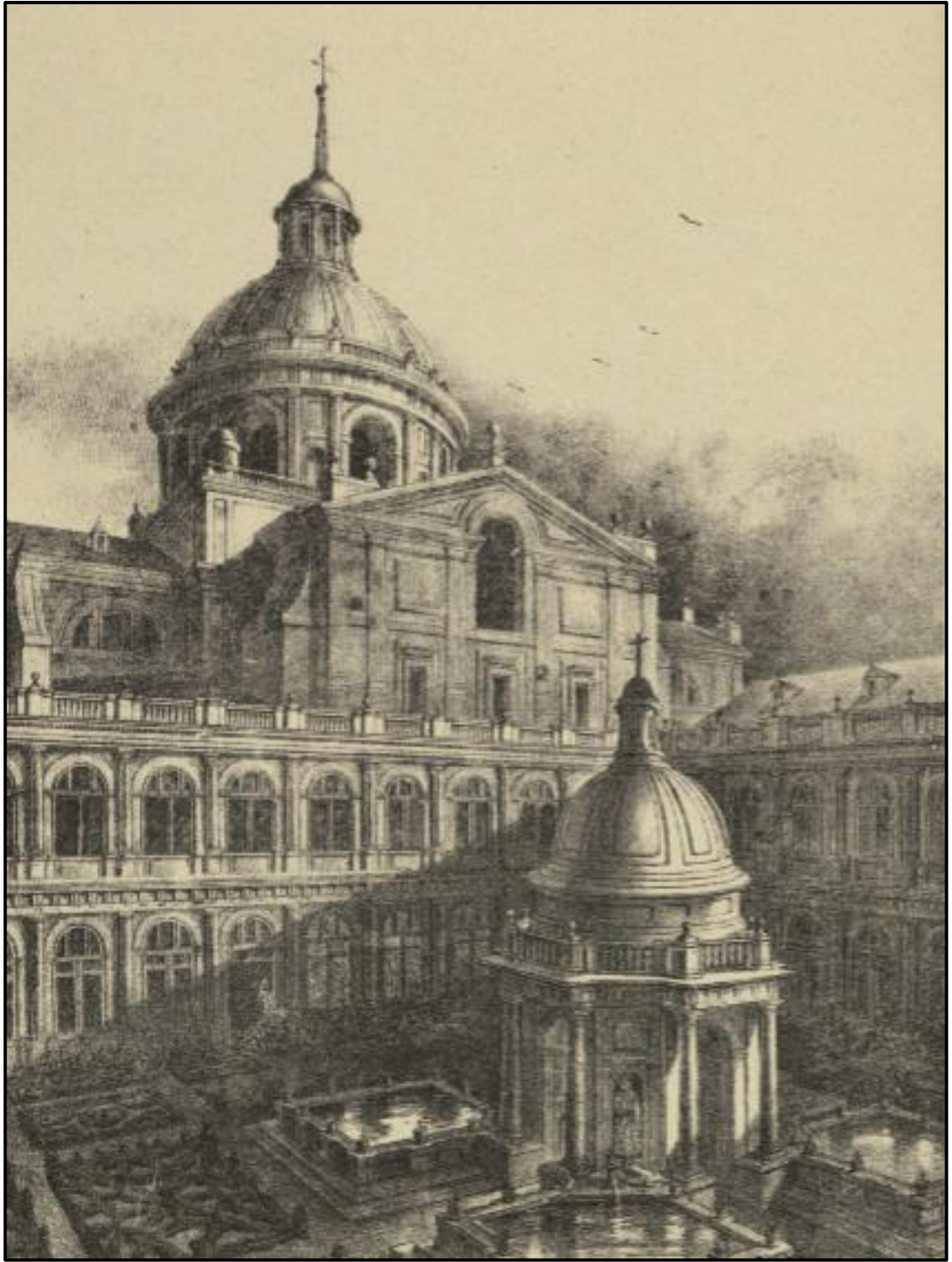
El Escorial, vista interior de la Biblioteca (1870), por J. Laurent



El Escorial, vista del Monasterio desde la Estación (1870), por J. Laurent



Vista general del Monasterio (1880), por Carlos Huerta



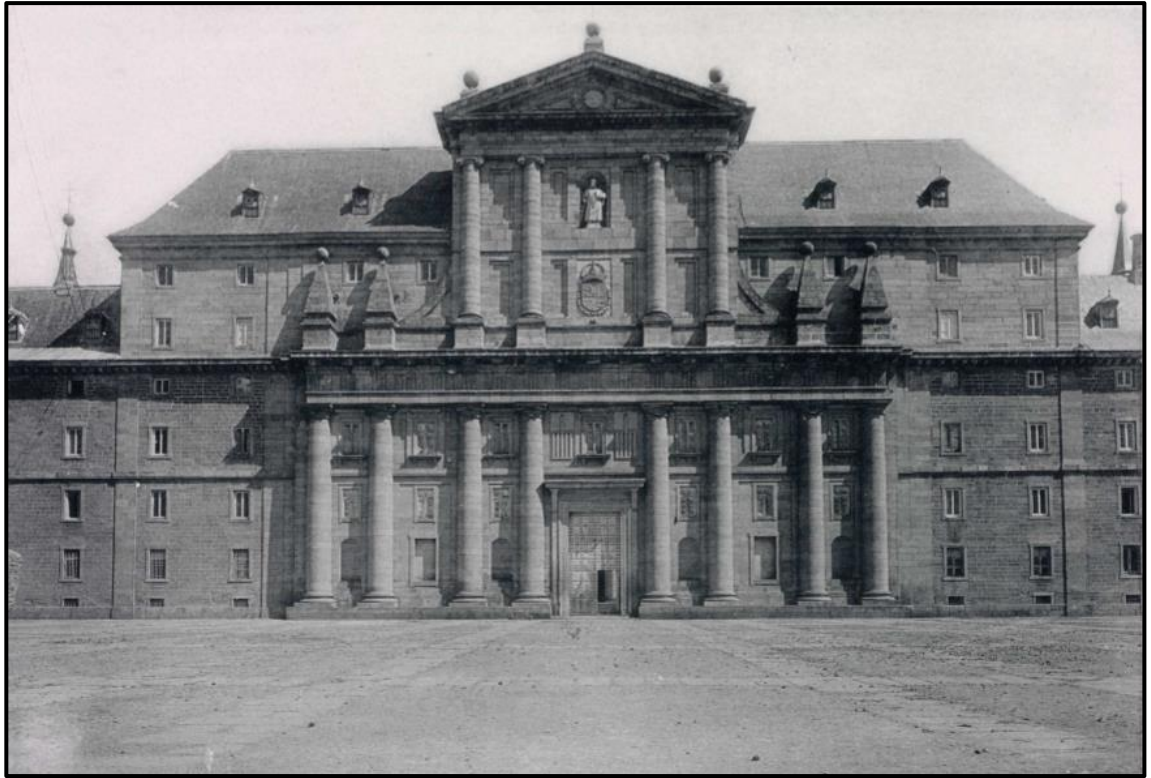
El Escorial. Patio de los Evangelistas (1886)



Habitación de Felipe II en El Escorial (1891), por Hausert y Menet



El Escorial. El Monasterio (1892), por Hauser y Menet



El Escorial, fachada principal del Monasterio (1892), por Hausert y Menet

